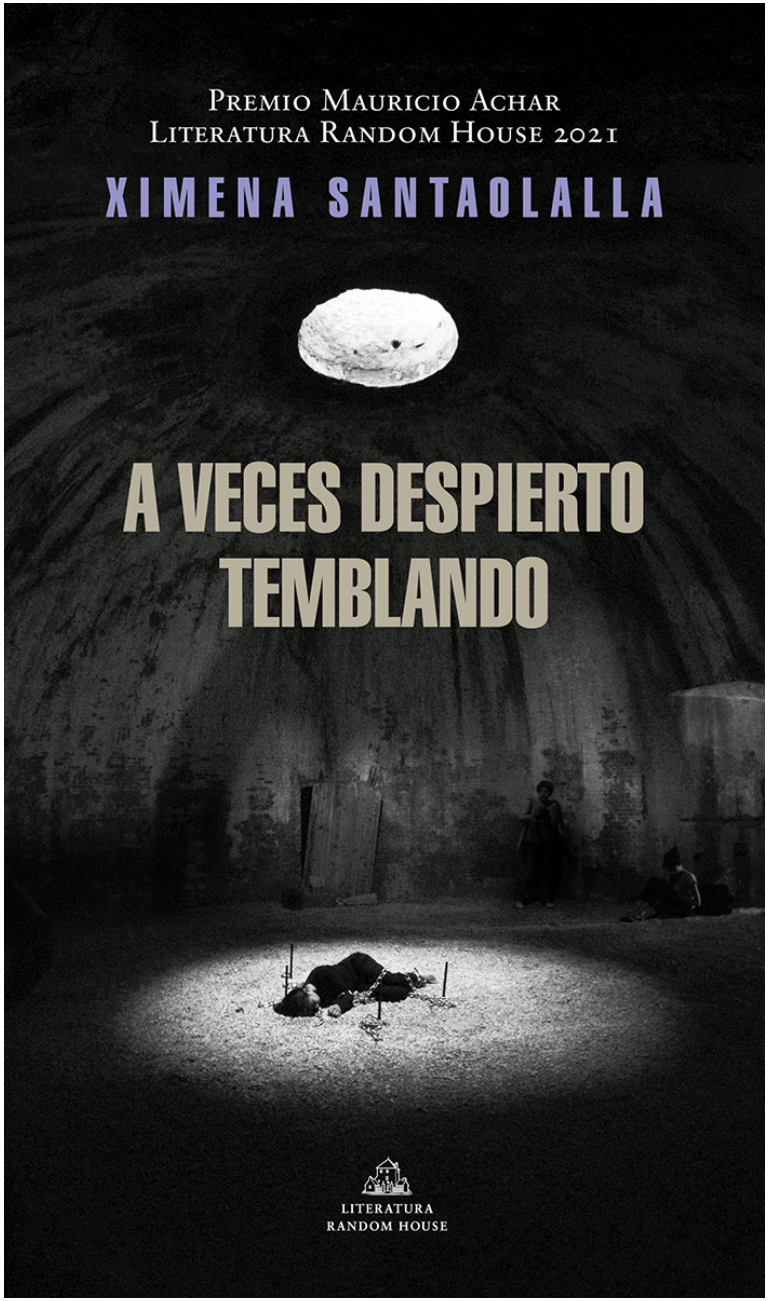
Premio Mauricio Achar
Literatura Random House 2021

XIMENA SANTAOLALLA

A VECES DESPIERTO TEMBLANDO



LITERATURA
RANDOM HOUSE

A veces despierto temblando

XIMENA SANTAOLALLA

LITERATURA RANDOM HOUSE

No es que las piedras sean mudas;
solo guardan silencio.

Humberto Ak'abal

¡Todos sabemos quiénes son los asesinos!

Horacio Castellanos Moya

A quienes nos regalaron sus recuerdos
A quienes confesaron su dolor

A Beto, Juan y Adriana

I

OCELOTE

El peso del sol

La Pólvora, Petén (Guatemala), marzo de 1982, y Fort Hood, Texas (Estados Unidos), abril, mayo y junio de 1982

Bebió para sentirse quemado, enterrado, decapitado, que es como se debe ir a la guerra, para no tener miedo, sin cabeza, sin cuerpo, sin pellejo.

Miguel Ángel Asturias

Al principio lo que más me costó fue eso del español. Todo el tiempo. Prohibido hablar lengua, azote a quien no use español. Si sospechaban que uno hablaba k'iche', ixchil o mam, ya todos al azote. A sangrar, siempre bien sangrados nos dejaban ellos. Y mi padre dijo: "Eso es bueno, permanecete en el Ejército, allá vas a tener del diario qué comer"; y mi madre: "Hallate a tu nawal o vas a errar camino. Te vas a desperdiciar".

No sé para qué me enganché, jamás creí permanecerme en el regimiento. Era peor que semanear. Decía yo, nomás aguantate los tres meses que dura el primer curso, y allí iba contando las jornadas. Ya alcancé treinta y dos días, decía yo. Luego llegué a los sesenta, nomás quedaban treinta. Y así me la fui llevando hasta cumplir los noventa días del curso Los Tigres, donde va uno a jurar bandera. Ni sabía yo lo que significaba aquello, pero ese día juré. Tenía diecinueve.

"Juro sin tregua seguir la bandera en tiempo de paz o en

tiempo de guerra.” Me quité la gorra y debajo del azul y blanco pasé. “Cadetes, desde este momento su vida no les pertenece ni a sus padres ni a sus esposas, su vida no les pertenece a ustedes mismos. Solo la patria sabrá disponer de sus vidas.”

Me latió fuerte el corazón.

De ahí quedé sujeto, si me desertaba se abría juicio militar. Que al Ejército le debe usté de reenganche un año, que le debe dos, que le debe cinco. Adiestramiento paracaidista, instrucción antiguerrilla, emboscada. Ah no, pues ¿cómo entonces darme de baja? Imposible.

Y así, rápido-lento, se pasaron los primeros años. Llevaba ya seis en la fuerza antiguerrilla cuando a la selva me mandaron. Fue allá, en La Pólvora, Petén, donde empecé a pensarme más en mi tierra, en Quetzaltenango. En mi mamá. Y fue allá donde conocí a mi primer cuaz. Al Dedos.

Había yo visto mucho patojito sin sus diez dedos completos. Luego se vuelan uno o dos echando cuete, en las Quemas del Diablo. Pero cerotes con tanto dedo como el Dedos… Nunca. Y no eran once o doce, sino trece. Trece dedos los que tenía él.

—Nomás a vos se te ocurre de que engancharte por gusto —decía Dedos cada que a la selva nos mandaban a penetrarnos.

—No, si no fue gusto. Fue hambre.

—Púchica… Pa eso mejor la jaula —reía con sus ojos de sapo.

—¿Te estuviste en la jaula, Dedos?

—De carcelero —contestó; apenas le creí a su carita redonda de niño.

—¿Y?

—Nomás te digo de que nunca me faltó a quién metérsela —con ojo triste presumió—. Y, pucha, ningún pisado me mandó pa la selva a tragar.

Le iba a preguntar por qué es que se enganchó él. Pero sus ojos de sapo habían divisado algo pa comer. Con todo y más joven que yo, Dedos era más pilas. Hablaba poco. Algo traía cargando en el corazón; sabrá Dios qué secretos lo atormentaban desde el cuartel El Infierno, en Petén, pero mucho le temía al mal de ojo. Sacó su estampita, se la besó al cielo mirando y murmuró bien calladitío:

—Hacé sho —más se le salieron sus ojos salientes, dejó de mascar el chicle—, una culebra… shish…

Ni noté cuando sacó las manos de sus bolsillos; de una rama verde, pescó a la culebra por la cola igual de verde y le azotó su cabeza contra un tronco y otro tronco y unas rocas, como si penca fuera. Larga, de metro y medio, le vi caer al suelo su cabecitía verde de culebra destrozada.

—Vos cocinás, Ocelote —y se sacó otra vez su estampita, no de santo ni virgen, sino de alacrán. Un alacrán rojo en medio de llamas rojas. Se la sacaba su estampita cada tanto, y luego de besársela y ponérsela en su frente la volvía a guardar.

Mientras flameaba yo a la larga, el Dedos se reescondió sus muchos dedos en los bolsillos. Devoramos la carne y luego me contó: "Vengo entrenado por gente de la Mano Blanca. Conozco de sistemas y cosas de esas. De computadoras. Me quiero casar, pero mi mujer ya no es mía. Ni mi niño tampoco".

Así, murmurando, fuimos bien amigos el Dedos y yo. Cuaces. Hablé de mis ganas de volver a Salcajá; me confesé de que nunca había hecho el amor y dijo: "es que vos sos mish"; le hablé de la vez que fui al Vuckxiquin; "unos le llaman el siete orejas", dije, pa que viera que no importa eso de tener más orejas, ni más dedos, ni más de nada. Es lo que Dios mandó.

Allá en Petén, el extrañar se me volvió insoportable. Regresar a Salcajá fue mi sola súplica al cielo. Y cuando me creí que no podía aguantarme más, fue que nos seleccionaron para cursar otro entrenamiento elite, al Dedos y yo. En Texas.

De esa generación de kaibiles fuimos los únicos dos guatemaltecos despachados para Fort Hood en el 82. Abril, mayo y junio. Que para un entreno elite, que pa aplastar el comunismo y a los indios guerrilleros, que para destruir a los que no dejan avanzar a Guatemala.

Mi mamá… Qué razón tenía, ella. De no ser por mi nawal, allá en Fort Hood me habría muerto. Nos entrenaban, como dicen ellos, a ser armas de matar. Usar el cuchillo, el palo, las cachas. Nos entrenaban a beber del dolor ajeno.

Y la compañía del Dedos no fue consuelo; me botó a la hora

de los entrenamientos de tortura, sí; el Dedos prefería al mexicano, al tal Gavilán, un gavilán sacaojos, el único cerote que brincaba bien alegre luego de matar bestias.

—Dedos —dije yo un día—, pensé que mi cuaz eras vos… ¿Qué hacés con Gavilán?

—Nada —contestó mascando chicle; me lo quedé mirando—, no hago nada, pucha, ora somos cuaces.

—¿Tu cuaz no era yo?

—Vos sos alma buena, Ocelote. Buscate otro cuaz.

—¿No decís que ibas a chinearte a todos los meshicas, Dedos? —lo reté; volteó una silla y se sentó abrazando el respaldo.

—Cambié de opinión, shish —usó esa voz de cuando hablar ya no quiere, malabareando su cepillitío de dientes que traía todo el tiempo, pasándolo de dedo en dedo.

—Y el comandante Francisco Chinchilla, ¿qué va pensar de vos, juntándote con el mexicano?

—Hacé sho, vos, que Gavilán ya es amigo. Además, vos andás tras la mexicana esa y no hago bulla.

—¿Qué con la mexicana, Dedos?

—Esa mexa con jeta de lagarto anda de que limpiando por donde pasamos. Le doy asco.

—¿Y en qué te afecta? —sentí la furia—, si ella a vos te da asco también.

—Púchica, de que se cree mejor que yo. Gavilán me lo contó.

—¿Y qué sabe Gavilán? No sabe nada.

—Sabe porque la lagarta es su prima. Se engancharon allá en México los dos, el mismo año.

Costaba creer que Gavilán compartiera sangre con mi mexicana; no lo comprendía nadie. Menos yo.

—Y vos, ¿desde cuándo creés lo que diga un mexicano?

—Le creo porque a la lagarta le cayó de que una baba en su manga, una baba que escupí sin querer y se la andaba limpiando como si fuera porquería —dijo enojado—. Gavilán la vio hacerme el feo, dice de que siempre me ningunea.

—¿Y?

—Digo de que la llenemos de bish, de babas, pa que aprenda a respetar —dudó antes de seguir, pero siguió—. Y, pucha,

Gavilán dice de que también se la metamos a la fuerza. Aunque la pisada parezca macho…

—Dedos obedeciéndole a un mexicano —reí fingido.

—No, Ocelote, yo ya no obedezco a nadie. Oigo a Gavilán porque, pucha, él sí es bien amigo.

—¿Creés que va a ser amigo un mexicano?

—¿Por qué no?

Sentí el odio en la tripa.

—Porque te desprecia. Más a vos, con todos tus dedos amontonados.

Yo detestaba al mexicano, al Gavilán. Su manera suya de hablar, estirando el cuello y meneando la cabeza de lado a lado. Y el Dedos despreciaba a la mexicana, a mi Estrella, la única mujer del entrenamiento elite. Yo mirándola me quedaba, admirándola. Estrella, pocas como vos. Rápida, una lagartija. Siempre lista para huir, siempre. Olía fuerte a sudor, tierra húmeda y encerrada. Al principio creí que iba a fijarse en Gavilán. A las mujeres les gustan los gavilanes, sus aires de ave perfecta, garras que aprietan, almas depredadoras. Además, el ave impresionaba. Sabía de cualquier aparato; de rifle, granada, lo que fuera, lo sabía armar y desarmar en minutos. Pero no la deslumbró a mi Estrella. Después supe que eran primos.

Ya de cuando aquello pasaron muchos años, pero lo tengo fresco, tanto como si al Dedos me lo tuviera frente a mí, paseándose con su cepillito de dientes. Con su estampita de alacrán, besándosela. “Pucha —decía él—, pucha, ya verás, con este cepillo voy a joderme a la mexicana”, y sacaba más sus ojos ya salidos. Iba de arriba abajo con el mentado cepillitío, no lo dejaba nunca. Daba angustia cómo lo metía en su boca o detrás de la oreja, así como los oficiales traen su lápiz.

O como trae su veneno el alacrán.

Dormíamos poco, siempre cansados. Que al campo de tiro, ora a limpiar, que al lanzagranadas, que a torturar, ora que a amputar perros y rebanar jabalíes.

En la cama o en el comedor, imaginaba que escapábamos

juntos Estrella y yo, que hacíamos vida tranquila y por las noches nos abrazábamos a ver el cielo. Me ponía cerca de ella y lejos de Gavilán y Dedos. Además, esos dos no se le sentaban nunca a su lado. Almorzar junto de una mujer les restaba. En cambio, mirar a Estrella a mí me daba para soportarme una jornada más. De una en una. Porque allá, en Fort Hood, ni siquiera los colores existen. Allí, todo es negro, gris o marrón. Lleno de vacío. Vacíos aplanados, ni un monte, ni una colinita. Descampado tras descampado, sin arbusto. Vacíos grises y marrones que se continúan hacia un horizonte muerto de tan caliente. Cae el peso del sol fundiéndose con el espacio entero, amarillo, apagado.

El cielo como hoguera quema. Parecíamos gallinas ciegas amarradas con navajas de gallo de pelea; vivíamos dentro del fuego sagrado, pero allá no hay volcán para adorar.

Solo a Estrella, mi mexicana, solo a ella podía adorarla y de ella me agarré.

No llegó a cenar una noche. Estrella, quiero decir. “Se la voy a meter, se la vamos a meter”, el run run del Gavilán y el run run del Dedos rondaban. “Va ser a la fuerza, pisada, ya vas a ver.” Me escondí un elote y bolillos en la casaca, volteé a ver a los dos inseparables. ¿Por qué me miraba el Gavilán así, él? Parecía siempre a punto de insultar, aventar golpe o risotada, mientras estiraba y meneaba su cuello largo. Si el general England nos dejaba en el comedor solos, entonces Gavilán noticiaba su atol remasticado abriendo la bocota, se ponía cáscara de platanillo como boina, cáscara de naranja de dentadura, olotes bien comidos en el calzón. Y esa noche en que Estrella no llegó a cenar, me pelaba sus dientes blancos y rectos.

Era obligado asistir al comedor los días en que no tocaba matar y tragar en descampado. Por eso la busqué más tarde a Estrella. La hallé sola donde los jabalíes enjaulados. Comenzó a encogerse, algo así como para dentro de sí misma, apachurrándose. Igual a un niño la vi, con la cabecitía toda rapada. Por mi nawal, intentaba esconderse bajo sus brazos correosos. Negros casi. Me daban ganas de decir tanto… No tengás miedo, yo tu poeta deseo ser, yo, tu esclavo. Lo que vos

pidás. En cuclillas le acerqué elote y pan, para ella me los escondí.

—Gracias, me hace feliz el bolillo —dijo. Se lo atragantó. Cosas chicas para hacernos feliz… Con las grandes de la vida, ya habíamos perdido completamente la esperanza—. Fueron ellos, Gavilán y Dedos —continuó. Hablaba encogiéndose tanto que daba la impresión de ser un rostro solamente. Un rostro enorme en un cuerpitío de lagartija. Tierna-fea con ojos abiertos, astutos y redondos. Nariz vigilante y sin labios, una rajada larguísima en lugar de boca—. Gavilán me agarró los brazos por detrás, en lo que Dedos se bajaba su pantalón.

Me la abracé.

—No digás más, Estrella. Fue mi cuaz, pero lo mato al deforme, le corto esos trece dedos que se carga, de uno en uno. Le corto la pinga. Y al otro cerote, al Gavilán, también. Y peor.

—No es lo que tú crees.

—¿Entonces?

—Dedos se defecó delante mío, así, llenó con heces su cepillo ese de dientes, el que trae siempre.

—¿Y después?

—Después… El canijo me cepilló la boca. La lengua.

Quién sabe qué más le habrán hecho Dedos y Gavilán sin que lo supiera yo. Por mi nawal con todo y que ya va uno acostumbrado a que lo traten feo, con todo y que del diario nos golpeaban y nos humillaban, a mí me dolió el corazón. Hay veces que aún me importa lo que a otros les duele, hay veces que su dolor me duele a mí. Y esa noche me abracé a Estrella borrando la imagen de mierda entre sus dientes amarillos y patituertos.

—Ocelote, no vayas a decir nada. A nadie.

—Cómo que no, si lo mejor es yo encararlos…

—Puede. Pero pue que no… Yo conozco bien a Gavilán, se va a ensañar más si se entera de cuánto me caló.

Se me vino la idea de que ella y yo éramos iguales a esos jabalíes cercenados. Se me vino el miedo de pensarme que chillábamos, aunque en silencio, con chillidos de jabalí. Rogando con mirada de jodido jabalí. Pero no hablé; en Fort Hood, más importante que el sonido es el silencio. Un silencio siempre

interrumpido por gritos. Gritos humanos, animales, mujeres y hombres, jabalíes enjaulados y perros raquíticos. Hasta en la madrugada se funden los alaridos y el silencio, tanto que los unos no existen sin el otro. O más bien, poco a poco, el silencio deja de existir.

El comandante Francisco Chinchilla andaba de visita en Fort Hood; era chapín, de Quetzaltenango, igual que yo. Para entonces, ya de los kaibiles y de los escuadrones de la muerte era leyenda, él. Fue curioso, de no ser por la boina púrpura ni militar parecía entre tanto gigantón americano. Bajitío y de borrosa cara, de esas que no se le graban a uno. ¿Cómo decirlo? Una goma le habían pasado por el medio, dejándolo sin facciones. Sin rostro casi. Insignificante y deslavado, salvo por el cigarro entre los labios y su mechero que prendía y apagaba. Dio la sensación de que lo hubieran puesto ahí para hacernos una broma. De que no fuera el real kaibil Francisco Chinchilla.

—¿Sargento Yunuen Chuc? —junto a mí se vino a sentársemе en el almuerzo de domingo.

—A sus órdenes, comandante Chinchilla.

—A vos tus cuaces cómo te llaman, Chuc.

—Ocelotl, comandante. Ocelotl me dicen en mi pueblo —respondí bajito. Si bien la comida era sagrada en Fort Hood y nadie se andaba zumbando porque se lo pencaceaban a uno, los domingos almorzábamos más cantidá y se permitía murmurar con los oficiales de mayor rango.

—Mirá vos, aquí no se habla en lengua. Aquí sos Ocelote —comenzó el comandante, mientras prendía y apagaba su mechero —. Nada de Ocelotl ni indiadas desas.

—Entendido, mi comandante —me sentí el miedo en la panza.

—Escuchá bien, Ocelote. Mi general y yo esperamos que volvás a Petén en cuanto terminés, verdá, pa que en La Pólvora finalicés el curso kaibil.

—Sí, mi comandante… —dudé un momento y dije—: pensaba yo que con este curso en Texas me ahorraba El Infierno.

—Vos estás para obedecer, no para pensar —seguía prendiendo y apagando su mechero, fumando a la vez que comía

—. Mirá, Ocelote, son órdenes de mi general Ríos Montt. Acá en Texas, verdá, no podés captar todo lo que requiere Guatemala para limpiar tanta vaina guerrillera.

Bruto de mí, haciéndome ilusiones de no volver a La Pólvora nunca.

—Una pregunta, comandante.

—Dispará.

—Somos aquí dos guatemaltecos, su servidor y Dedos… Bueno, Amílkar Sosa, pero le dicen el Dedos.

—Sé quién es Amílkar, el Dedos. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Nos volveremos juntos los dos para La Pólvora? —con todo y lo de Estrella, me daba miedo volverme a Petén sin Dedos.

—No, señor, no. Amílkar no va para El Infierno, se viene conmigo de vuelta a la G2, verdá, al servicio secreto.

Me hirvió de nuevo la panza.

—¿Ya conocía usté al Dedos, comandante?

—Fue mi subalterno; tuvimos hartas vainas, pero me sirve —se me quedó mirando—. ¿Qué no son cuaces?, ¿no te contó de la G2?

—Sí, comandante, me contó de la G2. Pero no de que trabajaba con usté.

Chambón, ¡bruto! No sabía yo nada del que fue mi cuaz, no sabía que fue su jefe, el comandante. Al Gavilán seguro que sí le dijo, a un amigo la información se le da, se le confiesa lo importante. ¿Y qué problemas tuvo el Dedos con Francisco Chinchilla? No me atreví a preguntar y cambió de tema el comandante.

—Mirá, vos —dijo bien amable—, contame, tenés mujer, tenés patojos, mirá, vos, contame, tus papás cómo se conocieron, qué idioma hablás, contame tus vainas, contame de dónde venís, vos.

Me relajé y empecé a rumorear. Hasta protegido me sentí, con la suerte de merendar junto a un oficial respetado de mi país, con Chinchilla quiero decir, el único oficial de los de mayor rango que no era americano y que nos daba entrenamiento.

Desde entonces, los domingos murmurábamos calladito, no duro y sin hacer bulla.

—A mí no, pero a algunos les da ganas —una vez dije, tanteando—. La otra noche nos hicieron dormir al Dedos y a mí en la pura agua y bien mojados a correr, luego al comedor y ya lo están empujando a uno, la comida se nos cae, bien hirviendo nos la sirven y así hay que tragarse aquello en minutos y ya con los cinturones nos andan dando.

—Mirá, vos, escuchame bien, Ocelote. A esos shucos que les dan ganas de desertarse, verdá, deciles cómo es en La Pólvora, cómo matamos de harta hambre a los soldados pa que aprendan a destripar un perro de a pura mordida —pensé en las culebras de Petén y luego en los jabalíes que usábamos ahí en Fort Hood para practicar las torturas—. Mirá, Ocelote, aunque seás indio y además gangoso, vos ya verás cómo pronto empezás a sentir que pertenecés a una raza harto superior, verdá, la raza kaibil que todo lo puede. Sí, señor.

Eso de la raza superior yo no lo notaba. Me sentía hecho de puro estiércol, y en las madrugadas, bajo el inmenso conejo amarillo de la noche aguardaba a mi nawal.

Dicen que a quien lo halla, el nawal ya no lo abandona nunca. Salvo que uno mismo le dé su espalda, y entonces muere.

“Nuestra boca y nuestras caras están tiznadas, siempre estamos puestos sobre el fuego y nos queman como si no sintiéramos dolor, y ahora prueben, los quemaremos y todos les destrozaremos las caras”, mi mamá de memoria recitaba y yo no entendía. Al *Popol Vuh*, quiero decir. La chamana del pueblo le dio el Libro; ahora sé que fue mal augurio, augurio de una vida de cuchillo y balas.

Mi mamá lo supo antes que yo. Quiso enseñarme a dejar de ser dos, a dejar de sentir que algo me falta. Pero esas cosas no interesan a un patojito; interesan cuando la desgracia llega. “Cuando mucho pasatiempo hay, cuando demasiadas cosas buenas hay, entonces hallarnos con el nawal se vuelve imposible —mi mamá dijo—. Ser uno solo, estar completo a ratos, mijito. Eso te va a salvar.”

“¿Por qué a ratos?”

“Porque el nawal va y viene, viene y va en jaloneo; nunca está

todo el tiempo, surge a violentas sacudidas."

No podría estar todo el tiempo, porque entonces ya mi cabeza fuera otra distinta. Yo hombre ya no fuera.

En los tiempos de Fort Hood no había nada. Los cuarteles estaban interrumpidos por campos y campos baldíos. Campos es un decir, son llanos, llanos de piedra enojada, piedra hirviendo por donde un alma no pasa nunca. Esos tiempos fueron los tiempos de hallarlo, a mi nawal.

En la madrugada, las sombras de las rocas miraba. "No movás los ojos —me decía yo con la vocecilla de mi mamá—. Pero no hay que dejarlos tiesos, tiesos, tampoco. Menéalos, no los dejés fijos." Los ojos se permanecen embrujados cuando tiesos, me pensé, y de izquierda a derecha me los movía yo, de arriba abajo, luego en círculos.

Así, a mi nawal yo me lo esperaba.

Son tan poderosas las rocas que avientan luz. Esa luz atrae al nawal. Ay, a veces me olvidaba de mirar las sombras y miraba a las rocas. Me olvidaba de pestañear. Acordate, Ocelote, y a pestañear, a hacer los círculos, a romper el encantamiento. Si no, los ojos se permanecen embrujados y ven lo que la mitad miedosa de uno quiere ver. "Solamente lo que el mundo de las mujeres y de los hombres ha de ver." Ay, cómo daba de coraje, me daba cuenta cómo las pupilas lo acomodan todo.

La primera vez que el nawal se me apareció, en piedra o planta lo convirtieron mis ojos, lo sé. Tal vez en polvo de sombra.

"Yunuen, no mirés nunca de frente al nawal, que podés morir sin darte cuenta." Morir así, de repente. "Yunuen, comenzá viendo las sombras nomás, de a poquitío, de reojo."

Nunca cara a cara.

Colmillos largos, filosos. Largas, puntiagudas navajas. Pelaje espinoso de grises manchones, amarillas las pupilas furiosas.

"No —me pensé yo—. Por favor no."

Lo vi de frente y me horroricé, yo.

Con los iris tiesos de humano, arreglé el mundo. Arreglé todo

según lo que ha de ver el hombre. “¡Tonto cobarde!”, la voz de ella. De mi mamá, quiero decir. “Tus ojos tercos al nawal no lo pueden ver.” Y el felino desapareció.

Alguna vez mi mamita contó de cuando, por mirárselo de frente, cayó enferma: “A mi nawal lo vi de frente y me devolvió su mirada; una mirada sabor café dulce de olla, olor a panela. Sin pudor, lo seguí viendo; mi nawal se quitó la cabeza y otra se colocó. Una cabeza de asno”.

Dicen que el rostro y la mirada del nawal son espejo del hombre. El mío es un ocelotl. Mi nawal, quiero decir. Mi mamá lo sabía. ¿Fui así desde patojito? Un ocelotl bravo, un ocelote horrendo de pupilas brillantes y colmillos, de pelos hirsutos y rojísimas garras.

—¡Ocelote! Preparate, verdá, que hoy entrenan conmigo —dijo el comandante Francisco Chinchilla, con su cigarro en la boca.

—Sí, comandante —respondí inseguro—. Pero dice el general England que campamento a la intemperie es lo que toca.

—Cambio de planes, soldado —y se alejó prendiendo y apagando el mechero—, ¡cambio de planes!

No hubo cena. Hambrientos, nos encaminaron a una zona distinta; control emocional la llamaban. Estrella y Gavilán iban delante mío, bien decididos ellos. Al Dedos no lo encontramos, íbamos solamente nosotros tres. Yo andaba arrastrándome hasta atrás, muerto de hambre, acarreando mis pieces bien llenos de callos. Me ardía la garganta de sed. Luego el hambre era tanta que ya ni la sentía, nomás el puro ardor.

Llegamos a un complejo pequeño, muy vacío y lejos del edificio principal. Olía a miedo y a cloro, y ahí a esperar nos instruyeron. ¿Hacer tiempo sentado o parado? Los mexicanos se quedaron de pie y en posición de firmes, ellos. Hice lo mismo. Miré al centro, luego luego sentí cómo le venían a uno ganas de no acercársele, de no atravesar esa habitación, ¿cómo decir?, le venían a uno ganas de andarse embarrándose en las paredes y no tocar ese espacio lleno de lo que allá hacen los jefes.

—¿Y ora con qué mamada van a chingarnos? —preguntó Gavilán, bien nervioso él, meneando la cabeza y su sonrisa

blanca, blanca forzada. No había ventanas, no se oía ruido salvo el ronroneo de las motosierras con las que nos ponían a rebanar jabalíes, y allá lejos, sus chillidos—. ¡Pinches gringos culeros!

—Cállate, Gavilán, no te vayan a oír y nos vengan a fregar —Estrella murmureó quedito—. Ya nomás resta un mes en este antro.

—Y a ti quién chingados te preguntó algo, siempre dando órdenes como si fueras mi mamá, pinche vieja culera…

Maldito cerote de cuarta, contestándole así a Estrella.

—Serénense los dos —dije yo hacia él—, ¿qué no ven que ya es el último jalón y nos vamos? ¿Dónde anda el Dedos?

—Pregúntale a tu pinche zorra que te mueres por cogerte, guatemalito gangoso, y deja de estarte secando la frente que ni estás sudado, pendejo.

Sí, bruto de mí, secándome la frente en vez de pencacearme a ese maldito. Bruto de mí. Y Estrella nada dijo, se me quedó mirando seria, como siempre. Para ser honesto, Gavilán nos ponía mal, quiero decir a Estrella y a mí. O tal vez nomás a mí, porque ella lo conocía bien. Gavilán normal no era, algo raro tenía y todavía lo tiene hasta hoy. Cómo me recuerdo cuando le hundió la shola en el agua a Estrellita más tiempo del que sonó la chicharra. O la vez que mantuvo tantas horas vivo a un chillador bien rebanado.

Con todo y el olor a cloro helado, allí dentro del salón el aire se respiraba retacado de susto. Esa semana había sido como las anteriores, pura lata, pura piña y ora nos dejaban esperando las horas hasta que entró al salón el oficial England, con sus dos metros y ciento cincuenta kilos, él. “Good evening, motherfuckers, tonight and tomorrow you’ll surpass the psychological drills, Commander Kaibil Francisco Chinchilla came as a guest from Guatemala to Fort Hood. He will be in charge of the emotional torture training; he has trained secret service agents in his country and abroad.”

Apareció Chinchilla jugando con su mechero. Fumaba. Me dio gusto verlo, se me vino la idea de que iba a protegerme, y yo a Estrellita. Con todo y su baja estatura, la cara medio borrada, sin barbilla y casi sin nariz, sus ojitíos del comandante dejaban claro

que estaba donde tenía que estarse y haría lo que tenía que hacerse. Y supe que Gavilán no se conocía el uniforme kaibil porque echó una risita cuando vio a Chinchilla. “Soon you’ll stop laughing”, dijo England y salió. Quedamos en ese espacio encerrado, Gavilán, Estrella y yo, con Francisco Chinchilla. Él hizo como que ni se oyó la risa del Gavilán, ya acostumbrado habrá estado a que se rieran de su cara y tamaño. Yo quería con urgencia jueriar. Me recuerdo que no hablé, no fuera ser que el Gavilán me fuera hacer mearme encima.

—A ver, señores —comenzó Chinchilla mirándonos a los tres sin sacarse el cigarro de la boca y jugando con el mechero—, da gusto que estén harto hambrientos, harto cansados, porque la única manera que las cosas calan, verdá, es cuando el cuerpo va harto destruido, señores. Así, cualquier pisado se hace capaz de matar a otro para quitarle la comida, se vuelven armas de matar.

De ahí le empecé a agarrar miedo a Chinchilla. De ese miedo que ya nunca se le quita a uno. Quise preguntar dónde estaba el Dedos, pero no me atreví.

—A ver, soldados, que les quede claro. No venís a fallar, no, señor; si ya llegaron hasta acá, no venís a probar, acá venís a morir o triunfar, aprender valores, a ser harto mejor ciudadanos, aunque seán indios o lo que seán, verdá. Si no, ¡coño!, se hubieran quedado limpiándoles las botas a sus comandantes —después me volteó a ver nomás a mí—. No podés dejar el país en manos de guerrilleros comunistas, verdá, de indios que estancan el progreso, no; hay que ser más que un indio.

Y el menudo Francisco Chinchilla apagó su cigarro en el piso; y el borroso Francisco Chinchilla se acercó al gigante Gavilán. A paso lento se acercó, y si bien le sacaba unos quince años, parecía hijo de Gavilán por el tamañito suyo.

De una patada en las espinillas, Chinchilla tumbó al gigante. Gavilán intentó levantarse, pero Chinchilla en el suelo lo mantuvo, pisándole el pecho. Ahora, el comandante parecía el más enorme de todos.

—Patealo, Ocelote.

—Así como está, ¿en el suelo?

—¡Que lo pateés al shuco!

Las costillas le pateé al mexicano, la cara, los coyoles. Muchas veces lo pateé al cerote, vengando a Estrella. Chinchilla y ella lo pisaban, no podía moverse, no podía escapar. Me asusté de cómo, de pronto, lo disfrutaba yo. Disfruté de pegarle al maldito. Mis botas ya ensangrentadas, cuando el comandante me detuvo.

—A ver, señores, ya estuvo bueno. ¿Alguien que quiera orinar?

—Yo, comandante —desde el suelo apenas pudo contestar Gavilán.

—No se oye. Más recio, soldado.

Quedito respondía Gavilán, el hocico rojo de patadas.

—Traigo mayormente litros de meados pa dar y regalar —gritó por fin.

—Ta bueno, señores —le tendí la mano a Gavilán, pero Estrella no dejó que lo ayudara. Chinchilla se prendió otro cigarro y me tumbó a mí; yo ni siquiera lo vi venir—, que el mexicano le orine al guatemalteco, verdá, algo divertido, coño.

Me latió fuerte el corazón; no, no podía creer lo que se me venía. Y Estrella, bien seria. Y Gavilán se jaló su pantalón para abajo, con sus garras todas magulladas de mis golpes.

—Antes denle sus patadas, verdá, que le duela —ordenó Chinchilla.

Gavilán agarró fuerza y pateó. Pateó y pateó y luego se puso a bishiarme la pierna frente a Estrella. Chinchilla se sonreía, yo nomás sentí el chorro caliente.

—Ahí no, acá —Chinchilla señaló mi pecho, pero Gavilán apuntó hacia la cara mía. La boca la cerré y apreté fuerte los ojos.

Las risas de Gavilán picoteaban el oído, como si picoteara la madera un pájaro carpintero. El comandante se unió a la bishiada; por mi nawal que Chinchilla me miraba sin mirarme, con unos ojos de otro, unos ojos que parecían no ser los suyos.

—Maldito zoquitl —le grité al Gavilán sin pensármelo—. ¡Tzikin pá xut! —grité.

—Callate tus indiadas, que te azoto —amenazó Chinchilla—, callate, shuco de mierda.

Otro chorro amarillísimo de Gavilán salpicó al comandante en

sus botas.

—Basta —gritó Chinchilla y me liberó. Me quité mi camisa empapada.

Gavilán reía. Volteó a verla a Estrella y le dijo:

—Te dejé todo meado a tu Ocelote, a ver si ora lo lames, pinche vieja.

Esas palabras le dolieron a ella. De un brinco, mi lagartijita le encajó en la nariz un puñetazo a Gavilán. Se la trozó, esa nariz que era de lo más bello del cerote. Ora yo me sonreí.

—¡Vieja culera! Estás muerta, pendeja.

—¡Calmados, soldaditos! Que un elite no reacciona ni aunque le zurren harto encima, verdá —gritó Chinchilla mientras Gavilán sangraba y rugía de dolor—. Limpiame las botas, Estrella.

—Que las limpie el Gavilán, son sus orines —respondió ella. Gavilán no paraba de sangrar, se ponía las manos por toda la cara, hasta el pelo de sangre se embarraba.

—Mirá, vos, Estrellita, no es culpa mía que seás hembra y las hembras limpian —Estrella no se movió. No limpió las botas. Gavilán chorreaba y se quejaba del dolor.

—Un soldado de cuarta —dije yo, inseguro—, que no es ni mi superior, no habría de orinárseme encima.

—¿Y? ¿Vos esperabas que trajéramos un tipo de primera nomás pa que te bishiara encima a vos? —contestó Chinchilla, inexpresivo, el cigarro entre los labios—. Híjuela, no, señor, mirá, allá afuera en la guerrilla, en la delincuencia, hay harto cerote que los va a orinar encima, señores, y no podés reaccionar, no podés ni pestañear. Oime bien, si pestañeás, si gritás, nomás provocás al torturador. A los torturadores nos calienta oír chillar a la presa.

Tocaron castigos. A Estrella, por desobedecerse las órdenes de Francisco Chinchilla; Gavilán no la pateó en sus costillas. La pateó entre las piernas, la pateó en los pechos y en el vientre. Le pateó las caderas y apagó seis cigarros en su torso.

Se me encogió el corazón.

Tendría que haberla defendido, a ella. Tuve que.

Pero Estrella no querría eso. Siempre fue un soldado más, ella.

Como todos, como yo.

Desde el suelo, magullada, nos limpió las botas a los tres.

Luego, a mí me tocaron azotes por gritar aquellas palabras en k'iche'. Chinchilla me los dio; le gustaba golpear con una varilla caliente, al demonio. Intenté no gritar, nunca dejar que se calentara, él.

Apreté la boca. Que no se me oyeran mis aullidos, que se me quedaran bien adentro. Ahí siguen, bien recónditos, para cuando los haya que sacar y rujan todos los volcanes.

Y así, en los tiempos de Fort Hood lo hallé. No había nada. La base militar estaba entrecortada por desiertos vacíos. Llanos y llanos de tierra dura, seca, por donde un alma que siga viva no pasaba nunca. Ni escarabajos, ni arañas consuelan. Y ahí, ahí es donde me hallé a mi nawal.

II

AURA

Antes yo tenía toda la luz

Ciudad de Guatemala, julio y agosto de 1982

Pero a mis torturadores […] únicamente les interesaba
demostrarme lo que significaba vivir en un cuerpo,
solo como un cuerpo […] Vinieron a mi celda a enseñarme
el significado de la palabra "humanidad", y me
enseñaron mucho […]

J. M. Coetzee

Antes yo tenía toda la luz y no pensaba en ella nunca. Y si el sol sigue flotando en el mismo lugar, sea como sea yo no puedo ir a donde está él. Mamá no me encuentra.

Vaya usted a la morgue del San Juan de Dios. Y a la morgue fue mi mamá a buscarme, y ahí sigue buscando entre pasillos negros y puertas rojas. Me muestra tocando el piano, en esa foto con mi vestido estampado de golondrinas. Y esa otra, en Tikal, de cuando cumplí catorce y me regalaron mi prendedor de Hello Kitty.

Mamá no me encuentra y se cree que estoy guardada en una caja. La veo, la oigo en mis pesadillas; pero este sótano es tan hondo que ella no me sueña nunca. Nadie me sueña.

¿Cómo va la canción? Extraño la voz de mamá cantándola, y no es tonto extrañar cosas que no se tocan, aunque lo diga el señor este. ¿Qué cosas no se tocan, pero me hacen falta? Los colores. El cielo, el olor a mango y a pino de Navidad. La risa de

Natalia, sus cosquillas; esas se sienten, pero no se agarran ni se guardan en un cajón. La música no se ve nunca, pero siempre, siempre me cambia el humor. ¿Cómo va la canción…? Aura, acordate, Aura… Acordate…

Abro los ojos y todo es negro, ¿o es que siguen cerrados?

Aprieto mis párpados y luego los separo con los dedos. Tapo mi cara; la destapo y nada. Oscuro. Sea como sea, no hay que prender la bombilla para cualquier cosa; si se funde, el señor este tarda en cambiarla y es peor. Nada más la enciende a la hora de comer, ir al baño, azotar a los bichos que se acercan al foco, y mojarme con la manguera.

El señor se puso a repetir las mismas cosas aburridas. Como perico repite y repite: "A Maradona lo saludó el presidente Lucas García, por fin los militares ya quitaron a ese presidente bueno para nada, pucha, mi general Ríos Montt debió saludar a Maradona pero le falló por mes y medio, los alacranes traén buena suerte, me van a promover, pucha, me echaron el mal de ojo, pronto voy a ganar más pisto, voy a cumplir los veinticinco y mi comandante nos da los permisos, a ver si me voy a mi pueblo a casar, mi general nos da el fusil a los valientes, pucha, y los otros les da el machete para trabajar".

¿Y a mí qué?

Sea como sea, me quedo dormida oyendo su voz. Despierto a cada rato, más cuando ríe. Y es que todo me pica mucho… Mil millones de pulgas habitan la colchoneta. Y ahora estoy creciendo tanto que el cuerpo duele hasta en los sueños.

"¡Parecés un pollo!", le grité a Natalia cuando la vi parada al centro del patio, parada y metida en ese horrible vestido amarillo. Yo la miraba desde la ventana del salón y se quitó el vestido, el vestido amarillo que ahora era verde, verde, verde; dio tres vueltas de carro hacia atrás. Las tres seguidas. Reímos juntas y empezó a picarme el sostén. Supe que soñaba y Natalia desapareció. Qué bonita es Natalia, ¿cómo era mirar por la ventana del salón? Un patio, palomas de ala blanca y otras que no son de ala blanca. Un globo flotaba esa vez de la kermesse y jugamos a los quemados. El pasto alto siempre sin cortar… Ahí

en ese pasto es donde las hormigas muerden, y junto a la cancha de cemento, brincamos la cuerda; un sacerdote pasa y a veces cruzan más monjas, ¿o eso lo soñé?

Quisiera pedirle al señor este que me traiga la letra de la canción. No puedo acordarme. ¿Cómo va? Tonta, Aura, acordate. Acordate…

Ellas podrían volar, escapar de este hoyo. Me hace falta su trino, alas de golondrina… Aquí abajo no llega nada, ni un sonido de fuera. Clung, clung, viene el señor… *Vidrio que vos pateás y convertís en pedacitos de estrella y los veo brillar*. ¿Se podrá olvidar la forma de la luz? Mamá diría: "No tiene forma, Aura. Más bien, lo que se olvida es su color. Sus colores".

"¡Un sapo! Parecés sapo, sapo, sapo", pero adrede no se lo digo, al señor este. No quiero que se enoje otra vez, como cuando lo de las manos.

Si prendo el foco, el señor-sapo las esconde adrede. Adrede, porque algo tienen de horroroso sus manos. Aunque diga que no. Jamás hay que creerle. "Vos vas a cumplir los quince allá afuera, belleza." Lo hago jurármelo por su vida. "Pucha, belleza, si querés hasta lo juro por Cristo, shish, pero ya cerrá la boca."

Mentiroso.

"No me llame belleza, llámeme Aura." Me doy la vuelta, le doy la espalda y rezo. Diosito. Quiero decirte algo. No me gusta cómo me mira el señor este. Cuando prende el foco, sus ojos saltones me soban. Haz que no me mire, sea como sea… Prometo ser muy, muy buena, Diosito. "Cantame otra vez la misma, belleza. Cantá 'La sanjuanerita'."

No puedo cantar, no puedo moverme. "Lo que pasa es que a vos se te sube el muerto", dice el señor-sapo. Pero, aunque lo diga, yo sé que aquí los muertos se quedan en las paredes siempre, siempre. Son los vivos los que se suben.

Mamá iba de la morgue de San Juan de Dios a la de San Vicente y de ahí a la de La Verbena, donde oyó que mandaban cuerpos a

Coatepeque, y fue a buscar hasta allá. De regreso a Ciudad de Guatemala, volvió a empezar. San Juan de Dios, San Vicente, La Verbena, Coatepeque. San Juan de Dios, San Vicente, La Verbena, Coatepeque.

Mamá no sabe dónde encontrarme porque busca solo un cuerpo. En mi pesadilla, vi cómo ella ve caras y ojos, pezones y ropa sin vida; anillos, secretos, botones, torsos, cabellos y pechos.

Mamá cree que en la muerte es donde va a encontrar.

¿Qué día es hoy?

Sea como sea, ya va a ser mi cumpleaños. Mi cumpleaños quince.

Porfa que no caiga en martes, Diosito… A Natalia no le gustan los martes, odia la clase de gimnasia. Habrá que darle con esa regla a la *miss*. Con la regla, a darle. Que vea lo que se siente.

Mamá dice: "Si rezás con todas, todas tus fuerzas, lo que pidás se cumplirá".

Mamá miente.

Aura, acordate, Aura… Mamá miente…

¿Qué hora es, dónde está mi desayuno? Tengo hambre. Lo quiero ya y ya. *A dónde te fuiste, sapo mentiroso. No entendés nada, vos. Tengo hambre, sapo mentiroso* y pica y pica… aprieta… no es mi talla, ya. Pero ¿cómo hago? No puedo estar sin sostén… Diosito, perdoname. A mí me gustaba ver a la *miss* de música pegándoles a las demás. Me gustaba poquito. Me burlaba adrede de las otras niñas solo porque yo canto mejor.

Te lo juro, Diosito. No vuelvo a reírme. Perdoname y que me nazcan alas, aunque sean de mosca… salir de este hoyo.

"Felicidades, belleza." Prende el foco. "Hoy es tu cumpleaños", me da un chocolate Granada. "Ya tenés quince, belleza, quince, pucha."

No siento nada, ni en la panza, ni en el corazón, ni en la cabeza. Todas dicen que sienten diferente cuando cumplen quince. Aunque este sapo diga lo que diga, no le creo. No tengo quince. "Detesto los chocolates —digo—. Pedí una sola cosa, pedí que me deje pasar mi cumpleaños con mamá." Él abre la

barra y la prueba. “Pucha, pensaba yo que a todas las patojas les gusta el chocolate, a todas, cosita.”

“No me llame cosita, señor.” Como no quiero el Granada, se lo come él. “Vos no me digás señor a mí, princesa; ya sabés mi nombre, pucha.” Dice que el foco lo dejará encendido todo el día. “Lo prendí para vos, Aura, por ser tu cumpleaños.”

No le creo.

“Aura, hay mucho retén militar allá afuera… Si te llevo yo a visitar a tu mamacita, nos agarran los pisados y me fusila el comandante… Princesita, yo extraño también mi casa, extraño tocar la tierra y andar descalzo así en el lodo.”

No le creo.

“¿No vas a decirme en dónde estamos, Dedos?… ¿Dedos?… Por qué tengo yo que estar aquí, decímelo.”

Me mira sonriendo, le gusta cuando ruego. Debí suplicar mejor para lo de mi cumpleaños… Qué tonta sos, Aura, tonta, tonta, tonta.

Mamá y yo íbamos a pintar juntas las patas del piano para mi fiesta. Verde con rojo, verde perico, rojo sangre. ¿Lo habrá hecho, sea como sea, sin mí?

Dedos me mira todo el tiempo. “Apagá el foco, Dedos, que se funde.” Dice que ya tiene el repuesto, que no importa. *¿El señor Chinchilla va a dejarme salir pronto, aunque sea para mi fiesta de quince? Luego me regreso al hoyo, te lo prometo, Dedos.* Yo ya sé la respuesta, pero lo reclamo adrede. “Lo juraste por Diosito, Dedos, ¡acordate!, si no me cumplís, Dios te va a castigar.”

Dice que no es su culpa, que el comandante Chinchilla es el jefe. “¿El jefe de qué?” “Es el jefe de acá, linda, de este cuartel de la G2.” Mira mis pantorrillas. Las cubro. “Me pone triste cuando pienso y cuando recuerdo, pucha, que te vas a ir un día, princesita linda.” Sube la mirada hasta mi pecho, mi pecho que pica y se desborda. “Pucha, todavía más triste me siento de que a vos no te importa irte y dejarme, princesa —dice—. Ni te importa que nunca nos volvamos a ver.” ¿Cómo va la canción? Trato de recordarla… Tenés que, Aura, no seás tonta, Aura. Acordate… “No te importa, Aura, que me muriera yo.” Dedos

mira hacia mi cara, pero no a los ojos. No a los ojos, sino a mis labios.

¿Cómo va la canción?

"¡Mi general ya es presidente!", grita el sapo. Me lo quedo mirando. "¿No entendés, bonita? ¡Efraín Ríos Montt, presidente! A beber, bonita, a celebrar. Tragátelo todo el vaso, pucha, todo el guaro pa'dentro".

Trago. "Dedos, decíme, ¿qué es lo que escribe la señora mecanógrafa todo el tiempo?". Él traga otro vaso de guaro y dice, "ya tenés quince, bonita, quince, pucha". Sirve otros dos vasos y me pide La sanjuanerita. Mientras yo canto, él me ve sin verme, a la altura del pecho.

"Grabátelo, señorita quinceañera, hoy es 9 de julio de 1982 y, pucha, mi general es presidente, se acabó la junta militar, ¡híjuela!"

Mamá dice mentiras. Nunca iba a dejar que nada me pase, y papá tampoco. Pero él se murió. "La vieja de la máquina de escribir anota los nombres, edad y cosas de las gentes sospechosas y de las gentes que tenemos encerradas como vos, princesa; también de las que tenemos matadas." El sapo aprieta la botella con sus trece dedos mientras repite estupideces y me mira la boca.

Bostezo. Repite lo mismo, "mi general Ríos Montt, jefe de jefes, ¡jefe de jefes! Y hombre de Dios, él mismo lo ha dicho, así lo dijo: ¡Gracias, Dios mío! tú me has traído hasta aquí, y dijo que solo Dios le puede dar o quitar su poder a mi general Ríos Montt, jefe de jefes, ¡jefe de jefes!"

No puedo mantener los ojos abiertos por mucho tiempo más. "Pucha, ya sos una mujer, quince años, señorita, quince años".

Es lo último que le oigo decir. Sueño.

"¡Traeme la letra!, Dedos, ¿qué no entendés el español?"

Prende el foco y grita: "Que no me llamés Dedos, pucha, llamame Amílkar". Tapa su cara y los cuento otra vez.

Diez, no. Doce, no. Trece, trece, trece.

Me mira y se da cuenta y esconde sus manos en las bolsas.

Como hace siempre.

Por fin el sapo trajo la letra de la canción. *Un collar de golondrinas quiero llevarme de vos*. Me pone triste. Mamá… Natalia. Mi piano, el cielo, el sol.

Dedos dice que extraña el olor de su pueblo, olor a estiércol y bosque. Se puso a chillar y luego dijo: "Pucha, yo juntaba bolitas de estiércol para oler. Y ora soy uniformado, Aura, uniformado. Nosotros agarramos comunistas, guerrilleros, gentes malas, pisados que no creen en mi general Ríos Montt, ¿entendés, cosita?"

"No me llamés cosita."

Dice que lo van a matar por mi culpa; que por mi culpa va a morirse.

Adrede hago como que se me sube el muerto y no abro la boca ni me muevo nada. Sea como sea, entra en descontrol. "Si el comandante Chinchilla te deja ir, shish, seguro a mí me mandan a reventar guerrilleros, Aura… pero que sepás que yo me voy a dejar asesinar, pucha, ya verás, me voy a dejar asesinar por uno, así voy a morirme, Aura, y vos te vas a arrepentir de no ser buena conmigo, decime, Aura, decime algo lindo, pucha… Decime…"

¿Qué es comunista? Yo debo ser eso, porque guerrillera, no. Enemiga de Guatemala, no. Tampoco le hice nada al señor Ríos Montt. Pero cuando yo tenía toda la luz, a veces no pensaba en Dios. A veces no rezaba. ¿Será por eso que no puedo salir?

III

FRANCISCO CHINCHILLA

Jauría de sombras

Ciudad de México, julio de 2012

Mirada, ¿mirada de quién?
¿La nuestra o la de ellos?

Negma Coy

2 de julio, 5:07 a. m. Mis sospechas son ciertas, no hay duda. Si no, ¿por qué carajos traigo a un pisado soplándome en la nuca?

Según los consejos de mi hijo, verdá, me decidí a grabar mi voz y reportarlo todo. Escribir un diario, ni muerto. Eso de los diarios es pa niñitas o pa maricones. Yo grabo lo que veo y lo que pienso, que nada se me escape y voy a saber quién quiere joderme a mí.

4 de julio, 21:28 p. m. Toda la mañana en el café Obregón vigilando cerotes que cruzan la esquina Havre-Marsella. Ningún extraño se mete al edificio, verdá, chanza y el enemigo sea de adentro. Un vecino. Mirá por ejemplo al pigmeo del 203, según ni trabaja. El suyo es el único apartamento pendiente de registrar. A ver cómo te saco de ahí, menudo de mierda.

5 de julio, 10:12 a. m. Este meserito nuevo del Obregón no da confianza, el shuco. Trae cerilla en los oídos, trae un par de uñas puercas, deja el váter mal lavado, deja bish en la tapa y trozos de

cilantro en el lavamanos. “Hoy qué vas a querer, amigo”, si no soy tu amigo, cerote. ¿No captas que diario ordeno lo mismo? Imbécil.

Ni hablar, habrá que soportar a este camarero de cuarta. No iba yo a permitir que la Gardenia siguiera mesereando aquí, verdá. Tipos viéndole los nardos a mi mujer, faltándome al respeto. No, señor, no gracias. Se creen que no soy más que un vejancón, un don nadie, pero ya van a ver.

7 de julio, 9:27 a. m.

—Meserito, vení, ¿querés ganarte unos pesos?

—Sí, amigo, siempre. ¿En qué me ocupas?

—Voy a traer a un enano a tomar café conmigo.

—¿A cuál?, ¿a don Lupito?

—¿Conocés su nombre? Nunca lo he visto aquí en el café.

—No puedo decirte más, amigo, es secreto.

—Así no te vas a ganar ni un peso.

—Pos ni pedo, amigo.

Este pobre diablo no tiene idea de con quién se mete. Ahora que lo pienso, ¿será posible que me ande envenenando? Ya me voy a enterar, shuco, y te morís.

8 de julio, 4:31 a. m. Coño, coño de mierda, llevo diez minutos hablando a lo estúpido, sin prender la jodida grabadora esta. Bueno, a ver. Decía que el meserito me ha de estar envenenando, porque en la noche me agarran escalofríos, calenturas, mareos. Y eso que mi salud es harto excelente de costumbre. Nomás se acerca la hora de irnos a acostar, la Gardenia y yo, y órale. Ay, Gardenia, sin vos no sé qué haría, sin esas manos tuyas que todo lo curan y saben acariciar, reina. Tus menjurjes y caldos no sirven de un carajo, pero bien rico me saben, puchis. *Luna, Gardenia de plata, que en mi serenata, te volvés canción…*

La vaina es que no me gusta que la Gardenia vaya tanto al mercado de San Juan. No me gusta que te mire nadie, reina. Cuántos cerotes querrían meterte en su cama, y yo, con harto pellejo colgando y sin poder decirte quién soy… ¿Por qué estás vos conmigo, bonita?

10 de julio, 19:03 p. m. Cuando volví del Obregón, mi monitor taba movido hacia abajo unos cinco grados. Si no es el meserucho, será el Lupito del 203. No hay enano bueno.

Sabés qué, mejor ni utilizar el internet de aquí, verdá, nomás pa las peliculitas que a la Gardenia le gustan. ¿O será que el Gavilán me metió a este departamento pa joderme? Chanza y contrató la línea a su nombre y todo, pa escucharme.

Por qué, por qué. No hallo motivo, solo que siga de cuaz con el Dedos. Pero el Dedos se salió del bisne, no creo que tenga plata. Y menos como pa que le sobre y pagarle al Gavilán y al tal Lupito.

11 de julio, 5:15 a. m. Mirá, que me gusta harto oír a la Gardenia cantar, canta bonito. Me gusta, de pronto desentona, le sale un gallo. Dice: "Lo hago a propósito", y le creo. Luego hasta me saca la lágrima la condenada. Pero cada que canta, sueño con la patoja que cogimos en la G2. Aura, la del lunar en el labio. Cantaba así como la Gardenia, cambiando un poquito el ritmo, desentonando. Su cara se la veo, los ojos como los de mi hijo Pablo. Bonitos. Claros. La veo desnuda, abierta de patas, sucia. Cuando trato de agarrarla de los pelos, la Aura se convierte en una virgen, así, azulosa. Le da pecho a mi Pablo, se lo quiero arrebatar, pero me avienta. Me aporrea con puños de piedra azul y se eleva lejos, lejos.

12 de julio, 1:30 a. m. Ay, señor, que no mejoro. Los escalofríos me vienen harto puntuales, a eso de las nueve, y la calentura a eso de las once. Toy mascado, no hay cosa peor que andar jodido y sin poder fumar. Qué clavo es estar acá mirando las paredes amarillas. A pintarlas, que la Gardenia se ponga. Según ella, lo que tengo es miedo. Miedo a caer dormido y soñar. Híjuela, no sea que tengás razón, reinita, que un viejo kaibil les tenga miedo a las pesadillas. Eso sí jode.

Ayer colgué la red, según que atrapa pesadillas y además me la tejió la Gardenia. Qué haría solo sin ella, solo en esta ciudad en la que no me hallo, lejos de mi hijo. México está lleno de hartos mexicanos, hartas ratas. Olor a gasolina y mierda.

15 de julio, 3:01 p. m. Híjuela, el Lupito me trae jodido. No sale más que a tirar la basura a la calle y se vuelve a meter a su cueva. Lo raro es su bolsita azul, ¿por qué la lleva a la calle y no la tira? Ahí trae la clave de toda esta vaina.

No le digo nada de eso a la Gardenia, pero el cable de la computadora taba movido cuando llegamos juntos de su escuela de canto. El mechero plata, dos centímetros a la derecha de donde lo dejé. Pisado de mierda, te voy a agarrar, te voy a reventar la shola con estas manos de viejo kaibil. ¿O se creyó que alguien tan chiquito va a joderme a mí? No, no, señor.

16 de julio, 11:33 a. m.

—A ver, meserito, ¿querés ganarte esos pesos o no?

—Sí, amigo. De que quiero, quiero.

—Ya me informé de dónde conocés al enano. Iban a doble A juntos, vos y él. Acá atrás, calle de Liverpool.

—¿Él te lo dijo, amigo?

—Eso no te incumbe.

—No se vale ventanear compas, no se vale, yo nunca hubiera dicho…

—Mirá, voy a traer al Lupito aquí al Obregón, verdá, y voy a decirle que olvidé mi celular en casa. Que me espere acá con vos.

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—Mantenerlo acá sentadito, hasta que yo regrese.

—¿Cómo le hago? Don Lupito no se está quieto…

—Esa es vaina tuya.

—¿Y qué vas a hacer mientras lo tengo aquí sentado, amigo?

—Reventarte el culo con dinamita, si seguís preguntando lo que no te importa.

17 de julio, 4:31 a. m. Ayer se aglutinaron hartas moscas en la bola de pegamento. Siento hasta viscosa la piel de tanto que subió el calor. A la Gardenia le da tristeza y asco ver a los bichos pegados, pero la trampa se tiene que colgar. Si no, ¿cómo atrapo a esas porquerías?

La Gardenia es harto sentimental, qué más le voy a pedir de una hembrita como ella. Anduvo el otro día persiguiendo una

cucaracha con un vaso, que para no matarla. Que la iba a sacar al camellón. Nomás le faltó darle un beso de despedida, vieras con qué cariño la atrapó a la asquerosa. “Ellas también quieren ser felices —dice—. No quieren sufrir.”

Ah, cómo me encanta a mí ver moscas intentando escapar, despegarse de mi trampa, verdá. Desesperadas. Se empujan unas con otras; hay las que dejan atrás un par de patas o las alas con tal de escapar. Híjuela, yo siempre les dije a mis prisioneros: “Mirá, no vale la pena escapar, señores. Sale peor”. Lástima, ni ellos ni las moscas razonan, se les da cran y asunto arreglado.

17 de julio, 9:44 a. m. Ay, señor, que no mejoro. Los escalofríos me vienen harto puntuales, a eso de las nueve, y la calentura a eso de las once. El shuco del Obregón no es; nunca fue. Yo ya ni pruebo su café, lo dejo intacto… ¿Intoxicás mis caldos, Gardenia?

18 de julio, 6:00 a. m. Dedos desgraciado de mierda. Taba parado frente a nuestra cama, mascando chicle y sacándome la pistola de debajo de la almohada. Me veía con esos ojos saltones, de bocio. No pude atraparle su jodida manota deforme, ya me estaba apuntando a la cabeza cuando desperté. “Tranquilo, papacito”, dijo la Gardenia. “¿Qué dije, qué dije dormido?”, le pregunté. “Nada, papito, solo sudabas y te movías como lombriz.” ¿No será aviso de la virgen o del diablo? Será que Gavilán tiene forma de meterse a este apartamento, el Dedos lo habrá convencido pa joderme. Si no, ¿por qué tanta pesadilla?

Con eso de que el Gavilán sabe montarse y desmontarse todo aparato que le pongan enfrente, no se queda en rompecabezas. Ay, señor, me cago en el Gavilán y sus jodidos rompecabezas. Me cago en el Dedos y sus cables y compiuters. No sea que vigilen lo que miro, jodidos, nunca he confiado en desertores y menos en uno con cara de modelito de revista y otro con cara de renacuajo. Ni hablar, a registrar todo el edificio de vuelta, verdá, darle otra peinada. Qué clavo. Y el Lupito sigue sin salir; eso normal no es.

18 de julio, 13:07 p. m.

—Don Lupito, por fin lo hallo. ¿No escucha cuando le timbro?

—¿Y usted quién es y qué quiere?

—¿No me reconoce? —este pigmeo me ningunea y apesta a alcohol, quién se cree que es.

—No, no lo reconozco.

—Mire, don Lupito, quiero invitarle un café. Sé que usté no bebe, por eso…

—Vete a la chingada, soldadito de porquería, ¿crees que no sé reconocer basuras? Lárgate de mi puerta.

20 de julio, 4:31 a. m. Mi hijo Pablo dirá que estoy loco, verdá, pero cómo lo sueño. Y no lo sueño hombre, sino niño. Algo parecido a un agüero. Puchis, si ya eres un macho, Pablo, y en esas pesadillas te carga tu madre.

Lo que tendría que hacer es volverme para Guatemala y pasar el tiempo con mi hijo. Llevarme a la Gardenia, embarazarla. Sí, señor, tiene que haber manera de volver y esconderme allá; seguir en México me está matando.

20 de julio, 8:43 a. m. El Dedos me miraba sentadito, con la silla al revés, abrazando el respaldo. Abrió harto sus esferas de sapo y arañó mi cara. Yo le agarré esa jodida mano y arranqué un dedo con los dientes, "por fin tenés nomás doce", le dije. Arañó otra vez y le corté la mano entera, la maldita cayó al suelo y siguió moviéndose, retorciéndose los seis dedos hasta que se convirtieron en alacrán. Ese alacrán anda jugando en la habitación, verdá, anda en la cama y lo voy a incendiar.

Cuando desperté, la Glock seguía bajo la almohada. Pero traigo un rasguño bajo el ojo derecho. ¿Qué coños significa? Ese pisado no me va a joder tan fácil. La Gardenia se puso mal, "no me lo esperaba de un señor como tú, papacito, andando con pistola bajo el cojín". Ay, si supieras, reinita. "Mirá vos —le dije —, no está de más, es pa cuidarte, pa cuidarnos." Se me quedó viendo, bien enfadada y le canté la que le gusta, *luna, Gardenia de plata*…

A ver qué le regalo, las pulseritas esas doradas y los

pupilentes de colores le encantan.

21 de julio, 10:07 a. m. Ayer en la tarde salió el Lupito a sacar la basura. Le traigo unas ganas… Yo estaba en el Obregón y me le quise acercar. Iba hacia él pero se me quedó mirando bien raro, con su cara minúscula de gente loca. Llevaba la bolsita azul y no la tiró a la basura, nomás la sacó a pasear como siempre. Luego, ya que iba de regreso a la puerta del edificio, me sonrió. "Es bien buena gente don Lupito, amigo, debieras conocerlo."

¿Será?

21 de julio, 11:01 p. m. Oigo la voz, coño, su voz se me tatuó en la oreja. Y qué tanto tuvo el Dedos que estarse agarrando a la patoja, a la Aura. El pisado no le quitaba las manotas de encima a la niña, el shuco.

Ayer, definitivo, me dio harto pánico irme a la cama, con todo y los masajes relajantes de la Gardenia. La madrugada se me fue en esperar a que se murieran todas las moscas, así, lento. Poco a poquito disminuye el zumbido de tanto cansancio, hambre, desespero. Ahí, adheridas al pegamento.

A las últimas las saqué de su miseria rapidito. Las quemé a unas, las ahogué a otras, y se acabó.

22 de julio, 19:55 p. m. Esta mañana, a eso de las ocho, entré al apartamento de Lupito. No puso seguro y ni siquiera tuve que forzar la puerta.

—Sácate a la chingada, ¡basura!

—A ver, don Lupito, calmao…

—Cerdo militar, ¡porquería! —tomó un cuchillo grandote de la cocina, se notaba a leguas que no lo sabía usar.

—Calmao, Lupito, vengo solamente a interrogarlo.

Andaba ebrio, el bueno para nada. Ebrio, verdá, desde esas horas; no soporto a los tipos descuidados y sucios, coño, la boca apestando a tequila. Apenas podía moverme ahí dentro, el hombre tenía demasiados muebles y cajas y bolsas de basura. Lo peor: hordas de moscas que no sé cuándo lograron invadir ese

departamento, las ventanas claramente llevaban meses cerradas y el aire casi se podía pellizcar.

—Calmao, Lupito, que lo despellejo vivo.

Frente a él, abrí todos los cajones, clósets y puertas. Nada estaba en orden, en un mismo cajón podía haber tijeras, condones, chocolates rancios, anillos y CD rayados. El pobre diablo me seguía por todas partes, agitando su cuchillito (que no era tan grande después de todo, pero se miraba enorme en esas manitas de patojo). "Basura, porquería, militar asesino, hijo de traidores, aberración calderonista, te vas a la chingada, puto culero…" No paraban los gritos, mientras yo continuaba la inspección. Encontré un monigote maya que me puso mal. ¿Lo habría traído de Guatemala y sabía algo de mí? O será que otra gente usaba ese apartamento, verdá, porque había ropa tamaño normal y hasta un frac casi nuevo. Lavado y planchado.

La bolsita azul la traía colgada de un hombro; cuando traté de quitársela, me rajó la mano con su cuchillito y tuve que atrapar ese cuerpito de muñeco. El enano no pesaba más que mis dos viejas metralletas, fue fácil romperle el cuello con un brazo, verdá, y esconderlo bajo su camita individual. Seguro la Gardenia se espantaría, pero el pigmeo ni sufrió, murió rápido. Supongo que le hice un favor, con la vida de mierda que tenía.

22 de julio, 2:01 a. m. Cómo no se me ocurrió grabar los gritos del Lupito. Siempre se me olvida prender esta porquería, coño. Además, no logré meterme a su telefonito, tiene clave. Para eso el Dedos era el bueno, lástima que acabáramos mal, el Dedos y yo. No conviene meterlo en nada, no sabe controlarse y casi me jode con sus loqueras en la G2. Ah, se me olvidaba. La bolsita azul traía nomás unas cartas con dibujos y fotos de putas encueradas, de esas cartas antiguas que luego venden en los mercados. También había dos calzones sucios de alguna shuca con la que se ha de haber revolcado hace meses, una carta de su papá y quinientos pesos. Imbécil.

23 de julio, 10:50 a. m. Aura casi me saca los ojos anoche. La patoja fantasma. Tábamos en el sótano de la G2, ella amarrada y

me acerqué. Su cara y el lunar del labio inferior crecían, sus manos transparentes se soltaron de sus amarres y taparon mi rostro. Sus dedos flacos, blancos, apachurraban harto mis párpados. Dolía. Dolía de verdad. No pude moverme, no pude ni quitarme a esa araña de encima, jodida patoja, con lo flaca, verdá, debería estrellarla contra la pared y reventarla. Pero encajó los dedos con fuerza de macho sacándome los ojos de mi cara, y sentí agua fría y viento, y ahí se apareció el Dedos con el bebé en brazos. Ahí pude despertar.

La Gardenia ya estaba sentadita en la cama y me miraba sin parpadear, con sus hermosos rizos enmarcándole la cara. "¿Qué soñabas, papito?", preguntó. "¿Por qué querés saber qué dije?" "Tranquilo, papacito —respondió—, nomás sudabas como regadera y tenías miedo."

Reinita, tenés razón, y ¿cómo contártelo todo? Contarte que les tengo más miedo a las sombras que a los vivos. Poneme a cualquier shuco enfrente y lo despellejo de una, sí, señor. Despellejo al Dedos. Al Gavilán. Pero a la patoja esa, la Aura, no le puedo clavar ni los dientes. A veces, además de oír su voz, puedo oler el sudor en su cuerpo, sudor penetrante y dulce, verdá, como si estuviera dentro de mi cama.

No puedo matarla de mi mente, no hallo cómo.

23 de julio, 11:44 p. m. Gavilán por fin se llevó el cuerpo de Lupito. Ora nomás falta quebrarme al camarero, si no va a andar preguntando por el pigmeo y va a querer que le pague esos pesos.

Pasando a otra vaina, a la Gardenia se le cayó el plato de sopa. Ahora que lo pienso, verdá, se le rompen vasos y eso de pedirme ayuda que porque la charola le pesa no es normal. Será que no te dedicabas a meserear antes del café Obregón, reina. Pues a qué te dedicás, vos, ¿a joderme? No te preocupés, que me voy a enterar. Las mujeres no saben esconder una mentira.

24 de julio, 3:33 a. m. ¿Será que andás esculcándome en las noches mientras yo lucho con pesadillas y sombras? Será que la Gardenia sabe quién soy y se hace la pendeja. Híjuela, todo esto

es culpa de la patoja de la G2, que no me deja dormir, que me pone a sospechar, a maquinar. Cómo deshacerme de esa mujer, cómo la baleo y la desmiembro y la quemo y la entierro, si una pesadilla no se deja tocar.

24 de julio, 7:14 a. m. Me toqué la cara, mis ojos estaban bien, no hay rasguños nuevos. ¿Habré mencionado a mi hijo Pablo frente a la Gardenia? Por eso de que la patoja y el Dedos se aparecen en mis sueños, con todo y el bebé. ¿Y si fueras vos, Gardenia, quien apachurra mis párpados? El dolor se siente harto real.

Si sos vos, Gardenia, yo mismo te asfixio.

IV

VICTORIA

No fue un sueño

Ciudad de Guatemala, julio de 2012

empiezo a ser otra

me parezco más
a la mujer
que he
soñado.

Lucía Morán

Investigación
C-048X22-87X9WY4-XXX
Com. 4ta y Famdegua

COMISIÓN CUARTA DE DERECHOS HUMANOS CON APOYO DE LA ASOCIACIÓN DE FAMILIARES DE DETENIDOS-DESAPARECIDOS DE GUATEMALA FAMDEGUA. JUEZA PRESIDENTA: PERIODISTA IRIS ZALDÍVAR.

11:00 A. M. DEL XXXX DE 2012, CIUDAD DE GUATEMALA, GUATEMALA

INVESTIGACIÓN QUE SE SIGUE POR (I) LOS DELITOS DE GENOCIDIO Y LESA HUMANIDAD POR LOS SEÑORES JOSÉ EFRAÍN RÍOS MONTT Y MAURICIO RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, ASÍ COMO (II) POR LOS DELITOS CONTRA LOS DEBERES DE LA HUMANIDAD, POR LOS SEÑORES FRANCISCO CHINCHILLA, AMÍLKAR SOSA MATOM, RICARDO ESTRADA COSÍO Y JORDÁN PIMENTEL.

[…]

18. CONTINÚA VOZ TESTIMONIAL DE LA SOBREVIVIENTE VICTORIA JUSTINA TECU, DECLARATORIA TOMADA POR LA PERIODISTA Y ABOGADA LUCÍA FLAQUER.

DECLARATORIA 1.1. VICTORIA J. TECU / TRANSCRIPCIÓN POR LUCÍA FLAQUER.

Mi nombre completo es Victoria Justina Tecu. Mi lengua materna es el ixil.

¿Cuál decís que es tu nombre, niña? Ah, Lucía, bonito. Lucía Flaquer. No te vayás a ofender, niña, pero a mi edad una se olvida de todo. O de casi todo [parece hacer cuentas]. Creo voy para los ochenta y tres. O poco más; cumplo por ahí de agosto [ríe]. Gracias por las flores que me echás… Pero una sabe cuando se ve ya vieja y me gusta. Pues verás, nunca tuve ganas de quedarme joven. Ser joven duele.

Fui originaria de Itz'Pichil. Ni lo busqués en el mapa, ya no sale. ¿O será que nunca salió? Eran unas trescientas gentes, al final. Muchos trabajábamos en otros lados, pasábamos ahí nomás algunas semanas cada año.

Cerca de Nebaj estaba, pasando Nueva Esperanza más hacia Río Azul. Y no, Itz'Pichil ya no existe. Desapareció. La quemaron. No queda nada más que un hoyo repleto de luciérnagas [suspira. Mira al techo].

El español lo aprendí desde muy patoja, como de ocho me fui para la finca y nos daban la orden en español. Luego, a los quince, ¿o serían catorce? [parece intentar recordar]. Sí, sería como de catorce cuando me vine para Ciudad de Guatemala, de niñera del coronel Estrada. ¿Te sonó chusco? A mí también… Uno lo mira al hombre ahora hasta en la televisión, vestido de asesino con esa voz que pone la piel chinita a uno. Pero fue un bebé también, así de chiquitito [muestra el tamaño], igual que fuimos vos y yo [parece recordar algo]. ¿Cuándo fue que naciste, niña?

Vos ni existías cuando las masacres acá en Guatemala. Si tenés veinticinco, has de haber nacido despuecito de lo que pasó… [silencio]. Del genocidio. Sí.

[Descanso.]

Recuerdo clarito esa vez que el coronel Estrada me sacó uno de sus mapas. Señaló [muestra cómo le señalaba]: "Mirá, Victoria, aquí en esta parte, toda la línea que empieza abajito de los Cuchumatanes agarrando Nebaj y hasta por el Lago de Izabal, hacia el norte, todas las poblaciones que ves ahí son enemigas [silencio]. Colaboran con la guerrilla", dijo él [silencio]. "Por eso, todo lo que se mueva de ahí para el norte, hay que matarlo."

Respondí: "No, en mi pueblo no están colaborando. Nadie se mete en eso de guerrillas, todos trabajaban, todos" [silencio]. "Son órdenes de arriba, de Ríos Montt", dijo el coronel Estrada. Mejor que yo me fuera a avisarles a mis sobrinos, a mi hermana. A mi familia, pues. "A ellos nomás —el coronel insistió—, no avisés a nadie más, nadie." ¿Te sorprendés, niña? Si eso no es nada, oí muchas cosas diabólicas, de que había que detener al indio, al que no fuera ladino, de que el indio quería eso del comunismo, de que íbamos a acabar mal como otros países, como Cuba [parece recordar algo]. Para Estrada, los indios según eran los que atrasaban al país, según que los indios iban a querer matar a los ladinos.

Yo nunca lo interpreté eso como en contra mía. Yo pensaba: "Para ellos yo soy diferente, de la familia casi". ¿Por qué? Pues porque llevaba yo cuarenta años trabajando para los Estrada, más de lo que duré viviendo con mi mamá y mis hermanas en mi pueblo. Ahí en la casa de los Estrada, me pasaba yo casi todo el año. Ahí dormía, comía, todo ahí, yo [silencio].

La pregunta que me hacés no es fácil, niña. Yo fui su nana del coronel, fui su niñera suya desde por ahí por los años cincuenta o cuarenta, ya ni sé. Y pus sí, le tuve cariño, mucho le tuve. Luego ya que creció, me quedé según como parte de la familia y luego a cuidar a su hijo del coronel Estrada, al Ricky. Sí, ese mero, al diablo que le dicen el coronelito [parece intentar recordar].

Me quedé luego de las matanzas por no pensar bien bien las cosas [talla sus ojos]. Me quedé porque yo a ellos los veía según como buenos patrones. Buenas gentes. Por decir algo, me dieron el permiso de llevarme conmigo a mi hijo que adopté, a vivir allá en Ciudad de Guatemala en la casa de ellos, de los Estrada [silencio]. Nunca pensé que el patrón fuera culpable. Parecía

cosa de la guerrilla, de Ríos Montt [silencio]. Entendí que el problema no era tanto por la guerrilla, hasta que me mataron gente que conocía yo. Gente que no se interesaba de política [llanto].

——— [fuera de registro] ———

Sí, niña, contame. Es bueno sacar lo que trae uno dentro, contame [silencio].

No tengo duda de eso que decís, niña, de que el coronel mandó levantarlo a tu abuelo. ¿En qué año fue eso? [silencio]. Quién sabe qué habrá hecho con él, de eso a mí no me hablaba. No recuerdo que se mencionara a ningún Flaquer… Pero yo no lo escuchaba todo y nunca supe los nombres de los detenidos que acabaron en el sótano de esa casa [silencio]. Era búnker, así le llamaban ellos. […] ¿Sabés? Me pasó lo mismo a mí, ya te lo contaré. También me desaparecieron un cuerpo. […]

——— [en registro] ———

[Silencio.] Ay, niña Lucía. Ya oíste lo que te dije de mi sobrina, de Aruma. ¿Sabés? A mi niño que adopté me lo quedé yo porque mi sobrina se falleció [aprieta dedos de sus manos]. Quedó huérfano el patojo allá en el pueblo de la Nueva Esperanza, cuando Itz'Pichil dejó de existir. Los que quedaron vivos se fueron a la Nueva Esperanza [silencio]. Unos años después fue que Aruma quedó cargada. El papá del niño según se encaminó para los Estados con un pollero, un mexicano. Se fue el muchacho y el pollero nunca supo decir bien a bien lo que pasó allá en México. No se supo más nada del muchacho.

Yo te estoy hablando de mucho después de lo de Itz'Pichil, niña. La desgracia de Itz'Pichil fue en el año 83 y de ahí mi sobrina Aruma se mudó a la Nueva Esperanza. ¿Sonreís? Pues sí, niña, mi sobrina sobrevivió Itz'Pichil y tuvo su hijo. La desgracia fue que ella enfermó por allá por el 92, ¿o sería el 93? [parece intentar recordar]. La doctora según dijo que se cayó por andarse ahogando, por andar respirando plaguicidas. Pero yo sé que no fue de eso [suspira y talla ojos]. Fue lo que le pasó antes, lo que le hicieron estos asesinos acabó con ella, se vació y no vivió mucho más [sale al sanitario].

[Descanso.]

Mi hijo, el que adopté cuando Aruma se falleció, se llamó Domingo. Por los ocho años andaba cuando me lo traje a la ciudad, iba a estar bien acá conmigo. Hasta me dio alegría que el demonio lo invitara a jugar. Sí, Ricky Estrada, el coronelito. Ese mismo [silencio].

Yo a ese demonio de Ricky lo quise mucho al condenado, lo cuidé desde que era deste tamaño [muestra tamaño], igual que a su papá el coronel [silencio]. Ricky no se me figuraba un patojo normal, ¿cómo decirlo? Se enojaba mucho el niño, pues [silencio]. Pero yo aquí a vos te juro que no imaginaba lo que iba a pasar [aprieta dedos de sus manos]. Era el diablo, se enojaba mucho él si yo no le daba lo que pedía y sufría de dolores estomacales, de ácidos. Mirá, por decirte algo de lo que me pedía: preparame dobladitas, cantame, limpiame la boca, haceme un maíz con chile [imita voz], y eso a cualquier hora, en medio de la madrugada, y luego le hacía yo menjurjes de rama de ruda para calmarle el estómago o brebajes de cacao para abrirle el sentimiento. Y se venía a meter a mi cama conmigo y con mi hijo Domingo, según que porque le dolía mucho o que porque le daba miedo dormirse solo. ¿Pues qué iba yo a decirle? “Sí, venite, Ricky, venite…”

Fue un patojo muy solo, él. Si yo decía no, gritaba mucho, despertaba a Emily, la doña de la casa, y la doña se enojaba [silencio. Cubre su rostro]. Fue por eso por lo que algo se me ocurrió a mí. Algo que pensé yo [silencio. Parece dudar]. Lo que a mí se me ocurrió fue que Domingo y Ricky durmieran juntos. Juntos en la recámara de Ricky, con todo y que eso no le gustaba a Emily, pero los patojos iban crece y crece y no se me hacía ya dormir con ellos [silencio]. Siendo yo mujer, pues [suspira].

Lo llevaba yo a Domingo a la recámara de Ricky ya bien tarde, cuando según todos dormían y entonces ya se estaban quietos [silencio. Llanto]. Sabés, niña, Domingo iba bien en la escuela. Iba bien, salió a su mamá, le gustaba eso de los libros. Yo quería que estudiara para licenciado y él decía que sí, decía: “Sí ma”. Pero él murió.

[Descanso.]

Así como tu abuelo, niña Lucía, así como él fue que mi

Domingo murió [jala aire]. Asesinado. Pero a mi Domingo no le dio tiempo de llegar a ser un hombre, menos abuelo… no dio tiempo de nada.

Una noche de diciembre en el 96 me despertó el ruido; fue un balazo, se oyó cerca. "¿Sería en la calle?", pensé yo, pero igual corrí y crucé el jardín. Entré a la casa de los patrones, yo dormía en la lavandería al fondo del patio [silencio]. Oí a Emily gritar. Grite y grite estaba la mujer, subí las escaleras y la vi cómo se tapaba su cara y cómo el coronel Estrada la intentaba de calmar. Yo con un mal presentimiento, me acerqué despacio, me asomé a la habitación de los patojos [silencio. Mira al techo. Suspira].

Domingo estaba tumbado. Lleno de sangre en su carita y un hoyo en el cachete [silencio]. Ricky traía una pistola, así [muestra cómo la tenía]. Entre sus manos la seguía apretando así, entre las dos manos [muestra cómo la apretaba]. El coronel intentó arrebatársela [silencio].

No pues qué habrá tenido… Trece. Sí, el demonio habrá andado por los trece y Domingo por los diez. Te hablo del 96, diciembre del 96 [silencio]. Por eso, niña Lucía, esto de venir y hablar con vos, lo hago nomás por Domingo y por su mamá, mi sobrina Aruma. Por ellos nomás. Y por Itz'Pichil, para que quede escrito lo que pasó. Para que al menos no mueran ni las luciérnagas, ni los nawales, ni las flores, ni los secretos [silencio].

¿Sabés? Yo no sabía que los patojos jugaban con las fuscas esas del sótano. Lo tenían siempre con llave, lo habré limpiado poquitas veces porque el encargado de ese sótano —que le decían ellos el búnker— era siempre un cabo; ese búnker era bien grande, así como del tamaño de la sala, y estaban ahí los fierros descansando detrás de las vitrinas. No pensé que alguien los fuera a sacar. Lo juro por Cristo [parece intentar recordar]. Dicen que a los fierros los carga de balas el Diablo, y los tontos las disparan [golpea la mesa con el puño].

La mujer, la Emily, me gritó a mí que si yo no sabía cuidar patojos, que por qué mi niño andaba en la habitación del suyo, que si yo no sabía cómo hacer mi trabajo [golpea la mesa con el puño]. El coronel la trató de calmarla a la mujer, se la llevó a la recámara de ellos y ahí la encerró bajo llave. Y no, eso no era

raro, él siempre la encerraba según porque la doña no se sabía controlar. ¿Me prestás un baño, niña Lucía? [se retira al sanitario].

Por favor, servime agua, que yo café ya no bebo [silencio].

Lo que recuerdo de esa noche fue nomás que el horror para mí [cubre su rostro]. Me acerqué a ver, a abrazar a Domingo y a llorar y llorar. No gritar, nomás llorar. Ricky veía con esos ojos azules del diablo, dijo que según yo no lo quería a él, que quería nomás a Domingo. ¿Y cómo no, si Domingo era mi mismita sangre? [silencio].

Ricky quiso que lo abrazara también y yo no pude [silencio].

Y el cuerpo de Domingo se quedó así, caliente y triste. Casi vivo pero muerto [silencio].

La chumpita naranja esa para dormir se le veía apagada. Más triste cuando pienso; no sabía yo que era la última vez que lo veía a Domingo. La última vez de abrazarlo [silencio].

Ya el cuerpo estaba tumbado ahí, pero sin tenerlo a Domingo dentro.

[Descanso.]

DECLARATORIA 1.2. VICTORIA J. TECU / TRANSCRIPCIÓN POR LUCÍA FLAQUER.

El coronel dijo: “Vos no te preocupés, Victoria, todo se va a solucionar, Victoria”, y me agarró fuerte, me agarró las manos. Luego llamó al matón ese, Francisco Chinchilla. Hacía años no visitaba la casa, según ahora se dedicaba a ser solucionador. ¿Cómo decís, niña? No, no usó la palabra *fixer*. No sé yo lo que es eso. Pero lo que Chinchilla dijo fue: “Tengo que llevarme el cuerpo del muerto. Del niño muerto” [suspira]. Imaginate. Yo dije: “No, lo tenemos que enterrar junto a Aruma, no se lo puede usté llevar así nomás” [suspira]. Se puso necio el hombre, necio y violento [silencio]. Me soltó un golpazo [golpea la mesa con un puño]. En plena cara me dio, acá [muestra en dónde la golpearon]. Yo que no me dejo poner una mano encima ni por nadie, ni por mi papá, ni por mi mamá, que en paz descansen, ni

por nadie. Pues fijate nomás, el hombre me dio y me dio duro, me tiró [suspira].

Ahí fue cuando el coronel me dio a tomar té [parece intentar recordar]. Con ese té fui quedando bien cansada, mareada y luego bien dormida. ¿Lo dudás, niña? Sí, yo estoy segura que sí tendría algo ese té [silencio].

Por eso, niña Lucía, yo no recomiendo buscar la venganza. No tengo temor y que me pase lo que me tenga que pasar, ya ni familia me queda. Ni ganas. Estoy vieja, pero vos tenés la vida entera, lo tenés todo, niña. Olvidalo al coronel Estrada, tu abuelo seguro que lo desea eso para vos, donde quiera que esté él.

[Parece intentar recordar algo.] ¿Sabés? A la mañana siguiente de que se me murió mi Domingo, quise morirme yo. Todo era por culpa mía, porque lo crie yo al demonio de Ricky y porque le dejé a Domingo en su recámara [aprieta sus ojos]. Domingo mi ángel.

Desde que nació Ricky, el coronel Estrada andaba trabajando más, y a la mujer Emily no le gustaba cuidarlo al demonio. Lo crie yo [aprieta sus ojos]. De alguna manera, fui yo.

Esa vez me morí por dentro.

Pero cuando desperté, a la mañana, allí estaba yo. Viva todavía.

[Suspira.] Era tarde, dormí quién sabe cuántas horas y me amanecí en la biblioteca de la casa. Subí la escalera, todo se veía… normal. Así, como si no hubiera pasado nada, pues. Todo limpio, todo muy ordenado. No encontré ni a los patrones ni a Ricky ni al cuerpo de Domingo [aprieta sus dedos]. Supe que a Ricky según lo mandaron allá para los Estados a una escuela tipo militar, y allá se estuvo dos, tres años. Y de Domingo… [aprieta su estómago]. De Domingo no había nada suyo, ni su ropa ni su mochila ni sus cuadernos. Me lo sacaron todo de la lavandería, y en el búnker ya de pronto no quedaba ni un fierro ni un rifle, ni las cosas que guardaban ahí, mantas, cuerdas, colchonetas, cadenas. Nada. Como si no hubieran existido [silencio]. El coronel llamó por teléfono y dijo: “Lo siento mucho, Victoria, pero Domingo ya está con Dios, vos ni te preocupés por él, se le dio un entierro cristiano”. Evangélico, que es la religión que

tengo yo. Los Estrada eran parte ya de la Iglesia del Verbo, porque así se convirtieron por Ríos Montt, para tenerlo contento al criminal; ya ve que predicaba en esa iglesia antes de hacerse presidente [silencio].

"Pensá en Ricky —dijo el coronel—; es como un hijo tuyo, lo conocés más que a Domingo. Pensá en lo que le harán a Ricky si decís algo a alguien, es mejor dejarlo así, un muerto y no dos. Acordate, Victoria, lo que me decías cuando era un niño, siempre ver para delante, nunca para atrás. Acordate."

[Descanso.]

El coronel Estrada me quiso espantar, dijo: "No vayás a acabar en la cárcel vos, Victoria, y Emily vaya a contarles que no sabés cuidar de los chicos, acordate que vos metiste a Domingo a dormir en la habitación de Ricky sin su permiso".

El solucionador Chinchilla regresó. Estrada me dejó con él, según contaba con la experiencia para resolver todas las cosas, ayudar a las familias a seguir así normal con sus vidas de ellos, y sin que la policía se meta en nada [suspira visiblemente molesta]. Me mintió Estrada y el dolor fue grande, mi dolor de no enterrarlo yo a Domingo fue grande [cierra los ojos].

Luego de eso que te cuento, colgamos la llamada y a llorar y llorar me acosté en la sala, bien harta de no poder decir yo nada, no poder hacer yo nada [silencio]. De tanto llorar, casi no veía claro.

Chinchilla ordenó: "Tenés que irte de acá, no podés nunca regresar a esta casa, ¿verdá? Ni a la ciudad podés regresar, ¿oíste, Victoria?", dijo así, jugando con su mechero ese dorado que traía siempre [silencio]. Dije que no. Necesitaba saber a dónde lo habían enterrado a mi hijo, pero Chinchilla sin quitarse el cigarro de la boca y mirándome con esos ojos chiquitíos y, quién sabe, hasta poseídos por algún bacabe maligno, dijo: "Vos no existís para los patrones, verdá, y ellos no existen para vos, nunca existieron, ¿entendés, india de mierda?" [cierra los ojos].

Me entregó una bolsa llena con muchísimo dinero. Por decirte algo, casi como dos años de mi sueldo, pero todo junto en una sola bolsa. Me lo guardé pero también comencé a gritar lo más fuerte, coronel, coronel, señora Emily, gritaba yo. Tenía ganas de

cachetearlos, pegarlos a los malditos. Sí [silencio. Cubre su cara]. Me seguí gritando y el matón me dio otro golpazo. “No te vuelo los sesos —dijo—, porque el coronel Estrada no pagó limpieza. Insiste que vos sos como su madre, pero mirá, Victoria, si por mí fuera, vos ya estuvieras enterrada junto con ese otro muertito, y, por no dejar, voy y mato a toda la indiada que te queda allá por Nebaj. No dejo ni uno vivo.”

[Descanso.]

——— [fuera de registro] ———

¿Sabés, niña Lucía? Hubo un tiempo en que yo me sentí parte de todo. Fue en el Cimarrón.

Lo vi, y él a mí me vio. Tal vez pensás: “¿Y cómo es mirar un hoyo y desde dónde mira él?” Pura piedra parda y rojiza a reventar de copas de árbol subterráneas; se oía silbar al viento. Se oían las parvadas [silencio]. Cuando volví, el cimarrón se volvió cenote. Escuché su fresco azul, ¿cómo hacía para reír? Mis cabellos todavía eran más largos, infinitas algas negras suspendidas en el agua y cien ojos esmeralda me miraban y me hacían amarme a mí y amarlo todo. Un cardumen.

Así quiero que vos te veás a vos misma, Lucía.

——— [en registro] ———

Esto es mi dolor. ¿Dónde habrá quedado mi Domingo? ¿Dónde estará él?

V

OCELOTE

Doscientos ochenta y ocho volcanes

Fort Hood, Texas (Estados Unidos), mayo y junio de 1982

Mi lengua nació entre arboles
y tiene sabor de tierra;
la lengua de mis abuelos es mi casa.
Y si uso esta lengua que no es mía,
lo hago como quien usa una llave nueva
y abre otra puerta y entra a otro mundo
donde las palabras tienen otra voz
y otro modo de sentir la tierra

Humberto Ak'abal

De día, en Fort Hood el sol se permanece inmóvil sobre los rostros y las espaldas, trozando párpados como si para castigar fuera. El sol no deja sanar quemaduras de varilla caliente, de castigo caliente por hablar la lengua mía. Los muros de concreto apenas si dan sombra, el sol se permanece en la cima de Fort Hood por horas, marcando las doce. A la noche, apenas cabeceaba, yo. A la madrugada, a veces me salía de las barracas pa'l descampado, y poco aguantaba la luz de luna. "Esa no quema", dijo Estrella, y abrió mi casaca. A cada herida le untó salvia fresquita, ella; sin prisas.

—Esa luz no quema, Ocelote, no seas chillón —dijo seria, una noche que la plata chispeaba más que nunca en el cielo pelón;

ese cielo siempre sin nubes, pero negro al fin.

—La plateada no chamusca como el dorado, pero es bien mañosa la luna de Fort Hood. La hace hervir a la sangre.

Estrella rio. No contestó nada y untó la salvia en silencio. De pronto dijo:

—Un día voy a matar a Chinchilla, a Gavilán y a Dedos. Voy a vengarte a ti y voy a vengarme a mí.

—¿Para qué? Si el destino lo hace solo ese trabajo.

—¿Qué dices? El destino no existe.

—El destino premia y castiga, Estrella.

—Ay, Jesús, no me digas que crees esas babosadas, Ocelote.

—No lo creo. Lo sé.

—Pues el méndigo destino se está tardando, me cae —alegó enojada.

—Vos en mí no confiás. Creés que son leyendas pa los patojitos.

—No quiero hablar de esas babosadas, Ocelote.

—Ni me creíste vos, cuando de mi nawal te hablé.

—Háblame de tu tierra, mejor —dijo ella; conmigo no le gustaba pelear.

—¿Otra vez?

—Otra vez. ¿Cómo se llama?

—Salcajá. Mi pueblo es Salcajá y está en Quetzaltenango.

Le habré contado las mismas cosas cien veces, a Estrella. ¿Qué sería lo que tanto la hipnotizaba? Y pensar que nunca la llevé a Guatemala, nunca.

—Cuéntame más, Ocelote. Ándale.

—Quetzaltenango es una mariposa; si le ves la forma suya, el ala izquierda casi casi toca México.

—¿Qué parte de México?

—Chiapas.

—Debieran tocarse.

—No alcanzan. Es como si la mariposa con la punta del ala quisiera rozar, pero no llega nunca.

Limpié detrás de nosotros las piedras usando las mangas de mi guerrera; la salvia me dejó tumbarme de espaldas y Estrella hizo lo mismo. Solamente callamos los dos, bajo el inmenso

conejo amarillo de la noche.

Cuando quise volverme para las barracas, volteé hacia Estrella; antes de abrir la boca, a lo lejos vi la sombra del jabalito cojo husmeando en la pista de concreto. El jabalitío que escapó de la zona de tortura.

Fue entonces que me sentí yo a mi nawal.

—Ahí está.

—¿Qué cosa? —preguntó Estrella, espantada—, ¡qué cosa!

—¿No lo sentís?

—¿Sentir qué? Dime, por favor.

De piernas cruzadas me senté; ella se colocó fijando sus ojos en los míos, no queriendo ver nada por sí misma, sino queriendo mirar a través de mí.

—Ahí está —dije—, nos vigila.

—¿Dónde? —igual al aleteo de colibrí, la sentí a Estrella vibrar.

—Mi nawal. Un ocelotl. Detrás de vos.

—No seas méndigo, Ocelote. No es verdá, no me espantes.

Temblando seguía Estrella, sus ojos fijos en los míos. De pronto, sus pupilas de mi nawal sonrieron, el amarillo se tornó en marrón y me inundé de lágrimas.

—¿Qué pasa? —Estrella no podía comprender—. Dime por favor qué pasa.

Las lágrimas cerraron mi pescuezo y se ahogaron las palabras, mis ojos nada veían más que agua y más agua, cerré los párpados y Estrella tomó mi mano.

Siento cómo nos consuela, dijo ella por fin.

El Dedos no había vuelto. ¿Cómo es que andaba desaparecido de la noche a la mañana, él? Sin avisar, ni una señal. Nadie nada sabía, y al Gavilán no pensaba preguntarle; su run run de joderse a mi Estrella rondaba más que nunca y preferí no cruzar palabras con el cerote.

Finalmente busqué a Francisco Chinchilla, a pesar de lo mucho que para entonces me lo detestaba. Nos sentamos juntos a la mesa, apenas si estaba yo curándome de los varillazos y ganas de pencacearlo no me faltaban. A la vez, me pensaba yo, él era

duro por eso de los entrenos. No hay de otra, ese era el trabajo suyo del comandante.

—Amílkar Sosa fue dado de baja, estaba harto quemado —me explicó Chinchilla.

—¿Quemado, comandante? —mi barriga ardió—, ¿quemado de azotes, así como yo?

—No, Ocelote. Mirá vos —comenzó, mientras prendía y apagaba el mechero—, el Dedos siempre se mete en vainas, verdá, y algo habrá hecho porque algún pisado le roció gasolina en las piernas mientras dormía y le prendió fuego. Lo dejó arder harto por unos segundos y luego lo apagó con el extintor. Así como lo oís.

—Pero… Pero si dormimos todos juntos en las mismas barracas, todos.

—Fue el día que se jodió el tobillo. Le dieron chanza de descansar al cerote. Ora sí quedó más feo que pegarle a Dios, verdá —echó una carcajada—, quemado, deforme y con esa cara suya de sapo.

—¿Y van a castigarse al culpable?

—¿Qué sos imbécil? Así no funciona acá dentro, Ocelote —seguía prende y apague el mechero—. Acá dentro, cada cual se rasca con sus propias uñas, verdá —se puso otro cigarro en la boca—. Y vos, ¿cómo seguís del castigo que te metí?

Contesté que iba bien, pero que restaban aún heridas abiertas.

—Más vale que no volvás a hablar lengua, ¡coño! —dijo. Luego explicó—: El Dedos sigue hospitalizado, verdá, pero estable. El fuego no se le clavó tan profundo.

Ahí capté la saña de Gavilán, su run run de matarla a Estrella. Su obsesión de metérsela de a fuerzas.

—Comandante Chinchilla, hay algo que debiera yo decirle a vos.

—Escupilo —dijo, mientras con su mechero intentaba quemar a un pobre bichío que por la mesa cruzaba.

—El mexicano, Gavilán, ¿no será que se piensa que la mexicana se incendió al Dedos?

—Es harto probable, verdá, por eso de darle a tragar su mierda.

—Es que mire, comandante, no es por ser soplón, pero el mexicano se cacarea y amenaza con agarrarse por la fuerza a la mexicana.

—Así que el primo se va a coger a la prima —tanta risa le dio, que el mechero resbaló de sus manos—, ¿y cuándo se la pensán coger, vos y el primo?

—No, si yo no dije eso, mi comandante —no me esperaba esa respuesta suya del demonio—. Es que yo se lo cuento para ver si lo evitamos. No para forzarla, cómo cree —y sí, yo siempre me negué con todo y que me palpitaba fuerte el corazón de imaginarme dentro de ese cuerpecito de lagartija.

—Híjuela, a la mexicana no le metés chile porque, puchis, parece macho y es tan fea que le ha de apestar el coño —echó la carcajada y apachurró al bichito chamuscado. Yo no reí—. Relajate, Ocelote, andás harto enamorado. Pero un kaibil siempre se apropia de lo que quiere, sí, señor. Grabátelo.

—¿Enamorado? No, comandante. Es solo que no me gusta forzarme una hembra.

—Híjuela, todo lo tomás harto en serio, vos.

En Fort Hood el calor no es tanto como en la selva de Petén, pero los rayos del sol como navajas cortan, provocan quemaduras. Sí, los rayos trozan cabellos, parten cabezas como si martillos fueran.

Su peso del sol nos pesaba desde cuando amanecía hasta cuando se anochecía. Un día, dentro de las barracas me horroricé yo de que se me clavara el sol al cuerpo; lo llevaba dentro y, desde dentro, me calentó tráquea, pulmones, intestino. *El sol que pega en los cañales, me quemó por dentro*, y no dio respiro. Aunque le hiciera reverencia, ese día el sol no dio respiro.

A la noche busqué a Estrella. Salimos de las barracas a la alumbrada de luna y arriba admiramos su conejo plata.

—La luna es como la paz —dije yo, para romper el silencio.

—Como la paz de la muerte, la paz que no he vivido y quiero —Estrella habló—. Pero aquí ni se nota. Aquí su luz espanta; tanto nos alumbra, que nos van a cachar juntos…

—Vos no te preocupés, ya invisibles nos hice.

Estrella rio.

—Cuéntame otra vez.

—Otra vez…

—Otra vez.

—Bueno… en mi tierra hay mucho volcán. Son doscientos ochenta y ocho los volcanes que hay.

—Jesús…

—Unos hasta fumarola avientan, y los santos y vírgenes más milagrosos del mundo nos protegen.

—¿Cuáles son tus santos que te protegen?

—Ahí en Salcajá tenemos a la Virgen de la Concepción, y cerquitita queda San Andrés Xecul —se notaba que a Estrella eso de los santos no la conmovía—. Las gentes son calladitas. Nada dicen, casi.

—En eso tú no te pareces a esas gentes.

Reímos.

—Ay, si vos vieras las lagunas bien azules y esmeralda. Las gentes caminan cerca y se miran sus vestidos blancos, rojos, verdes, así coloreándola al agua, y el sol sale siempre, menos si hay mucha niebla, y entonces todo se calma.

—Si hubiera paraíso, sería ahí. ¿Verdad que sí, Ocelote?

—Si paraíso hay en esta tierra, sin duda es el Lago de Atitlán.

—Quisiera ir contigo, así, juntos. Comiendo nieve de limón.

—Un día te voy a llevar, Estrella. Aunque no sea Quetzaltenango, pero el lago queda cerquita.

—¿Quisieras morir allá?

Callé mucho rato. Yo de la muerte no quería hablar. Estrella, para mí, era la vida.

—¿Y el nawal es algo así como el alma? —preguntó de repente.

—Algo así. No se puede hablar del nawal casi, no existen las palabras.

—¿Para qué sirve el nawal?

—Para ser feliz. El mundo se detiene —dije.

—Esa noche que llorabas y llorabas, a ratos sentí cómo nos consolaba.

—Sí. A ratos se viene y a ratos se va. Lo malo es que, si perdés

camino, el nawal llega a morirse y te desperdiciás.

—Tú nunca vas a dejarme perder camino, Ocelote. Prométemelo.

—Ni vos a mí.

Ella me abrazó.

—Esperame, Estrella… Es que soy mish…

—No, no quiero esperar… Te siento cerca, Ocelote…

Y me la abracé. Le pedí que me lo contara todo; todo lo que en Guerrero le pasó de patojita, con Gavilán. Pero tapó mis labios, no quiso hablar. Bajó sus deditos por mi espalda, acarició las cicatrices. De pronto, entre mis piernas puso una mano. Me hinché, apretó y nos besamos.

"Vida", susurré. Encajó su lengua en mi boca, lengua de lagartija, larga, fuerte, rápida. Cada esquina de mis dientes lamió, mis encías, mi lengua la succionaba. "Igual al cielo sabe tu saliva, Estrella."

"Vida", repetí. Tapó mi boca con su mano izquierda, la derecha andaba con prisa, mano desesperada.

Clavé la nariz en su axila. El sudor de ella olía igual a mi tierra, no sé por qué, olía como un bosque húmedo y dulce y ella relamió mis orejas y yo ansiaba su piel, sus piernas, sus nalgas, su vulva.

"Ignoro muchas cosas de vos —dije—. Mi selva, dentro tuyo está mi alma y ni en varias vidas podría conocerte completa." Acaricié su espalda y esa piel correosa seguí palpando. Reseca. Estrella tan pequeñita era, que se cabría dentro de mi cuerpo; pude metérmela dentro de mí y llevarla siempre.

Desabrochó su pantalón, después el mío. Desabotonó su blusa y pude ver unos pezones color cacao adornando un pecho liso, rasguñado y punteado seis veces de quemaduras de cigarro. Apretó mis piernas, ella, y nos quedamos abrazados mucho rato, después del amor.

—¿Lo hiciste vos? —hablé sin pensar, y noté una sombra en su mirada.

—Qué cosa.

—¿Le prendiste fuego?

—Puede. Pue que sí.

—Sí o no, Estrella, decime.

—Sí. Lo incendié.

—¿Por qué?

—Se me ocurrió cuando el méndigo Chinchilla quemó a ese jabalí; creí que le iban a echar la culpa.

—¿Vos sabés que Gavilán quiere vengarlo al Dedos, de que lo quemaste? —le pregunté—. Quiere forzarse adentro de vos.

—Eso ya me lo hacía allá en Guerrero, me sé defender —dijo. Yo me levanté y abroché mi pantalón—. ¿Tienes miedo de mí?

—No es eso, Estrella.

—¿Entonces? Ya no me quieres.

—No es eso. El nawal nos mira.

Quedé a solas bajo la luna texana, tan distinta a la mía de mi tierra. Dos y la misma, una burlona, otra amorosa. ¿O será que la luna siempre supo quién iba ser yo? Un verdugo. Y sí, la reina aún me mira desde allá, no importa dónde me esté o lo que haga, ella me mira y calla.

A solas quedé esa noche y en silencio le grité a la luna texana. Reclamé que fuera más noble y hermosa cuando me la miraba desde Salcajá. Ahora la necesitaba yo más que nunca, a la luna de mi tierra. Cuando fui niño, todo era más hermoso desde ahí. Lo es todavía. A veces baja la niebla en mi pueblo y nada se distingue; nada, salvo lo esencial. Mi aliento, los campanarios y volcanes. Eso es descanso, eso es paz. No nos vemos nuestras caras, se siente la presencia de los otros como la de las salamandras, ratones, a veces más arriba se sienten los dioses del aire, los quetzales. No hay necesidá de sonreírse, ni hablarse, ni serse alguien distinto.

Eso es lo que yo más extraño.

Siempre imaginé que Gavilán nos espiaba. A Estrella y a mí, quiero decir. Así interpretaba yo las risitas suyas. Y así iba, risa y risa pelándome sus dientes derechitos, la última vez que Francisco Chinchilla nos entrenó.

Íbamos de nuevo los tres, Gavilán, Estrella y yo, hacia ese mismo salón de olor a cloro y sin ventanas; ahí, donde el

comandante nos esperaba exactamente tres noches antes del final del curso. Prende y apague el mechero, prende y apague, prende y apague.

Recuerdo que entrarme a la habitación fue como entrarme al achicharradero. Chinchilla se ensañó desde el inicio.

—Ocelote, manea a Gavilán; Estrella, ayudalo —nos ordenó sin voltear siquiera a vernos. De patas abiertas debíamos manearlo a Gavilán, tumbado al suelo—. Señores, ora toca venganza, verdá. A ver, Estrella, vos bajale el pantalón a tu primo, que para eso son las mujercitas, ¿qué no? —Estrella no reaccionó, sabía aguantar vara cuando la insultaban.

En el prende y apague seguía Chinchilla, prende y apague, prende y apague. Estrella se acercó a Gavilán.

—En la que te vas a meter si me tocas, vieja culera —el mexicano gritó estirando su cuello largo.

—Silencio, soldado. Mirá, Ocelote, vos tapale el hocico y Estrella, vos descubrile los coyoles.

Prende y apague, prende y apague. Gavilán se miraba bien nervioso, reía pero sus risas eran igual a gritíos de ave. Con mi mano tapé su pico, pero babeaba mis dedos, meneaba la cabeza, y un calcetín le metí, traté de lastimarle la boca por haberme bishiado. Prende y apague, prende y apague.

—A ver, Estrella, a vos que te gusta el fuego, acercale la llama, Estrella —ordenó Chinchilla, entregando su mechero. ¿Será que él siempre supo quién incendió al Dedos?

—Comandante, ¿así?, ¿a los huevos? —Estrella preguntó seria, el mechero en mano.

No recuerdo cuánto tiempo habrá pasado. Prende y apague, queme y queme, olía a carne chamuscada de jabalí. Pero los gritíos de ave de Gavilán se escuchaban más insoportables. Más que los ojos o la nariz, a mis oídos quería tapar y oriné el pantalón sin darme cuenta. Chinchilla risa y risa hasta que Estrella levantó sus ojos hacia el rostro de Gavilán, un rostro deformado por el dolor y que rogaba con su mirada. Ella lo miró de vuelta y cerró el mechero.

Chinchilla pateó la única silla del salón.

—Coño, no lo veás nunca a los ojos —dijo—, nunca. Si mirás,

no vas a poder seguir, Estrella, no mirés nunca.

En cada paso, cada parpadeo, por vos se me deshace mi lengua, Estrella. Aunque ya no mirés hacia mí y nos separen las bestias, aún me salva que existís. Devoro espejismos de nuestras noches, las caricias, tus pezones cacao que al fin besé. Un jaguarundi salvaje y negro hacia el misterio de tu vientre me arrastra, cuánto daría por arrodillarme y clavar el rostro en el regazo tuyo.

Las palabras se me aguardaban en mi mente, hasta la noche del final del curso. Las estrellas brillaban más que la luna. Quise sentarme junto a Estrella, pero esa noche Francisco Chinchilla a cenar junto a mí se me vino a postrar.

—Ocelote, orinaste el pantalón, verdá —murmureó calladitío —. ¿Andaba espantada la nena?

—Me disculpo, comandante —contesté y rio.

—Tu nombre, Yunuen Chuc, es indio, verdá —dijo, jugando con el mechero y buscando bichíos que quemar.

—Es k'iche'.

—Por eso. Indio. Mirá, vos, las palabritas que usás en alguna de tus lenguas, verdá, acá solo te valen golpizas. Pero allá afuera, no podés hablar así. Acordáte, tenés que sobresalir, vos tenés que brillar. Esta es la única oportunidad, ¿o creés que vos vas a poder estudiar o encontrar un buen trabajo fuera del Ejército? No, señor. Vete a ver, ve a las universidades, ve a las buenas oficinas. Allí no vas a hallar apellidos de indio como Chuc, como Xitumul, ni Tecu, verdá. Allá se hallan harto buenos apellidos como Alvarado, de León, Marroquín. Apellidos que no desgracian la raza. Y vos, gangoso, con esa jeta y ese nombre, vos no podés andar hablando lengua; es peor que orinar el pantalón.

Debí decir que el k'iche' no es dialecto, es idioma. Pero yo no lo sabía aún y nada dije; quise contestar que uno no se moja nomás de miedo, uno se orina también por los ojos, de tanta culpa, de tanto cansancio, sed, hambre y rabia. Uno se orina también de tristeza. Pero, bruto yo, nada dije.

—Ya nos veremos de regreso en Guatemala, verdá. Vos vas a trabajar para mí, Ocelote.

Y por fin cerró el mechero.

VI

AURA

Un collar de golondrinas

Ciudad de Guatemala, agosto de 1982-mayo de 1983

Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde.

Marguerite Duras

¿Siempre he estado tirada en esta colchoneta húmeda?

No.

Alguna vez me amarró de rodillas; arden las dos todavía. Y mamá no me encuentra, y mis encías duelen, y no sé si mamá aún busca. Ojalá Chinchilla nos hubiera llevado a las dos ese día. O mejor no, a mamá no. Pero sí a todas, todas las niñas del colegio… ¿Por qué solo a mí? Algunas se portan peor que yo, son ellas las comunistas, las mentirosas. ¿Yo qué?

Si Natalia estuviera aquí, no tendría tanto miedo. Sea como sea, hablaríamos mucho. De las *misses*, de un plan para escapar juntas; de mi truco, el de repasar en la mente todas las cosas que hay en este hoyo: si el sapo prende el foco, reviso que nada se me haya olvidado. Quita las ganas de llorar.

La colchoneta es café y amarilla. Amarilla, amarilla y huele a ahogado y miles de millones de piojos la habitan junto conmigo. El suelo está más húmedo que los primeros días. Las paredes son de roca, cien rocas sudando frío y repletas de seres muertos; si las tiento con mis dos manos, puedo oír voces de otros tiempos.

No aguanto mucho, la roca es demasiado helada y demasiado

llena de angustias. Además, sus escorpiones negros me pueden picar.

¿Si me pican, muero?

¿Querés que te piquen, Aura? Si muero adrede, no voy a ver luz. Eso dice mamá, pero mamá miente. El sapo cuenta que se ve un mar brillante; hay que caminar hacia él. Sea como sea, a mí ya se me olvidó la forma y el color del sol.

A ver, qué me falta repasar… Puedo oler la sartén sucia y pegajosa, los restos de huevo y aceite. Aquella nata pasada que el sapo nunca limpia; oigo el lejano clac clac clac de la máquina de escribir y una voz de señora. Es la mecanógrafa que vi ese día, cuando llegué, y creí que me iba ayudar a escapar.

Sobre la mesa, sigue ese litro de leche abierto y cuatro tortillas mojadas debajo de una estampita roja de alacrán. El silencio se va llenando de gota tras gota tras gota, a veces el clic del mechero que trae Francisco Chinchilla. Cuando baja, sé que viene a gritarle al sapo. O a golpearle la cara o a quemar un alacrán de los negros. Clic, prende, clic, apaga.

¿Por qué no vienes aquí? Ven, mamá, ven.

Hace dos días el sapo trajo una botella llena. “Es guaro —dijo—, vamos a darle al guaro, linda, como a vos no te gusta el chocolate… Vamos a darle, pues.”

Nunca había probado eso, no quería. Igual el sapo sirvió dos vasos, probé un traguito y escupí. “Dedos, decime, ¿qué son las comunistas?”

Quiere que lo llame Amílkar y tampoco sabe lo que son las comunistas. Dice que han de ser personas que odian Guatemala, pero ¿cómo saber si alguien la odia?

“¿Ya vas a tirar ese broche rosa?, pucha, ya no sos una patoja, Aura, pa andar con un broche de gatito, ¡shish! Tiralo pues.”

Aprieto el prendedor, nadie va a quitarme lo único que tengo de casa. “Vos tenés una estampita de alacrán, eso es de patojo también.” Sé que la usa porque le tiene miedo al mal de ojo. Dice que lo van a matar por mi culpa; que por mi culpa va a morirse.

Adrede hago como que se me sube el muerto y no abro la

boca ni me muevo nada. Sea como sea, entra en descontrol. “Si el comandante Chinchilla te deja ir, shish, seguro a mí me mandan a reventar guerrilleros, Aura… pero que sepás que yo me voy a dejar asesinar, pucha, ya verás, me voy a dejar asesinar por uno, así voy a morirme, Aura, y vos te vas a arrepentir de no ser buena conmigo, decime, Aura, decime algo lindo, pucha… Decime…”

Todo es siempre negro, frío y húmedo hasta el hueso. Mis ojos no distinguen nada. Sea como sea, *a los ojos no los necesito para saber que sos vos*.

No me muevo —ya nunca me muevo— y él se me sube y lo hace todo por detrás, como cada vez: sin verme a la cara.

¿No entendés lo repugnante de despertar con tu olor encima mío, con tu cuerpo de sapo embarrado a mi piel y esos dedos atrapándome?

No sé cuántas veces ha sucedido aquello. ¿Todas las noches? No, tonta, Aura tonta. Antes de eso, mucho antes, ¿cómo fue?

La mojan, la ponen de rodillas, la amarran. La atan a la tonta, hasta que mi alma es atada y no queda más que un engrudo de piernas, brazos, pelvis, senos hinchados y un rostro sin expresión.

“La sanjuanerita.” No quiero cantar. ¿Cuál es el color de la colchoneta en el suelo? Marrón. Amarillo. Cuando él prende el foco, su olor es peor porque lo veo.

Lo que dicen mis orejas es un sueño. La cuerda girando, pegando en el patio y saltando el resorte, las migas de pan; suena una chicharra, el silencio del salón. “¿Vos no te acordás de mí, verdá, patoja de mierda?”, sí, eso preguntó el comandante, el bajito del mechero, clic, prende, clic, apaga.

Maldito soldado sin facciones. Se las han borrado. “Aura, ¿verdad que sí te acordás del comandante Chinchilla?”, preguntó la monja a la salida del colegio. Y dije sí.

Botas, pasos, más milicos, un furgón. Me jalan, me meten, me atan. No fuimos a casa.

Una puerta de metal. Pisadas de cuatro, seis, ocho botas y dos zapatillas. ¿Las mías? Una señora mecanógrafa trabaja, clac clac

clac, voltea, se cruzan nuestros ojos y enseguida baja la mirada. Grito y tapan mi boca, escaleras abajo, bajo, bajo, y más abajo. Aprieto el broche rosa, mi amuleto. Pistolas, macanas, cubetas, tazas y la jarra con café. Una tina vieja y sucia. Un sótano igual a un pozo negro, sin cielo, ni música, ni aves, ni luz: un hoyo de piedras mojadas.

Desde ese día, aunque el sol esté siempre en el mismo lugar, yo no puedo ir a ese lugar. ¿Será que su brillo fue solo un sueño? El sapo no me ha dicho en qué mes estamos. Por qué tanto frío… Odio mis orejas. No se calientan ni se callan más que con guaro. Necesito guaro. *Dónde estás, Dedos, ¡el guaro!, deforme estúpido.*

El sapo dice que estamos en abril de 1983. Llevo aquí diez meses; él juraba que iba a salir pasando mi cumpleaños quince. Lo jura siempre, siempre que se acerca.

Estúpida. Aura, tonta, tonta… ¿Cómo pude creerle?

La barriga se me puso tremenda, apenas puedo dormir. Quisiera rebanarla con un gran cuchillo para carnes, imagino deslizándolo por mi abdomen y dejándolo vacío otra vez, como antes. Oigo el clac clac clac lejano, la máquina de escribir. Oigo la voz de esa señora, ¿por qué ella no me escucha si grito tanto?

No quiero ser mujer. No quiero que crezca nada, menos dentro de mi panza.

¡Traeme el guaro, Dedos! El guaro…

Entonces, ella abre los ojos.

No, no es “ella”; no hay nadie aquí, tonta, Aura tonta, no hay nadie más que vos.

Abro los ojos y todo es negro.

Una arcada, la primera contracción.

Ya viene.

En la colchoneta húmeda donde nada se seca nunca, aprieto mi vientre helado y manan lágrimas y mis ojos acostumbrados a la oscuridad *miran cómo vos aún dormís tendido repugnante en el suelo*, me tumbo de costado, mirando hacia el lado opuesto al sapo y tanteo empapada mi entrepierna. Huelo mis manos.

Sangre. Cierro párpados, imagino la voz de mamá,

golondrinas y aquella cantilena, una ventana llena de sol, llena de luz, tarareo la melodía zumbando mis oídos como abejas.

Tan fuertes son los dolores que *no noto enseguida el tufo agrio de tu respiración por detrás mío, ni el aliento a chicle rancio cuando te aglutinás a mi espalda y te empujás entre mis piernas.* Tengo una arcada.

Yo ya nunca me muevo cuando venís a la colchoneta. No quiero que me ates y espero a que lo hagas todo por detrás. Pero esta vez es distinta.

Escucho cómo escupís en tus dedos amontonados y siento otra contracción mientras vos embarrás esa saliva. "¿Por qué estás mojada?*", preguntás,* y yo que ya nunca digo nada cuando viene a la colchoneta, escucho mi propio alarido, "*¡no entrés!*", grito y suelto otro grito, contracciones, lágrimas.

"¡Pucha! —dice el sapo—, pucha, mi princesa, ¿ya viene, cosita?"

Alcanzo a decir: "Traeme el guaro, tengo frío, los huesos me duelen, las piernas, los brazos", estrujo mi vientre con ganas de desgarrarlo de una vez por todas, matarnos ahí mismo, y adrede araño mi abdomen con todo el odio de este pozo oscuro volcado contra de mí.

"¡Pucha*,* Aura, pucha!", grita el sapo sin saber qué hacer con esos ojos saltones y esa mirada de sapo apaleado, palabras estúpidas, y sale a buscar ayuda, llama a la mecanógrafa. ¿Cómo sacármelo todo? Me rompe desde dentro *mientras vos me quebrás todas las noches desde fuera.*

"¡Pujá duro!", la mecanógrafa baja y me ve de nuevo. Aprieto dientes, ojos, puños, la señora no se sorprende, "¡guaro!", y ella dice: "¡Más fuerte!, niña, pujá". Una, dos, tres horas. "Levantate niña —dice ella—, ¡despertá!, caminá un poco, ayuda al bebé." Camino dos, tres, cuatro pasos, el dolor me tira al suelo, sudo frío. "Alzate, niña, caminá, niña." Dedos me levanta de los brazos, huele a cilantro y ya no puedo, ya no quiero, sáquenmelo de mí, ¡de dentro! Tres, cuatro horas y desmayo; denme guaro, y me dan y me tienden en la colchoneta húmeda, liendres, cachetadas.

“¡No podés dormirte, niña! Tenés que pujar más.” Tiro de patadas y me abren, rajan, rompen, y oigo huesos, más huesos se quiebran, me quiebro. “¡Se desmayó otra vez, guaro!”, dice la señora del clac clac clac, cubetazo, “¡mójenla!”, agua, cachetada, me parto en dos, se cierran mis ojos, visiones, golondrinas, patas verdes de pianos rojos, me sueño vacía por fin.

“¡Pero si el patojo no ha salido! Niña, despertá, que se te ahoga el bebé dentro.” Aplausos. ¿Que se ahoga? Que se asfixie, que se muera y me deje como la que fui. Siento la saliva, se me sale y “¡péguenle!”, cinco, seis horas, me explota la cabeza, la mandíbula punza. “¡Más guaro! Arrástrenle para abajo el vientre —dice la mecanógrafa—, debajo de las mamas, ¡arrástrenle al niño!” Siento calor y después frío, calor, y después frío, me arrastra Dedos y me adormilo, huele a mamá, huele a pasto, oigo el piano, las golondrinas, la voz, “¡levántenla! No la dejen dormir, ¡alzala!”, luces, patas verdes, verdes perico, y rojas, rojas sangre. Mi fiesta y sol.

Escucho el llanto.

Quedo vacía, hueca, ligera. Mojado, muy frío, gemidos siguen, y yo, de cansancio, frío y hambre, sollozo también. “¡Pujá otro poco! Tenés que sacar la placenta”, dice la de la máquina de escribir y sale la placenta.

Abro los ojos y *lo veo berrear en tus brazos, miro cómo sostenés a ese cuerpo ensangrentado, resbaloso, lo sostenés apretándolo con tus trece sucios dedos y noto cómo vos lloras también y lloramos los tres*.

La mecanógrafa enjuaga todo, todo, y lo hace con esa manguera helada, deja mis piernas tiesas, los huesos casi rotos, vuelvo a la colchoneta húmeda y ella no me salva, *ella te quita lo que sostenés con ese racimo de dedos*, la mecanógrafa sale del pozo cargando al pequeño cuerpo grana en sus brazos.

No sé cuántas horas dormí. Despierto con hambre, meto comida en mi boca hasta el cansancio mientras el sapo limpia y seca el suelo.

Más tarde, *vos me traés al lloroso, enrollado dentro de una cobija.* Sea lo que sea, no quiero verlo, menos tocarlo, cargarlo,

amamantarlo. Necesito guaro.

"Tenés que darle pecho al patojo, princesa", decís mirándome con tus ojos saltones, y lo dejás ahí, igual a una jerga a mi lado, sobre la colchoneta sucia.

Nos quedamos solos, el bulto y yo. Lo dejo berrear largo rato mientras bebo. El llanto sigue un ritmo, un patrón. ¿Darle pecho? Berreo y berreamos más y más y más. ¿Alguna vez volverá mi cuerpo a ser mío? Apenas siento piernas, brazos desprendidos de mí, no logro calentarme. Me adormilo mirando hacia el lado contrario al llanto ese.

Despierto y hay silencio. ¿Se lo llevó el bajito del mechero?

No, aquí sigue, a mi lado. Lo sé por su olor. Olor a mí, a sangre, a vainilla y pan fresco.

Continua el silencio. ¿Murió de frío? Me vuelvo hacia él, mis brazos desgajados alzan ese trozo de carne blanda nacida en un hoyo.

Su cabeza se arquea, qué tonta soy… Detenelo bien, Aura, detenelo. Siento miedo de no poder, doblo la colcha sobre mis piernas y acomodo al silencioso bebé.

Exhala humo. Vaho de invierno.

Intento mantener los ojos abiertos, no quiero dejarlo caer ni que vuelva a coger frío.

Abro la colcha para calentarlo con las manos y veo hojas de cilantro por toda la colchoneta; siento un puñado de tierra y la estampita de alacrán.

Me despierta el llanto. ¿Taparle la boca, no dejar que respire, ahogarlo?

Luego viene la culpa, la ternura.

"No quiero que el bajito del mechero se lo lleve", digo y repito. "*¿Por qué pensás eso, princesa?*"

Por nada.

Lloramos juntos, el chiquito y yo. ¿Morir aquí, adrede, unidos? Y que nadie nos toque, nadie nos tenga, ni nos lleve, ni nos use.

El sapo llena la tina de agua cada tres o cuatro días. Ahí limpio a

mi niño.

Un lunar igual al mío adorna su labio inferior. Cada día se nota más, pequeña mancha hermosa: es mi huella. Acerco mi rostro a su abdomen, ansío el olor y mis labios besan al minihumano. Meto sus manitas en mi boca y permanezco así, con ese sabor a vainilla que, de alguna manera, me protege.

Oigo la voz del bajito de cara borrada; oigo el mechero: prende, clic, apaga, clic, prende, apaga. “El comandante Chinchilla lo quiere ver a mi bebé, princesa.” El sapo carga al chiquito, se lo entrega al hombre sin rostro. ¿Para qué? Mamá dijo mentiras. Dios no existe; me lo advirtió Natalia y no lo creí. Esta vez le rezo al ángel de la guarda. Dulce compañía, no nos desampares ni de noche ni de día.

“Aquí no hay día”, responde.

El chiquito busca con la boca. Sé que mi ángel quiere vivir, conocer el color del sol y tener toda la luz. Descubro de nuevo, para mi bebé, estos pechos irritados, rojos y doloridos. *Quiero llevarme de vos un collar de golondrinas*.

Lo abrazo y dormimos; creo ver al bajito entre sueños. Mirándonos. Creo oír el clic, prende, clic, apaga.

VII

FRANCISCO CHINCHILLA

Sombra rota

Ciudad de México, agosto de 2012

las gotas sobre los charcos serán
una lenta cuenta regresiva hacia el vacío
en donde nacen / ascienden y explotan los ecos
que nos golpean por la espalda

Vania Vargas

2 de agosto, 23:03 p. m. Coño, coño, le pedí a la Gardenia que me explicara las notas musicales y no pudo, no pudo. "Es que no me acuerdo, papacito, yo solo canto así, libremente." Si seré pendejo. ¿Quién es el pisado que le está pagando? Pero si parecía harto enamorada, harto convencida de que era yo cualquier gente, carajo. Lo que dijo de la foto de Pablo… Fue una señal, puchis. "Qué galán está tu hijo, papito, me recuerda a un cantante, debe ser igualito a su mamá, ¿de ella sacó el lunar del labio? No se parece a ti, papacito."

Pero quién podría haberle dicho algo sobre Pablo, ¿quién? Pero si la Gardenia me sonreía, sí, señor, estoy seguro de que sonreía la primera vez que subió a mi apartamento, ¿verdá? "Profesor, ¿me presta un dinero por esta única vez?" Fumaba en el pasillo, le dije: "Te invito una cerveza, reina", y entró. Tuve el impulso de arrojarla al suelo, lamerme los dedos y lubricarla, como antes, como cuando yo era alguien, ¿o se creyó que la plata se regala? Se hacía la tonta, la Gardenia, porque vistió el mallón

blanco que deja ver el contorno de los calzones.

Yo no hice nada, la Gardenia se quedó mirando los libros que compró Gavilán para dar el gatazo de profesor. Fui por dos cervezas, ella me siguió. Colgando en la cocina, vio el balón de moscas pegosteadas. Recargó su culo contra la mesita, me acerqué. Sus rulos apretados olían a vainilla, sentí la sangre subiendo al cerebro, de nuevo el diablo se sacudía dentro. Quise enfriarme, pero una de mis manos ya estaba firme entre sus piernas apretándole el coñito. Se oían los zumbidos de las moscas, la Gardenia trató de zafarse y apreté más. Yo ya era el comandante Francisco Chinchilla, era el kaibil otra vez.

La Gardenia aflojó sin desviar la mirada de mis ojos. Abrió las patas, sí, a ver, acá podría haber una pista. Prometí entregarle todos los meses, verdá, los cinco mil pesos que le hacían falta. Volvió; exigí que durmiera conmigo y dijo: "Claro que sí, papito, contigo lo que sea". Noches paradisiacas, qué rico comés chile, carajo. Con todo y que las gordotas son las mejores pa comer chile, lo chupan, lo lamen como si comida fuera, como a su platillo favorito, las lonjudas. Pero Gardenia lo sabe hacer igual a esas gordas que agradecen la oportunidad de comérmelo.

Sí, noches paradisiacas tuvimos, verdá, hasta que apareció la pesadilla.

3 de agosto, 9:41 a. m. Seguir así, soñando una noche con la patoja de la G2, otra noche con el Dedos, otra con el enano… Así no puedo. El Ocelote llamó, verdá, dice que ya me andan buscando para comparecer al juicio de genocidio. A esa india Victoria la teníamos que haber matado hace años, el Ocelote había de matarla. Él, que está en Guatemala como si nada. Ya hasta estoy dudando, con eso de que dice que los animales sí sienten y que hay que tratar bien a las viejas. Jodido mundo anda al revés, jodida india Victoria, ya vas a ver.

Quién hubiera creído que mi general Ríos Montt podría caer. Si él es intocable, carajo. Nuestro país se desmorona, linchando hombres que valen la pena, va a quedar puro indio incapaz de hacer ni un tamal ni un atol.

2 de agosto, 19:13 p. m. Otra cosa que el Ocelote me dijo con esa voz gangosa que tiene es que mi hijo se fue exiliado a Chiapas. Coño. Pero eso sí, sin quitarse el uniforme.

Lo preocupante es que Ocelote dice que Pablo anda con una tal Lucía Flaquer. Me suena el apellido. Flaquer, Flaquer. ¿Del colegio de Pablo? Pero de eso ya llovió. ¿Por qué se reencontraron ahora? Salió de la nada, ¿por qué se fue a acompañarlo a Chiapas? Ay, hijo, qué clavo, carajo. Yo tendría que estar con vos, harto presente. Esto huele mal, si Pablo tiene veintiocho habrán dejado de verse hace… ¿Once?

Ocelote insiste que no nos preocupemos, verdá, pero no vaya a ser. Que se ponga a investigarla. Una wisa que nada tiene que ver con milicos, que no está de nuestro lado, no señor. No gracias.

¿Qué andás haciendo con mi hijo, Lucía Flaquer?

5 de agosto, 22:37 p. m. ¿Será que la Gardenia me odia y yo sin darme cuenta? El Ocelote dice que las mujeres a veces nos aborrecen, nos joden, pero con todo y eso, se quedan. El Ocelote será muy suavito, muy gangoso, pero sabe del corazón de las hembras.

Cuando conocí a la Gardenia en el Obregón me ignoró como si fuera yo un espectro, la pared. Se me despertaba el diablo dentro y volvía a ser el Francisco Chinchilla de siempre. Con ganas de meterle un culetazo seco en la jeta, verdá, dejarle claro quién manda. La Gardenia se paseaba delante de mí, cada mañana me restregaba la imagen de sus nalgas, metida con calzador en esos mallones de licra. Híjuela, no dejo de imaginar mi chile entero clavado en su garganta hasta asfixiarla.

6 de agosto, 11:52 a. m. Llamé al Ocelote. Ora resulta que nomás puedo llamarlo a él porque el pisado del coronel Estrada no me toma las llamadas. Me manda decir pura casaca, pura mentira. Ay, ya verá, van a volver los tiempos en que el inútil me necesite. Acordate, Estrada, de cuando dependías de mí, verdá, aunque fueras coronel. Acordate, tu hijo no fue a dar a la cárcel gracias a mí. Acordate.

Jode harto reconocerlo, pero los canches nos tiran a la basura en cuanto ya no nos necesitan. Nos usan a los que venimos de abajo, sí, señor, nos usan y nos desechan, nomás importamos mientras sirvamos de algo. Ladinos de mierda, ya vas a ver, cerote, lo que es meterse conmigo, se te va a voltear el coche. O la marrana, como dice Gardenia. Tu Ricky que tanto querés va a acabar en la cárcel por drogadicto de mierda.

La vaina es que el Ocelote me tomó la llamada. Lo imaginé secándose las arrugas de la frente con su pañuelito ese que carga, el buen Ocelote. El juicio por genocidio va rápido. Híjuela, y la Victoria dando testimonio con unos mierda de *human rights*. Periodistas. A saber qué dirá la anciana. Nomás falta que mencione mi nombre, india cerda. Y periodistas, verdá, nunca es bueno. Dedican su vida a joder a los que sí nos ensuciamos las manos por el país.

7 de agosto, 1:00 a. m. Ayer no me acordé de grabar la conversa que tuve con el Ocelote. Ora resulta que el coronel Estrada no quiere que matemos a la Victoria. Dice que sigue queriendo a la india como si fuera su segunda madre. ¡Por favor! El cerote se burla de nosotros. ¿Y ahora qué? No deberíamos estar tragando tanta mierda, los demás.

Otra vaina. Mientras la Gardenia dormía le revisé el teléfono. Encontré un solo mensaje que no me gustó, de número desconocido. Pone: “Seguís muy callada, vos”. Eso no es mexicano, es guatemalteco. Me quedé viendo a la Gardenia dormir. Ronca poquito, enseñando sus dientes pequeños y cuadrados; su rostro delgado contrasta con esos pechos espesos. Tiene apenas veintiuno, casi una niña. Y cuando pienso en la patoja, en la Aura. La tuvimos días arrodillada, no cumplía ni los quince…

10 de agosto, 4:26 a. m. Hablé con la Gardenia, verdá. Insiste en mentir, dice que no sabe ni quién envió el mensaje. Mientras tanto, compré tablet y celular nuevos, desde ese número Ocelote me informa del jodido juicio. *No hay que creer lo que dicen en la televisión, mirá, de que mi general Ríos Montt ya rajó todos los*

nombres. Dice que solo han mencionado el mío de forma lateral, nada grave. Pero quién sabe, coño, nada es seguro. El coronel Estrada insiste en que la india no va a declarar contra mí, pero más seguro sería que Ocelote se la quiebre antes del citatorio. Nomás tengo que pensarle, verdá, cómo le hago para que Estrada no sospeche.

11 de agosto, 22:03 p. m.

—Correle a la cocina y traeme el mechero.

—No, papito, quiero atraparlo y buscar a su pareja.

—¿De qué hablás, Gardenia?

—De que andan siempre en pareja…

—¿Y?

—Y si lo saco a la calle solito, ya no se van a encontrar.

—¿Encontrar dónde, pendeja?

—En el camellón, los quiero llevar juntos al camellón o al parque.

—No seás bruta, hay que quemarlo. Traeme el mechero.

—Si lo vas a matar, ¿qué te cuesta aplastarlo rápido?

—¿Y si resulta ser alacrana? A las alacranas, si las aplastás y van cargadas, sus bebés te matan luego.

—Pero le va doler si la quemas…

—No, Gardenia. Las alacranas no sienten.

13 de agosto, 2:41 a. m. Hoy me confesó que fue prostituta. La estuve interrogando toda la noche, verdá, hasta que rompió. No la castigué, no, señor, si yo ya estoy acostumbrado a las putas. Dice que se la robaron de doce años allá en Tiamba, un pueblo de Michoacán. Habrá que ver si existe ese tal lugar, verdá, a mí ya no me toma el pelo.

Me quedé piense y piense en sus palabras. “Me mataron a mi mamá —dijo—, y nunca supe qué fue de mi papá. A mi hermana se la llevaron también, pero para otro lado. La sigo buscando, aunque no sé dónde buscar.” Ya nunca se volvieron a juntar y sepa dónde quedó la hermana. No sé por qué, pero me dio lástima la Gardenia. Ni que su historia fuera tan especial, verdá. Hay peores. Igual le canté. *Luna, Gardenia de plata, que en mi*

serenata, te volvés canción…

14 de agosto, 7:00 a. m. En la madrugada entró una llamada anónima. Una respiración, verdá, y colgaron. Será un patojo jugando, qué clavo. Igual la llamada me jodió, ya ni pude dormir. Acaricié los rulos de la Gardenia, su pierna suave, maciza y pegajosa de sudor, se embarraba a la mía flaca y fibrosa. Sentir su pelo en mi cara, mientras le abrazo sus caderas gruesas, es el mentado paraíso. Luego se puso a cantarme la de "El rey" y la de "Cielito lindo". Se sabe hartas canciones de México.

La quiero.

14 de agosto, 23:12 p. m. Hoy retomé mis rondines y la vigilancia desde el Obregón. El Gavilán va a encargarse de darle cran al meserito, mejor así.

Cambié las cerraduras del departamento. No tengo nada personal, salvo el desollador Bowie, la Glock, la tablet y el celular. Pero los llevo conmigo cada que salgo. Coño, sigue el riesgo de que alguien ponga micrófonos y me cargue la marrana; habrá que revisar detrás de las paredes.

16 de agosto, 18:39 p. m. Las hembras siempre traen clavo. El Ocelote descubrió que la noviecita de mi hijo Pablo, la Lucía Flaquer, es periodista y antes trabajaba en Famdegua. Imaginate, la calaña. Además ya sé de dónde me viene el apellido Flaquer a la mente, aparte de la escuela de Pablo. Así se apellidaba el basura de los sindicatos, el viejo que nos quebramos por allá por los noventa. Estoy seguro de que era abuelo de esta wisa Flaquer.

Ay, Pablo, hijo, si serás pendejo. No aprendés a desconfiar, sos blando. A veces ni parecés milico, te hubiera dejado ser lo que querías. ¿Arquitecto? Ya ni me acuerdo, verdá, alguna mariconería. Y de tu culita, ya nos vamos a enterar en qué anda ahora, la reportera. Si le rascás los coyoles al tigre, te quemás.

16 de agosto, 22:44 p. m. Hace un rato la oí a la Gardenia susurrar en el baño. ¿Será que el Dedos la contactó pa

metérmela?, ¿pero cómo?

Ando pensando en el mensaje de texto que le vi. Alguien quiere sonsacarla, híjuela, si es el Dedos me carga la marrana. Aunque ese shuco no tiene manera de saber que estoy en México. Voy a indagar dónde anda, el renacuajo. Si lo hallo, de una vez me lo quiebro.

18 de agosto, 19:22 p. m. Otra llamada. Una voz robótica amenazó con denunciar mi paradero a los periódicos de Guatemala. Que si no digo a cuántas personas asesiné y torturé en el Quiché y Quetzaltenango, me va a venir a agarrar. "No podés esconderte, Chinchilla —dijo—, apestás tanto que vas a tener que salir, vos y tus negocios puercos, los niños que te llevaste."

Colgué. Tocaron a la puerta, salí y nada. ¡Pinches patojos timbrando! Iba a meterme, cuando vi una enorme bolsa de basura arrastrada por un hombre igualito al Dedos. "Ha de traer un muerto descuartizado ahí dentro y me quiere advertir", pensé. Vi de lejos a Gardenia, en el celular; lloraba. De regreso no le dije nada. Me cantó bonito.

23 de agosto, 5:20 a. m. Agujeré varias zonas de las paredes, no hay micrófonos por ningún lado. Por las noches, voy a esconder la grabadora en uno de los agujeros, ahí la Gardenia no lo va a hallar.

Me metí a la ducha pa enfriarme la shola y ahora salí a caminar. Aunque memoricé el nombre de cada avenida, calle y plaza de la Juárez y alrededores en el mapa, es más seguro confirmarlo en la realidad. Y voy cayendo en cuenta, carajo, voy cayendo en cuenta que todo es mentira. La Gardenia me desprecia. No queda duda, sabe algo de mi hijo Pablo. Volvió a preguntarme por él y por su mamá, que si aún la frecuento, que si está viva, que si éramos casados. ¿Será que el shuco del Dedos se le acercó y la volteó en mi contra? No dudaría que buscara forma de conocerse con ella, nomás por joderme.

24 de agosto, 13:35 p. m. Lucía Flaquer. La periodista se me apareció en mis sueños. Llamé al gangoso de Ocelote. “Si no se la matás a mi hijo, ella lo mata a él.” Entendió.

28 de agosto, 1:10 a. m. Esa última noche, Gardenia. Su cuerpo recostado y desnudo en la alfombra, me trajo a todos los cuerpos de todas las mujeres que tuve entre mis manos. No me acuerdo o nunca supe sus nombres. Tampoco puedo evocar los rostros; en mi memoria solo afloran partes de su carne, el tamaño y el color de los pezones. Híjuela, solo de la Aura, solo de la patoja de mis pesadillas me acuerdo. Supe que, como de ella, no iba poder olvidarme de la Gardenia; del aceite olor a vainilla que se embadurnaba en el cabello, los mallones blancos, su coñito que apestaba a cielo y esos dientes pequeños y cuadrados mordiendo mi pecho cuando hacíamos el amor.

VIII

EL DEDOS

Temblor

Milwaukee, Wisconsin (Estados Unidos), marzo de 2012

Es curioso, sigo maravillándome de la inquebrantable
solidez con la que estamos hechos los humanos […],
esa fuerza capaz de tolerar las continuas embestidas
que vienen del exterior, de nosotros mismos. ¿Cuál es
la fórmula? ¿Por qué permitimos cualquier exceso aun
a nuestro pesar? ¿Por qué, ese exceso, en lugar de confinarnos,
nos da valor y deseamos constatar lo capaces
que somos de soportar uno mayor, aún más demoledor?

Adriana Abdó

Hortensio estaba ya bien malito cuando falleció. En lo personal, no tengo nada en contra de la gente que se pone mala del discernimiento. *Crazy*. Me venía yo dando cuenta de eso, desde hacía tiempo, de que mi gemelo Hortensio estaba perdiendo la cabeza. Y aunque casi no nos daban permisos de salida, de pronto hubo chanza de pasar por el pueblo y Hortensio coincidió conmigo variadas veces. Tres o cuatro. Púchica, cómo me lo remembreo, sus manos de cinco dedos bien hechecitos, ojos cáidos, uñas recortadas, limpias. Parece que lo estoy viendo, tirado en el suelo, hecho bola, berreando. "Si lo encuentra así, a vos el comandante lo mata", le digo yo. Hortensio se levantó espantao, se puso a desenredarle el pelo a miamá, se puso a sobarle la espalda a miapá. De que "tómese su albahaca, tómese

su té de monte, chúpese su guaro, dicen ellos". Miamá lo abraza, miapá se sale a chillar fuera y no lo avistamos. Así fue.

Parece que lo estoy mirando al Hortensio. Me viene a la mente el día que trajo el casete virgen y le grabamos música de la Elizabeth y Grupo Rana. Nos queríamos. ¿O no?

De eso ya pasaron años. Ayer cumplí tres de que me casé, y ayer se cumplieron treinta años de cuando mi gemelo Hortensio pasó a mejor vida. No sé si fue adrede que escogí la misma fecha pa amarrarme, o si fue pura coincidencia. Pucha, cómo se me viene a la mente mi *brother*, la muerte, sus manos. Voy apenas cayendo en cuenta de mis muladas. Shish, ya lleva años que se me viene abultando la culpa igual a un tumor en el lomo. El peso me partió. "Inevitable, pucha", me digo. Y aunque pasan los años y pasan los meses, de mi pasado no me desentiendo, de esta nueva vida no me hago a la idea. No me acostumbro a mi mujer, no me acostumbro a Milwaukee. La *city* es triste y fría. Bonita, pues, pero le hace falta gozo. Vivimos en un dúplex, Daisy, su madre y yo. "Tengo suerte", me digo. La suerte de seguir pa'lante, con chamba acá en los Esteits, nombre y papeles limpios. Hasta una patoja nuestra que ya está ya por nacer. Debiera agradecer que la Daisy se creyera el cuento de que era yo *systems manager*. Todo lo que hice en Guate esos años, parece como que hubiera sido borrado del mundo. Hasta lo de mi gemelo se me figura borrado. Lo de la Aura, hasta mi nombre, desvanecido.

Chanza y es mi nombre; es mi nombre lo que a mí no me deja borrarlo todo. Hay veces que ni respondo cuando me gritan Mike. Luego de tantos años, nomás no me acostumbro. Unas veces, pienso seguir pa'lante, olvidar el pasado, pensar en la niña, andar en la troca. Otras veces, quiero gritar de que *my name is* Amílkar "el Dedos" Sosa, soy un pisado, un pajero, mátenme de una vez, sho…

Me remembreo la primera vez que vi a la Daisy, se paniquió de mis trece dedos. "Me daban ñáñaras, Mike, papito —confesó una noche—, no te quise dar la mano, pero fueron en parte tus ojos tan saltones y esos dedos todos amontonados los que me dieron el valor de quitarme la ropa y mostrar mis cicatrices."

Fui yo a fixear una lica en la rufa de su estética y la oí cantar "I wanna dance with somebody". "Me gusta la wira", pensé. No me engaño, toy feo, tengo las piernas feotas, quemadas. Los ojos de renacuajo y traigo el mal de ojo pegado. Pero para los hombres, no es clavo. De la mujer se espera belleza, buena forma. Del hombre, no mucho. Con que sea insistente, hable de amor y no esté muy jodido, alcance pa comprar lo básico. Claro, para ese entonces yo no sabía del accidente de la Daisy ni de cómo había quedado toda marcada. Y pues empecé a ir a la estética, de vez en vez, a recortarme el cabello. Espiaba a la Daisy, oía su conversa, leía su agenda. La empleadita que me corta el pelo me ninguneaba; apuntó "ojos de sapo", en vez de mi nombre, en la agenda. Un día dijo: "*Nasty fingers is waiting*". En eso, oigo a la Daisy de que: "*Shut up*, pendeja, no es culpa suya que le saliera tanto dedo". Ella no supo que yo todo lo estaba oyendo y me convencí de que la iba a enamorar, aunque fuera por lástima. Nomás mi mamá me había defendido tan bonito. Así fue.

A veces quisiera ser lo que la Daisy piensa. Otras quiero ser yo mismo. Siempre fui un pajero, un chinche. "Qué vas a querer, mijo, y qué le llevamos a tu gemelo Horte", oigo decir a miamá en el mercado, tantos años atrás. La oigo clarito como si siguiera viva. "No, amá, no llevés nada pa Horte —le digo—, no necesita nada, él tiene bonitos sus dedos", y que me mete un pellizco miamá pero igual no le compra nada a Hortensio, todo me lo daba a mí. Fui siendo el consentido, al que le ponían toda la atención por eso de los trece dedos. Ya de pubertos, el Horte me agarró tirria.

Yo no tenía nada en contra de él, con todo y que no nació deforme de ningún lado. Púchica, cómo me agarró tirria. Le repugnó de que yo recogiera la popó de los animales y la guardara en mi esquina para oler a campo. Pero él, él era un cobarde. Al momento de tener que volver al cuartel, se fingía que era un patojo. Metido bajo la mesa, gritaba que no podía, chillaba de que lo dejáramos vivir en Chiquimulilla otra vez, de que el comandante Chinchilla lo iba a quemar si no, de que nadie se iba a remembrear de él. Shish, el cerote se golpeaba él solito

en la cabeza, igual a miamá cuando ella tomaba sus menjurjes, se pegaba con la pared o con el suelo. Había que sacarlo a fuerzas de la casa, miapá y yo, pa evitar que se desertara del Ejército.

—Salvámelo, Amílkar, salvame a Horte, pedíselo al señor teniente.

—No se va poder, amá, el Horte se desertó.

—Salvámelo, Amílkar, echale la culpa a otro, que se fusilen a otro.

Nunca hablé con el comandante Francisco Chinchilla, nunca le pedí piedá. Obedecí sus órdenes y a saber por qué lo hice. Pucha, que si por envidia, que si por odio, que si por miedo. Miedo a sus ojos esos raros de Chinchilla, como que si fueran de alguien más, ojos de otro mundo o del infierno.

No sé por qué, pero lo hice.

Y ora vengo pensando, con todo y mi gran suerte de haberme amarrado a la Daisy, es un hecho de que no me sobra futuro. Mi vida quedó desgraciada desde la tarde que conocí al peor mierdero de esta tierra. Al Francisco Chinchilla.

Debí haberlo presentido, pucha. El hijo de la gran puta quemando lo que se le cruzara enfrente con su jodido mechero.

Ora que estoy quebrándome de tanta culpa, van veintiséis días que de la cama no me sacan. Cuando despierto, de lo único que tengo ganas es de meter la pistola en mi boca y volarme los sesos. O mirar viejas encueradas con el puño metido en el culo.

La vaina de andar jodido empezó hace unos meses. El alma se me cayó al suelo cuando vi la foto que me mandó mi cuaz, el Gavilán. Le debo un regalo, al pisao; un rompecabezas bien *nasty* le voy a conseguir. El caso es que ese día que me llegó la foto, no asistí al Computec. Me pasé la tarde viendo porno, a ver si alguna de las putitas se parecía a la Aura. La *boss* llamó del Computec, que dónde andaba yo, que me esperaban para fixiarles sus laptops a dos *misses*. No, no podían esperar al lunes, era urgente. “En un rato le llamo pa’trás”, le digo yo. Pero no llamé y no fui. Dejé descolgado el teléfono de la casa, el celular en *airplane mode*. Abracé el respaldo de la silla y casi me echo a chillar.

Eso es mal de ojo, me lo andan echando.

“Mike, papito, *you can’t lose the job I finally got you*, cómo pensás pagar las *bills*, respóndeme, papito”, decía la Daisy los primeros días de mi muerte en vida. Yo nomás pensaba de que no iba a pagar un centavo más de jodidas *bills*. Y me hice el enfermo, me quedé mirando mis vídeos. Juego el papel de Mike Rosas. No puedo ponerme como cuando era yo el Dedos. Mike es bien correcto, bien perfectito él. Cuando estaba vivo el verídico Mike Rosas, él sí era *systems manager* en Cobán. Lo maté a palazos, un jale que ordenó el comandante Francisco Chinchilla. Fusilado y no asesinado, repetía el comandante. Fusilados y no asesinados, son los majes que el Ejército quiere ver muertos. Y de Miguel Rosas no quedó nada, vamos, ya ni la forma humana se distinguía. Púchica… a veces pienso de que debía darle gracias, sí. Dedicarle una *preyer* por seguir usando su identidá todos estos años. Pero en vez de eso, lo odio. Se merecía lo que le hicimos. Odio todos los feices que se me quedaron grabados: a los que les dimos cran, a los que pencaceamos, a los que levantamos, pucha. Odio hasta al gemelo, odio a todos, menos a una.

En la foto que mandó mi cuaz, sale la Aura parada en el conservatorio de Mexico City. Su peca de su labio se alcanza a ver. Nunca he estado ahí, en el conservatorio. Desconozco cómo es que sea. Pero me digo: “A ver, y qué tal si voy a watchearla de cerca, watchear a mi princesa, a la Aura, ver de que esté bien, escribirle una carta para hacerla entender de que el secuestro fue cosa de guerra. Hay que comprender que en las guerras hay que imponérseles a otros, bonita. Unos mueren, unos viven, vos de menos quedas viva”. Ay, la Daisy, si supieras. Si la patoja que le crece dentro supiera. Las dejo que repitan, que crean la Daisy y su mamá, que *with time I’m gonna be fine*, igual a cuando me conocieron. Las oigo cuchichear de noche, de que cuál es la cura. De que si soy un bueno pa nada, de que si estaré traumado por la migra, que si toy enfermo y por eso no miro más que culos, ay… ¿Cuál es la cura para el odio? A la hora de pencacear, acabo odiando más. Ellas dicen que hay que darle un tiempito más al hombre y *soon he’ll be fine*. Las pobres. No saben que el Mike Rosas está muerto, no da pa más, ya no va resucitar. Si algo queda dentro de este feo cuerpo, es el alma de Amílkar el Dedos

Sosa.

Pero hace mucho que Dedos no tiene alma. Allá en Chiquimulilla donde la fiesta de la Santa Cruz, iba yo con el Hortensio a plantar maicillo. Ese día los cuques nos subieron a una camiona a punta de pistola. Me remembreo que iba cargada de puros *teenagers*, máximo de dieciséis o diecisiete años. Muchos ni mascábamos bien el español. Y yo que me quejaba de todo lo que creí sufrir en mi casa, lo fui a sufrir peor allá en Juitiapa. Pucha.

Eso se usaba en el Ejército. Robarse indios.

Me remembreo siempre de un día, ya en Ciudad de Guate. En la G2. La camiona del comandante se acerca al cuartel. "Dedoooos, ai viene la burra del teniente", grita un fulano. Parece que lo estoy mirando acercarse al comandante Chinchilla, bien rápido, trae prisa. Abro la puerta de la camiona, "¿la llevo a estacionar?" Chinchilla niega con los ojos. Entiendo, alguien hay sentado atrás, un prisionero, comunista, profesor, guerrillero, ratero. "Sacá a la niña —me dice el jefe—. Sacala y ponela en algún sótano, ahí la vas a guardar a la rata." Ay, pucha, jamás me había tocado ver una niña tan canche. Eso de agarrar patojas se veía más en el campo, no en la ciudad. Suéter rojo, broche de minino rosa, así como parecido a los de la Hello Kitty. Nivel cuarto ha de cursar, me digo. Una princesa. Cómo se antoja meterle mano, le pongo la de seis dedos sobre el hombro, Francisco Chinchilla grita que le apure y luego me pregunta que por qué tan delicadito, que si yo creo que las moscas sienten. "¡Arrastrala con fuerza!", grita. Ya la traen jaloneada a la muchachita, no intenta escapar ni chilla ni berrea, obedece. Yo nunca vi nadie así, "pucha, Amílkar —me digo—, tal vez nunca vuelva a ver nadie así". Más tarde dice que su nombre es Aura. Le ofrezco un Rubios, mi mano tiembla y ella lo nota, carajo. "¿Por qué temblás?", dice. "Patojita jodida, vos no vas a ningunearme —le digo—, acá en el sótano mando yo." Insistió. "No me río de vos, solo quiero saber por qué temblás." "Patoja jodida, te callás o te cubro de alacranes, que acá en el sótano hay cientos, ¿entendés?"

Mi cuaz el Gavilán dice de que no es tan sencillo.

Obedecíamos órdenes, era la guerra. Pue que. No lo niego, pue que así fuera. ¿Qué me diría el Ocelote? Me diría: "Mirá, Deditos, con la Aura bien que lo disfrutaste". Y es verdá. Daba gusto someter una creída con voz de ángel. A veces cantaba "La sanjuanerita"; yo se la pedía del diario. Si pudiera escribirle una carta, confesarle toda la mierda que hubo dentro mío y que me perdone Dios. "No, cerote, no", me digo. Nadie del Ejército ni de los jales quiere hablar de lo jodido. Y acá en los Esteits, cómo hacerme de un cuaz, ni que fuera a llegar "*Good morning, misters*, acá el exkaibil homicida con licencia anda en busca de amigos, sho…"

La Daisy acaricia mis dedos, acaricia uno por uno con calma. Los huele. Huelen a tíner, dice. Luego los besa despacio, los lame. Púchica, ya va por ocho meses de embarazo y la niña se viene grande. Mi mujer se pasa el día entero en la estética. Cree que debiera quererla detener. "*I can't lose my clients, Mike, even pregnant*", explica antes de salir. Yo nomás le digo que se lleve su manojo de cilantro, pa espantar el mal de ojo. Siento que se llega a dar cuenta que lo único que deseo es que se largue de la casa y poder jalármela con mis vídeos, con la *queen of anal*. Tons me repite de que ya se viene la niña, de que está cansada, de que se vienen muchos ishus por delante. "*The girl is coming*, tenemos que pagar su *school fund*, su *health fund*, la *mortgage*…" La lista de aseguranzas solo por la llegada de una patoja… País mierdero donde te exprimen con pura garantía falsa contra todo tipo de pendejadas. Encima tienen un bisne pa quitar la puta soledad, la culpa, el paniqueo, pucha, todo lo más jodido.

La Daisy por fin dejó de chinear con que vaya al Computec. Sabe que la chamba ya se perdió. "Sos un huevón, parecés mexicano —dice ella—, con lo que sabés de *computers*, hubieses ascendido *very soon*, papacito." "No me interesa", digo yo. Pura mierda, no aprendí nada más que a destruir. Ja, me dieron la muy especial oportunidá de ir a la Escuela de las Américas después de ir a Fort Hood, gracias al pisado Francisco Chinchilla. "¿Gracias? Pucha, no, Daisy, yo no busco ascender en nada, busco olvidar lo que aprendí allá, olvidar la G2. Olvidar quién soy, shish."

Acá mi suegra me alcanza la comida a la cama. Grito: "Doña Chuyyyyy", y me trae la chilca fresca y el huevo pa'l mal de ojo. Me trae Chetos de la despensa, Budwaiser del *cooler*, picsa del Quick Mart. Todo me lo embuto como tamalón. Pero hay veces que doy dos que tres probadas y lo tiro al suelo. Es que en el fondo ya no me significa. La vieja Chuy se esfuerza por ayudar a mi mujer. Trae madres que me puedan ser *of help*.

"Acá le dejo un diario, Mike, con *job offers* —dice, entrando a la recámara de puntitas—. Acá, un catálogo de tecnología en Corea y este el libro *Making money from home*."

Meto más Chetos a mi boca. Imagino chicharrón del bueno y de ahí me vuelo a la galería de *pussys* que me encuentro en la internet.

La suegra nació en El Salvador, será por eso que su corazón es de oro; me llena la tina con agua hirviendo, washea el ajuar, se gasta el varo en mí. La detesto, vieja pendeja. Podría amarrarla. Arrancarle esas uñas verdes, moradas, azules, que Daisy colorea. Todo bien cubierto de chispitas y por debajo, la mugre escondida debajo, como en todo.

Arrancar esas uñas de esos dedos bien formados es el único acto que me motivaría a levantarme. Eso, y matarme yo.

Me viene la vez que me eché al primer pisado, hace más de treinta años; la orden del teniente: "No permitás que el maje se desangre, que sufra". Yo les rocío vinagre a las heridas, los compas echan porra. "Sin miedo, Dedos, te va gustar, vos te vas a sentir poderoso, vos te vas a excitar cuando lo veás morir." Pero no siento el poder, solo huelo la mierda que expulsa su cuerpo. Y no siento nada. Fue poco más tarde, contigo, Aura, la única vez que me gustó hacer lo que hacía. Parece que te estoy mirando. Contigo se me hizo podrido el corazón. A partir de ahí, me desgració el Ejército.

Luego, como ya desmembraba bien seguido, menos sentía. Ni placer ni pesar, yo cumplía mi trabajo, matar. Asustar. Que sufran los pisados, y hasta ahora trato de remembrear nombres y caras de los muertos, pero nomás me remembreo de los primeros. A esos, porque todavía no les quitaba sus caras.

Acá en el dúplex el teléfono suena, suena, suena. Como ayer

fue el aniversario y no compré nada, a la Daisy no se le ocurre otra cosa que joder. Llama a la Chuy, de qué ando haciendo, de que si me bañé, de que si salí de la cama, de que si sigo aplastado, de que si pedí *junk food*. Toy hasta cansado de las chaquetas, de todo. Acá ya siempre es lo mismo, mi mujer llega a casa, me trata jodido. Grita, insulta. "Sos una desgracia, cómo vas a ser papá así, *fucking Mike*." No contesto un carajo. "Contestame, *fucking pig*, apestas siempre a cilantro." Jala las sábanas llenas de hojitas de chilca pa washearlas, me deja descubierto, se acerca y me cachetea. Ahí me le pongo de cuatro patas, como el cerdo que soy, "pégame con ganas". Cuando me golpea, siento que aún la quiero.

Veo precios de vuelos pa largarme a Mexico City, buscar a la Aura y escribirle unas líneas. Tal vez oírla cantar de nuevo, no sabrá que estoy entre el público. ¿O se lo diré?

Los seivings tan en una cuenta mancomunada. Una cuenta onde la Daisy y yo vamos guardando lo de las aseguranzas y las deudas de una patoja que ni ha nacido. Se me acerca la Daisy, me abraza. No respondo. "Papacito, *touch my belly, the girl is moving*." Jala mis manos hacia su panzota rayoneada de cicatrices. Mis trece dedos se entiesan, se tuercen como garras, quieren lastimar esos feos surcos en la piel de Daisy. No obedecen, son necios. Encajan las uñas en su vientre abultado, estrujan. "Soltame —grita—, *what the fuck*", me siento asheim, se calientan mis orejas, entro al water. La oigo gritar algo como: "Sos un enfermo, sos creizi", oigo a la Chuy consolarla. Me siento a llorar sobre la tapa del toyler.

Aura. Tan bonita, una princesa en ese hoyo… Ni en mis sueños más locos… "Cómo no iba la sangre a hervir, la reputa gran madre", me digo yo, cerote. El recuerdo mastica mis sesos, miro la foto en el celular; me remembreé de tanto… Del plato de atol que nunca comió el Mike Rosas, porque no le di tiempo. Del sombrero que le chingué a la wirita de trenza y fleco, antes de tirarla al pozo. No la tiré yo, pero tampoco la ayudé. Quería ver más muertos, vamos, más sangre, más aullido. Ya traía pestilente el corazón.

Aura. Si vos me volaras los sesos. Si tan solo me dejaras pagar

lo que… Pagarlo todo, desde patojo. Fui un niño enfermizo. Ni con brebajes de siete espíritus mejoraba, pucha, mamá frote y frote preparos, cachitas, y yo me enfermaba de empacho y bolsas de lombriz. De niño, mi tía dijo de que me enfermaba de susto y me llevaba a tocar la tierra.

Cuando el viento huele a estiércol, me da por remembrearme de Chiquimulilla. Me da por llorar. "Mire bien la tierra —decía mi tía—. Mírela, Amílkar, vea de que ya no es café; está pensando en ponerse morada. Pruébela a la tierra, Amílkar, vea de que está un poquito más amarguita, en su punto, mijo." Y yo la probaba y, pucha, la tierra estaba en su punto.

Luego tocaban las limpias. El cilantro se me podría y el huevo siempre me salía negro, negro. Olor a azufre, a podrido. Era yo un niño nomás, pero el mal de ojo me pescó. "No se angustie, mijo, que ya le estoy chupando lo podrido." Después, mi tía y yo debíamos enterrar juntos ese huevo cerca de un árbol. "No cualquier árbol, uno fuerte, que aguante", decía ella. Pucha, me daban ganas de llorar. "El viento se lleva el miedo y la tristeza, mijo, nomás es cuestión de salir a que le pegue a uno, caminar lejos, mijo, deje salir a las lágrimas."

Me remembreo a mi gemelo en esas limpias. Ni me miraba. Dijo de que traes la mala suerte, de que hay que quitarle un dedo al Amílkar. Con que le queden doce.

Miamá lo pencaceó y dijo: "Trece no es mal número, trece es lo que es". Y así fue.

Me digo de que lo de matar a mi gemelo Hortensio ya lo traía marcado en mis manos. La mala suerte fue echada, yo iba a apretar el gatillo, quisiera o no, iba darle el tiro de gracia. Y él lo sabía antes que lo supiera yo. Siempre lo supo.

Oigo roncar a la Daisy. La veo boca arriba, el hocico abierto. Su panzorrón lleno de niña se me figura una montaña pelona. Pienso en la Aura, en México. Coloco la *hoodie* sobre mi choya, salgo a la calle. La corriente me refresca. Un aire le pega a mi frente, lloro seco. Y si me largo de acá. La noche es negra. Huele a basura, a *fried chicken*, a pan mojado. Camino unas cuadras y el cielo clarea. "Púchica, no tengo ganas de ser papá", me digo. Desconozco lo que será eso de querer a un hijo; si nunca pude

tener al primero, menos voy a tener a la segunda. No.

Aura, mi princesa. Apenas ando unas calles y tomo camino hacia vos.

IX

CAMILO

Mar de huesos

Ciudad de Guatemala, diciembre de 2012

… las mujeres cuando las apalean para que no se juyan, los hombres cuando los apalean las autoridades para quitarles lo de hombre que llevan dentro. Él ya no llevaba dentro nada de hombre.

Miguel Ángel Asturias

Lo detecto siguiéndome una vez más al salir de *La Aurora*. Es jueves, tal vez mi último día normal, estándar, la última ocasión de ser el hombre que fui. La señal definitiva de que algo se avecina es el descaro de Ocelote. No, no intenta esconderse como en las ocasiones anteriores, todo lo contrario, se acerca a mi auto y toma asiento sobre el cofre secándose la frente, sí, limpiándose con total parsimonia. Esos son los hechos.

Yo solo quiero descansar, seguir la sagrada rutina de güisqui, purillo y póker luego de la pantomima de ocho horas en periódico. Estoy agotado, ya detesto el trabajo; desde que mi madre me puso de pantalla, una y otra vez me han abordado todo tipo de recaderos y pagadores del Ejército, del Estado Mayor Presidencial, del Arzobispado, políticos, empresarios, pandilleros, en fin. Toda la fauna desfiló ya para frenar la publicación de alguna historia o solicitar la invención de otra, y sí, la mayoría de las ocasiones, accedo. Convenzo a mi madre. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? Los hechos son los hechos. Eso

sí, lo que aseguro, definitivo, es jamás haber aceptado una coima, un quetzal de militar alguno, no, ni siquiera de generales o coroneles, nunca, por la razón perfectamente comprensible de que no son fiables, no son rectos, no se sabe lo que están tramando en su mente macabra, en fin, nunca se les puede leer el pensamiento pues lo tienen cambiante, alterado, voluble, y no dejo de confirmar que no existe un solo milico en este país que no sea infame y peligroso, que no es lo mismo que tratar con rateros y corruptos. En fin.

Ocelote ni me mira. Parece estar deprimido. Sé que no llega a los sesenta, pero se ve viejo, muy viejo. ¿Me acerco a conversar con él? O será que alguien lo mandó a cobrar lo de las carreras de caballos. Para qué le aposté a eso, yo no sé nada de caballos. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? La vida se me va haciendo aburrida, lenta, sin sabor. O será que viene por lo de la noche de black jack, ahí sí quedé debiendo una buena cantidad, sí, hechos son hechos. Y ahora no tengo suficiente con qué pagar, ya será hasta el próximo mes… ¡Pues que me lo cobre a la mala!

¿Y Ocelote por qué permanece inmóvil? Que se vaya a jugar a ser una estatua en otra parte, no encima del cofre de mi auto. Yo lo ignoro, sí, ignoro con la esperanza que desaparecerá como tantos otros y creyendo que aún no siento miedo, apenas un cosquilleo en mi abdomen, sí, hay un cosquilleo, pero nada más, lo cual se lo atribuyo a mi padre. El pobre fue periodista en los ochenta y, por cliché que parezca, ese hecho me dejó afectado de la cabeza, un tanto desvinculado o tal vez inhumano, al grado de que a veces intuyo una pisca sociópata de tanto que aprendí a ignorar por completo el terror de imaginar a mi padre asesinado en un basurero de la zona tres, o imaginar a mis seres más queridos, desmembrados en un vertedero o en un pozo. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Mejor desvinculado, que vivir preocupándome por los demás. Con mi hijo tengo.

¿O será que nadie me ha importado nunca?, nadie, más que Andresito. No voy a mentir, la muerte de mi padre fue un respiro. Hechos son hechos. Y mi madre nunca esperó mucho de mí. O nada. El día que me dejó al frente del periódico, dijo: “Vos serás mi muñeco, Camilo, y yo, tu ventrílocua”. En fin.

Me acerco al auto sin voltear hacia Ocelote, abro la portezuela y subo. Enciendo el motor como queriendo avisarle al viejo militar que ya va siendo hora de bajarse del cofre, pero el caco no se inmuta. "¡Permiso, señor!", grito por la ventanilla y nada, ni una mirada, como si el motor jamás se hubiese encendido bajo sus posaderas, no se molesta en reaccionar y mira al horizonte, un cigarrillo en la boca, tan tranquilo que el cosquilleo en mi abdomen se vuelve más agudo. Agotado, sí, agotado como suele sucederme por la tarde, apago el motor. Un mosco deambula cerca de mis oídos y no lo mato. Finjo leer *The psychology of poker*, hojeo una novelita western, *Bang! Bang!*, inhalo una línea, dos, y calculo la probabilidad de no poder irme nunca, probabilidad tendiente a cero y apuesto que estaré de camino a casa en menos de doce minutos, sí o sí. Espero, iluso de mí, rezando por que el viejo Ocelote se harte de hacer cola, ¿qué más me queda?

Siento empapada la nuca. Gotas de sudor recorren mi frente y cuello, igual a cuando en el póker estoy por perderlo todo, sí. Miro una gota caer sobre mi pantalón negro. Otra más. Y otra. Pasan segundos o pasan minutos, y aunque el cielo se va por una segura tormenta, decido caminar de vuelta a casa, pero no, no me lo creo, miro llegar a otro militar, un soldadito que reconozco en el acto. Nada más y nada menos que el hijo del coronel Estrada, el famoso Ricky, un tipo que no tendría problema en sacar su 9 mm y balacearme, para luego regresar tranquilamente a su mansión. Y no, no y no, eso no es lo peor que podría hacer el caco, lo peor sería dirigirse a casa para acabar con mi familia.

Ricky se acerca a Ocelote, charlan. Escucho un golpeteo, son mis dientes castañeando, aprieto la mandíbula, pero los dientes no paran y se sacuden más fuerte. Me agacho, intento reunir los papeles dispersados sobre el asiento y el suelo, pero tiemblan mis manos, se entumen, no logran recoger nada. Me incorporo, ahora los soldados me apuntan con sendas pistolas y un picahielos, abro los seguros del auto.

El coronelito Ricky se sienta detrás de mí. "Con que tenés pisto para andar en esta chulada de carro", dice. Puedo ver su rostro asimétrico y delgado por el retrovisor, ¿cómo no caí antes

en cuenta de quién envió a Ocelote? Hechos son hechos, esto sin duda se trata del reportaje que quiere sacar Lucía… ¿O será por los caballos? Típico de mí, ignorando lo que no conviene ver, en fin, cuántas veces no me ha pasado y cuántas veces tuve la oportunidad de corregir ese defecto; pero las probabilidades se iban por buenas, ¿qué más podía hacer? Diez años sin molestar a nadie, o por lo menos a nadie importante; diez años recibiendo mordidas y apostando a gusto. Nunca debí meterme a los caballos, si hasta el más ignorante sabe que ahí anda esta gente. Debí decirle a mi madre que vendiéramos el maldito periódico, sí o sí, o despedir a Lucía cuando empezó con sus ideas; debí exigirle a mi madre que regresara a Guatemala, sí o sí, que diera ella la cara, porque no hay forma más cómoda de dirigir un diario que desde otro país, ¿verdad, mamá?

"Manejá, culicagao", ordena el coronelito mientras Ocelote, mucho más macizo, va de copiloto y presiona el picahielos helado contra mis costillas, punzante, y al mismo tiempo se pasa un pañuelo por las arrugas de la frente, y en verdad que no cuesta intuir su cara de estatuilla maya guerrera, a la vez apacible como la de un felino, sí, listo para brincar, listo para aplastarme… Intento conducir, pero mis manos siguen entumidas, no logran tomar el volante. "Manejá, perra", repite el coronelito, y no logro siquiera meter la llave en el agujero. Ocelote me ayuda con calma, gira y prende el motor, abre mis puños con suavidad, acomoda mis manos en el volante, y yo, inocente de mí, aún quiero convencerme de que la situación promete no pasar de una anécdota espeluznante, ¿qué otra cosa puedo pensar? Creer que no será más que un susto digno de periodista guatemalteco posacuerdos de paz, y hasta pienso: "Va a ser divertido contarlo después", y también pienso: "Qué se creen estos dos, que me pueden impresionar como si fuese yo de esa gente a la que acostumbran imponer", cosa que me digo únicamente para acallar mi verdadera intuición, la de una muerte cercana, iluso de mí, temo la propia muerte, intuyo una larga, larga tortura, de esas donde uno mira el segundero esperanzado de que el tiempo pase más rápido, pero no, al contrario, el tiempo comienza a estirarse, a transcurrir más y más

despacio, hasta detenerse. Acelero el motor, imaginando que el tiempo se acelera, consigo manejar mucho más rápido. Si aparecen unas placas con mi número de la suerte, no moriré hoy. Si no aparecen, es el día de mi muerte. Hechos son hechos.

Aparece, aparece, por favor un siete, un siete…

¡Y aparece!

—Allá delante hay un retén —dice Ocelote—, da vuelta en *u*.

Comienza a llover.

—Despacito —dice Ocelote con su voz gangosa—, ahí metete —y me estaciono en un callejón cercano a la San Carlos. Veo el reflejo nítido del coronelito Ricky por el retrovisor, el tipo no parece equilibrado, anda en sus veinte altos, tremendas ojeras de cocaína le rodean esos ojos azules demasiado hundidos.

—¿Vos te creíste que me podés basurear como a una perra? —pregunta.

—No… no —tiembla mi voz.

—¿Le viste cara de perra al Ocelote, pa que lo andés ignorando?

—No, no…

—Hablás como marica, perra. ¿A poco no, Ocelote? —ríen igual a dos hienas a punto de cenar—. No te va nada mal para ser el segundo de tu putísima madre, manejando un BMW nuevito.

Ricky da miedo. Ocelote intimida sin convicción, como quien cumple un trabajo; apuesto que es de esos que usan la minuciosidad hasta en la tortura, pero sin disfrutarla. En cambio, el coronelito parece odiarme con ímpetu, esa mirada atascada de asco, desprecio. Irrefutable, yo le represento algo así como una herida abierta e infestada.

—Anda mascado el coronel Estrada, pisándole los talones a *La Aurora* pa que devolván lo que es suyo —escupe Ocelote.

—Dígame qué quiere, solo dígalo… —susurro, recordando la vez que un cura me amenazó con enviarle a Natalia, mi mujer, una foto que nos tomamos mi amante y yo desnudos, ¡y cuánto me preocupaba!; ahora parece un juego de niños.

—Lengüetero culicagao, andás metiendo el hocico donde no te invitan —arremete el coronelito—. Andás indagando sobre mi papá, el coronel Estrada.

Ocelote encaja la punta del picahielos; su mirada parece decir: “Ni se te ocurra hacerte el tonto”. Y yo aún tengo la esperanza de que se trate de una confusión, de que no sepan nada de la investigación de Lucía.

—¿Puedo preguntar qué y cómo lo saben? —siento la espalda empapada, fría, gotas de sudor resbalan hasta mis labios y pruebo la sal. Siento náuseas.

—¿A poco no te las olés, perrita?

—Llevamos ratío siguiendo a la tu gente y a la reportera. A Lucía Flaquer —dice Ocelote.

Lo saben todo. Oír el nombre de Lucía me encoge las vísceras, sí, siento que no podré evitar desmayarme aquí mismo.

—¿A poco te creíste que la Lucía iba poder estarle dando al peluche con Pablito Chinchilla, sin que le chequeáramos hasta los calzones? —dice Ricky.

La lluvia arrecia y me salen lágrimas.

—Pablito es mi *brother*, perra chillona —dice el coronelito—. Se nota que no sos más que el mandadero de tu mamita, que ni conocés de nada, ni de teléfonos pinchados ni cuentas hackeadas, perra.

Ríen.

Mandadero sí soy, y a eso debí limitarme en lugar de querer hacer negocios. No me faltaría nada, ¿para qué andar cobrando mordidas?, ¿para qué andar contratando a las Lucías del mundo de la prensa, que además ni aflojan y me salen con que se toman en serio el periodismo?

—El reportaje jamás será publicado en *La Aurora* —digo.

—No se trata nomás de *La Aurora*, perra. La wirita lo va a publicar donde sea y se está chingando a mi papá y cogiendo a mi mejor amigo. Tiene que pagar, y pagar caro, weón, sin que Pablo Chinchilla se entere de nada.

—Y lo más importante —sigue Ocelote—, vos tenés que conseguir y entregárnoslas todas las copiecitas de seguridad del reportaje.

—Exacto, perra. Si algo sale publicado en cualquier periódico, sos hombre muerto y tu vieja y el niño también.

¿Por qué vienen por mí y no por Lucía? Por qué. ¿Pablo

Chinchilla estará enterado de todo y se lo habrá dicho al demente de su papá? Y ella, ¿por qué no van directo por ella?

—Ta calentándose acá dentro, prendé el clima, Ocelote —la voz del coronelito suena inmoderada, se va por la locura, el descontrol.

Ocelote seca su frente y prende el aire acondicionado y yo trato de bajar los vidrios del auto para respirar aire y sacar al mosco, abrir las ventanas de ese auto en el que me mantienen estos tipos, pero el kaibil empuja el picahielos contra mis costillas, volteo y observo su tatuaje en el antebrazo, un ocelote de dos cabezas con larguísimos colmillos. Me contraigo y siento lágrimas en la cara, ¿o es sudor? Esos colmillos escarlatas se me clavan en los ojos y todo se vuelve borroso… Todo lo que he logrado en mi vida… ¿Todo para que Lucía acabara metiéndose con el hijo de Francisco Chinchilla y me jalara con ella al precipicio?

No.

—Voy a conseguir esas copias del reportaje, y… —el diluvio se suelta con más poder, como un mal presagio—. ¿Puedo irme ya?

—Sht, sht, sht —hace el coronelito—, a mí las perras no me hacen preguntas.

La estadística no falla, cada minuto promete concluir con una bala en el cráneo. En el mío, por supuesto. Sí o sí. Dios santo, uno nunca sabe para quién trabaja, morir sin volver a ver a mi hijo, dejarlo solo con Natalia, mi mujer, no, no quiero morir todavía. No así, no con estos cacos. ¿Por qué a mí?

A dónde mandás las copias de seguridad de los reportajes en *La Aurora*, cómo podés hacer para que la Lucía regrese de México acá a Guate, dónde creés que ella escondería sus copias, a quiénes menciona en la última versión del reportaje además del coronel Estrada, qué sabe Lucía de Pablo y por qué indaga sobre su pasado y el de su padre, Francisco Chinchilla.

Mis respuestas se van tornando más precisas; no tengo la entereza de ocultar nada, ¿qué otra cosa puedo hacer? No les oculto nada, salvo la ubicación de las copias de seguridad del reportaje. Lucía no comparte eso con nadie, ni siquiera

conmigo… Más de una vez me arrepentí de contratarla para *La Aurora*, debí despedirla cuando aún podía, más de una vez detecté que se tomaba demasiado en serio su papel, rescatadora de almas perdidas, ¿o será venganza? Con eso de que a su abuelo lo desaparecieron en los noventa y sigue obsesionada, no lo suelta… Pero no actué a tiempo, típico de mí. Hechos son hechos. En fin…

Ahora el coronelito me lo explica todo, cada paso; sabe que obedeceré, ¿qué otra me queda?

—A Lucía la tenés que manipular —me dice—. Que vuelva a Ciudad de Guatemala, pero lo más importante es que no le cuente nada a Pablo Chinchilla, ¿queda claro, perra? Y Pablo se tiene que quedar en Chiapas, weón, no puede aparecerse por aquí, ¿entendés? Que la puta no mande el reportaje a ningún lado, a nadie más que a vos. Que no se huela la mierda, ni ella ni él, ¿me oís? Mantenés la boca cerrada con tu vieja, con la policía, con todos; en cuanto tengás las copias del reportaje, llamás a Ocelote y él las recoge. Lo más importante, perra: nos entregás a la Lucía, ¿oís, weón? La llevás y se la entregás a Ocelote, así sin ruido, sin clavo, y sin despertar sospechas de nadie, ni de la policía, menos de Pablo, ¿entendés, culicagao?

—Hasta con tu mamacita hacés sho —agrega Ocelote.

Ésas son las palabras de esos pobres diablos; el coronelito, pobre rata venida a más, ralea de este país. La milicada que ni hablar sabe y busca acabar con la gente como uno… Este iletrado me viene a amenazar sabiendo que no tengo salida, y alguien tiene que morir, sí o sí, y ese alguien no va a ser mi hijo, no voy a ser yo.

—Si cumplo, ¿mi hijo y mi mujer estarán bien? Tengo una familia que cuidar…

—Sí.

Siento los ojos llorosos otra vez.

—¿Por qué no secuestran ustedes mismos a la periodista? A mí no me necesitan para eso —digo.

Y antes de que el coronelito me recuerde que yo no soy quien hace las preguntas, Ocelote explica:

—Mejor que la atraigás vos acá, que vuelva a Guate sin

alharaca. A México no conviene meterse por ella ahora, y en México, Pablito Chinchilla no se le separa nunca.

—¿Y tu vieja? —dice Ricky—. Se llamá Natalia, ¿no?

—Sí, Natalia.

—De *La Aurora*, qué sabe ella —habla Ocelote—, de Lucía, de la investigación, ¿qué sabe ella?

—Natalia no sabe nada, se dedica a pintar cuadros.

—¿Cien por ciento seguro, perra? —pregunta el coronelito.

—Natalia es una típica mujer de casa. No es inteligente.

—A ver —remata Ricky—, grabátelo, perra, Pablo no debe enterarse de nada y más vale que la policía mexicana no meta sus narices en esto, cerote, y asegurate de que tu Natalia sigá igual de pendeja y que la Lucía te entregue todas sus copias de seguridad, no vaya quedar una perdida por ahí.

Manejo hacia la casa con ojos borrosos, empañados. Aparecete, aparecete por favor, un siete, un siete, sí o sí… Y aparece un tres y un cuatro, suman siete, pero dónde hay un siete limpito, dónde… Y manejo como si la vida se me fuera en ello, no piso el freno ni en luz roja ni cruces peatonales, al contrario, acelero más y más y más como en esos videojuegos de carreras donde nada es real, y al mismo tiempo, todo lo es. Dios, si existís, por favor que mi Andresito esté vivo, completo, o por lo menos casi intacto, puedo ver su cuerpito de cuando nació, frágil, pequeño, como de plastilina. Lo abracé en el hospital y era tan fácil presionarle el cuello hasta asfixiarlo, su vida dependía solo de su mamá y de mí… Y ahora esos cacos… Si le pusieran sus sucias manotas alrededor de ese cuello de niño, Dios, no lo permitás, fui creyente, eso nunca se quita del todo, hechos son hechos. Si alguien tiene que sufrir, que sea yo, pero nunca mi Andresito.

Bajo del carro mal estacionado, corro hasta la puerta, la azoto como si llegase a rescatar a los habitantes en pleno incendio, mi mujer voltea a verme desde el corredor.

—Parecés desquiciado, querido —dice Natalia—, ya bajale al perico, amor, o cambiá de *dealer*, por Dios.

No respondo, y sí, parezco un maniaco, un pobre enfermo sumergido en alucinaciones, pero casi implosiona mi corazón

cuando lo encuentro todo intacto: Andresito toma una siesta con las caricaturas encendidas, el perro intenta atrapar moscas con el hocico y Natalia pinta. Todo permanece en silencio, salvo por las carnes flácidas que se le baten a mi mujer mientras mueve el pincel. En fin.

Me urge una línea. Me urge un trago. Tomo dos Gallo del refrigerador y las cartas, saco una con los ojos cerrados y es nueve. Saco otra y otra y otra, hasta que sale siete. Agotado, me recuesto en la habitación de visitas a descansar, pero no puedo siquiera cerrar los ojos solo de imaginar a mi hijo en manos de esa ralea, ralea encargada por mandato del pueblo de mantener el honor de Guatemala y su integridad, paz y seguridad, sí, es esa su misión máxima, siendo el Ejército, en esencia, profesional, apolítico, obediente y no deliberante, buena broma, gran institución compuesta por generales, tenientes, coroneles, cabos, matones, proxenetas y *dealers* de todo tipo de sustancias para soportar la realidad, cosa que agradezco infinitamente mientras camino en círculos luego de aspirar otra línea. Muerdo una uña, otra, otra, agrrr, la arranco más lejos de lo tolerable, un diurex, la pego de nuevo sobre la piel roja y Natalia entra a la habitación.

—Oye, querido, ¿sabés en dónde está Lucía? No coge el teléfono.

—¿Qué Lucía?

—Flaquer. Que yo sepa, no conocemos otra.

—Ya no trabaja en *La Aurora*, Nat.

—¿De verdad? Pero si apenas la vi hace unos meses…

—Renunció, se habrá ido a México con su papá.

—Pero si me dijo que estaba muy contenta en el periódico, ¿pasó algo, amor?

—¿Qué querés que pase, Nat? Siempre insinúas que todo es culpa mía, ¿por qué venís a interrogarme sobre esa mujer, como si fuera yo un criminal?

—Me es igual si sos o no un criminal, querido, hace mucho perdí el interés en vos. Pero necesito encontrar a Lucía, ¿dónde vive?

—No tengo tiempo para vos, Natalia, ve a pintar y dejame

descansar.

—No me voy hasta saber en dónde vive Lucía Flaquer.

—¿Para qué la querés?

—Me dio unos papeles para que le guardara. Y además me está ayudando a ubicar a una amiga de la infancia.

—¿A quién y por qué? Nada tiene que ver Lucía con desaparecidos, Natalia.

—Eso lo decís porque nunca te molestaste en leer su currículum, querido. Lucía trabajó en Famdegua; pero para contratarla, supongo a vos te bastó con que fuera bella, ¿cierto?

—¿Y a quién buscás? Si se puede saber.

—A Aura Fabián, mi mejor amiga hasta la secundaria. Desapareció en los ochenta y por alguna razón se lo comenté a Lucía la noche del aniversario de *La Aurora*.

—Lo habrás comentado por ebria, como suele sucederte. Haceme un favor y ve a pintar esos cuadritos que nadie va a comprar nunca.

Natalia sabe que miento. Se sienta a observarme con toda la calma del mundo, yo cierro los ojos y escucho mis dientes castañear, me aterroriza caer en una eterna parálisis como cuando por seis noches desapareció mi papá, parálisis que en este momento no puedo ni debo permitirme, ¿qué más me queda?

—No se lo dije a Lucía por ebria, Camilo —dice de pronto Natalia—; salió el tema de los niños robados y sé que a mi amiga le robaron un bebé. Lucía cree que puede ayudar a encontrarlo.

—¡Ya! ¡Callate ya! A mí qué me importa la tal Aura y su bebé perdido, tengo cosas más importantes que hacer.

Sigo pensando. ¿Adelantar la publicación, sacarla ya y de esa manera quitarme a las ratas de encima?, ¿o sería peor? Llamar a mi madre, mandarle a mi hijo, irme a otro país. Sacrificar a Lucía.

Me levanto y Natalia me sigue hasta el clóset, cambio mi ropa empapada y regreso al cuarto de visitas, me cubro con una frazada y tiemblo. Natalia toca mi frente, “estás enfermo”, dice. “Largate ya de aquí”, respondo, y le doy la espalda. No sé si me dejará en paz, pero comienzo a pensar… Lucía es difícil de manipular, pero no imposible. Quedan tres semanas para la

salida del reportaje en *La Aurora*, ¿y si le confieso que corremos un peligro real? Ella podría ceder y cancelar la publicación, sí, entregarme las copias ocultas, en fin, no lo sé… No aceptará tirar a la basura meses de trabajo encubierto y atosigada por Pablo, aunque, por el otro lado, Lucía puede haberse encariñado con el teniente. Después de todo, lo conoce desde pequeña. Ya va siendo hora de largarme a Denver con la plata que tenga, ¿pero y *La Aurora*? Al diablo, dejate de hacer tonto, como si me importaran la justicia y los derechos humanos. Si ni siquiera existen. ¡Inventate una buena carnada, Camilo! Sos Camilo Córdova, no sos cualquiera. Necesito un buen anzuelo, algo que la mueva a Lucía, que la atrape y le importe. Una mentira que tenga que ver con Estrada.

Salgo de la casa, Natalia por fin desiste y llamo a Lucía.

—¿Qué me contás, Luci? —pregunto nervioso—, ¿cómo va tu papá, sigue en la Ciudad de México?

—Camilo… —susurra molesta—. Acordamos que no llamarías aquí.

—Llamo porque es urgente, Luci.

—¿Urgente preguntar por mi papá?

—Necesito que volvás a Guatemala y reporteés un asunto muy gordo, Luci —digo, buscando esa salida milagrosa—. Necesito que volvás mañana mismo.

—Puf… Camilo, ¿vos te estás volviendo loco? Será urgente, pero no más que esto. Tengo que colgar.

—No, esperá, Luci. Conseguí a un informante más pesado que tu teniente, soltó la sopa sobre Estrada…

—Oye, Camilo, ¿qué pasa? Eso no lo mencionés por teléfono, o tendré que colgar.

—Calmate, no diré nada sensible. Es sobre los camiones de la Policía Nacional Civil y el traslado de coca…

—¡Camilo! Esto es cosa seria, ¿qué te pasa?

—Tenés que posponer la investigación, Luci, y viajar a Ciudad de Guatemala mañana mismo.

Tiembla mi mano con la que sostengo el auricular. Caigo cada vez más en cuenta del efecto del coronelito en mi persona. Las caras de los dos malnacidos se cuelan en mi cabeza con cuchillos

de caza, pistolas largas, ballestas, ojos hundidos y colmillos que se clavan en mi cerebro.

—¿Posponerla ahora?, ¿pero a vos qué te picó? —pregunta Lucía con morbo, típico de ella, excitada, le gusta la adrenalina, no cuesta intuir sus ojos abiertos y brillantes, como si la vida de periodista fuese una joya, cuando lo que resulta ser es una mierda.

—Tenés que viajar ahora. Mañana. Te necesito acá, Luci, sos mi mejor elemento. Confía en mí, esto es algo gordo contra el coronel.

Silencio. Sé que le cuesta decir que no cuando la necesitan. Dice por fin:

—¿Y qué me invento acá con Pablo?

—Decile a tu teniente que venís a Guatemala para mirar las fiestas de la Virgen de la Asunción en Chiquimulilla —propongo —. Son justo ahora y sabe que te gustan esas cosas.

—Más vale que merezca la pena, Camilo.

Ella no viaja al día siguiente. Pasa una noche. Pasa otra y otra. Las tres noches que Lucía tarda en venir desde Chiapas a Ciudad de Guatemala son infernales. Brota la imagen del periodista aquel de Zacapa al que balacearon dos encapuchados en moto, o ese otro al que mataron con su esposa en Quetzaltenango. Cómo quisiera que todo se esfumase, un mal sueño, pero nada de eso, no, porque la milicada reaparece fuera de mi casa, Ocelote ni se acerca, se limita a mirarme mientras limpia su frente. El coronelito se me viene encima y yo, sin pronunciar palabra, lo escucho. Me baja la presión y siento una caricia tibia en las mejillas; lloro otra vez. El coronelito, con sus pupilas como dos tapones de refresco azul, substrae un celular de su chaqueta de cuero vino. Se saca la moronga a media calle y la frota contra el aparato, “con esto nos vamos a comunicar, pa que vos te acordés a quién chupársela si no te querés morir, perrita”, me pone el celular en la mano, “acordate, si no cumplís, así me voy a restregar a tu vieja”. Me quedo mirando al coronelito, ¿qué más puedo hacer? “Qué tanto mirás, perra —grita—, cerrá la bocota de pendeja chillona —dice—, me hacés perder el tiempo vos y tu

wirita, encajando su trompa en la mierda. ¡Cerotes basura!", el caco me trata como si fuese yo un don nadie y todo por Lucía, sí o sí, todo el horror es por Lucía y me acuerdo de pronto de aquella antropóloga, la que recibió veintisiete puñaladas, y de la vez que el Ejército se llevó a tres refugiados al destacamento en Ixquisis y los coció en un horno de cardamomo durante tres días. Poco a poco, a fuego lento. Una testigo dice: "Todavía hoy cuando me acuerdo me pongo a llorar, siempre lloro para adentro, y, cuando lo platico, lloro también para afuera". En fin.

Cito a Lucía en el Portales, la noche siguiente a su llegada. Pablo se queda en Chiapas, no hay riesgo de que nos vea juntos. Salgo de casa como si nada pasase, usando el famoso pretexto de compartir unas Gallo y jugar póker entre colegas del periódico, lo que no es raro, pues yo acostumbro a adormecer la ansiedad con una buena partida y un par de copas, copas que se han convertido en botellas y más botellas. Bendito alcohol, sin él no sobrevivo esta pesadilla hecha realidad, no soluciono nada y ahora mismo los cacos tendrían a Andresito en sus manos.

Lucía llega al bar después de mí. "Qué fresquito que se puso hoy", dice sobándose los brazos. Su blusa holgada permite ver el principio de dos magnos senos, la imagino como un ángel promiscuo y en medio de mi angustia pido un Buchannans —no tienen Glenfiddich— y una botella de Quetzalteca.

Te conozco, Lucía, no vas a soltar ese reportaje ni aunque el mismo diablo se aparezca, no, y preparo el terreno para echar el anzuelo, el único gancho posible para ella, sí, le hablo del legendario archivo del servicio secreto, desaparecido, robado, destruido. Un brindis, pues, lanzo yo, levantando la copa. Ella no responde, y de pronto imagino al coronelito y a Ocelote guisándome vivo, igual a dos niños con malvaviscos en el camping. No sé qué cara pongo, que Lucía dice:

—No te me pongás tan serio, Camilo, que hoy es sábado.

Río. Ríe con su risa.

—Acordate de tus palabras, Camilo, vos mismo aseguraste que el archivo era una superstición, un sueño mojado de periodista, ¿qué no? —estira el cuerpo hacia atrás, con los ojos cerrados.

—Me empujás hasta el hartazgo con esa respuesta taladrándome, por qué no me creés, Luci —sin inmutarse, ella acomoda el cabello negro en un chongo, dejando ver la flor de loto tatuada en su largo cuello—. En este archivo encontraremos todo lo que Estrada hizo para Ríos Montt, ¡imaginate lo que es eso! Incluso documentos más recientes, tal vez encontrás algo sobre tu abuelo, pensalo.

—Camilo —mira mis uñas y se endereza en la desteñida poltrona de terciopelo rojo, proyectando hacia mí sus pechos—, ¿qué te hiciste en las uñas? Te excediste, están todas sangradas, ¿te sentís bien, perdiste en el póker?

Siento vibrar, contra mi pierna, el celular que me entregó el coronelito. Despeñan como avalancha todas las imágenes, noticias, asesinatos, desapariciones y torturas, el viejo kiché que prefirió le cercenaran los dedos de los pies antes que confesar el paradero de su amigo del alma, un desertor destinado a fusilamiento; yo no nací para andar de héroe ni justiciero, ¡no!, en fin…

—¡Lucía! No me cambiés el tema. Vos te atrevés a dormir con un teniente, y no cualquier teniente, sino el hijo de un psicópata homicida y no querés ir al archivo de la G2, en el que además seguro que encontrás todo lo que le hicieron a tu abuelo.

Se hincha la vena en mi frente, igual a un gordo gusano de sangre. Quiero ordenar otro Buchannans para controlar mis arranques, pero el taciturno mesero ronca sobre la barra.

—¿Qué pasa, Camilo? No andás bien, decime qué tenés. ¿Se trata del periódico, de Natalia?

Siento una vibración en la pierna. Un mensaje del coronelito. Y otro más, y otro, y otro.

—¡No me pasa nada! Estoy tratando de hacerte ver lo evidente, Lucía, ¿no lo entendés?

—Mirá, Camilo, no sé si estás mal dormido, si tu hijo te trae desvelado o cambiaste de *dealer*, no sé por qué explotás así. Por supuesto que me interesa el archivo de la G2 y más si de ahí saco información de Estrada, pero antes investiguemos a tu informante, ¿sí?

Saco el celular de mi pantalón y leo las primeras palabras de

Ricky:

Ricky: Ocelote ya se antojó de los melones caidos de
tu vieja Natalia y si no cumplís rapidito
le boy a sacar los ojos y encajar en su vagina inmunda

Quiero gritar, ¡exploto porque me traen de los testículos por culpa de tu grandiosa investigación incompatible con un país de ratas! Sí, por tu obsesión adolescente de querer cambiar el mundo, ¿sabes qué? Eso no se puede, la justicia no existe, hechos son hechos, vos y tu fanatismo con los militares y las ínfulas de justiciera, tus ideas de andar interrogando indígenas destrozados, vengativos y acomplejados, metiéndote en una historia que no te incumbe, así es, Lucía, no te incumben masacres que sucedieron antes de tu tiempo, ¿no lo entendés? Pero solo alcanzo a bufar, irás al maldito archivo, querás o no. Golpeo la mesa, los borrachos en la barra voltean con tirria. ¿Los borrachos o los orejas del coronel Estrada? No cuesta intuirlos siguiéndonos veinticuatro por veinticuatro. Succiono el resto de la botella de Quetzalteca y digo:

—Hablemos más bajo —señalo con los ojos a la barra, esperanzado de que los borrachos solo vigilen el escote de Lucía —. Seguro sospechan, estamos por meter las narices en la mierda.

—Mirá, Camilo, andás mal, se te pasó la coca, y no jodás, estos choyudos te habrán reconocido de *La Aurora*, de algún noticiero o entrevista, ¿qué no?

—Volteá discreta —susurro—, huele a kaibil, ralea analfabeta.

Lucía se vuelve hacia ellos, despacio. Se le endurecen los alegres ojos negros. Sé que aún no me cree.

—Si me presentás con tu informante, contá conmigo para el archivo.

Se va.

Ocelote me contacta con un falso informante. Es perfecto, un viejo soldado de dientes amarillos, piel gris y ojos cansados. Me muestra un documento que pudo salir de cualquier archivo de

guerra, de la Mano Blanca, de la G2, de los Escuadrones de la Muerte. Lo leo. Original de la G2, o por lo menos así parece: santo y seña de un tal Miguel Rosas, encargado del área de informática en un cuartel de Cobán, fichado en 1983 por posible colaboración con la guerrilla. “Vive solo, se le conocen tres hijos de dos, cuatro y diez años de edad que viven con la madre; esta asegura que Miguel Rosas padece una enfermedad venérea.” Más adelante se agrega una nota en la que se informa que Miguel Rosas fue enviado a Coatepeque por órdenes del comandante en turno, Francisco Chinchilla, el 7 de agosto de 1990.

Al menos un siete en el documento, no está nada mal; Lucía se lo va a tragar todo, sí o sí.

Nos reunimos en el Portales, el informante, Lucía y yo. El tipo procede de maravilla, tanto que me relajo y vuelve mi buen humor. Luego de casi dos horas dejamos ir al hombre.

—No me lo creo, Camilo… Si esto es verdad, entonces es único… No me la creo, qué joya.

—¿Aún lo dudás, Luci?

—No lo dudo, pero hace falta cruzar cierta información, corroborar lo que dijo al final. Tengo una idea de cómo hacerlo.

—¿Necesitás más corroboraciones, Lucía? Estás mal, estás traumada.

—Sí, lo estoy. Un dolor que no tiene solución, se llama trauma.

—Iré con vos —digo, mirándola a los ojos y sin pensarlo—. Quiero estar junto a vos, Luci, no voy a permitir que por mi culpa sufrás otro dolor igual al de la pérdida de tu abuelo.

Me abraza, sonríe. Sirvo dos güisquis, ella de pronto parece estar llena de adrenalina.

—¿Lo ves, Luci? Qué te costaba creerme desde el principio.

—¿Y a vos qué te costaba presentarme al informante desde el principio? Y decirme que iríamos juntos.

Luego de un rato propongo largarnos del Portales; es un nido de orejas y es mejor platicar los detalles en su casa.

—¿En mi casa? No es buena idea, a Natalia no le gustará que estemos vos y yo solos.

—Y a tu teniente Pablito, como lo llamás vos, ¿le va a gustar?

—reviro—. Si nos encuentra ahí juntos, me sorraja un balazo.

—Pablito no es así, ya te lo he dicho.

—¿Cómo no va a ser así? Creció entre alacranes. Sos ingenua, Luci.

—Y vos sos un machorro de mierda, te creés que sabés más que yo, que todos, nada más por lo que cuelga entre tus piernas —responde seria—. Además, Pablo sigue en Chiapas y me espera allá.

Me quedo mirando los manchones del mantel percudido; suena "Sicarios" de Rubén Blades. Pienso en el coronelito y luego en mi hijo. Sus ojos redondos, iguales a los de la gorda de su madre, sonriéndome. Me desmorona imaginarlo muerto, baleados, en manos de los Estrada. Eso, nunca.

Pagamos la cuenta, tomo la botella de Buchannans que va por la mitad y dejo un billete de cincuenta quetzales sobre la mesa; salimos de la penumbra del bar, hacia la oscuridad de la noche.

Nos sentamos en la sala del departamento de Lucía, luego de servir otros dos vasos de güisqui. La veo más radiante que nunca, un ángel, un oasis en medio del desierto más caliente. Sé que está orgullosa de su trabajo, que le ilusiona publicarlo y hacer justicia.

—Puf… ¿Sabés? Estoy contenta pero también agotada de la investigación. Ha sido eterna.

—Pensé que lo disfrutabas.

—¿Vos sabés lo que significa meterse a diario en la vida de esos tipos, meterme a la cama de un milico sabiendo que su mejor amigo es un psicópata? ¿Pretender que soy otra persona, mentir todo el tiempo, ser una actriz veinticuatro por veinticuatro?

—No… No sé lo que es eso. Y no entiendo por qué lo hacés, Luci. Hay otras maneras…

—No, Camilo, no hay ninguna manera tan efectiva como esta.

—Te vendrá bien irte lejos, Luci, en cuanto salga la publicación.

Se queda pensando largo rato y dice:

—No quiero lastimar a Pablo. No es mal tipo.

¿No es mal tipo? Quisiera escupirle a la cara aquí mismo, preocupándose por el soldadito ese. Pero se le rompe la voz y me obligo a abrazarla, ¿qué otra cosa puedo hacer? Bebemos, conversamos de todo y nada. Ella habla mucho más que yo.

—No es fácil pasar tanto tiempo con Pablo —dice—, también tengo un miedo constante, miedo de estar tan cerca de ese mundo, cerca de los Estrada. El coronelito me aterra, es de esas personas que nacen sin empatía, esas personas que nunca aprendieron a mirar a otros. ¿Por qué Pablo no es así? —pregunta al aire—; no es justo seguir engañándolo, Camilo, pero tampoco encuentro alternativas, necesito terminar el reportaje y publicarlo ya.

Permanezco en silencio, no soporto que Lucía se compadezca del teniente. Y entonces ella comienza a llorar y lloro también yo. La beso, me siento desesperado. Ella me empuja.

—¿Y Natalia?

—Nat no importa, necesito esto, lo necesito ahora.

La jalo hacia mí, pero ella repite:

—¿Y Natalia?

—Nat tiene un amante, no me soporta, no pensés en ella, por Dios —y esta vez se deja atraer a mí, desabrocho sus pantalones, luego los míos, me deslizo entre sus piernas.

No hay caricias, no hay afecto. Al final, cae dormida. Noto sus pesadillas, la despierto para calmarla y permanecemos acostados sobre la alfombra, mirando al techo. Se me viene una imagen a la cabeza: los orejas ocultaron micrófonos en el departamento de Lucía, ¡malditos comemierda!, y me percato gracias a que los gatos maúllan extraño, casi avisando: gente estuvo aquí antes que ustedes. Me levanto de un salto.

—¿Qué pasa, Camilo? Calmate… Traje a los gatos conmigo, no les gusta el calor chiapaneco.

—¿Vos estás loca, cargando gatos por todo el planeta?

Y dice:

—Estás ciclado con el asunto del archivo, te trae paranoico, ¿qué no?

Siento cómo la moronga se me encoge de solo suponer que hubiese una cámara filmándonos y ponderar la eventualidad de

que el demente del coronelito le muestre a Pablo Chinchilla una imagen mía haciéndole el amor a Lucía por detrás, porque entonces seré hombre doblemente muerto, no solo quemado vivo por el coronelito, sino también castrado por el tenientucho, como si fuera yo una yuca de esas que machetean en la frutería.

Oigo el tintineo de unas llaves, brinco.

—Camilo, ¿qué pasa? Es el vecino.

Me da de pronto por desconfiar de Lucía, es ella quien quiso investigar a esos analfabetas que ahora van a freírnos vivos a mi hijo y a mí, sí, ella nos metió en ese agujero y no es ningún ángel, no, y escucho un ruido cerca del baño, volteo pero solo advierto el ronroneo de los cuatro gatos vigilándome como a un alacrán antes del zarpazo.

—Me indignó la duda hacia mi palabra, me humillás, Lucía, insinuando que lo del archivo era pura superstición —tallo mis ojos con saña, llorosos de tanto pelo felino—. Me obligaste a traer al informante, Lucía.

—No dudé de tu palabra, sino de tu contacto —noto miedo en su rostro, por vez primera, desde que la conocí—. Camilo… Vos sabés que si entramos a ese archivo, los cuques nos matarán en cuanto lo descubran.

—Pero si vos fuiste quien me acusó de tibio y me convenció de investigar al coronel Estrada —ahora finge juicio y prudencia —. ¿Vos te creés que tu teniente Pablo no va a asfixiarnos cuando publiquemos toda la mierda que le exprimiste sobre Estrada, Francisco Chinchilla, el Dedos y los demás? ¿O es que ya perdiste el entusiasmo por encerrar al coronel Estrada y te querés quedar en México en tu luna de miel?

—No digás estupideces, Camilo. Iremos juntos al archivo y eso es lo único que importa ahora.

—Iremos juntos, sí o sí —respondo.

Lucía sonríe.

—Hablando de mi teniente —dice con una mueca extraña—, a veces pienso que me salió el tiro por la culata.

—¿Qué querés decir?

—Pues que la idea de acercármele tanto para investigar a los Estrada la tuve pensando que nunca iba a sentir nada por él…

Quiero callarla, pero no puedo, y vibra de nuevo el celular contra mi pierna, definitivo, nos escuchan. ¿O nos ven? Y ahora Lucía les informa en voz alta, sin saberlo, que planeamos juntos lo de Pablo Chinchilla y me viene una punzada contundente en el estómago, algo así como si me clavasen un picahielos con la fuerza de un taladro, solo de intuir que el coronelito correrá a contarle al tenientucho que yo tuve algo que ver con las mentiras y manipulaciones de Lucía. Me lleva el demonio, voy a morir por actuar de periodista, de bravo, de héroe, y sí, quería fama, ¿por qué no mejor me fui de actor o payaso?

—¿Qué sucede, Camilo? Te ves mal, ¿te metiste algo más?

—Nada, Luci, tranquila.

—¿Sabés? A veces quisiera escapar de esto. Partir de verdad, para siempre. ¿Cómo dicen? Descansar en paz luego de jodérmelos a todos, mandarlos a la cárcel. Sería lindo, ¿qué no? El archivo podría ser mi último trabajo.

La vibración del celular nos interrumpe. Jalo las cortinas de las tres ventanas y me meto al baño. Lucía exclama algo, pero no pongo atención, y luego de inhalar un par de líneas agarro fuerza para leer los mensajes, se me resbala el celular entre los dedos tembleques, lo dejo tirado y recuerdo cuando Lucía se reencontró con Pablo y decidió aceptarle un café, aceptarle más y más y más hasta abrirle las piernas. Y sí, lo decidió sola, sin ayuda mía, esa noche que el tipo vendía coca en una fiesta de artistillas. “Esos dos son militares, ¿qué no?”, preguntó Lucía, riendo. “¡Puf! Se les nota a kilómetros el estilito.” Sola se contestó. “¿Y quién más podría vender esta chulada de perico?” Le dije que a uno de ellos no lo ubicaba, pero el flaco de ojos claros era Ricky, el hijo del coronel Estrada. Por eso le decían coronelito. Ella me dijo: “Al otro, el guapo del lunar en el labio, ya lo ubico. Es Pablo Chinchilla, estaba en el colegio conmigo un par de años arriba. Es hijo del kaibil Francisco Chinchilla”.

Por mi vida, jamás imaginé lo que nos esperaba, yo no nací para mártir, por Dios. Recojo el celular del suelo y leo los mensajes, froto mi quijada varias veces con agua para aflojar la tensión.

Ricky: Oi perrita sabés cómo los kaibiles
reventaban las cabezas de los
bebés indios

Ricky: En la pared quedavan todos sus
sesos de indito
Boy a practicar weon con tu susito bebe

Ricky: Tenés 12 horas para entregár
a tu wisita fisgona y sus reportitos culicagaos

Siguen decenas de mensajes, el pánico me deglute como boa. *¿Todo bien, Camilo?* El reflejo de mi repugnante rostro, la nariz halconada y los labios delgados… Unos ojos ajenos. *Ábreme.* Y me odio; ese rostro peculiar y varonil ya no es del Camilo de siempre, es el del asesino de mi hijo. *¿Te sentís mal?* Y la odio, es culpa suya, nos hundió en ese pozo a Andresito y a mí… *Camilo*… No debió meterse con ese sucio teniente, no. *¿Me oís?* Si no tuviese obsesión por hacerse la justiciera, por hundir a Estrada, entonces yo sería libre, sí, libre, y arremete el pánico. *Ven que conversamos*. Por ser tan tonto… *Perdoname, aclaremos las cosas*. Me halagó que me dijera: "Te parecés a Cortázar de joven", cuando la conocí… Si no se tomase tan en serio el papel de periodista, si captase que esto no es Suiza, por su vida… *Camilo*… Y sigue el pánico, y yo que pensaba que podía sacarle a *La Aurora* unos miserables quetzales más para apostar a gusto. *No pretendí dudar de vos*… Yo solo quiero cuidar de mi hijo, ganar plata, ser un tipo normal… *Te estimo, sos mi jefe y confío en vos*. ¿Te estimo? Entonces, por qué te revolcás con el teniente. Es porque te gusta la bazofia. *Ya sal de ahí, vamos a hacerlo juntos, ir al archivo*… Qué maldita mala suerte la mía, nunca imaginé que Lucía fuese a investigar algo serio, no, nunca. *Con el archivo podremos incriminar a todos esos asesinos que se pasean uniformados, como si nada, la billetera llena*… Ella nos hundió por andar de detective, por andar metiendo las narices… *Calmate y corrobora con tu informante, avisale que iremos pronto. No necesito cruzar datos, confío en vos, Camilo*.

Camilo: Lo hará. Solo deme 24 h para ubicar copias del reportaje. La persona que la secuestre tiene que fingir que vamos juntos, que me llevan a mí también. Por favor, que quede claro: fingir que Lucía y yo vamos juntos para tener acceso a un archivo de guerra. Esto es indispensable, señor.

Oprimo "Enviar". Ricky ya no escribe más. Pienso en las probabilidades de que responda en los próximos diez minutos, pero entra enseguida un mensaje desde otro número. Sé que Ocelote es quien escribe:

Ocelote: Okas archivo de guerra los dos juntitos okas
Vos tenés que actuar NORMAL asi que
trankilito choconoy mañana 23hrs
eskina calle 31 y Petapa sercas de la San Carlos

Salgo del baño con la satisfacción de quien ha zanjado la encrucijada. Lucía, seria, me escudriña. Lo sabe todo, pienso horrorizado.

—No tenés que encerrarte en el baño para chatear con Natalia, creeme que no estoy celosa, yo a Natalia la estimo, me da vergüenza lo que pasó hoy —dice, viendo el teléfono que yo estrujo con ambas manos. Me relajo. Pienso en las probabilidades de que las copias de seguridad estén dentro del departamento de Lucía: tendiente a cero. Ni para qué molestarme en buscar—. Por cierto, Camilo, no he podido hablar con Natalia y le tengo buenas noticias. Creo que sé en dónde está su amiga de la infancia, Aura Fabián.

—Ah, eso. Ya se lo dirás cuando terminemos lo del archivo.

—Sí se lo diré, pero me gustaría que ella sepa que hay buenas noticias. Díselo.

—Oye, Luci, antes de que se me olvide —aviento al vuelo—, ¿tenés bien seguras las copias físicas y digitales de tu última versión del reportaje sobre el coronel Estrada?

—Por supuesto. Están en buenas manos.

—¿Dónde puedo encontrarlas? En caso de que pase algo. Nunca se sabe…

—Cierto. Nunca se sabe.

—¿Entonces?

—Mañana te lo digo, estoy cansada. Vete a tu casa, Camilo, Natalia te espera.

—Decime de una vez, mañana se me va a olvidar.

—No te preocupés por las copias —la noto ya muy lejos de mí, tal vez excitada y temerosa por la misión—; escondí seis por si Pablo… Es casi imposible que alguien encuentre todas.

—¿Y quién publicará el reportaje en caso de que algo te suceda, Luci?

La veo reflexionar. Toma un papel y anota las ubicaciones exactas de cada una de las copias. Me lo entrega con solemnidad.

De camino a consumar la entrega, busco las placas de la suerte. No hay un alma en la calle, se me encaja de nueva vez el recuerdo del maldito picahielos a la costilla, picahielos que se va por perpetuo. Lucía viste de negro, inusual en ella. La encuentro distinta, frágil, como una muñeca.

En el carro suena,

Hello darkness, my old friend
I've come to talk with you again
Because a vision softly creeping
Left its seeds while I was sleeping
And the vision that was planted in my brain
Still remains
Within the sound of silence

Lucía canta. Me entra un impulso y apago el radio. Digo,

—Luci. ¿Te importo yo?

—¿Cómo? No entiendo la pregunta, Camilo.

—Que si te importo, que si me querés.

—Por supuesto que sí, Camilo, te tengo mucho cariño.

No dice nada más y manejo en piloto automático, sin percatarme de calles o semáforos. Dirijo mi mirada hacia Luci de cuando en cuando. Jamás había notado la curva tan suave de su nariz, vista de perfil. Parpadea despacio, las pestañas se alargan

cuando abre los ojos. No siento ya nada, ni siquiera mis manos apretando el volante, no siento mi cuerpo cuando nos acercamos al lugar acordado.

—Ya usté sabe las reglas que vos y la wisita deben seguir, oiga —dice el hombre corpulento que baja de la pick up en la esquina de Petapa con calle 31—: celular apagado, ojos vendados, setenta y dos horas en el archivo sin poder salir; la que les llevemos es la comida que van a comer, orinan y defeca en la bacinica; en su laptop toman notas; fotos, prohibidas. Pónganse esto en los sus ojos y en la cabeza.

El hombre escupe una flema y abre la puerta del otro lado de la pick up, estoy casi seguro de ver al viejo Ocelote por el vidrio polarizado trasero, no cuesta imaginar las dos cabezas escarlatas de felino tatuadas en su bíceps, secándose la frente y aguardando a Lucía.

La abrazo, creo que susurra: "Pedime que no vayamos, no vayamos, Camilo", sí, eso dice, pero me limito a contemplar sus fabulosos ojos infelices, inundados de miedo, y noto por un instante la duda, pero toma el pasamontañas, decidida. ¿Cuál es la probabilidad de que mueras esta noche, Luci? En fin, todo es culpa tuya.

Ella se acerca al tipo, valiente; quiere mirarlo bien antes de taparse la cara. Voltea a verme, tomo el pasamontaña y lo coloco en mi cabeza. Espero unos segundos y me lo quito; ahora es ella quien tiene uno puesto y el musculoso la ayuda a subir a la pick up.

Camino unos pasos, subo a mi BMW blanco y, sin esperar a que la pick up arranque, acelero hacia la dirección opuesta.

X

ESTRELLA

Así aprendí a matar

Pie de la Cuesta, Guerrero,
y Zapotlán, Jalisco (México), 1976-1978

Tengo tantos deseos de embriagarme. De olvidar que he nacido. ¡Y cómo me duele todo! Menos el alma (¡que ya no está!)

Alejandra Pizarnik

Fue en Pie de la Cuesta donde Gavilán me robó. Puede que ese fuera el día más feliz de mi vida, aún no me llega otro mejor. Y a saber si llegará.

De eso harán seis… no, siete, siete años. Yo a Gavilán lo conocía bien poco, aunque fuera pariente. Además, él apenas había vuelto de Sayula, donde fue a buscar a su papá. Ya no lo encontró vivo. Todo Pie de la Cuesta hablaba de eso, el hijo mayor de los Atac, Galindo el Gavilán, tuvo que ir hasta Sayula para enterarse de la muerte de su padre, don Tereso.

Me dio un buen de lástima solo de pensar en ir hasta Sayula y de regreso para nada. Y un día que estaba solito comiéndose una naranja, se lo dije.

—Lo siento mucho —le dije.

Él me miró:

—Y tú quién eres.

—Soy Estrella. Tu prima —respondí confundida, y, ay, Jesú, casi se me sale el pulmón de verle esos ojotes de concha de mar.

—Ya lo sé.

—¿Entonces por qué preguntaste quién soy?

—Quién eres tú para estar metiéndote en lo que no te importa.

—¡Méndigo!

La verdad ni me afectó que hablara así, mal. Verle los ojos de tan cerca me gustó; y también que mirara los míos. Sus pestañas parecían los pistilos negrísimos de una flor del espacio. Quise tocarlas, ver si eran de verdad.

—Sácate de aquí, escuincla.

—No soy escuincla. Tengo trece… Casi catorce. ¿Y tú?

Creo yo que le intrigó verme ahí parada, muy decidida, y meneó la cabeza con esa manera suya de menearla. También me hizo la broma de ponerse la cáscara de naranja en la boca, y sonreír. La verdad me daba ganas de arrancarle la cáscara y rozar sus dientes blancos, derechitos. La tonta idea de que era bueno de corazón se me encajó a la cabeza. Imaginé que nos casábamos y hacíamos tres chamacos, igualitos a él. Yo sé que siempre he sido fea, en el pueblo lo decían delante de mí: “Pareces niño en lugar de niña”. En cambio, él parece que un escultor le dio forma, y color. Al menos así lo veía yo.

Es triste, pero ahora su cara de Gavilán me recuerda a la de un ave de rapiña, y cuando estira el cuello, me recuerda a una serpiente inmunda. Pero la piel y las curvas del méndigo, todavía me transportan a cuando me quitaba el aliento; ay, Jesú, se me removía sabroso el pecho de verlo.

Nos reíamos siempre. Hablábamos chorros de cómo iba ser la vida juntos; nos imaginamos hasta a los chamacos que tendríamos, y él y yo durmiendo abrazados del diario y para siempre, dándonos de besos y arrumacos, muy, muy lejos de mis papás, de mi tía, de sus hermanos y de todo Pie de la Cuesta.

La primera vez que me besó, así bien, fue la primera vez que no me sentí fea.

—Hazme piojito —pedía yo, y ahí se acomodaba él para hacerme—. Oye, Galindo, ¿a ti por qué te tratan mal en tu casa? —pregunté.

—También te tratan mal en la tuya, ¿no?

—Nada más mi papá, pero mi mamá, no.

—Juvencio, el chaparrito, mayormente se habla con mi hermana Bartola. Y a la vieja puta ni la considero mi mamá.

—Entonces yo tampoco ya no la considero mi tía.

La noche que me robó, traía yo puesto mi vestido favorito; verde claro y hasta las rodillas. El alma me bailaba, preparé una bolsa de esas de súper, con poquitas cosas: mi falda lila, otro vestido, dos blusas, el pintalabios naranjita de mi mamá, un cepillo de cabello y dos tortas. También tomé media barra del jabón que había en la casa y la pasta de dientes. Lo más importante, una medalla de la Virgen de Guadalupe que me dio mi mamá.

Ay, cómo me ilusionaba esa vida con Gavilán. Una palapita así, frente al mar de Guerrero, sentir el terral, poner un sembradío. Tal vez una cama en lugar de la pura hamaca. Me da pena que lo sepas, pero ya habíamos hecho el amor una vez, él y yo, a escondidas. No me gustó, pero los besos y las caricias, sí.

La noche que me robó no hicimos nada; llegó a raptarme ya bien tarde, de madrugada, y nos tomó horas encontrar dónde dormir. La verdad yo ni sentí el cansancio; era demasiado feliz para cansarme. Fue una madrugada en el mes de enero de 1976. Yo tenía catorce y Gavilán dieciocho.

Al otro día, rentamos un cuartito en Papanoa. Allí sí hubo sexo, pero bien distinto al primero. Así, bien fuerte, bien rápido y sin pausas. Cuando creí que ya, Gavilán se me montó otra vez. No me dejó pegar ojo, quedé dolorida y la verdad ya no me gustó la idea de dormir juntos para siempre. Extrañaba a mi mamá y casi no comimos bien.

—Todavía estamos cerca de Pie de la Cuesta, Galindo, ¿por qué no mejor nos regresamos?

—Tú te vienes a donde yo diga, Estrella.

—Pero es que faltó la bendición de mi mamá…

—Deja de llorar, me duele la cabeza.

—Y si primero nos casan allá en Pie de la Cuesta, nos dan la bendición, y…

—Nos vamos a casar en Sayula, el pueblo de mi papá.

Todo empezó a cambiar gacho desde Papanoa. Ahí, el

méndigo me cortó el pelo bien chiquito, como de niño o soldado. “No puedes andar con esas greñas largas”, dijo, y luego aventó toda mi ropa al mar. “A ver, Estrella, no quiero que te anden mirando las piernas, ponte un pantalón.” Dije que sí. Creí que Gavilán me andaba celando y eso me gustó.

Lo raro fue que decidiera llamarme Tereso, igual a su papá. “De ora en adelante, te vas a llamar Tereso Atac, vas a ser mi hermano chico, ¿entendido?” Dije sí; con el pelo rapado y pantalones, parecía yo un chamaco muerto de hambre de doce o trece. Me quiso quitar también la medalla de la Guadalupana, pero no me dejé.

Tardamos tres días en llegar a Sayula, de aventón en aventón. Ahí rentamos un cuarto con baño y ventana de esas que casi no abren; Gavilán me dejaba ahí encerrada, traía de comer en las noches. Fue gacho, no me hablaba ni para darme las buenas noches. Tampoco hubo besos, piojito ni nada; imagino que durante el día se buscaba con quién tener el sexo.

Aguanté por ahí de una semana, así, hasta que rompí la mentada ventanita y salté. Cómo hubiera querido irme directo de regreso a Guerrero, pero no tenía ni un quinto partido en dos. De puro churro encontré a Gavilán saliendo de una casa privada; sabrá Dios a quiénes conocía él ahí.

—Llévame de regreso a Pie de la Cuesta, o dame lo del transporte y me voy sola —dije llorando; me soltó un trancazo en la cara y caí al suelo de sentón. Se me lastimó la cadera.

—Ya te dije veinte veces que eres mi mujer, haces lo que yo mande.

—¿Y si no?

—Y si no, ¿quién quita y te dejo ciega?

Fuimos de regreso al cuartito y me amarró. Ahora que lo recuerdo, me da más coraje todavía. ¿Cómo me dejé tratar así?

—Yo ya no quiero ser tu mujer —dije—; no voy a casarme ni aunque me amarres en la iglesia.

El inmundo se quedó dormido y al otro día volvió a salir. Esperé amarrada, con un dolor de cadera gacho; en la madrugada me dio de comer.

—Mañana nos vamos para Zapotlán, Estrella.

—No, Galindo. Yo me voy para Pie de la Cuesta.

—Si quieres regresarte a Guerrero, primero vas a tener que pagar lo que me gasté trayéndote hasta acá.

—No tengo un quinto —dije berreando.

—Por eso vas a trabajar mayormente de criado para un don.

—¿Cuál don?

—Don Vicente Vizcaíno.

Al otro día el méndigo de Gavilán me dejó en la carretera que lleva a Zapotlán y me explicó para dónde ir y a quién buscar. Todo me lo dijo mientras torturaba un pobre perro de la calle, mientras le sacaba sus ojitos.

—Ya lárgate de aquí, Tereso, halla al don Vizcaíno y convéncelo de que tú eres hijo de mi papá.

—No me va a creer, no sé nada de tu papá.

—Dile que tu papá era el mismo Tereso Atac que afanaba en los pantanos.

Ésas fueron las instrucciones que escupió mientras le terminaba de sacar sus ojos al pobre perro, con esas manos suyas tan gachamente hermosas, asesinas y bestias que tiene. Y yo, con todo y que no tenía idea de cómo era ese señor Vizcaíno, preferí irme a Zapotlán que quedarme con ese inmundo. Con esa bestia.

Caminé unas horas así, y Vizcaíno me recogió en el lugar indicado. Yo no sabía nada del señor ese, salvo que me pondría a prueba para un trabajo más menos bien pagado y que la mitad se la tenía yo que dar al inmundo.

Tengo la imagen tatuada como si fuera ayer. Vizcaíno abrió la puerta del copiloto desde dentro de su Cadillac negro y subí sin decir palabra. Lo miré de reojo, así, andaba vestido como de otros tiempos: frac y capa gris oscura. Me extendió la mano, dijo: “Vicente Vizcaíno”.

Jamás vi color de ojos más impactantes que los del señor ese; quedé muda. Eran verdes pero de un verde clarísimo, así, casi transparente, que luego cambiaba de tono con la luz o con la ropa, y se volvían como azul mar, o como verde pantano. Me daba ganas de tocárselos, de ver si eran reales esos ojos, o si eran de agua de mar. El caso es que después de andar unas seis cuadras en el carro, como yo no dije nada, preguntó:

—¿Nombre, edad?

De mi edad, contesté quince, aunque en realidad eran catorce. Quince me sonó mejor para un trabajo formal.

—¿Y qué te hace pensar que vas a pasar la prueba, Tereso?

—Mi mamá dice que hay que pasarla a fuerzas, mi señor —contesté—, y dice que, sin varo, mejor ni retorne yo a Guerrero.

—Lo veo difícil, chamaco. Estás muy verde, muy delicadito, y ni siquiera sabes armar y desarmar aparatos como tu hermano el Gavilán, ¿verdad?

—Pus…

—Además, en este trabajo vas a tener que hacer cosas difíciles, cosas que no te van a gustar.

Mi imaginación no llegó lejos; igual y sería proteger a una gente importante, según me había dicho Gavilán, porque para eso hay que saber cómo dialogar, cómo dirigirse con buena educación, sobre todo a la mujer. Otra cosa que pensé fue que a lo mejor tendría que matar pollos. Nunca me gustó hacerlo, ni en Pie de la Cuesta cuando mi mamá me lo pedía, ni nunca. Por eso yo no como pollo, más que cuando no hay de otra.

Llegamos a la mansión de Vizcaíno. Me mandó a dormir a las caballerizas sin comer nada; fue gacho, mis tripas pataleaban así, luego de horas atajando desde la carretera, casi ya sin suela y la lengua envuelta en serrín. Por la mañana me impacté con la limpieza de la casa, te lo juro que no encontré ni una marca de polvo. Pasé mis dedos por las paredes: nada. Más me impactó conocer a la señora Vizcaíno. Doña Lola. Iba yo a ser la criada, o más bien el criado, a partir de ese momento. La mujer, alta y bien blanca, bien especial. Imaginé que olería a flor. Su ropa era blanca también, sin mugre, sin una mancha, ni una arruga. Una muñeca, seguro no tenía callos en la piel… Un día voy a poder apretarle la piel a una mujer así; se le veía como de esas que, si las tocas, se ponen rojas de tan delicadas.

—Soy Tereso Atac —dije—, hijo del fallecido Tereso Atac; tengo quince y vengo de Sayula, aunque nací en Guerrero. Mi mamá está mala y no hay dinero, mis hermanos son tres y mi papá afanaba pa su señor esposo allá en los pantanos.

Doña Lola sonrió.

—Vas a fregar caballerizas —dijo—, sacar a caminar a los caballos y limpiar escaleras y ventanas. Conocí todas las habitaciones, la principal tenía una cama enorme cubierta de almohadas muy blancas y limpias. Un día voy a tener una igual, idéntica. Las sábanas estaban decoradas con encajes de esos caros que se bordan a mano.

Me acuerdo de que venía siguiéndonos otra chamaca, Evelia; era sirvienta y venía cargando al bebé de los patrones —siempre moreteado el niño, pero nadie decía nada—. Mientras doña Lola me explicaba las tareas, yo me le arrimé un poquito para ver si olía como olía mi mamá. "Estate quieto, escuincle —dijo—, estate quieto o te rompo el hocico."

La mansión parecía más iglesia o biblioteca que casa. Miré muchos títulos de libros, no entendí casi ninguno, pero daban curiosidad. La doña me advirtió: esos libros no se tocan nunca, son para el señor Vizcaíno solamente, pasa muchas horas leyendo en esta habitación.

"¿Cómo que no se tocan nunca los libros?", pensé. Si ya los tenía así, a la mano, pues iba tener que sentirlos y olerlos todos.

Crucifijos, santos, vírgenes, patronos, mártires y angelitos cubrían las paredes. También colgaban cuadrotes de caballos blancos, muy preciosos. En el comedor, un Cristo tamaño real lo observaba todo. Ay, Jesú, cómo me impresionó ese Cristo, era así de la altura mía, por ai así, ya contando la cruz, y tenía una corona de espinas, faldita roja de terciopelo y todo. Estando allá, nunca supe qué era INRI, pero hasta tenía su letrero enmarcado con INRI. Yo de solo mirar ese Cristo me sentía espiada incluso dentro de los establos.

Por la noche, luego de las tareas que doña Lola me encargó, salí con Vizcaíno a caminar. Paseaba por el cielo, al lado de ese don que era algo así como un príncipe de ojos transparentes y ojos de mar. Íbamos entre calles empedradas, y aunque suene cursi, las piedras brillaban en tonos plata, igual a arroyos reflejando las estrellas. Así vi yo Zapotlán esa noche.

"A ver, chamaco —dijo Vizcaíno—, te voy a dar la oportunidad de trabajar directamente conmigo, sin pasar pruebas ni nada. Lo voy a hacer —agregó—, nomás porque que eres hijo

del gatillero Atac.” La verdad, Vizcaíno sonaba como un sabio. Como quien lo ha visto y vivido todo, como alguien que ya no verá nada nuevo en lo que le quede de vida y solo cumple su deber mientras espera la muerte. Así lo escuché yo desde mis catorce, pero puede que estuviera muy equivocada. Más tarde estuve rezando. Besé la medalla de la Guadalupe, así. Era mi amuleto, me tenía tantito cerca de mi mamá.

Todos los días Vizcaíno me mandaba a hacer la compra con la consigna de robar lo que pudiera. Eso me caló, pero obedecí. Pagaba la leche, el pan y otras cosas grandes, luego me ponía a tantear y oler las cosas, así, y al último me escondía lo chiquito en la pantalonera, como el Jabón Zapotlán del expendio La Chulada. En ese entonces era yo todavía más flaca y me gustaba caminar y montar a caballo, con todo y el dolor de cadera; cruzaba el pueblo cargando lo que me había robado, pidiéndole a la Guadalupe que no me agarraran; también a veces pasaba a la parroquia del Sagrario a pedir perdón por eso de haber hecho el amor con Gavilán. “Jesucristo padre mío, perdóneme y auxílieme a hallarme aquí en esta ciudá tan enorme —porque, la verdad, Zapotlán se me figuró grande comparada con Pie de la Cuesta—, y hágame la buena de curarme la cadera y de llegar a ser charra. A mí me fascina acariciar a los caballos y olerles el cabello, es lo mejor que hay en esta tierra.”

Vizcaíno viajaba por lo menos una vez a la semana a supervisar un negocio cerca de Barra de Navidad. Le pregunté de qué trabajaba allá, pero no dijo. A veces volvía con chorros de billetes; otras veces, nada. Unos días había para gastar un dineral, y otros días, nada.

Una tarde cualquiera, el don me mandó entregar una carta a la Casa Reygada. Ya no me acuerdo bien cuándo fue eso, llevaba yo por lo menos seis meses de criada, o criado, porque el bebé de los patrones ya caminaba y hasta hacía sus necesidades en la bacinica, y doña Lola había bajado mucho de peso, tanto que no le quedaban caderas y andaba desnalgada. El caso es que el Vizcaíno me entregó la carta que debía llevar y dijo:

—Que no se entere mi mujer, y óyeme bien, Teresito, fíjate si no hay algo, cualquier cosa que te puedas robar. Botellas,

monedas o cubiertos, pero no te robes jabones porque eso es más fácil en el expendio.

Respondí que yo ya no quería robar, que se lo había prometido a la virgen y me iba a ir al infierno.

—No existe ninguna virgen, y si robar te da miedo, vete de aquí.

—Sí soy capaz, mi señor —contesté con el jesús en la boca, de escucharlo decir que la virgen no existía. Pero mejor ni lo discutí.

—No eres bueno ni para robar, ¿no será que tu papá no era el gatillero Atac?

Casi le contesto "puede que sí, o puede que no". Suerte que cerré el pico, Vizcaíno andaba bien tomado y así le daba por repartir trancazos; aventó aliento a Sauza y tuve ganas de devolver. En ese momento recordé las palabras que Gavilán me dijo en la carretera; y desde entonces me dediqué —con mucho esmero— a encajar en lo que sería ser hombre y ser el hijo de Tereso Atac.

El caso es que Vizcaíno me entregó la carta para su suegro. Le vi los ojos y, ay, Jesú, "qué ojos tan, pero tan claros tiene", pensé. Me fui a caballo, yo montaba seguido a la yegua Sisi y la acariciaba mucho, mucho; de camino a la Casa Reygada, yo me mentalicé a robar algo, cualquier cosita. Pero, además, se me prendió el foco. En lugar de andar a ciegas, mejor saber. ¿Qué querrá decirle mi patrón al don Reygada? Y abrí la carta.

Querido suegro, le reitero, su hija no puede salir de casa ni recibir visitas. Sigue con severos ataques, el tratamiento encarece día a día y en este estado no debo dejarla sola con Teofilito. Hágame llegar, urgentemente, la misma cantidad del mes anterior. El criado Tereso es de toda mi confianza, entrégueselo a él. No quisiera verme obligado a prohibirle a Dolores que pase tiempo con el bebé. Suyo, V.V.

Ya por la noche, luego de entregar la carta, volví con dos ceniceros de plata. Entré sin previo aviso al comedor, nomás a pedirle perdón al Cristo por lo del sexo con Gavilán, por lo de los ceniceros y para mirar libros. Estuve abriendo varios, en especial los libros más gordos; si me robaba alguno, por lo menos que

tardara yo en leerlo. Y escogí uno de puras cartas. *Cartas a Lucilio*, se llamaba. ¡Cuántas ganas tenía de escribirle una a mi mamá! Metí el libro en la pantalonera, cuando escuché:

—Huele a que alguien está defecando.

La voz del don en medio de la oscuridad me espantó.

—¡Ah, canijo! —grité—. Pus soy yo, es la popó de sus caballos, me paso las horas con ellos.

Cuando me acostumbré a la penumbra, vi a Vizcaíno con capa puesta, apachurrando la faldita roja del Cristo entre sus manos blancas y perfectas. Eso me molestó mucho —Jesucristo desnudo me alteraba en esos tiempos, ideas de mi pueblo— y no me atreví a enfocar la mirada sobre la estatua de madera. Volteé la cara, el don se acercó tanto que podía oler su peste a Sauza.

—Abriste la carta y la leíste, niño. Te vi.

—Sí, mi don señor, eso mismito hice.

—¿Se puede saber por qué, chamaco?

—Pos para discutir lo que la carta viene diciendo, mi señor… Para saber si en algo lo puedo ayudar.

El don no parecía estar satisfecho con mi respuesta. Me miró con su mirada verde y aventó la faldita del Cristo al suelo.

—Detesto a este Cristo —dijo—, ya ni me la puedo chaquetear a gusto en mi propia casa con este aquí.

No supe si responder, pero él continuó:

—A ver, Tereso, si llevas bien puesto el nombre de tu padre, te vas a quedar callado y vas a disfrutar esto.

Y, aunque parezca una alucinación, te juro esta que sacó el chilacayote y se hizo pipí sobre la santa faldita roja. Quise detenerlo, quise pegarle. Pero en vez de eso, me agaché así, a limpiarle los botines salpicados. El don siempre quería que le limpiara los botines.

—Ya sé que me vio guardándome un libro suyo, don señor. Uno de los gordos. Lo tomé prestado.

—Llévate los libros que quieras, Tereso; detesto leer.

Al otro día, a eso de las siete, escuché unos azotes que venían del comedor. El cuerpucho desnutrido de doña Lola se abalanzaba de atrás pa delante, así, una y otra vez, como látigo viviente. Azotaba a Evelia, la sirvienta, bien gacho, con los

mismos ojos vacíos de cuando la veía rezar. “Qué flaca la señora —pensé—, ni cachete le sobra.”

—Vienes a apestarnos la casa, Teresito, ¿o no? —habló Vizcaíno, a quien no había yo visto. Estaba sentado en una esquina, mirando el espectáculo que daba su mujer. Pregunté qué pasaba—. Esta criada desnudó a Nuestro Señor Jesucristo y anda haciendo sus brujerías adentro de mi casa, con orín y suciedades —dijo el don.

Yo lo miré y hasta creí sus palabras, bien honesto el don, muy blanco, con la barba recortadita, ojos color laguna verde y traje a la medida. En cambio, Evelia era una mixteca muy joven, de ojos muy negros y parecida a mí, aunque bonita. No fea como yo.

Lo que más me caló fue ver a Evelia tan resignada, aguantando un castigo por algo que no hizo. Y ya lo sé, no fue justo que me quedara así, callada, pero no me atreví a contradecir al don. “No vaya a pegarme a mí”, pensé. Y tenía razón, me hubiera dado duro como me daba mi papá.

Salí del comedor, me quedé observando desde fuera, pegada a la ventana. La doña retomó el meneo, las pupilas de Vizcaíno brillaron un instante, devorando cada detalle del castigo. Luego perdió el interés y se fue hacia su recámara. Llegué furiosa a la caballeriza, abracé a Sisi y la estuve cepillando. Pensé en los patrones y en la sirvienta. Me dieron ganas de llorar. Pero me las aguanté y mejor me puse a rezar por ella, que además era por ahí de mi misma edad.

Al otro día vi peor a doña Lola, con las fuerzas gastadas. No pudo estarse sentada durante el desayuno, se me ordenó cargarla a la cama. La verdad no pesaba nada, la acosté y vomitó así nomás. Noté que al don le gustó verme limpiar la cochinada y eso me molestó mucho. Bajé a la cocina a tirar los trapos. Luego de ahí, fui al comedor vacío, me serví dos Sauzas —que vomité —, y desnudé al Cristo. Esa noche no recé.

Un par de días después llegó la respuesta de don Reygada. La leí antes de entregarla, y ay, Jesú, el suegro no quiso mandar el dinero. Vizcaíno se puso desquiciado, me surtió un palazo y les disparó a dos yeguas —de las baratas, según él, como si esas no fueran de verdad— y lo hizo así, nomás pa desquitarse, que

porque ya no le alcanzaba mantenerlas.

Empezó a salir más, se iba para Barra de Navidad o se iba a visitar gente. Tenía otra mujer, una vieja jedionda, me dijeron, de la alta alcurnia. Ah, y de dinero, con la que primero se veía en el confesionario de la iglesia La Merced y hasta se oía cómo se zarandeaban ahí dentro. Por esas épocas fue cuando mi patrón llegó con otra yegua y otro traje de charro, que luego supe eran regalos de la de la alta alcurnia. Me gustaba mucho ver todo eso, parecía que fueran otras épocas o esa película que miré en el cine de Acapulco una vez, cómo se llamaba… ¡*Escuela de vagabundos*! Pues eso sentí yo, con todo y que venía de Pie de la Cuesta y no de la capital.

Doña Lola se enfermaba, ya no sonreía. No la vi reír nunca más. Todo el día rece y rece bien quedito, dándole la bendición al marido y al hijito y a veces hasta a mí. "Ofendí a Jesús, ofendí a Jesús", decía entre dientes. Evelia debía abrillantar cada cruz y cada santo y cada virgen, acomodarlos en su lugar y rezar mucho, o se le descontaba un día de sueldo. El niño andaba peor de moreteado y por la madrugada se escuchaba vomitar a doña Lola, todo para afuera.

La mansión se sentía triste, oscura. Pensé en escaparme con Sisi, la yegua. No lo consideré ratería, de milagro Vizcaíno no le disparó aquella vez. Pero ¿a dónde iba yo a ir? Si regresaba a Pie de la Cuesta sin haberle pagado a Gavilán, seguro él iba a decirles a todos que tuvimos sexo y que no nos casamos nunca. Mi papá me habría matado a golpes, si de por sí me pegaba por nada y yo aún no sabía golpear ni defenderme; con mi mamá la verdad no contaba, ella nunca iba a ponerse de mi lado, ya sé cómo es.

Entonces en la noche me di una vuelta por el burdel de las Paniagua, así quedamos Gavilán y yo: ahí le daba su parte del dinero una vez al mes.

—Ya decidí que mañana voy a renunciar —le dije—, pero voy a seguir pagando la deuda, nomás que desde otro trabajo.

—Ni se te ocurra, Estrella, digo, Tereso, ni lo pienses —me contestó estirando el cuello como serpiente y meneando la cabeza. Tú te quedas en la mansión Vizcaíno hasta que a mí se

me pegue la gana, ¿entendiste?

Le dije que yo podía ganar el mismo dinero en otra casa y traté de alejarme, pero arrancó de mi cuello la medalla de la Guadalupana. Quise quitársela al inmundo, pero me tiró al piso con una patada.

—¡Vieja culera! Si quieres tu medallita, te quedas con Vizcaíno hasta que acabes de pagar la deuda, ¿entendiste? O te dejo todavía más horrenda de lo que estás, te saco los ojos como al perro de la carretera.

A los pocos días, bien temprano, el don me levantó con órdenes precisas. Nos vamos a Unión de Tula, Tereso, tengo que contratar a tu hermano para una chamba, y allá nos fuimos.

Llegando allá, Vizcaíno me presentó con el gatillero el Pinto: "Este chamaco se llama Tereso Atac, es retoño del gatillero Atac y hermano de Gavilán".

Me pasé viéndole al Pinto su piel toda salpicada de manchas rosas y blancas, en lo que esperábamos a Gavilán. Lástima que no pude tocar ni pellizcar esa piel y me quedé rumiando sobre ellos, hasta que llegó la bestia inmunda y Vizcaíno me mandó a la plaza.

Poco después, el don me alcanzó y nos sentamos juntos a esperar al pulquero.

—Oye, Teresito, en tu tiempo libre ¿tú qué haces? —me preguntó el don, elegante y envuelto en la capa, mientras miraba a una mujer cargando un bebé.

—Pienso.

—Aparte de tarugadas, ¿en qué piensas?

—En cosas que comprarme, yeguas, guitarras, cosas que quiero hacer.

—Eso es obvio, pendejo… Tú que no tienes nada en la vida, no puedes más que desear cosas —dijo mirando a la mujer que cargaba al bebé—. ¿Y en qué piensas cuando ves a ese crío?

—En nada, yo no puedo mantener un bebé.

—No tienes novia.

—No. Prefiero a la Sisi, es como mi enamorada.

—¡No seas animal! —gritó echándose para atrás—. Tenías que ser indio para chingarte a las yeguas.

No le contesté al méndigo don, no tenía sentido. Sisi era mi compañera, mi amiga.

Luego de un rato, dijo:

—Yo quiero lastimar a ese bebé, aplastar su cuello debilucho, cortar sus minúsculos dedos. ¿No sientes esas ganas también, Teresito?

Me reí. Después le vi la expresión de perro salivando al don, enrollado en su capa que ahora le vi de vampiro. En cualquier momento se arroja contra el mocoso. En ese instante vinieron a mi mente los moretones de su propio hijo. Sentí un escalofrío y ganas de llorar. Luego recordé a Gavilán diciéndome: "A mí nadie me ha querido nunca, menos la pelleja cerda de mi mamá". A saber por qué. También recordé cuando la méndiga de mi tía le echó agua hirviendo al hermano de Gavilán, al chaparrito que es un poco más joven que yo, Juvencio Atac. Le quedó un pie medio derretido.

Con esos recuerdos, de milagro no me puse a berrear en medio de la plaza, pero cuando la mujer que mirábamos acostó en la canasta al bebé, Vizcaíno dijo:

—Ve y lastima a ese crío de la forma que sea, quiero oírlo llorar.

—No puedo, patrón —dije—, si alguien me divisa me mata… O la virgen me castiga.

Vizcaíno se enojó.

—Me resultaste muy blando, Teresito, no pasas ninguna prueba. ¿No serás hijo de un monje? Porque huevos no tienes, y menos los del gatillero Atac.

Luego dijo que le tenía yo miedo a las viejas y a los rorros, y así se siguió hasta que me levanté de la banca. De ninguna manera quiero describir lo que hice, pero el pobre niño chilló como cuando matan a un cerdo.

De regreso a Zapotlán, doña Lola se veía de peor color y peor proceder. Se movía raro, se le iban los ojos. La cargué hasta su habitación; en la cama no se notaba que hubiera una mujer ahí, de tan minúscula que andaba quedando. Se perdía entre sábanas, alcancé a verle la pierna derecha cuando se le trepó el camisón, pata de pollo o rana, seca, piel pegada al hueso. Se la agarré, la

pantorrilla, podía rodearla toda con una mano. La apreté duro, se sentía como tortilla dura y seca. Muy gacho.

Le vi también la cara; siempre angustiada hasta cuando se caía como desfallecida. Sentí ganas de pegarle o aventarla al piso, tal vez por mi desesperación de no poder irme de ahí. Eso me desagradó mucho, porque no era yo mala. A la vez quise que me diera tristeza. Lástima. ¿Por qué estaba tan fregada la doña, luego de ser tan fuerte? Parecía un cadáver machacado. Una vez se paró una mosca en su dedo y ella puso cara de dolor.

Ahí viendo a la doña retorcerse entre sábanas divisé una carta de don Reygada sobre la mesita de noche de Vizcaíno. Cuando ella se quedó dormida, abrí el sobre:

> *Vicente, ya no te voy a dar un maldito peso. Te advierto, deja libre a mi hija y a mi nieto, que se vengan a la Casa Reygada, donde pertenecen. Tengo información de tus chanchullos, más vale que hagas lo que te pido. Teófilo Reygada.*

—Con que te metes en lo que no te incumbe, Teresito —escuché de pronto al don tras de mí, espiando.

—¡No, patrón! Yo supervisaba si todo anda bien entre usté y don Reygada, se lo juro por esta —le di la carta y volteé a la puerta, tal vez tendría que salir huyendo.

—Ay, Teresito, Teresito, Teresito… Ya que te preocupas tanto por mí, te doy chance de que te ocupes de mis asuntos más serios.

—¿Cuáles?

—Cierra el hocico cuando hablo. ¿Qué no entiendes? Escuincle idiota, no me vuelvas a interrumpir o te pongo a tragar estiércol.

Esa noche Vizcaíno se dejó de inquietar por el arsénico. Me ordenó suministrarlo yo misma. Y aunque a mí no me afectaba si la patrona vivía o moría, y la verdad ni deseaba que muriera, pues no sé por qué le obedecí al méndigo. Doña Lola no se hallaba del todo viva ni del todo muerta, y pues agregar al agua de lima un polvito color de la sal no podía ser tan malo. Yo no sabía bien a bien lo que era el arsénico y, a saber, puede que yo

deseara que todo se terminara, hasta la doña, porque sus olores y dolores eran fastidiosos. Como un espanto, cuerpecito seco envenenado. Luego gritaba mucho y abría la boca sin escupir sonido y preguntaba si el grito había sido suyo. La mirada suya era de terror, como si viera un fantasma a punto de sofocarla. Ay, Jesú, abría muchísimo el ojo y luego la boca todavía más. Desde que se me ordenó echarle la salecita, en toda la noche la doña ya no sosegaba casi. Más bien cabeceaba tantito, y luego luego se volvía a retorcer entre las sábanas, te lo juro, se arqueaba su espalda y el cuello se le ponía rígido. Muchas veces entró el patrón a la recámara para observar, minuto a minuto, la agonía.

Me avergüenza admitir que también yo le tomé gusto. ¿Sabes por qué? Porque costaba trabajo creer que esa mujer flaca y fea pudiera sentir el mismo dolor de un ser humano normal. Y no me daba cuenta de que yo era aún más fea y más flaca, todavía.

La doña devolvía un chorro. ¿De dónde sale tanta cosa, si ya ni come? Puede que fuera bilis nada más. Esa tarde quedé cuajada poco después de limpiar el vómito. Soñé cosas de cuando fui más niña y me acordé de algo que tenía borrado; mi tía le hizo merendar al chaparrito, a Juvencio, su propia vomitada. Él trataba de respirar por la nariz, pero ella le empujaba la vomitada. Juvencio intentó arrojar la mugre que mi tía le hizo tragar, a escondidas, pero ella lo siguió y gritó: "¡Niño! Si guacareas otra vez, te ahorco". Juvencio buscaba a su papá, pero nada. "¿A quién buscas, sope? Si a tu papá lo mataron en Jalisco y ya se lo tragó el pantano." Y mi tía me decía: "Tus primos son malos, no confíes en ellos, menos en Galindo". Ahí fue cuando pensé: "Al señor Tereso Atac se lo acabaron en un pantano". ¿O estaba yo inventando tonteras? Creo que nunca pude verle bien bien la cara, no puedo describirlo al señor Atac. Seguro no pasaba tiempo en Guerrero con la familia, seguro era prieto como todos y nunca se me grabó su rostro.

Al otro mes, le dije a Gavilán que ya no podía seguir en la mansión Vizcaíno; si seguía ahí, me iban a acusar de matona, iba a dar al tanque.

—Estrella, grábatelo —contestó—, tú haces lo que yo diga,

¡grábatelo!

—Pero no quiero acabar en la cárcel, ¿qué puedo hacer?

—Vizcaíno por lo menos es alguien en la vida, un tipo de nivel. Deberías estar contenta de trabajar para un millonario, no seas pendeja.

Gavilán se parecía en algo a Vizcaíno. El peor de los malos, Vizcaíno intentó convertirme a lo que yo llamo amor o placer por la maldad. Por la maldad sin sentido, sin necesidad, de gratis. Las pocas chispas buenas del don podían deslumbrar por semanas; como cuando me dijo que hubiera querido tener un descendiente como yo, en vez del hijo suyo. O la vez que me regaló una crucecita de catorce quilates de su mamá, aunque luego me la pidió de regreso. El señor andaba borracho.

Yo que pensaba que Vizcaíno tenía mucho, mucho dinero, y él se la pasaba viendo a ver quién le daba para el gasto. Los verdaderos problemas comenzaron a partir de que la señora de la alta alcurnia, a la que le decían la jedionda, terminó con mi patrón y dejó de darle dinero y regalos. De eso me enteré por el don. En su borrachera confesó que la de la alta alcurnia quería casarse pronto —con soltero o viudo—. Y ahí quedó la cosa.

En busca de otras fuentes de dinero, el don y yo fuimos a la hacienda de Apazulco a pedirle ayuda a su papá, el don señor Vizcaíno Tercero. Doña Lola se quedó en Zapotlán medio muerta, medio viva, con su hijo moreteado y la sirvienta.

Cuando llegamos a Apazulco, el señor don Vizcaíno Tercero no nos recibió bien. “Pero qué tanates los tuyos para venir a pedirme billete después de tantos años de no saber de ti —le dijo a mi patrón—. Eres tan inútil como siempre, dejándote mangonear por una vieja. A ver si echas a andar la hacienda La Manzanilla que te di hace años.”

Mi patrón me encargó robar todo lo que pudiera de la hacienda de su papá, en lo que discutían. El error fue robarme una medalla de la virgen de San Juan de los Lagos, con el manto azul celeste. Era de la mamá del don, pensé: “No va a poder acusarme por eso de que es muda”, pero de algún modo logró que me agarraran a palos y nos corrieron. “Teresito, pero qué pendejo eres, no doy crédito… Ahora sí me debes tu alma, y por

extensión, se la debes al diablo.”

Unos días más tarde nos fuimos a la hacienda La Manzanilla. El problema: esa hacienda era casi puro pantano y Vizcaíno nomás dijo: “No me queda otra que regresar a las andadas, y tú me vas a ayudar, Tereso”. No sabía yo cuáles andadas eran esas, pero obedecí y me fui a contratar unas mujeres para la limpieza, la cocina y un mes de siembra. “Para la siembra —dijo Vizcaíno —, las damas tienen mejor mano que los machos.”

Se me ocurrió ir por los llanos de Santa Rosa, allá por la fábrica de Jabón Zapotlán, de la familia Reygada. Además, me fascinaba ver el chacuaco de los hornos de jabón. Fui también a otros pueblos; Vizcaíno prefería que las trabajadoras vinieran de lugares más apartados.

Cuando les dije del sueldo, los hermanos Librado y Digno Carmona luego luego se apuntaron a mandar a sus mujeres para La Manzanilla.

—¿Y por qué paga tanto tu patrón?, ¿no será puro cuento?

—No, cómo crees, Librado. Mi patrón es remillonario por eso de las haciendas de su papá; le alcanza pa pagar bien.

—No pos si tú lo dices, Teresito…

Me puse feliz, las esposas de los Carmona me caían de diez. Aparte consiguieron otras dos mujeres y me agencié tres de Sayula, que eran conocidas del inmundo de Gavilán. La verdad imaginé que iba estar divertido trabajar entre puras mujeres, sobre todo porque Vizcaíno puso una tienda de raya en la hacienda y había pulque, tequila o a veces ron.

Me puse mal cuando vi llegar al inmundo a la hacienda. Resulta que él y yo íbamos a ser los jefes de las mujeres. A mí me apodaron el Correoso por ser tan flaquita, o más bien flaquito, pero fuerte, fuerte. Les conté que a mi dizque hermano lo apodaban Gavilán por su uña larga y porque le gustaba sacarles los ojos a los animales vivos. De la uña, decía que para tocar la guitarra. Nunca aprendió.

Para poder sembrar se tenía una que meter a cruzar los pantanos y llegar a los pedazos de tierras fértiles. “¡A la que se ahogue, la mato!”, gritaba el méndigo Gavilán, zarandeando la pistola en el aire. Y pues por alguna razón irracional, daba más

miedo un disparo suyo que asfixiarse en el lodazal. Al menos así parecía y hasta yo lo pensaba, que una muerte de balazo era menos mala que una sin poder respirar.

Yo, la verdad pensaba que la Virgen de Guadalupe seguía cuidándome, aunque mi medalla la tuviera la bestia inmunda que andaba todo el santo día rondando con su pistola. Y la pasé bien ese mes con Julia y Maritza de Carmona; me hacían reír, contando cómo se choreaban a sus maridos cuando eran novios.

—Nos casamos con los Carmona, Correoso, íbamos juntas a llevarles flores.

—Y siempre bromeábamos, porque en esos tiempos les costaba trabajo distinguirnos.

Yo apenas podía distinguirlas, eran primas pero casi idénticas. Se notaba que seguían enamoradas de los Carmona con todo y que ya llevaban como seis años de casadas, porque cada dos días escribían una carta de amor para dárselas todas juntas el día del reencuentro. Eso me hacía pensar que el amor era posible, un amor de toda la vida.

Como decía, iban a ser ciclos de a un mes metidos en la hacienda, con Gavilán de guardia, antes de poder volver a Zapotlán. El inmundo se encargaba de que nadie fuera a escaparse antes y me decía: "Óyeme, Estrella, si ves que una se nos quiere escapar, la sigues y le das un buen trancazo o le echas fierro". Por suerte nunca tuve que hacerlo, pero no fue fácil torear a Gavilán. Más de una vez me soltó un trancazo. Y más de una vez me escupió en la cara.

Respiré cuando mi patrón se apareció en la hacienda en el día de paga.

—Patrón, las damas ya están esperando su varo.

—¿Seguro que quieren irse ahora, Teresito?

—Pos claro, patrón, ya llevan aquí un mes. Les prometí que al mes se les paga. Y dígame, de ahora en adelante, Correoso; es mi nuevo apodo.

—Ta bueno, Correoso, bajo tu conciencia las dejo ir, ¿eh?

Me quedé muy contenta. Se formaron todas, se les liquidó lo que se les debía menos lo de la tienda de raya. Julia y Maritza, bien agradecidas, hasta me abrazaron. Dijeron en voz baja que si

no sería Teresa mi verdadero nombre. “Puede”, contesté. Sentí bonito de que se dieran cuenta que soy mujer. Las vi alejarse cantando; yo me sentí diosa.

De vuelta a Zapotlán pasé a la capilla de la Santa Cruz del Buen Pastor a dar las gracias. Luego me fui a la mansión. Para mi sorpresa, doña Lola seguía viva. Ya casi no se le entendía sus palabras, la pobre no podía cargar al chamaquito y la mente se le afectó mucho con el polvito del don, ¿quién se lo pondría cuando me fui?

En cuanto me vio, Evelia entró a renunciarle a doña Lola. Sentí gacho, pero también orgullo por ella; qué bueno, no quiso soportar más a los patrones. A la doña la oí decir algo así como sagrado matrimonio y castigos de Jesús, pero no se le escuchaba casi. La mixteca de pronto se veía más bonita que nunca; se dio la vuelta y no la volvimos a ver. Daban ganas de que doña Lola ya se muriera, pobre mujer, ahora me siento mal por todo lo que vivió. Pero en la mansión, yo casi no lograba sentir lástima por ella.

Ahora que me acuerdo, fue esa misma noche cuando Vizcaíno me enseñó a matar. Lo puedo ver todo clarísimo, como si viera una película en la que aparezco yo.

El don sacó la Colt de un cajoncito. Me llevó a las caballerizas y ahí, viéndome con los ojos esos casi transparentes, dijo así: “Cuando vayas a matar, asegúrate de probar la pistola antes. Lo mejor es llevar dos, por si las dudas. Dispara siempre dos veces si la persona o el animal están parados, un disparo para tumbarlos y el otro cuando estén en el suelo. Apuntas a la cabeza, pero tienes que distanciarte un poco porque puede salpicar sangre”. Luego me sugirió que cuando matara personas, usara unos zapatos que no use normalmente, diferentes a los míos o los de otra gente. Si es posible, guantes como de enfermera para que no me quedara pólvora, pero primero probar la pistola con los guantes para que no se me fuera a resbalar. Al terminar el trabajo, lo mejor es quemar todo lo que haya usado.

Luego me dijo que matara a la Sisi. Que ya estaba vieja y fea, inútil.

Yo no pude; el don me trajo un perro de la calle que luego

andaba rondando por la casa y yo lo acariciaba y le daba de comer.

Que me perdone la virgen, pero a ese sí lo maté. No me gustó, fue gacho. Pero de alguna manera muy fea también fue sabroso, y por primera vez me sentí capaz de matar a Gavilán.

Para festejar que yo ya sabía matar, el don me invitó a la playa. Salió así, con que ya tenía otro Cadillac negro, nuevecito.

—¿Y, ora? —dije yo—. ¿Pues con qué dinero se adquirió el regalito, si acaba de pagar la raya?

Sonrió y nos trepamos.

—Vamos a presumir y ver cómo anda esta chulada sobre la arena —dijo.

Antes de volver, el don entró en una casa con todas las ventanas tapiadas. Tardó como una hora y salió contento. No me atreví a asomarme, pero pensé que podría ser un burdel. De regreso, fuimos oyendo La Rancherita, esa estación sobre la calle de Independencia. En aquel tiempo la llamábamos la X.E.B.A.

Ya de vuelta en Zapotlán fui otra vez por los llanos de Santa Rosa. Me topé a Digno y Librado Carmona, que a lo mejor me andaban siguiendo porque jalonearon mi brazo.

—¿Qué les hiciste, Tereso desgraciado?

—Óiganme, no me digan Tereso que ahora me llamo el Correoso.

—Malnacido, eso eres —la verdad yo creo que me vieron tan confundida, que les agarró la duda— ¿Por qué nos ves así? A ver, ¿por qué no han regresado Julia y Maritza?

—¿Cómo? Si ya se les liquidó todo, completito.

—Ninguna regresó, tampoco las primas volvieron a la casa.

Sentí que el suelo se me abría, así, o más bien quise que se abriera y desaparecer.

—Ay, Jesú, pero y las demás, ¿volvieron?

—No todas, Correoso. Regresaron algunas, pero dicen que las otras se subieron a la troca de un tal Pinto, con un tal Gavilán.

Volví corriendo a la mansión, a ver si Vizcaíno me aclaraba algo. Ya era noche cuando entré al comedor. Doña Lola estaba desparramada en la silla, pero se veía despierta. El don, derechito en la cabecera.

—Fájate los pantalones, Teresito, es hora de la prueba —dijo el méndigo, volteando a ver a su mujer—, es hora de matar a la patrona.

—¿Y después?

—Estos tamales saben a mierda pura, después podrías ir y conseguirme algo decente de cenar.

Yo no quería matar a nadie, eso lo juro. Además, estaba harta de obedecer las órdenes de ese hombre. Y mal que bien, doña Lola seguía viva, aunque pareciera muerta.

—Mi señor, yo no soy matón.

—No, no eres un matón. Eres una matona —me quedé callada, nunca le noté que el don descubriera que era yo mujer —. Eres igual de mierda que yo, porque es igual de mierda el que mata a la vaca, que el que le agarra la pata, ¿a poco no?

Y ahí fue cuando entendí lo que hacía Gavilán en La Manzanilla, porque alguien como él no pierde tiempo. Pensé en las mujeres, quitarles la raya que acababan de recibir, meterlas a ese burdel todo tapiado. Me dieron ganas de devolver, empezó a dolerme el hombro derecho como hacía mucho no dolía. El hombro que mi papá me trozó cuando tenía yo siete años.

—Prometer hasta meter, y ya metido, olvidar lo prometido, Correosa —continuó Vizcaíno—, ¿no te sabes ese dicho?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ay, Teresita, a poco pensaste que iba a pagar esa raya por limpiar y plantar pendejadas en los pantanos. A poco, tan buena tú, Correosa, no te imaginaste lo que iba a pasarles a las chamacas.

Nos vimos a los ojos y caí en cuenta. Supe que él también caía en cuenta de que yo caía en cuenta de quién mandó matar al papá de Gavilán. “Al viejo se lo tragó el pantano —decía siempre mi tía—. A mi viejo se lo chingaron a balazos en los pantanos.” Y el inmundo de Gavilán, ¿a qué me mandó con Vizcaíno?, ¿a que me matara también? Porque si de algo estoy segura, es que yo jamás hubiera aceptado robarme a esas mujeres. De haberlo sabido, me hubiera negado, lo sé. Quise llorar, así, pero me aguanté otra vez y les salieron lágrimas a los ojitos abultados de doña Lola. Luego los abrió grandes, miró con cara inhumana y

dijo:

—Síganla y donde la encuentren, échensela.

—Doña Lola, pensé que ya no podía hablar —dije.

—Puedo hablar, hablo porque sé lo que me espera.

Vizcaíno hizo agitaciones como temblores, parecía con la intención de bendecirse o bendecirla a ella. La patrona repitió:

—Síganla y donde la encuentren, échensela.

Cuando la cargué, era más pequeña que nunca, como encogida hasta volver a ser niña.

—¿Por qué repites eso? —preguntó el don.

—Tereso Atac repitió tus palabras antes de que lo desaparecieras, Vicente —contestó apenas con un hilito de voz—. Arrojas al pantano los cuerpos de las jovencitas que se escapan, o que se niegan, o que ya no te sirven. Me dijo lo que haces con las que te robas, me dijo de tu burdel.

—¿Por qué te quedaste aquí conmigo?

—Por Teofilito, porque pensé que estábamos a salvo, pensé que yo era especial.

Vizcaíno me ordenó llevar a doña Lola a su cama. Obedecí al méndigo; tal vez tuve miedo de que me hiciera algo, ahora que sabía que era yo mujer. Doña Lola preguntó por su hijo, se lo quise llevar pero Vizcaíno dijo que ya era tarde, lo íbamos a despertar. Ella cerró los ojos, o puede que se le hincharan más. Le puse la cobija encima, temblaba como avispa. Vizcaíno nos observó sin expresión.

—Usa la almohada verde —dijo.

Caí en cuenta que doña Lola no había hecho nada por salvar a esas mujeres, y me dio rabia; mientras a ella no le pasara nada, permitía que su marido anduviera raptando y matando.

Entonces puse el cojín sobre su cara, ella casi ya no tenía fuerzas y estaba más chiquita que nunca. Se estaba muriendo, pero no llegaba a fallecer.

—No puedo, mi señor; usted me enseñó a matar con pistola, no así.

—A ver, préstame la almohada, Teresita —se la di, y no hice nada para tratar de salvar a su mujer—. Mañana te vienes conmigo en el Cadillac para La Manzanilla —dijo cuando por fin

acabó de asfixiar el cuerpecito de doña Lola—, salimos a las seis.

—Sí —contesté, sabiendo que tenía que escapar.

—Bien, Correosa. Tomaste las decisiones correctas, si no te ibas a pudrir en esos pueblos de porquería; en Sayula y en Pie de la Cuesta, no ibas a ser nadie.

Esa noche cumplí quince años y fue la última vez que vi a Vizcaíno. Supe que si no me escapaba, moriría en el pantano o en el burdel. Y no pensé en ayudar a esas muchachas, no hice nada por ellas; es un pendiente que tengo y lo voy a cumplir un día.

El caso es que, cuando el don quedó bien borracho, miré sus manos blancas por última vez. Se las acaricié y después agarré al chamaquito. Me despedí del Cristo y de los caballos —menos de la Sisi, a esa sí me la llevé—. Tomé un libro para mí, se llamaba *Una habitación propia*, lo que yo quería. Y a las tres de la madrugada llegué a la Casa Reygada. El señor Teófilo salió confundido. Iba a decirle que su hija estaba muerta, pero no me atreví.

—Buenas noches, don Reygada. Vine a traerle a su nieto.

Me miró bien confundido, y agarró a Teofilito.

—¿Qué le pasó al niño? —preguntó—. Lo traes todo moreteado.

Expliqué que así lo dejaba siempre Vizcaíno, bien fregado. Y hasta dije:

—Por eso se lo traigo, para que ya no lo pellizque.

Se me quedó mirando un buen rato y preguntó:

—¿Cómo está mi hija?

Solo pude decir:

—Bien, bien dormida, aunque ha perdido mucho peso —se le puso la cara roja, el pobre señor que siempre se veía tan tranquilo, ahora le temblaban las manos y sangoloteaba al chamaquito.

—Tenemos que vengarnos de ese hijo de puta, tú me vas a ayudar, chamaco.

—No, mi señor don Reygada, yo no busco venganza.

—Entonces, ¿qué buscas, chamaco? ¿Dinero? Te doy lo que quieras, pero ayúdame a matar a ese desgraciado.

—No me llame chamaco, soy el Correoso. Y yo no mato por

dinero.

—Entonces ¿por qué lo harías, Correoso?

—La verdad, no lo sé.

Me fui para Guadalajara con la Sisi; nunca le avisé a Gavilán ni tampoco le pagué lo que, según él, le debía. Eso me costó caro; supe que no sería bienvenida en Pie de la Cuesta. Aun así, de Guadalajara me moví hasta Acapulco pensando en algún día atreverme a visitar a mi mamá. Y lo hice, pero se me escondió. A saber si creyó que iba a pedirle dinero, o a querer regresar a la casa.

Vendí a la Sisi; me arrepiento todos los días, pero el hambre es canija. Y por hambre me enganché en el Ejército.

Tiempo después, de Guerrero me mandaron al D. F. En la gran Tenochtitlán, o como le llaman algunos, Mexicalpán de las Tinieblas, mi vida no fue mucho mejor. Me topé con Gavilán, lo reconocí de espaldas y desde lejos, porque andaba meneando la cabeza y alargando el cuello.

Se hizo soldado también, el inmundo. Así fue como me enteré de que Vizcaíno acabó sumergido en su Cadillac al fondo del río Purificación, así, enrollado al volante con la capa gris; iba de La Manzanilla hacia Barra de Navidad. Enseguida caché que eso fue obra de Gavilán.

Después lo oí decir al inmundo: “Conseguí mayormente chambitas de jalador, viene-viene, mesero y carguero en la central de abastos, hasta que me ofrecieron más lana como pandillero”. Según dijo, no le gustó esa vida y se enganchó en el Ejército. Desde entonces me las olí; va a serles más útil a los criminales con los que anda, desde adentro del Ejército.

Gavilán no ha dejado de ser una bestia inmunda. Un matón de mierda, un criminal. Aquí en Fort Hood casi me ahoga dentro de un tambo lleno de agua. Pero sé tener paciencia. La hora de devolvérselo todo me va a llegar. Apenas ahora cumplí los veintidós, me quedan años para fregármelo al méndigo. Además, ¿quién dice que no lo puedo matar ya pronto, aquí mismo en Fort Hood o en cualquier otro lugar?

XI

AURA

Caída libre

Ciudad de Guatemala, diciembre de 2012

Y molemos, arrancamos, aplastamos
esta tierra que con nada se mezcla.
Pero en ella yacemos y somos ella,
y por eso dichosos la llamamos nuestra.

Anna Ajmátova

Vuelvo a la ciudad donde nací.

Al abrir los ojos, mi primer impulso es el de prenderme fuego. Abrasar a este cuerpo que es el recordatorio constante de mi historia. Vibran las rodillas, arden los dientes y las encías chillan. Tercer amanecer en esta tierra después de tantos años de exilio, y aun no logro salir del hotel.

"No te dejés llevar, Aura, respirá. Despacio, observá." Mi cuerpo no está sucio, no está desnudo, lo abriga un largo camisón de seda blanca. Descubro una pierna. Putas estrías adoradas, ya no tengo catorce años. Soy una mujer y debajo de las sábanas no hay otros dedos además de los míos.

Debí quemar la carta y volver a escapar, pero *vos querías que yo te acabara, lo sabés y lo* sé. Ahora puedo estar aquí, es lo que gano. Un solo propósito. Aunque él ya no es un bebé, aunque esta ciudad sea voraz.

Te gustan las menores, verdad, cabrón, la mirada de susto, los pezones tiernos que nadie más ha probado, te ponés mal, entrás al

descontrol y parecés autómata forzando, manoseando, mascando chicle.

¿Alguna pudo olvidar a su violador? La gente dice tantas cosas. Que si las víctimas repiten su historia y se ponen a violar, a aporrear, a quemar. Que a las pinches viejas histéricas seguro nos la metieron, por eso somos unas locas. ¿Y a las que no violaron? Ah, esas son malcogidas, como dicen los mexicanos. Todas somos unas chifladas, llorando por nada, porque nos viene la regla, o nos deja el marido, o nos hacemos viejas.

Y no porque me han secuestrado, me han torturado y se han robado a mi hijo.

Tendrá treinta años, el bebé. Imaginate. Toda una vida pensando en él, queriéndolo encontrar, explicarme; hacerle saber. Nunca quise abandonarlo, ni siquiera en ese entonces, en ese pozo. No era un bulto inerte, Chinchilla sádico mentiroso de mierda. No era un pedazo de carne molida, *como repetías vos, repugnante hijo de la gran puta*.

"Calma, Aura, no hace falta recordarlo todo. Despacio." Saco ron del minibar, miro el techo de la habitación, es de madera. Un fino tablero de ajedrez sin cambios de color. Cuento los recuadros, cierro los ojos y recapitulo cada detalle. Ese juego coloca los alacranes donde deben estar. Como lo hice apenas. Porque cuando no se actúa, cuando no se ataca, el peligro y el terror crecen. Engordan. Te comen a vos.

Me cuesta dejar el hotel, temo los recuerdos. Tal vez ahora mismo saldría si junto hubiera un buen bar. Martinis, platicar, besuquearme con una cuarentona hermosa, estar solas, lamer su vulva y ofrecer la mía. Venirme en sus labios de ginebra. Recobrar fuerza para luego volver a sofocarme en lo echado a perder, lo despedazado. ¿O es que aún soy una niña de catorce por dentro? Será por eso que duele tanto, duele el rechazo, los dientes, las rodillas. La separación. Agujerear paredes y agujerear mi carne con una daga porque mi ex se fue. Estrellar un auto porque no obtuve un papel en Bellas Artes. Una mujer lúcida y una niña en el mismo cuerpo, atoradas en un cuartel-pozo del que salí hace treinta años. Treinta ya. Y en el que estuve menos de uno. ¿Por qué no puedo olvidarlo, por qué lastimarme así la

piel?

A veces despierto temblando. A media noche reptan por mis muslos esos dedos que ya no están. Dedos fantasmas. ¿Será por eso que aún no logro salir a las calles de esta Ciudad de Guatemala? *Si vos ya no estás*… Podría raparme, tirarme los dientes, *para que tipos como vos no se acerquen más*.

Pero no. A los tipos armados, *a los milicos enfermos como vos*, les gustan las niñas. Eso aprendí. Mientras se lleven solamente a las niñas y a los otros los dejen en paz, que arda Troya, ¿o no? Es lo que hace la gente.

"Aura, despacio. Con calma" Tomo un tequilita del minibar. "Pensá, Aura, pensá en lo que venís a hacer aquí. Un solo propósito."

Encontrarme con ese bebé-hombre que no suelta mi mente y al que escuché tan poco y del que no olvido su llanto, el timbre exacto. Sé que es él: ese teniente que se acercó a Famdegua. Lo soñé durante años, un joven uniformado con mi lunar del labio inferior. Me abrazaba. Yo, al principio, no quería y lo empujaba en sueños. Luego el timbre de su voz me reveló quién era. Voz de bebé.

Pienso en lo que hice antes de venir acá. ¿Quién dijo que no todos somos capaces de secuestrar, estrangular cuellos, robar hijos ajenos, violar hasta matar? Sonrío recordando esa última tarde en México. Imagino a mi presa aún atado, intentando soltarse. *Difícil fue la espera; dañarte fue sencillo. Yo no te veía como a un humano, sino como a un holograma con cara de alacrán. Un feo holograma de trece dedos.*

He pensado en mi hijo y en mi madre hasta el empacho. No sé si los recuerdo a ellos o a una imagen inventada por mí. Él, indefenso y suave, ojos aún sellados y el mismo lunar. Ella, manos largas de pianista, frente amplia y lisa como una pintura primitiva flamenca. Antes de matarse quemó nuestras fotos. Me queda solo una en la que aparecemos juntas. Abrazadas.

Alicia, mi madre, fue bonita. Una belleza convencional, cabello oscuro y largo, ojos miel muy grandes, cintura estrecha. Al contrario de mi voz, la suya sonaba ronca como si bebiera

aguardiente desde el alba. La dibujé cientos de veces para no olvidarla. Cuando murió mi padre, varios hombres la pretendieron. Esperaban con ramos de lilis y rosas afuera del apartamento, en Ciudad de Guatemala. Casándose con alguno ella habría podido mantener el nivel de vida al que estábamos acostumbradas. Conservar su piano, la casa de Santa Catarina, el auto. Pero no quiso. Permanecimos solas.

Habían pasado ya siete años de la muerte de mi padre y aún no nos entregaban su cuerpo. Sistema podrido, burocracia del horror. A mi padre no podíamos enterrarlo, ni despedirnos, ni olvidarlo. La policía nos envió a reclamar sus restos lo que se conoce ahora como Escuadrones de la muerte. Alicia Fabián tendría alrededor de treinta y ocho en ese entonces. Fue cuando conoció a Francisco Chinchilla. Él la vio y se fascinó, no nos dimos cuenta de la conmoción que había causado en el kaibil. El teléfono de la casa empezó a sonar noche y día. Cartas, flores, fruta, citaciones. Día y noche.

No hace bien recordar todo aquello, menos adrede. No conviene rumiar cuando la vida fue siempre una mierda. De no ser por la ópera, ¿qué habría pasado?, ¿me atrevería a ahorcarme, aventarme al vacío en caída libre?

Extraño estar con una mujer. Con mi ex… Lo que daría por recuperarla, serle fiel. ¿No se supone que las violadas le tenemos asco al sexo?, ¿por qué yo le tengo adicción? Hasta eso es una mierda. Debí contárselo todo. Hacerle el amor mil veces, mostrarle la carta que recibí en México esa tarde, de regreso del Conservatorio.

Pero no pude.

Cuando vi el sobre en mi buzón, supe lo que se venía. *Sos vos, payaso hijo de la gran puta, sos vos.* Temblando, abrí la envoltura café percudida, el mismo color del atuendo que eligió mi madre para morir. Olor a cochambre, sudor militar, orines. Una arcada y otra y otra: algo hay desencajado en mí; algo que se fracturó. Ese sobre conectó con la fractura, directo, en instantes. Tanto que, cuando leí el contenido, mi vientre, mi sexo y su atroz vulnerabilidad al dolor físico, revivieron luego de años de intentar sofocarlos. Volvió ese dolor de dientes, de rodillas, como

si de nuevo me tuvieran atada.

Y el clac clac clac de la máquina de escribir.

Veinte millones de almas en la Ciudad de México y vos, repugnante sapo, me fuiste a encontrar. Esa tarde sentí mis bragas humedecerse. El paso de los años no había resuelto la incontinencia. *¿A dónde querías que fuera a esconderme, violador de mierda?*

"Bienvenida a Guatemala, bienvenida a su patria —escupió el oficial de migración—, ¿por qué tantos años en España y luego en México?, ¿ni de vacaciones le gustaba venir?, ¿hace cuánto fue su última visita, señora Fabián?"

No respondí la pregunta. Hubiera sido más adecuado que me recibiera diciendo: "Bienvenida al país donde el Estado logró matar a cien mil personas en tiempo récord, ¡menos de dos años!, amontonando más muertos que en las dictaduras de Dominicana, Chile y Argentina juntas, bienvenida a donde violamos a cuarenta y cinco mil personas en año y medio, donde robamos bebés, niños y niñas, ¡bienvenida al país del genocidio maya!"

Lo siento. Esas cosas son de mal gusto, son feas. No ofender a nadie es la máxima, y menos a los fans de Ríos Montt, de Lucas García. Maquillar, ser amable, sonreír. Porque si no sonreís, te golpean, te desaparecen.

O se te suicidan.

Ya no extraño a mi madre. No le tengo amor; la culpa y vergüenza lo tragaron todo. Sueño con ella y dice: "Aura, Aura, sé que ya no me amas, quiero rebanarme de tu memoria, ser polvo, aspirar mis restos y tirarlos en una letrina". "No, mamá, no digás eso", miento. Ansío eliminar todo rastro suyo, hasta la última célula que ella me ha dado.

Y así es. No queda un solo tejido del cuerpo que tuve. Soy otra.

Miro nuestra fotografía para verme a mí; Tikal, mi cumpleaños catorce. No queda otra imagen de aquella niña de broche rosa con forma de gato.

Fui esa niña. La miro y me asalta el tufo a orina y el clac clac clac. *Esa niña no conocía tu mundo, repugnante sapo, ella no lo*

podía imaginar. ¿Y por qué esa mujer tipeaba un teclado mientras me torturaban? Fue caída libre, en seco. Y a esa niña, nadie más la recuerda, no queda nadie a quien le importe. Muy pronto en su vida, en mi vida, la suerte estuvo echada.

Cuando recibí el sobre, *ese sobre de parte tuya, sapo hijo de la gran puta*, quise recordarlo todo. Las gotas, el llanto y el clac clac clac constante de una máquina de escribir. "Todo estará bien", le dije a la niña de la fotografía. No lo creyó. Nadie nos había devuelto a mi bebé, Famdegua aun no sabía nada, podría estar enterrado, cadáver, cenizas.

O podría estar vivo.

Y ahora lo sé, mi hijo está vivo.

Poco antes de matarse, Alicia y yo dejamos de hablar. Adrede. Dos extrañas en ese sexto piso de la zona diez que compró mi padre.

Yo llevaba tres años en libertad y Alicia no soportaba mirarme ni saber detalles de los once meses en el cuartel. Supo que tuve un parto. "Ya debe estar muerto el bebé —dijo con esa voz ronca—; pobre criatura, pero así es mejor. Y si está vivo, el bebé estará con su padre. Mejor tener padre que madre, una madre no puede proteger a sus hijos. Un niño o una niña sin madre sobrevive en este mundo de mierda. Sin padre, no."

Nunca lo buscamos, nunca indagamos. Alicia cerró los ojos, los oídos, la piel. Nada supo del aliento agrio del sapo mezclado con chicle viejo, el olor a mugre de sus manos y la humedad de su pelvis al penetrarme. Nada de la boca pastosa del sapo, ni del mechero de Chinchilla prende y apague, clic, clac. No quiso saber del ardor, la comezón. Para Alicia, su dolor era más importante, más intenso. El dolor de imaginarlo todo sin saber nada.

"Por qué no salís con alguna amiga —decía—, no podés estarte aquí metida para siempre." "Eso es justo lo que quiero, mamá, quedarme aquí, con vos. En la calle hay retenes, me van a regresar al pozo si salgo…"

Me levantaba de la cama solamente para limpiar y ensayar. Habíamos vendido el piano, quedaban casetes para acompañar

mi voz. Creo que mi madre disfrutaba mi voz, la hacía feliz por un momento. El resto del día, yo cocinaba o lo pasaba acostada intentando escuchar algún patrón en los sonidos de la lavadora, la secadora, la radio de los vecinos. No siempre tienen el mismo ritmo, las máquinas. Cambia de pronto y evoca fragmentos de alguna melodía.

En el silencio, yo sentía aún esos dedos. Podría jurar que estaban debajo de las sábanas, serpenteando. Aunque las lavase una y otra vez, olían a mugre, la mugre que él había puesto dentro de mí.

Alicia permanecía catatónica entre decenas de botellas vacías. Cerveza y guaro. No las tiraba nunca, era algo así como un concurso: ¿qué tan mal puedo estar?

Se derrumbaba en el suelo, larga y delgada como una mantis. Mantis fantasma.

Ya nadie nos visitaba. “No la queremos ver mal por lo que te pasó a vos”, decían. Nos volvimos incómodas, Alicia y yo. Un estorbo para quien aún era feliz.

Y por la noche, yo escuchaba un grito agudo en medio del silencio. Ese grito era siempre mío y, solo entonces, mi madre arrastraba los pies hasta mi cama para abrazarme sin saber qué hacer. ¿Qué decir, cómo callar a esa chica que apenas se enteraba de que ella misma gritaba? Y los dientes dolían, sin explicación y sin remedio. Pero mi madre me abrazaba, y eso, eso era todo lo que yo tenía en la vida.

De mis amigas no supe nada, solo de Natalia. Pero no quise que me visitara, ¿qué iba a decirle? No conocía las palabras. ¿Y cómo volver a ser la que fui? La que saltaba la cuerda, brincaba resorte, la que, con gises de colores, dibujaba en la acera estrellas, corazones, el nombre de la chica que me hacía sonreír o el de alguna monja simpática.

No, no podía ver a mis amigas y después me olvidaron. Menos Natalia, ella no me olvidó.

No des importancia, oí de pronto a la niña de la fotografía la noche que recibí la carta. Nadie escapa de ser herido alguna vez, dos, tres, seis veces. Hay quienes deben correr desnudos por

eternos campos de espinas hasta desangrarse. Otros son apaleados sin pausa, y los últimos, experimentamos un solo choque con el pavimento; después de tantos años de exilio, deseaba más que nunca castigar a mis verdugos. Escupirle al Dedos a la cara. Matarlo, limpiar un poco este mundo de la mierda que lo cubre. Ver a Chinchilla a los ojos, esos hoyos que parecen ser de otro cuerpo, como si él no viese nada, como si él fuese una marioneta nada más. Y quitarle a mi hijo.

Pienso mucho en ellos. Lastimaron a mi madre más que a mí. Tanto que se mató.

Cuando miro los dibujos que tracé de sus ojos, de su boca, ella está siempre desencajada. Hundida en el dolor como si fuera solo suyo, robándome el dolor que era mío.

Tomé de nuevo la carta. *Sos vos, payaso hijo de la gran puta, sos vos*… Manguerazos de agua helada, pa que no apestés, *cuando el que apestabas eras vos, repugnante sapo de mierda. Me dejaste meada y cagada por días, no paré de rascarme entre las piernas hasta que amarraste mis manos y no pude aliviar el escozor.*

Basta de rumiar.

No es bueno hacer hábito, ¿sabés que el ochenta por ciento de los pensamientos son negativos? Doblemente difícil generar uno positivo, solamente aparecen cuando hacemos un esfuerzo y pronto se desvanecen. Por eso, cuando lo peor podría suceder, ¿por qué no imaginar también lo mejor? Así es como planeé lo de los alacranes. *Ellos decidirían si vivías o morías, ellos decidirían hasta dónde.*

Miss Aura,

Pienso en vos. Todos los días. Todos los años que viví en Milwaukee, también. Yo sabia que vos andaba en mexico de cantante de opera y le pedi a mi cuaz que vive ahí una picture suya. No he dejado de verla. Mi cuaz dice de que la foto era cerca del parque condesa y pensé ir a hallarla. Y por eso vine a mexico.

Son 30 años de la ultima vez, que la vi. Ni un solo dia la he dejado de pensar, ni a vos ni a nuestro patojo. Parece de que los estoy mirando.

Me han venido incando el diente almas y visiones de Guatemala. La culpa es chinche y grande. Si no la busqué antes, fue x que a mi me tomó tiempo.

Fui milico 14 años, pagaban mal. Me ninguneaban. Aunque no lo crea

jamás me gustó tratarlos mal a los presos. Pocas veces sentí la exitación de la que hablan, la de ver sufrir.

Con vos, se lo confieso, sí la sentí. That's my secret. El comandante ordenava de que casi no le diéramos de comer. Pero yo a vos siempre le llevé la comida que sobraba. Para ser el goodboy. Que vos me quisiera un poquito, me digo.

Se que quedó afectada de su mente, x culpa del comandante. X la mía también. La watcheo siempre sola sin hombre que la cuide, en el café péndulo el parque el conservatorio y recojiendo perros jodidos.

Créame de que lo que le hicieron (lo que hicimos) no es justo. Me decidi a escrivirle x que el comandante francisco chinchilla esta aqui en la ciudad de méxico, close to you. Le ofresco vengarnos de él y le ofresco encontrar al patojo si le interesa. Yo lo puedo hacer si querés, miss Aura. Mi móvil es 6462333311. Tengo ideas muchas ideas.

Sapo de mierda, te atrevías a vigilarme. Te diste la importancia de ni siquiera firmar.

La carta se convirtió en el centro. ¿Huir? O pedir ayuda. ¿A quién? A la honorable policía judicial mexicana que se dedica a asaltar y violar centroamericanas.

¿De qué sirvió denunciar en Guatemala? Siguen libres, hacen su vida. *Decís que estoy mala de la mente, ¿qué esperabas, repugnante sapo de mierda, luego de embestirme una y otra vez?*

No respondí las llamadas de mi ex. No asistí al conservatorio. Largué a todos y bebí como hace años no lo hacía.

¿Y si el repugnante supiera algo de mi hijo?

Recuerdo la mañana en que me arrastré a la tina. Oyendo el agua correr, me preparé a resistir las próximas horas del día. Guardé la carta en los jeans y salí.

Caminé lento, desde mi apartamento en la calle de Ensenada, hasta el café Péndulo; la sensación de que alguien apretaba mi garganta no me permitió hablar. En medio del tercer ataque de tos, elegí una mesa de frente a la librería y con vista hacia la puerta de entrada. Gente distraída hojeando libros, tipos solos y deprimidos, chicas despreocupadas. Logré relajar mi garganta y pedí una sopa y cerveza. Lloré. *Te voy a desollar vivo, violador de*

mierda. Pero mi cuerpo temblaba: manos heladas, presión muerta.

Seguí mirando, buscando su cara con el anhelo chalado de hallarla, con el terror de que ese anhelo se cumpliera. Lo imaginaba hojeando un libro al revés, con sus gordas manos de trece falanges —seis en la mano derecha, siete en la izquierda—. *Verte de perfil, me mirarías por el rabillo del ojo. Treinta años después de la embestida, tu sucia silueta sería la misma y tus facciones, las de mierda derretida. Nuestras miradas se cruzarían y con ojos huidizos, escaparías. Porque sabés que ya no soy una niña*.

Un tufo a orina y humedad me invadió, tan intenso, que tuve una arcada. Escuché el clac clac clac. El prende y apague del mechero. Las gotas. *No dejo de sentir tus dedos, no dejo de oler tu hocico ni de ver tu jeta contra la mía, ¿por qué?* Tengo tanta urgencia de olvidar…

Pero no. La pesadilla que creí haber borrado surgió como estallido: tengo catorce años, atrapada en un ducto de aire repleto de alacranes. Siento frío, mucho. Sobre mi pálida espalda caen gotas heladas. Repto igual a un gusano, mi vientre se abulta cada vez más, el ducto se encoge. Aunque no lo veo, sé que Francisco Chinchilla y el Dedos se arriman por detrás. Oigo cómo se prende y apaga un mechero. Chinchilla ahoga con desgano un cigarrillo en mi piel desnuda y pregunta si las moscas sienten.

Con piernas lábiles, apenas alcancé el excusado y vomité. Sentada sobre el porcelanato frío, orina tibia se derramaba en mi entrepierna; poco a poco se extendió hasta hacer correr la tinta de la carta.

Aura: Sé que me vigilás. Att Aura

Envié el mensaje al número que ponía en la carta. Jamás iba a cruzarme con él, un kaibil no se deja ver.

Dedos no respondió en varios días. Insistí.

Aura: Esperé años a que me buscaras
Necesito saber de mi hijo

Dedos: No la vigilaba
la watcheaba
la cuidaba de que nada le pase

El Dedos. Un tipo de abismal simpleza. Reproduje en mi mente cada detalle de ese año en el cuartel de la G2, *observada por detestables ojitos y manoseada por esos trece dedos*. Meses en la oscuridad, meses mojada de meados y con el frío en los huesos sin entender por qué carajos me tenían ahí.

Deseando averiguar algo acerca de mi hijo, continué con los mensajes. Ahí me sentía segura en mi apartamento de la Condesa, entre LP, laberintos de Escher, contraltos, libros y partituras.

Dedos: usted quería que yo la buscara
y yo… tantos años con culpas

Aura: Dónde está mi hijo?

Dedos: nuestro hijo
creo que sé quien es

Aura: Quién carajos Dedos?

Dedos: no me hable mal

Aura: Decime lo que sabés

Dedos: vos no podés juzgarme a mi.
allá sufrí como el indio más
bajo tragando las heces que el pozol
del sargento se hacía en el casco

Aura: No me interesa
quiero saber de mi hijo
quién es, qué hacían con

los bebés robados

Dedos: a veces los venden
a veces se los quedan
otras los matamos

Aura: qué hizo
Francisco Chinchilla
con él

Dedos: está vivo
no lo mató chinchilla
el no la odiaba a usted
usted no le provocaba nada

No le provocaba nada… Curiosa manera de demostrar la nada.

La tarde que Francisco Chinchilla me detuvo a la salida del colegio era fresca y soleada. Desde un árbol de esos que tienen pelotitas de espinas, había caído un azotador sobre mi mochila y pensé que sería mala suerte.

Yo sin saber lo que era comunismo; sin saber nada sobre mi padre y su apoyo a la guerrilla. Solo me importaba escuchar música, cantar en el coro, andar con las amigas. Esa era mi vida.

De un segundo al otro, mi mundo fue el sótano helado de la G2. El comandante Francisco Chinchilla y el teniente Dedos: todo mi universo. El sapo siempre mirándome, una sombra durante trece putos meses. *Maldito títere, cómo quisiera cortarte con un machete esas manos que escondes que te avergüenzan y esa cara de perro pateado, ojos saltones como una rana, siempre mascando chicle, besando tu estampita de alacrán, haciendo ese ruido con la boca agria medio abierta. Dedos, participaste sin decidirlo y después, sin pensarlo. Cuánto te perturbó que Chinchilla prohibiera bañarme. Fue la única vez que me defendiste*.

—Pero si la señorita Aura no hizo nada, comandante.

Te soltó un golpe seco en la cara, rompió tu nariz.

—Vos estás para obedecer harto, no para opinar. Y no llamés

a esta subversiva por su nombre, verdá, que ya no tiene nombre. ¡Cerote de mierda!

Salió gritando mientras vos, mi carcelero, te cubrías la nariz ensangrentada con esas manos llenas de dedos.

Pasaron varias semanas. Respondí los mensajes hasta tiempo después. No tenía la fuerza… Dedos pudo dejarme escapar con mi bebé; Chinchilla ya nos había olvidado, hasta ese día que la mecanógrafa se lo recordó.

Todo fue por mantenerme para vos, la cara que vi todos los días y jamás tuviste los huevos de dejarme escapar.

Dedos: la busqué para pedir perdón
también a su mamá

Aura: mi mamá no existe.
Mi mamá se desplomó en seco
desde un séptimo piso.
solo dime dónde está mi hijo

Tardó en responder y al fin dijo:

Dedos: chinchilla me obligó a todo
me tenia de los coyoles
desde que me quise desertar
nos daban ptol y palazo.
Si yo no hacia lo que pedia chinchilla,
me fusilaban

Aura: si te referís a la mierda que me hiciste
no perdás el tiempo en explicarlo
y búscame a mi hijo, Dedos

Dedos: don’t call me dedos woman
llamame Amílkar

Aura: Amílkar el dedos Sosa

Dedos: lo que mas enoja es de que
gente como vos dando
la moral el sermón
así son los canches
se creen mas que nosotros

Aura: Los milicos provocaron un genocidio
no sos ningún santo, Amílkar

Dedos: no sabés lo que decís
fue una guerra muriendo
militares y guerrilleros
pucha ese cuento del genocidio
lo repiten como fucking loros
no se hartan?

Aura: Si no vas a decir nada sobre mi hijo
desaparece de mi vida

Dedos: no no no sorry Aura
soy un pisado sorry
tengo una posible informante
averiguando de quien es el patojo
para luego vengarnos de chinchilla

Chinchilla jamás me miró porque no tiene ojos; solo dos pozos huecos. No es siquiera un hombre, es la desteñida sombra de lo que alguna vez fue un humano, roña que se robó a mi hijo y yo ni siquiera sabía si recordaba lo que hizo con él. En Francisco Chinchilla no hay más que vacío, nadie a quién lastimar.

Pero vos, Dedos, me contemplabas, me limpiabas, me mirabas todos los días. Te clavabas en mí.

Esperé adrede algunas semanas más para responder. Necesitaba planear, prepararme.

Aura: Quién es la posible informante

Dedos: una prostituta

Aura: y ella por qué

Dedos: es la wisa de chinchilla
Pero al pisado lo voy a mandar
matar en la cárcel

Aura: Vos no sabés si irá a la cárcel.
Y la chica, cómo se llama

Dedos: antes de responder eso
perdoname princesa

Casi detengo la comunicación cuando leí esa palabra. Princesa.

Lo hubiese matado en ese momento, lo hubiese asesinado con mis manos de haberlo tenido frente a mí.

Pero necesitaba saber de mi hijo. Y seguí.

Aura: ¿Perdonarte por qué?

Dedos: por lo de que te hicimos

Aura: Escribí lo que me hiciste vos

Dedos: no me hagás esto

Aura: Escribílo carajo

Dedos: fui cuidadoso
verdá de que te acordás?

Aura: Me acuerdo de todo

Esperé noticias de mi hijo. Dedos daba largas, algo no estaba bien.

Transcurrió poco más de un mes cuando recibí la segunda llamada de Famdegua; la primera fue de parte de una tal Lucía Flaquer, para decirme que en Guatemala me buscaba Natalia Luisel de Córdova, mi amiga de la infancia. “Yo no conozco a ninguna Natalia”, dije, y colgué. La segunda vez que llamaron fue para darme la noticia que esperaba: un hombre de treinta años, militar, busca a sus padres. Por la edad, conexión con el kaibil prófugo Francisco Chinchilla y las irregularidades en el registro de nacimiento, ese hombre podría ser mi hijo y está dispuesto a hacerse una prueba de ADN. ¿Por qué ese hombre se acercó a Famdegua?, ¿una trampa?

Pero en mi vida ya no quedaba mucho que perder. ¿O sí?

No perdería mucho más si fuese una trampa. La ópera. El público. Los aplausos. Mi lugar en el Conservatorio, mi vida en México. Pensé en mi ex, en el rompimiento. ¿Y por qué no quise responderle a Natalia? Me da rabia pensar que su vida transcurrió distinta a la mía, como si nada, como una mujer común y corriente. Qué injusta, no sé nada de Natalia y la juzgo. Quién soy yo para decir lo que le pasó, y lo que no. Natalia siempre fue la más justa de la clase, odiaba mentir, odiaba que castigaran a quien no lo merecía.

Natalia. ¿Y si la llamo? Recuerdo su vestido amarillo… Parecía un pollito, un lindo pollo.

¿Y si la llamo? El volcán pronto explotará en mi cara, de todas formas.

El día que Francisco Chinchilla me soltó, medio vestida, medio desnuda, apenas reconocí la Ciudad de Guatemala. Jamás había estado en la zona siete, casi todas las casas parecían abandonadas desde fuera, aún tenían grietas del terremoto del 76 y las fachadas se veían desteñidas. ¿Hacia dónde ir? Vi un retén militar a pocos metros y corrí a refugiarme en un callejón.

Una pandilla de adolescentes me descubrió enseguida. Quisiera recordar sus nombres, agradecerles su ayuda, sus sonrisas. Apenas podía caminar, me cargaron a casa evitando retenes; los chicos ya sabían en dónde estaban los militares y cómo evadirlos.

Alicia no pudo abrazarme. Su rostro de horror me asustó tanto que me encerré en el baño. Ella quiso que fuéramos a un hospital, pero no salí. Antes de lavarme, me hice bolita. Me aterraba la presencia del espejo.

Cuando entré a la ducha, berreé como nunca en toda mi vida. Quise borrar toda huella, tallando el cuerpo, la cara. Al final miré mi reflejo.

No me reconocí. Me sustituyeron por otra; como si hubiesen separado mi rostro en pequeñas piezas y las hubieran vuelto a reunir, pero con errores milimétricos. Como si mi cuerpo fuese de nadie y de todos, y pudiesen simplemente desarmarlo o armarlo como a una muñeca de trapitos.

Y fue la boca lo que más cambió.

Hace unos días confirmé la cita con Famdegua para la prueba de ADN. Pedí hablar con Lucía Flaquer, la primera persona que me llamó para decirme que Natalia me buscaba.

—Lucía Flaquer ya no labora con nosotros, pero ¿en qué la podemos ayudar?

—Quería disculparme con ella, no fui amable cuando me llamó.

—No se preocupe, hay días así.

—Por cierto, la señorita Flaquer me comentó que me buscaba una amiga de la infancia. Natalia Luisel. ¿Podría darme algún teléfono o correo electrónico suyo?

—Claro que sí; solamente necesito confirmar con la señorita Natalia Luisel si está de acuerdo en compartir sus datos con usted.

Colgué y enseguida compré mi boleto para volar a Guatemala. "Increíble —pensé—, cuando salga positiva la prueba, me encontraré con mi hijo. Tal vez en un parque. Una librería. En un café."

Pero primero, hice lo que había que hacer. Contacté al Dedos.

En vez de enviar un mensaje, lo llamé. Enseguida reconocí esa voz pastosa grabada en mi memoria tantos años atrás, la sensación húmeda y la temperatura de su piel.

Quise saber si tenía noticias de mi hijo. Aún no, pero creía

que era un teniente de Ciudad de Guatemala. “Un hombre de pelo oscuro y ojos miel, con la misma peca que vos en su labio”, dijo. Soltero, alto. No quiso darme el nombre por teléfono y propuso un encuentro en una habitación de hotel. Para estar solos y a la vez en un lugar semipúblico, explicó.

Sí. Di un sí que mandó mi boca sin preguntarme, como proyectil, sin contención, sin esfuerzo. No quise perder tiempo y lo cité a los dos días.

Curiosamente la cita fue horas antes de mi vuelo a Guatemala.

Compré los alacranes en el mercado de San Juan. Diez de cola gorda, diez dorados. Sé que el Dedos me vio, me seguía a todos lados.

El tranquilizante era mío, potente y efectivo. Imaginé al repugnante amarrado, con miedo, incómodo. *Desnudo como vos me tenías a mí, deseando estar muerto antes que seguir a la espera. Mirarías todos aquellos alacranes reptando tu piel, indecisos, y vos, amarrado, con la boca tapada*.

Preparé una bolsa grande. Cuatro cervezas, una botella de guaro. El contenedor de vidrio con los bichos. Desfruté pulverizar los tranquilizantes, tardarían treinta minutos en hacer efecto. *Imaginé cómo, poco a poco, llegaban a tu sangre. Y luego, el veneno*. Todo estaba listo.

Antes, un baño de tina largo. Elegí una blusa ancha y larga color marrón, que no dejaba ver la forma de mi cuerpo; ni los cortes de la piel. Metí las perlas de mi madre y la estatuilla de un niño de barro en la bolsa. Delante del espejo, dije: “Soy una fiera y puedo devolverte el zarpazo”.

Mientras lo esperaba en la habitación del hotel, lo imaginé todo. *Si venís, será porque vos buscás que te haga daño.*

Al entrar, tu agrio aliento golpeó como vendaval desde los recovecos de mi mente: pestilencia inseparable de mis recuerdos. Diste unos pasos antes de atreverte a hablar. Yo caminé hacia vos, sin dejarme tocar. Te invité a una cerveza, un guaro, y otro, y otro. Giraste la silla para sentarte abrazando el respaldo, como antes, mirada de sapo. Podía aguantar tu presencia, tu imagen y tu aliento

porque imaginaba cómo aplastar a la mierda que tenía delante. Tomaste los tragos, conociendo mis planes. Los viste antes, espiando, en ese mercado. Pero, aun así, vos estabas en esa habitación, hombre-sapo delante de mí. Terminaste la cuarta bebida, a sorbos escandalosos. Ya adormilado, pediste otra, con esa voz pastosa. Yo escuché el clac clac clac en mi mente. Te dio sueño y preguntaste por el clima, sabiendo que esas preguntas pendejas me encabronan.

Dedos, el mismo idiota de siempre, mirando al techo como si buscara respuestas en el aire.

XII

GARDENIA

Adiós a Tiamba

Ciudad de México, diciembre de 2012

Quiero decirles que ni todo el peso de la tierra
me asfixia tanto como el peso de uno solo de los cuerpos
jadeantes y sucios que en vida soportaba.

Balam Rodrigo

Allá en Tiamba los diluvios perforan el suelo y, como púas, calan la piel. Sí, allá hasta la lluvia parece que fuera mala, mala encima de todo lo demás.

"Niñaaas", oigo a mamá, nos llama desde la casita de Tiamba. "Pero si toavía no es hora de merindar", dice Lidia desde muy arriba, trepada en el aire mientras que yo ya estoy abajo. Columpia las piernas como le gusta columpiarlas y a mí me atrae verle las calcetas blancas, como las lleva casi siempre, una bien estirada hasta su rodilla, la otra derretida en el tobillo. Me gusta oírla reír columpiando sus popotitos morenos. En lo alto del aire jugamos a ser gata, jaguara, tigrilla. A veces soy puma, mi piel oscura se convierte en la de un puma azabache, amenazo a los perros de don Óscar, me alegro de que no manchan mis calcetas cuando trepo los vientos.

Lidia dice: "Oye, Gardenia, cuando siamos grandis hay que escalar el mismo encino, la misma clavellina aquí en Tiamba, para siempri". "Te lo prometo, hermana, no hay que ser nunca

serias como mamá ni quejicas o lloronas como papá. Nosotras siempre vamos a escalar ramas."

Comienza a llover y mamá vuelve a gritar, esta vez muy fuerte: "Córranleee, niñaaas", y yo vuelo hacia la casa con las calcetas mojadas. Oigo a Lidia aullar: "Gardeniaaa, no me dejis acá trepadaaa", porque ella no se atreve a bajar del aire, no sin mi ayuda. "Orita vengooo", digo yo, corriendo como rata en quemazón.

Entro a casa, mamá no está, no contesta. A papá no lo busco, no ha vuelto aún.

Lo único que veo es a una mujer de cabellos rizos, enmarañados, negros azulosos. Cabellos impregnados de un líquido púrpura. Escarlata. La mujer no tiene la falda puesta, quedó tumbada sobre el cemento, no se mueve. Ella trae colocada la cara de mi mamá.

Oigo las gotas caer, corro a la cocina y miro hacia afuera. Huele a gasolina, veo una Tacoma roja por la ventana que da al otro lado del camino, detrás de la casa. Hombres de verde que ya se van yendo. Dos me miran, uno señala a donde yo estoy.

"¡Mira esa guare!", grita.

No quiero que me pase lo mismo que a ella, no quiero morir como mi mamá. Me subo las calcetas blancas empapadas, corro hacia el encino, hacia la clavellina. "Lidiaaa, córreliii." No contesta, no sé si se esconde o escapó. Resbalo y veo que me siguen los soldados de la Tacoma. Pero luego, esos hombres ya no se parecen a los de antes, se me figuran otros y luego otros, hasta verlos siempre iguales. Ladran los perros de don Óscar, pero nadie se acerca, nadie me ayuda, nadie.

Cada que abro los ojos, otro hombre hay encima de mí, pero sin rastro de Lidia, sin rastro de papá. Y yo, siempre desnuda, en una habitación, en un motel, en un carro, en otro pueblo, en otra ciudad. Siempre debajo de otro, y otro, y otro.

Desde que nací en Tiamba, cae la lluvia encima de todo.

Recuerdo a mi hermana bajo el aguacero de la tarde, empapada, goteando. Entra a la casa y todo lo moja. Mamá ríe y papá enfurece. Mamá abraza a Lidia con un toallón enorme y papá seca los charcos del suelo.

¿Qué habrá sido de ella, de Lidia? A veces pienso: “Chiquita, te llevaron como a mí”. Tenía diez años apenas cumplidos, no sobrevivió a los hombres, a las bestias. La siento cerca, a Lidia, igual a como se siente un muerto. Habla conmigo, sigue conmigo desde dondequiera que esté, pero ríe todavía como cuando era una escuinclita corriendo entre el diluvio.

Desde que nacimos en Tiamba, a las niñas como nosotras, a las mujeres como yo, ellos nos clavan las uñas, nos miran como si hubiéramos nacido para clavárnoslo todo, como si hasta la boca nuestra no fuera nuestra. Como si para caernos encima fuéramos. Como si para clavarse en nosotras fuéramos.

“No seas toricata —me digo—, ya no abras los ojos.” Y sé, siento, que pasan años así, años en los que prefiero no ver nada. La siguiente vez que abro mis ojos veo al comandante Chinchilla. “Sos mía, Gardenia —me dice—. Solo mía.” “Sí”, le digo yo y lo abrazo con unas piernas que ya no traen puestas las calcetas blancas. Unas piernas desnudas que terminan en diez pétalos de rosa roja a medio pintar.

—Quién te paga por joderme, Gardenia.

—Nadie, papito, te haces ideas locas, Francisco.

—Mirá vos, escuchame bien —aprieta mi garganta y ya no escucho el zumbido de las moscas—, a mí no me engañás, verdá, a mí me decís o te asfixiás.

Quiero contestarle: “Ándele pues, ahórqueme si quiere, no me importa morir”. Pero la presión de esas manos fuertes y arrugadas no me deja hablar.

—Las putas traicionan siempre, verdá.

—Ahgrrr…

—¿Fue el Gavilán, fue el coronel Estrada? —me suelta y juega con el mechero—, cerrá los ojos, Gardenia, cerrá los ojos si lo nombro.

Pero no lo nombra.

Empieza a llover y sopla el viento. Empieza a llover y es mal augurio. Caigo dormida. Cuando despierto, decido contarle la verdad. Nombrarla a Estrella. Estoy sola entre las sábanas, me levanto. La garganta duele, me lastima tragar saliva.

Deseo contar la verdad. Escucho un portazo en la cocina y no

es el viento. Escucho gotas caer, son las de mi infancia. Quiero contar la verdad, pero ya es demasiado tarde. No es Chinchilla el que está conmigo, él ya se ha ido.

Deseo subir por las ramas del encino, trepar el aire. Pero eso ya no es posible. Entro a la cocina, los cajones están abiertos, el suelo mojado, la ventana rota. Siento un garrotazo en mi nuca. Suena a golpe seco. Arde y no es un accidente. Mi frente está húmeda, el cabello mojado, siento el derrame en toda mi cabeza. Cuando caigo al suelo, puedo ver una silueta. Busco las arrugas, la nariz chata, los ojos achinados, el cuerpo enjuto del comandante. Pero no es él, es otro.

"De los militares que nos cogían, el comandante era el más maldito", me dijo una compañera alguna vez. Yo le dije: "Pues para mí, el comandante no fue tan malo".

Y ahora un tipo me mira con cara de ave. Tiene ojos inmensos envueltos de pestañas larguísimas, iguales a dos cien pies tumbados de panza. Tiene unos dientes muy blancos, derechitos y que sonríen.

Y el ave no me hace más nada, solo me mata.

Oigo las gotas caer, las imagino como lágrimas muy gordas y pesadas. Intento mirar hacia afuera, pero la ventana está lejos y yo quedé tumbada sobre el cemento. Imagino la luna allá afuera. *Luna, Gardenia de plata, que en mi serenata, te volvés canción*. Mi cabeza está húmeda pero ya no la siento. Me veo ahí tumbada, sin ojos, el cabello rizo, púrpura y azuloso de tan negro. Lo acaricio y me descubro rojas las manos, rojas las uñas y las palmas.

Y me quedo así, tumbada, oyendo cómo la lluvia cae afuera y cae encima, deseando trepar al aire, oler la clavellina, imaginando la casita allá en Tiamba vacía de mi hermana, vacía de mi padre y de mi madre.

XIII

JUVENCIO EL LOCO

Picoteo de un verdugo

Ciudad de México, septiembre de 2012

Y seguimos esperando quién sabe qué, aparte
de la muerte, con cien siglos de fantasmas
sobre la espalda.

Luis Cardoza y Aragón

Desde el día que la Bartola me avisó de la muerte de mi jefa, el chango de la azotea comenzó a zarandearse, a picarme los ojos; se me vienen recuerdos, malas memorias del pasado, y chingos de culpa por no haberme despedido de la jefita. Sabía que estaba enferma, pero nunca quise visitarla. No quise volver a Pie de la Cuesta.

La neta sí hubo uno que otro momento bueno allá en Guerrero. Me chiflaba cuando la Bartola y yo nos íbamos para Acapulco y nos ganábamos nuestros pesitos sacudiendo casas o moviendo la pancita delante de turistas pendejos; yo no estaba ni gordo ni deprimido y la pasaba a toda madre. Y la jefa… La jefa era la jefa. Nos tenía que dar unos buenos trancazos pa compensar que no había papá ni nadie que le echara la manopla. Y ora, después de su muerte, casi no logro acordarme de nada que fuera tan, tan malo. Más bien se vienen recuerdos chidos. Los molletes que preparaba, uyyy los chilaquilitos en salsa verde y roja, y esos huevos divorciados que traían la tortilla frita, tipo

rancheros. Mi carnal nomás se fija en lo malo, así es el Gavilán; como las moscas, derechito a la mierda siempre. No ve más que eso. Dice que mi jefa nos tenía sobre el lodo viviendo a la Bartola, a él y a mí, así como perros o gallinas que se tumban y tragan del suelo. Pues no, Gavilán, no. Yo nunca viví así, a mí la jefa me daba en plato, la mesa puesta. hasta mazapán de la Rosa nos compraba, y Chiclets y Cazares enchilados. O las palomitas esas enchiladas.

Además, mi carnal no mandó un peso para el velorio, lo pagamos a duras penas entre la Bartola y yo. Che miserable, lo último que quiero es oír la voz del güey pidiéndome que le haga un paro. Ni madres, yo necesito echar la lágrima a gusto, dormir, reposar. La neta por eso no reaccioné bien ora que me llamó por fon.

—Juvencio, gordo, ¿eres tú, cabrón?

—Quién eres, güey —reconocí su voz a la primera, pero sé que le purga cuando me hago el pendejo. Además, el vato siempre cambia de número o usa varios a la vez.

—Tu hermano, el mismísimo Gavilán, culero. Necesito que me eches la mano urgente de ya.

Lo imaginé con esos dientes perfectos suyos, sonriente, y colgué. No quiero meterme en pedos, como cada que mi carnal se aparece. Yo necesito descansar. Chillar y dormir. Ponerme a dieta, hacer ejercicio. Necesito novio, pues. Además, ya le había dicho a Gavilán que no me llame ni Juvencio ni gordo, quiero que me diga Loco y le vale madre, nunca se acuerda.

Me estuvo marque y marque, el vato, hasta la madrugada. Seguro andaba armando un rompecabezas de esos que le toman chingo de horas, igual no iba a dormir el jijo de la guayaba y yo acá preocupándome.

La neta, me dio miedo que se fuera a aparecer en mi cantón, el vato. Es de cuidado el güey, capaz hasta de meterte una golpiza o un balazo en la pata si le dices que no. Por eso, mejor ya le mandé un mensaje.

Loco: q tranza guey
deja de marcar como enfermo

Gavilán: marcame Juvencio
No puedo decirte x aquí

Loco: ya te dije que no me digas Juvencio
soy el Loco

Gavilán: marcame gordo

Loco: nel. o me lo dices x aquí o nada
No tengo ganas de hablar

Gavilán: sigues encabronado
por lo de la vieja culera de la jefa
te llevo el varo del velorio pinche chillon

Gavilán volvió a marcar y no contesté. Escribió pura mamada.

Gavilán: a ver culero
kiero k le des cran a una puta
k esta dando la lata
te pago buen varo

Se me vino a la cabeza su jeta divina de hace treinta años, gritándome que me agarrara a una pobre mocosa de Acapulco, que le demostrara que no era yo puto cogiéndome a la morra. Luego me anduvo empujando encima de la chamaquita, a la que por supuesto no violé. No sé si porque no se me paraba o porque no quería yo violar a nadie, pero lo que cuenta es que no lo hice y la morra se salvó también del Gavilán.

Ay, jefita, a veces el chango de la azotea se me pone járcor y me pregunto por qué no fui más como mi hermano. Más hombre, pues. Yo de plano mujer no hubiera querido nacer, ahí sí que no. Ay, jefita, y el Gavilán invariablemente se sale con la suya; quién sabe cómo, pero el vato siempre logra y siempre lograba que todos hiciéramos lo que a él se le daba su rechingada.

Nel, ya no. Eso se acabó.

Loco: chale carnal
yo no le entro a eso de matar.
ni cuando estuve en la
policía lo hice

Gavilán: te me abres hermano?
me va a agarrar la marina
estrella me anda buscando

Loco: nuestra estrella?

Gavilán: simon. esa culera. ya
sabes donde la pusieron?
es la mera mera de antinarcóticos

Loco: no es mi pedo carnal
yo tengo mis cosas
asuntos importantes
no le entro

Ni le dije cuáles eran mis asuntos importantes. Pensé en mi hija Yocelin; cuando la adopté, le prometí a la jefita y a Dios jamás presentarle a Gavilán. Lástima que no jaló la cosa con su mamá de mi hija, de plano. Pero vivir juntos, ¿por qué no? Estaríamos todos viendo la tele bien a gusto, bien acá, echando taquitos de canasta en vez de andar solo y teniendo que cruzar la ciudad para ver a Yocelin.

Ay, jefita, jefita, si Gavilán supiera que tengo una hija… El güey es capaz de buscarla y quién sabe en qué jaladas la meta. No tiene filtro, el vato.

Gavilán: no tienes idea del
pinche pedo k tengo Loco
y nadie k me ayude

Loco: cuál pedo güey

Me contó de la prostituta a la que quiere darle cran. Una tal Gardenia. Anda de novia del comandante Francisco Chinchilla, el tipo que entrenó a mi carnal en Texas. Dice que no le da buena espina, la tal Gardenia. Seguro es informante o anda ayudando al Dedos, dijo, segurito nos va meter en pinches pedos, como pasa siempre que hay viejas en la ecuación.

Loco: pus avísale al francisco ese
que su chica no es fiar
con eso la libras güey pa qué matarla

Gavilán: no se puede así nomás
Chinchilla va kerer saber bien bien
se va dar cuenta k el dedos anda x México

Loco: a poco todavía ves al dedos
Y además eso qué

Gavilán: pus k ocelote me advirtió
k es mejor no contarle al dedos
de k chinchilla anda x México
esa vieja se tiene k morir cabrón

Según mi carnal, quiere matar a la tal Gardenia por el bien de Francisco Chinchilla. Quién se lo va a creer. Yo, ni madres. Él se la cree, piensa que engaña a toda la gente. Como si no lo conociéramos, al hijo de su rechingada. Siempre piensa primero en sí mismo y después en sí mismo, y luego en sus pinches huevos suyos de él, y hasta ahí llega. Desde ches chamacos.

A la Estrella se la chingó, se merece que lo ande cazando. El güey volvió a Pie de la Cuesta nomás para hablar fregaderas de ella, la dejó por allá por Jalisco abandonada con el tipo que mató a nuestro jefito, el tal Vizcaíno, y luego se sorprende de que la morra lo odie. Sí me da curiosidad la Estrella, ¿cómo se verá ora que pasaron treinta años? Treinta nomás, y contando. Quién iba decir que la morrita esa, tan reteflaquita y tan retechiquita, iba a

acabar de jefa de antinarcóticos. Bien por ti, Estrellita, bien por ti.

Ay, jefita, jefita, dónde irán a parar los muertos como tú. Lo que de plano nunca le voy a perdonar a tu hijo el Gavilán, es la vez que visitó la casa nomás para golpearte, jefita. ¿Te acuerdas, verdad? Pues eso sí no se lo perdono.

Ojalá pudiera saber qué planes se trae el vato. Estoy seguro de que todavía le tiembla la voz cuando habla del tal Chinchilla.

Gavilán: ya culero pa k quieres
saber todo el detalle
a la prostituta ni quien la
extrañe ni la vaya buscar loco

Loco: y cómo está tu cuate el dedos
K hace acá en tenoxtitlán

Gavilán: trae la cantaleta de que
dizque chinchilla le robó un hijo
ora lo kiere matar
se odian

Ya mejor bloqueé el último número de mi carnal. Le dije que yo no mato, ni por dinero, ni por solidaridad, ni por nadie.

Ese güey… Qué huevos de venirme a pedir mamadas.

XIV

GAVILÁN

Ladrón de caballos

Ciudad de México, diciembre de 2012

Vivo una vida miserable, completamente artificial.
Manda en mis actos no el cerebro sino la médula espinal.
Mi cuerpo se ha hecho transparente
como una copa de cristal
y transparenta un alma loca,
sin la noción de bien ni mal
en la que ha muerto ha tiempo el hombre
y sobrevive el animal.

Rafael Arévalo Martínez

Estacioné el taxi robado a unas cuadras del cuchitril de mi hermano Juvencio el Loco. Era mi única alternativa. El compadrito Dedos seguía todo picoteado en la clínica y el Ocelote andaba encabronado desde que se me ocurrió contarle que el Dedos se vino a México.

Timbré de menos seis veces. El Loco estaría considerando la posibilidad de no abrir, pero abrió.

—Qué tranza, güey —saludó sin sonrisa, sin extenderme la mano, y más obeso que nunca.

—¿Y a ti qué te picó, hermano? —dije jalando ese enorme cuerpo para abrazarlo—. ¿Cómo le hiciste pa ponerte así de gordo, mijo?

Me metí hasta la estufa, señalé una silla para que el gordo se

sentara. Batallé pa concentrarme; todo se veía repuerco, hasta la manija de la heladera embarrada de grasa. Serví dos tequilas.

—Vengo a pedirte un paro, gordo —anuncié—. El favor es pa mí, ¿oíste?

—¿Cuándo algo no ha sido pa ti, Gavilán? —me miró con rencor y siguió hablando todo nervioso—. Y sabes que no me laten el tipo de mamadas que pides, güey, como lo de la prostituta, güey, y sabes que no me gusta que me digas gordo, güey, soy el Loco, güey.

Tuve ganas de reventarle la madre, no es capaz de hacerme un paro ni para echarse a una pinche prostituta.

—Leve, leve, hermanito —advertí—, me estás calentando muy rápido los huevos Juvencio, y no te conviene, mijo.

Noté su jeta de terror; supo que se había pasado de verga respondiéndome así. Me gusta que me tengan miedo. Hasta mi mamacita me temía desde que era yo un puberto, desde la vez que la madrié por culera.

Mientras me servía otro tequila, le informé al Loco que me venía a vivir a su cantón.

—¿Qué mierda dices, güey?

—Que aquí me quedo, Loco. Hoy mismo, ¿oíste?

No dijo que no. Tampoco que sí. Me puse a hacer espacio, pateando basura y aplastando latas vacías en el cuartucho que quedaba libre. Saqué un catre del armario, el gordo me seguía con la mirada, una mirada rara que no veía a los ojos, porque desde niño no miró los ojos de nadie. Nunca aprendió. Y yo que creía que era el menos jodido de los tres por ser el más menor y porque ni un solo día de su infancia lo pasó con nuestro jefe. Igual acabó mal por culpa de la culera de la jefa, pero eso no impidió que yo lo quisiera tanto como a la Bartola. Si hay algo que aprecio en la vida, es mayormente a mis dos carnalitos.

—¿Y por qué no te vas con el Dedos, güey? Ese vato sí es járcor, pídele los favores a él.

—Eso quisiera, Loco, pero el pendejo anda encamado. Igual y no la libra, le picaron como veinte alacranes, unos hasta de los güeros —el gordo se me quedó mirando con cara de *what*—. Eso le pasa al imbécil por andar enamorado. Se le trepa el escorpión

y ni cuenta.

—Chale, pobre cabrón… Tons, por qué no te vas con el tal Chinchilla.

—Tas pendejo, ese es un enfermo mental —le contesté—, vive entre bichos disecados y moscas chamuscadas, además de que me cae que pronto va a acabar en el tanque.

—Ay sí, güey, y tú bien saludable de la cabeza, ¿no, carnal?

—No, mijo, pero el Francisco Chinchilla es capaz hasta de prenderme fuego, no controla…

El gordo se fue a sentar al sillón puerco y abatido, ¿cómo pudo ponerse así de gigante? Fue un niño flaquito… Ahora estaba tan marrano que le costaba respirar al cabrón. Se mordía las uñas y batía los pies de un lado al otro. Las bermudas no le cerraban, un mecate las mantenía en su sitio. La camiseta parecía ombliguera de marica. Era marica.

—¿Te doy asco, carnal? —preguntó, leyéndome la mente y metiéndose una mano por detrás, pa rascarse las nalgas.

—Vives en la mugre, mijo, acá no podría armar mis rompecabezas.

—Ay sí, y tú muy limpio, ¿no? Tan limpio que ni a la jefita te dignaste a velar, güey.

Me le abalancé.

—¿Qué quisiste decir con eso, marrano gordo culero? —apenas pudo reaccionar y trataba de quitarse mis manos del cuello.

—Chale, me estás ahorcando…

Movía sus ojos de lado a lado, sin atreverse a mirarme. Yo no era ningún culero, pero no iba a aguantar que ese puerco me insultara. ¡A la verga! En el Ejército aprendí a limpiarme hasta lo indecible, no soporto la porquería ni la falta de disciplina, y este se atrevía a insinuar que era yo un sucio.

—Yo sé que a ti, güey, te gusta bañarte, güey —dijo por fin—. Ocupas mucho jabón pa limpiar lo que haces con esas dos manos tuyas.

Me hizo reír. Solté al jodido y le di sus palmadas en la espalda. No dejaba de toser, pinche puerco. Le acerqué una chela caliente y se la chingó en tres segundos. Me acordé de cuando

estábamos chamacos. Él era el menor de los tres, tal vez por eso mi mamá no le pegaba con la misma saña. Un día que mi hermana Bartola lo picó con unas tijeras, la jefa obligó al Loco a vengarse. La jefa misma detuvo a Bartola mientras gritaba: "Apágale mi cigarro en la piel, pendejo, ¡apágaselo!" Lástima que la Bartola ya no me habla, le daría sus buenos cates, nomás porque sí.

De noche, el gordo Loco me despertó apuntándome con una pistolita que casi parecía de juguete.

—Si no me cuentas por qué estás aquí, güey, y de quién te escondes, güey, te vas a tener que largar de mi cantón.

—Y ora ¿qué vergas? —le dije sonriendo. Me causó gracia que llamara *cantón* a su agujero, así espantado, con todo y la pistolita que luego le quité y me guardé en el pantalón.

Yo no tenía intención de soltarle al gordo una chingada de información, pero en ese momento pensé que no me restaba nada darle la versión corta. Además, mejor aguantarlo al joto y llevar la fiesta en paz, que andar como puta de motel en motel.

—Ya ves que me rechiflan los caballos y los últimos años me he dedicado mayormente a las parejeras que los Zetas controlan —le dije—. Las carreras parejeras dejan buen varo, buena lana. Sobre todo en Jalisco y también en Cobán.

No mencioné que me hice cuate del excompadrito Treviño, pero el Loco no es tonto y lo adivinó.

—Chale, güey… Así que jangeas con el Zeta ese, Treviño, el vato que arregla carreras hasta en los Esteits.

Era cierto. Pero yo nunca me metí con los gringos, yo me conformaba con ser el rey de la apuesta en Lagos de Moreno y de vez en cuando viajar a Guatemala, con todo y que el Dedos ya nunca iba. Se cree muy gringo, el culero. Y luego, quién hubiera creído… El mismísimo Dedos dejándose chingar por una loca, sobrevivir a sabe cuántas picaduras de alacrán. Me cae que es inmortal el culero. O a ver si no se muere de últimas.

El caso es que le dije al gordo joto que la Estrella me traía entre ceja y ceja, la reputísima sigue obsesionada conmigo, me localizó y ahora, por andar enredado con los Zetas y por ser el más chingón en escoger caballos, me quiere joder. Mi hermano

se rio, como diciendo: “En la que te metiste, cabrón”, y yo lo dejé que creyera que cualquier soldadita podía reventarme la jeta. Pero me sentí jodido. Mi hermano me tomaba por criminal de cuarta, a mí, a uno de los exoficiales más chingones; a mí, el Gavilán de Guerrero y de Jalisco.

Pasaron las semanas. El gordo andaba todo el pinche día tirado en el mismo sillón, viendo al vacío y mordiéndose las uñas, o tragando Churrumais, bebiendo Coca-Cola mientras movía las piernas o a veces los pies de forma exagerada, vestido con las mismas bermudas. O mirando tele o fotos de jotos en pelotas. Primero le daba pena, pero luego le importó una chingada que yo me parara detrás suyo y pudiera ver la pantalla del celular a todo color. “¡Loco!, no te la vayas a pajear en mi jeta, mejor escoge algo de buen gusto, mijo”, le grité un día poniendo un video con culos de hembra. Pero no le llamó la atención al marica. Pensé que a lo mejor ni siquiera era hermano mío.

Yo me levantaba como siempre, cinco a eme, abdominales, lagartijas. Toleraba el paso de los días limpiando cada esquina de la madriguera, planeando desayuno, comida y cena. Cuando no quedaba más nada que hacer, con tal de no ver al gordo ahí aplastado entre migajas y gritos de putos, me acostaba en mi catre, los pelos erizados de la miseria animal que era mi hermano.

Una tarde, alguien tocó a la puerta. “Qué tranza, Loco”, oí que lo saludaban al gordo. “Ira, Loco, la foto que tomó mi vieja —dijo el tipo—. Tiene un resto de varo, allí mismo en su armario.” El Loco preguntó que cuánto era un resto de varo. “Pos bastante pa los tres, Loco —siguió el tipo—. Mi vieja lo vio con sus propios ojos porque es su enfermera.” Me intrigó eso de la enfermera. ¿Estarían hablando de una clínica? “Ira, el anciano ya se va petatear, anda en silla de ruedas y no le ladra ni el perro.”

Por la noche, el gordo regresó como si hubiera ido de compras, el culero. Celular nuevo, tres abrigos largos, lentes de sol, boina de lana chingona, licuadora, arrocera y quince mil pesos *cash*.

—Le chingas su varo a enfermos ancianos, mijo.

—Simón, güey. Le chingo a quien se deje, igual tú, güey.

—¡Pero tú te jodes a los ancianos! Qué crees que soy tú, ¿o qué?

—Ya son vatos panochones, güey, ni quien los fume. Y si no te late, ¿por qué no me dejas en paz y te vas con los insectos chamuscados del Chinchilla, güey? O con la Estrella…

Me encabronaba que el obeso huevón mencionara a la pinche Estrella. Y además que no captara que los ancianos ya no tienen cómo ganarse la vida. Era un tipo inmoral, el joto. Pensé en amarrarle las patas y manos, secuestrado en su propia casucha, a puro pan y agua. Hasta pensé matarlo. Mayormente resolvería mis pedos, me apropiaba de su cuchitril y su identidad. ¿Me atrevería yo a hacerle eso a mi propio hermano? Pero en vez de seguirle dando vueltas a las opciones, fui a mearle su colchón.

—¿Peeeee…. pero por qué, güey…?

—¿Qué tienes que andar de pinche limosnero chingándote a los viejos, pinche joto?

—Pero, chale… ¡No tamos en el chingao Ejército pa que me estés jodiendo, güey!

—Onde te vuelva a sorprender, yo mismo me los fumo a ti y tu cuate, ¿oíste, mijo?

—Pérate, pérate, carnal, no metas al Jonás en esto…

—Si quieres jale, yo te doy jale de a madre, Loco.

—Ta' bueno, carnal.

—Y veme a los ojos, carajo.

—Sí, carnal —contestó viendo al suelo.

—¿Cachaste lo que dije?

Creo que se puso a chillar, le vi los cachetotes rojos. Se mordía las uñas como más alterado, pensé mejor llevar la fiesta en paz y ofrecerle buen jale; si no fuera por el gordo, la Estrella me hallaría en la calle tan fácil como a una mosca en vaso de leche, la cabrona es lista.

El Loco nunca me pidió chamba. Yo pensaba que sería buen pollero, la gente confía en él de manera natural. Será por su pinta de oso bonachón. Yo llevaba un rato planeando ese bisne. Los catrachos y chapines, aunque estén jodidos, juntan buen varo para pasarse a México y luego a Gringolandia. Tres mil dolaritos

por cabeza y la armaba. Pensé eso. Con mis contactos en Guatemala, podría traerme chingos de esos, pasarlos a Río Grande City por Ciudad Camargo. Allá está un cuate muy movido que me hace el paro. Se lo dije al gordo. Ni respondió, pero eso sí, sus salidas a "trabajar" se hicieron más frecuentes. Según ora ya no les robaba a ancianos, sino a jóvenes. Y mientras salía a eso, yo aprovechaba pa revisarle sus chingaderas; tenía una cajita con estampas de San Benito, oraciones pidiéndole protección del mal de ojo, dizque canciones de amor de su autoría, fotos de Bartola y de la jefa, y unas fotos de Ricky Martin recortadas de revistas; antidepresivos y gotas calmantes que pensé sustituir por otra madre pa que dejara de meterse tanta mierda.

Cuando el gordo volvía con las "compras", yo me quedaba lo que me gustara; como la boina de lana gris. Además, me trajo chingos de rompecabezas; no de los que me gustan, pero era buen detalle.

No había de otra más que aceptar. Con toda mi pasta escondida en una casa de seguridad a la que ya no podía acercarme sin que los hombres de la culera de Estrella me balacearan, había que vivir del Loco que me miraba resentido porque tenía que mantenerme. Ese perdedor cómo se atrevía a juzgarme, yo que di mis mejores años a la patria. Pobre diablo tirado a la chingada. Ora yo también vivía de los ahorros de ancianos abandonados que se morían de hambre en sus casas porque ni el celular les dejaba el gordo joto pa pedir ayuda. Uno hasta salió en la tele. Mi hermano risa y risa de que sacaron el cuerpo del edificio luego de doce días de peste.

Con la tele nueva, podía dedicarme a ver noticias mientras el maricón veía programas decadentes como *La rosa de Guadalupe*.

> *Una terrible venganza: el pasado viernes, un grupo armado irrumpió en el hipódromo ubicado en Lagos de Moreno, Jalisco, y mató a tres hombres y un caballo. La venganza fue contra el caballo pura sangre de nombre Pol Pot, acribillado luego de ganar seis carreras seguidas…*

Me pegó en el alma la muerte de Pol Pot. Ese caballo se lo di

yo al Treviño. “Oye, Gavilán, güey ¿no tendrás que ver tú con todo ese desmadrito, carnal?”, preguntó el Loco, que de pura casualidad también miraba las noticias.

Muere en la balacera Brígido Treviño, conocido como Baby Face, quien según explica la titular de la Oficina de Inteligencia Antinarcóticos del Estado Mayor de la Defensa Nacional, Estrella Vélez, tenía vínculos con el grupo de crimen organizado Los Zetas, y cobraba por cada carrera en la zona de Lagos de Moreno…

De haber sabido que la pinche Estrella iba a llegar tan alto, mejor la hubiera ahorcado allá en Pie de la Cuesta. Ni que estuviera tan buena la vieja, ya ni me acuerdo de las cogidas, pinche flaca y tiesa. Ha de seguir enamorada de mí, quién más se la va a meter a esa culera.

Estrella Vélez asegura que Pol Pot era conocido por ser el caballo predilecto del exmilitar y desertor Galindo Atac, alias el Gavilán, quien desapareció dos meses atrás sin dejar rastro…

—Ese caballo era mío.

—Tons, ¿pa qué arreglabas las carreras, güey? Si de todas formas ganaban tus caballos.

—Mis caballos siempre ganan, ¿oíste, mijo? El pedo es que cuesta un billetote tener al mejor.

—¿De dónde te chingabas la lana, güey?

—No robo lana, Loco. Robo caballos.

En ese tiempo me iba a Texas o a Nuevo México; no me gustaba meterme con gringos pero no había de otra. Conseguía un buen asiento en las carreras purasangre de bestias que ya habían corrido en la Derby de Kentucky, pero seguían veloces. Yo solo tenía que sentarme junto a uno de los propietarios, cruzar un par de palabras y decir: “Tu bestia se va a subir a mi remolque cuando termine la carrera”. Se me quedaban mirando los gringuitos con cara de juat, y yo les mostraba fotos de sus hijos, hijas, esposas, amantes. “Imagínate de lo que soy capaz, puto.”

Una vez me falló con un tipo al que tuve que asfixiar en el baño. Pero el negocio salía. Lo canijo era cruzar la aduana a un precio menor con el purasangre, hacer como que era un caballito normal. Tuve suerte, chingo de veces, los ineptos no sabían distinguir una mula de una vaca, y como en Jalisco lo importante era que mi caballo corriera como rayo sin tener que comprobar su pedigrí, yo me los llevaba así nomás, sin papeles, sin antecedentes.

El Treviño se encabronó cuando el Pol Pot le ganó dos carreras seguidas a su yegua la Leididí. "No se ponga así, patrón, si somos compas…", le dije yo cuando capté el pedo en el que me había metido. "¿Que no me ponga cómo, perro?" Su respuesta fue suficiente pa saber que me iban a partir a tablazos, o que no iba yo a sobrevivir otra carrera. Le regalé al Pol Pot y me fui. Tuve suerte, porque la Estrella ya me tenía ubicado, me iba a hervir vivo la misma noche que me escapé.

Me dio tristeza que mataran al Treviño, aunque entendí que ese tenía que ser su final. Pero ¿qué vergas con matar al Pol Pot? La bestia no tenía la culpa, me pegó duro que lo balacearan, me recordaba a mi yegua de cuando viví en Sayula. Tan especial, miraba a los ojos, directito, sin miedo ni humildad. Como diciendo: "Yo valgo lo que valgo, cabrón".

Luego capté, ¿sería que la Estrella ordenó el tiroteo creyendo que estaba yo ahí, en la carrera? Con la mentada guerra contra el narco, que más bien es guerra contra Los Zetas, ya no se sabe qué creer. Este presidentito pendejo, que anda de manita sudada con el Chapo y sus changos. Va terminar por dejarle el pinche país entero al Mayo, de haber sabido me iba pa'l norte, carajo.

Pero si ya está muerto el Treviño, ¿todavía podrá la Estrella mandarme a matar? El Treviño era el jefe, la Marina no tendría por qué andar tras de mí ahora. Pinche guerra contra el narco, joden solo a los que les conviene, me cae. Se ensañan con Los Zetas, y los demás haciendo bisne como si nada. El caso es que pensé: "A la Estrella ya no la van a dejar andar obsesionada tras de mí, espiando mi casa, esperándome. El peso pesado era el Treviño y ya lo acabaron. Ora sí nomás sería cuestión de atravesar la urbe pa recoger mi varo".

—Oye, Gavilán, güey. No vayas tú por la lana, carnal. Capaz que te matan nomás por no dejarte vivo.

—No hay de otra, Loco, no voy a quedarme mayormente jodido aquí en tu pocilga, mijo.

—¿Qué no dices que ninguno de tus conocidos del bisne ni del Ejército sabe de mí? Tons ¡voy yo, güey!, ¡sobres!

Semejante marica mañoso, me creía tan pendejo como pa no darme cuenta de sus intenciones. Además, Estrella lo podría reconocer, aunque estuviera diez veces más gordo y cien veces más feo que de chamacos. Igual no era mala idea, iba ser más fácil arrancarle el dinero a él que a la Marina. Si no, Estrella seguro que hallaría el escondite de mi casa de seguridad. Además, ¿quién quita y ese dinero servía pa corregirle sus desviaciones al gordo?

—Órale pues, jálate pa allá, mijo.

No supe de mi hermano el gordo hasta que salió en las noticias. Un sujeto todo magullado en mi casa de Jardines de la Colina, "torturado por Los Zetas pero aún con vida". Yo ya sabía que no era ningún Zeta quien lo había dejado todo tableado, era la pinche Estrella. ¿Quién fue el soplón? Alguien fue. Y esa vieja loca de Estrella, mira que seguir odiándome después de más de treinta años. Y ya me lo imaginaba… El cuerpote todo puteado de mi hermano, sin cartera ni billete. La neta me sentí bien mal de enterarme que lo entambaron diez añotes. Aunque no me sentí tan, tan mal, porque no se puede decir que el mundo haya perdido mucho. En todo caso el que más perdió fui yo, pues al fin y al cabo era mi hermano y era mi dinero.

Como Juvencio dejó su celular pa que no lo ubicaran los marinos, me entraron chingos de llamadas de una tal Yocelin. Resulta que era su hija, mi sobrina de catorce añitos. Chance un día de estos la visite. Quién quita y la pongo a chambear, pa que me ayude a recobrar el varo perdido y encontrar al soplón.

Fue alentador eso de que el Loco tuviera una hija; chance el culero no sea lo que se dice maricón maricón, después de todo.

XV

ESTRELLA

Parvadas

Ciudad de México, diciembre de 2012

Yo te llevo dentro, hasta la raíz.

Natalia Lafourcade

Rosa conducía despacio, la patrulla con mis hombres nos coleaba de lejos. Nunca me ha gustado traerlos a ellos en el carro. Mejor recordarles su lugar y que no olviden quién manda. Aunque se enchilen. Aunque digan que no soy más que una mujer. Una mujer vieja.

Oíamos el radio, ciento noventa y tres masacrados en San Fernando. Ciento noventa y tres cuerpos. País jodido. Y ese día, mientras Rosa manejaba, mi mente se clavó en la tarde en que encontramos tirada a la chamaca, a Gardenia. Sus cabellos rizos empapados, los ojos bien abiertos.

Ay, Jesús… La muerte, mi muerte, ya no me preocupa. Pero la suya me hunde. No tuvo tiempo de ser feliz.

Rosa me adivinó el pensamiento, sentí su mirada así, de lado. Le vi las manos afloje y apriete el volante. Así, como espejos de angustia. Imaginé esas mismas manos apretando la piel de un hombre. O mi propia piel.

—Rosa. ¿Qué traes?

—Nada, jefa. Pensando.

—Algo traes, no te lo guardes.

No respondió. Siguió manejando así, en silencio, y llegamos en veinte minutos a Jardines de la Colina. Veinte minutos que sentí como veinte horas, la cadera me atormentaba gacho, peor desde la muerte de la chamaca. Mi castigo.

Rosa bajó la velocidad frente a la casa de Gavilán y aceleró de nuevo, evitando llamar la atención. No advertir a nadie de mi presencia, no fuera ser la de malas.

¿Por qué acabamos así, mi Ocelote? Gavilán estaría meándose de risa, pelando esos dientes blanquísimos que no he podido tirarle. Si supiera, si leyera nuestras cartas el inmundo. Desde que lo conocí, las parvadas me siguen como maldición. Gavilanes igual a él, grandes, torcidos, rayados. Vivos. Y también muertos.

Tú dices que no logras dormir, el sueño te abandonó. ¿Desde cuándo no pegas ojo? Yo, desde niña.

¿Por qué nos tocó esto?, ¿por qué acabamos así? Méndigo Ocelote, no debimos separarnos. Desde Fort Hood, a ti te llevo en la raíz.

Nos estacionamos lejos y la patrulla se mantuvo a unos metros de la casa, vigilando. Entrar al nido del Gavilán desde una residencia trasera, encontrar a Gerardo, uno de mis hombres que nos esperaría ahí. Qué pinche cansancio… Y aún faltaba irrumpir, atrapar, interrogar; hasta la madre de ser militar, de ser una mujer militar. Chamba jodida, ingrata.

Era la primera vez que yo visitaba el lugar. Parecía más grande en las fotos, más acicalado. La reja negra mal pintada permitía ver hacia dentro. Las ventanas ni siquiera estaban cubiertas con cortinas, un sucio “Se renta” daba la impresión de total abandono. Ni quién imaginara que ahí vivía una bestia, una bestia con alas.

Abrí la puerta del carro.

—Jefa —me detuvo Rosa—. Hay algo que tengo que decirle.

—Tendrá que ser cuando acabemos el operativo.

—No, jefa —noté que su boca se había secado—, tiene que ser ahora.

Cerré la puerta y, ay, Jesús, otra vez sentí el dolor de cadera.

Vaya manera de pagar errores impagables.

—Habla.

Rosa siguió apriete y afloje el volante, encajándole las uñas. Ganas de tomarle la mano, apretársela. Pero un gesto así sería sugerente.

—Los demás cuchichean, jefa —dijo, incómoda.

—Por qué tanto chow justo ahora, Rosa.

—Dicen de que usted está obsesionada con el Gavilán, que no piensa claro.

—¿No pienso claro? ¿Qué dices, Rosa? —no sé para qué lo pregunté. Supe enseguida lo que intentaba decirme. Horroroso… Cierto…—. Habla, Rosa.

Por un momento creí que no lo pronunciaría, pero mantuvo la mirada firme.

—La informante fue un error —dijo—. Gardenia no debió morir esa noche.

Deseé acariciar los labios de Rosa, labios gruesos de mujer fornida, hermosa.

¿No estás cansado, Ocelote? Yo sí. Harta. Vivo entre mutilados. Envuelta en manojos de orejas, piernas y brazos a medio enterrar. Estamos todos atrapados, ¿no te das cuenta? Nuestras vidas son un laberinto de ratas intentando salir, pero repetimos el mismo camino caduco. Y sí, te imaginas bien, perdí la esperanza. Sé que nada de lo que hice o haga evitará tanta violencia. Mujeres que aguardan, pacientes, de piernas abiertas, posando como para un retrato. Sin vida. A veces en descomposición. A veces sin ojos.

Solo deseo que el inmundo Gavilán no vuelva a ponerle las garras encima a ninguna.

Me la quedé mirando, a Rosa. Casi bajo la cabeza, así. Pero aguanté vara. No puedo darme el lujo de la debilidad.

—¿Piensas que lo de Gardenia fue culpa mía, Rosa?

—No, jefa. Pero su obsesión con el Gavilán hace poner en riesgo las operaciones y…

—¡Y nada! Méndiga vida, ¡y nada!

Bajé del carro, azoté la puerta y pateé el suelo, así, con ganas

de matarme y matar. Gerardo nos ayudó a brincar la barda; él, Rosa y yo entramos a la casa de la bestia. Vacía, ni un solo mueble excepto en la cocina. Refrigerador lleno de cerveza, costillitas congeladas, tequila. En una esquina, bolsas de tierra, cajas de rompecabezas vacías y tablas de madera astillada. ¿Eso era todo? No, Gavilán es mucho más astuto. Bajamos al sótano: el verdadero hogar del inmundo.

Todas las paredes estaban cubiertas de enormes rompecabezas enmarcados; todas eran imágenes ominosas. Había figuras de lego armadas sobre la mesa y una cama king cubierta en seda roja. ¿Ahí cogía o violaba? Seguro habrá matado a muchas otras. Frente a la cama, tres alteros de cajas de rompecabezas sin armar, una pantalla grande, minibar, sillón de piel en ele con revistas de electrónica y manuales para armar todo tipo de aparatos.

Repasamos el espacio, así, con recelo. Las pistolas listas para matar a la bestia. Abrimos la puerta del clóset y ahí, medio oculto tras la ropa colgada, nos encontramos a un hombre obeso. No era Gavilán.

“Este méndigo obeso no puede ser exmilitar”, dije.

Nos causó risa la facha. Ni siquiera se movió, no trató de escapar, lo cual hubiera sido imposible por el tamaño de su panza.

—Levántese —dijo Gerardo—, salga de ahí.

Apenas podía moverse, Rosa tuvo que jalarlo de los brazos para ayudarlo a proyectar su cuerpo hacia adelante. La piel era pachona, como si estuviera rellena de agua caliente, superficie granulosa. Bermudas y playera chorreadas tal vez de refresco, la ropa demasiado justa para su enorme cuerpo. Pelón, su cabeza parecía áspera al tacto. Ojos redondos sin pestañas, mirada casi dulce, buena.

Yo no me fío de las miradas. Me fío de otras cosas, del sexo. Ahí sale lo más oscuro, lo más gacho. No controlan excesos, impulsos. Estas bestias dejan salir el odio, se dejan llevar. Lo imaginé sobre mí, al obeso, así, frotándome su enorme barriga. Viéndole los orificios de esa nariz demasiado pequeña para su cara.

El hombre mantenía la boca medio abierta sin emitir sonido. Tampoco parpadeaba ni me veía de frente. Se sentó sobre una silla, meneaba las piernas en brinquitos exasperados, rechinando los tenis contra el piso.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Limpiarle a la doña. Vengo cada semana, patrona.

—No soy tu patrona y aquí no hay ninguna doña. Tienes sesenta segundos para escupir la verdad.

La ballena quedó muda, sacudiendo más violentamente las piernas y viéndome sin verme a los ojos, como un niño que mira a su madre antes del castigo.

—Chale, madrecita, no se enoje.

El chorreado me trataba de madrecita, un tipo casi de mi edad. Poco original, desde que crucé el umbral de los cincuenta, los hombres —incluso mayores— me tratan de madrecita o de imbécil que no honra su lugar en la vida, lugar de mujer que habría de cerrar el hocico. Cero a la izquierda.

Ocelote, querido asesino de mierda. En tus cartas garabateas que deseas parar de empujarte coca, que deseas salvar a tu nawal. Ya no quieres ser quien les da cran a los enemigos de tu coronelito. ¿En serio, Ocelote?

Dices que tu nawal murió.

Tú lo mataste.

Acuérdate, no eras así. Poco a poco, asesinar sin consecuencia se vuelve vicio, ¿o te olvidas del principio?

La noche que hiciste el amor por primera vez decías que eras tímido. Mish, esa era la palabra, mish. Cómo te quise esa noche. Y más te quise la tarde que linchamos al primer jabalí. La sangre, aún caliente, bañaba tus manos suaves. Le rezabas al nawal, te limpiabas la frente, llorabas. Pediste perdón.

En cambio, Gavilán saltaba eufórico.

Ya te convertiste en lo mismo que él, ¿verdad?

Yo no soy mejor que tú. Le puse a la chamaca delante y le laceró la cabeza, sacó sus ojos. La destrozó porque eso hacen las bestias como él.

Ojalá se mataran a ustedes mismos. Mátense.

El Loco. Así se llama el obeso, o por lo menos ese es su apodo. La forma de hablar del Loco comenzó a irritarme más por contagiosa. De pronto, Gerardo parecía un nieto impaciente. Desesperado, así, como ante la abuela sorda que se expresa despacio.

—¿Me deja ir? —preguntó el Loco con ojos de niño, méndigo bigardón—. Se lo juro por esta que no hice nada malo, madrecita.

—Con estar tú aquí, con eso tengo.

—Chale, si ni lo conozco al señor, mire…

—Mátalo, Gerardo.

Lo dije convencida. No tenía tiempo para perder, no desde que encontramos el cuerpo de la chamaca.

—Conozco a Gavilán —dijo por fin el obeso viendo al suelo, pero con voz tranquila, como si le perteneciera a otro cuerpo y no al suyo—. No me mates, tú me conoces de antes…

—Mírame a los ojos, gordo.

—Estrella, Estrella de Pie de la Cuesta…

Jesús… Me dejó helada que me llamara por mi nombre. ¿Cómo lo sabía?

—A ver, gordo pendejo —intervino Gerardo—, quién chingados eres y qué vergas haces aquí.

—Tú, Estrella… Madrecita, puedes ayudarme, tengo chingos de varo y…

—Tabléalo, Gerardo —dije nerviosa; su voz me sonaba conocida y Rosa me miraba con los brazos cruzados, no quería tablearlo, seguro que se acordaba de cuando Los Zetas la tablearon a ella—. Rosa, ¡ahora!

—¿En serio no te acuerdas de mí, Estrella? Somos familia, güey…

—Cállate, basura de mierda.

Sus palabras me erizaban la piel, su timbre de voz… Finalmente Rosa volvió con las tablas astilladas y Gerardo le ordenó al hombre que se parara de la silla; pero el obeso no quiso y vi cómo Gerardo intentaba tirarlo, sin poder mover ese cuerpo inmenso más de unos centímetros. Rosa se dispuso a ayudar y entre los dos lo tiraron al suelo, no se dejaba acomodar

recostado boca abajo hasta que apunté a la cabeza con la pistola helada.

Aunque obedeció ante la amenaza de un disparo, el Loco no parecía tenerme ni el respeto ni el pavor que cualquier otro mostraría en su lugar, y fue así, acostado boca abajo y maneado en el suelo, cuando me di cuenta.

—Sé quién es él —dije—, es mi primo, Juvencio Atac. El hermano menor de Gavilán.

Rosa no pudo retener una risita. No concebía que un hombre tan horrendo pudiera ser pariente de Gavilán. Pero, por supuesto, concebía perfectamente que fuera primo mío.

—¿Dónde está tu hermano, Juvencio?

—Nel, prima. No es asunto tuyo.

De pronto, me miró directo a los ojos. Por primera vez. Vi la cara de Gavilán reflejada en su cara, la misma expresión retadora, la falta de medida, la ausencia de temor y esa forma de estirar el cuello y menear la cabeza.

—¿Sabes lo que te haré si no cooperas, Juvencio?

—Lo que sea que me hagas, vale madre, güey. Si desembucho, Gavilán me hará algo cien veces más járcor.

—Nosotros te podemos proteger, Juvencio.

—Tons se va a chingar a mi hija, el vato. No puedo hablar, prima.

Ocelote, querido matón de mierda, la única persona viva con quien me confieso, aunque en años no hayamos posado la mirada el uno en el otro. No he vuelto a ver tu cabello negro, suave y liso, los ojos felinos. Tu verga gorda y tibia que empuñé.

¿Qué diría Gavilán si leyera esto? Pinche Estrella, la muy recta, dedicándole cartas de amor al Ocelote, a ese asesino de mierda igual a todos los otros.

¿Qué tan sola debo estar, que te escribo a ti, querido Ocelote? Nunca te lo dije, pero Gavilán se me echó encima una última vez. En Fort Hood, al final. Frente a Chinchilla, la bestia me encajó el falo, con todo el odio acumulado desde Zapotlán en la cara. Con risas de dientes blancos y afilados. Chinchilla miraba sin ver, con sus ojos ajenos, robados.

¿Dónde está tu hermano?, ¿por qué está ayudando a Francisco Chinchilla?, ¿tiene aún vínculos con Ocelote?, ¿fue Gavilán quien mató a Gardenia?

Sí. Gavilán la mató. El balleno le decía "prostituta" a la chamaca. Méndigo tipo. Me aseguró que Gavilán no iba volver a esa casa nunca. Y no reveló dónde encontrarlo.

Gavilán estaría pataleando. Ya lo veo, orgulloso: el más cruel, controla a otros con la sola amenaza. Controla a su hermano a distancia. Y yo, ¿qué hago vestida de militar? ¿Es un disfraz nada más? Si el ejército no es mi hogar, Ocelote, ¿entonces cuál es?

A Pie de la Cuesta no puedo volver. Guerrero es guerrero derrotado, donde roban a las niñas y reclutan a los hombres. Allá el mar no es alegría. El mar traga cuerpos.

Nunca te conté, pero volví a Zapotlán hace poco; todo se ve diferente, borroso. Triste. La casa Reygada ahora es la terminal de la Línea de Autobuses Foráneos del Sur. Y pues por ahí llegué yo; no aguanté más de un día.

¿Ir a buscarte a Guatemala, Ocelote? No. Tu naturaleza está podrida. Mataste a tu nawal. No te queda más que mierda para dar.

Gerardo y Rosa me miran. Saben que Juvencio no dirá más, que Gavilán siempre gana.

Tomo la tabla esquilada y me acerco a mi primo. Siento las astillas secas entre mis dedos y en mis palmas. El Loco voltea furioso desde el piso, sudando. Él mismo ofrece su espalda como un niño que, después de tantas veces, ya se acomoda para los golpes. Pero me mira con esa mirada que avisa. Algún día me la va a cobrar, y gacho.

¿Sabes, Ocelote? Sé que no vas a volver, no vas a escribir más.

Mejor así. También a ti te tablearía sin dudarlo. Hasta que me dolieran las manos de tanto tablearte, hasta que la espalda se me trozara como la tuya, así. Sin dudarlo.

Antes solía ocultarme en el recuerdo de ese mar en Guerrero, donde las parvadas de manos-garra no llegan.

Ya no.

Ahí me alcanzan todas las niñas, todas las mujeres. Vulvas despedazadas, sus miradas como puñal en la carne.

¿Sabes, Ocelote? Me encuentro hablando con ellas. Están aquí, conmigo. Y el rostro de Gardenia me mira desde un cardumen de rostros desgajados.

Levanto la tabla y espero. ¿Siento algo? Nada, pura inercia. La estrello contra todos los vidrios que protegían esos siniestros rompecabezas. Rompo la pantalla, destrozo los legos. Me acerco al Loco que me mira sin inmutarse. Pienso en la última carta de Ocelote, aún queda Chinchilla… La tabla baja de pronto, golpeando esa piel sudorosa. Sube y baja, sube y baja. Pierdo la cuenta, se oye el aire silbar. Sube y baja. Las astillas penetran, los huesos truenan. Pulsa la cadera de mi primo Juvencio y chilla.

XVI

PABLO

Volcán abierto

Santa Catarina Pinula, Guatemala, diciembre de 2012

Las estrellas contemplaban
los furtivos
amores de esta mujer
que pensaba en Veranio
mientras besaba o era penetrada

Hasta el agua Veranio era dura
en tu ausencia

Ana María Rodas

Y pensar que acá me gustaba pasarla, picándome el ojo, oyendo las chorradas de Ricardo. Las tardes perdidas en la mansión del coronel Estrada, perdiendo todo el tiempo, weón. Si seré… Quisiera no haber vuelto nunca, pero, ala, aquí estoy. Me meto al aparcamiento, oigo la música a lo lejos y veo mucho carro. A ver quién. Se ven los Hummers de los Galindo, la Cayenne del Boy, la Wrangler de Ocelote. Los otros ya ni sé. Ya ni los reconozco.

Me tiemblan las manos. Calmate, Pablo, agarrá el volante con fuerza. Vos podés, Pablo. Hacelo por ella, por Luci, me retumba la cabeza, respirá. La doctora dijo: "Respirá contando cuatro para dentro, y seis para fuera. Un, dos, tres, cuatro… Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis".

Me bajo, camino a la puerta de la mansión. ¿Y si yo?

El Sholco me mira. No puedo cambiar el rumbo. El Sholco corre a abrirme.

—Qué milagro, Pablito, pensé que seguías allá por México.

Palmada.

—Keonda, Sholco, qué me contás, pues.

—Pásate por acá, Pablito, no des tanta vuelta, al jefe Ricardo le va a dar alegría verte.

—Y la esposa del jefe, ¿ya se fue? —pregunto.

—Sí, doña Maru se retiró hace un rato.

Cruzo el patio atiborrado de figuras griegas. Cómo me impresionaban, si seré… Atravieso el comedor, fotos del coronel Estrada y gente cargada. Gente famosa. Cruzo la biblioteca, tapizada con forros de piel vacíos o rellenos de cualquier cosa, de páginas que no corresponden a la portada.

Llego a la terraza. El Volcán de Agua, majestuoso. Un cielo que se mira sangriento, a punto de apagarse y que poco a poco se cubre de niebla. Sudor en las manos. Sudo frío en todo el cuerpo. ¿Será que Luci?

No pensés, Pablo, no pensés. Hordas de borrachos lamewuevos, alientos amargos, gotas de baba estallan a la cara y pensar que acá me gustaba estarme… si seré… Busco a Ricardo. Un keonda por aquí por allá, muchá, qué te has hecho, pues, ignoro saludos y palmadas. Me punza la cabeza, qué le hago, y doy gracias que ya no queda una sola mujer entre los asistentes. Bien. Todos milicos, todos armados.

—Mirá quién se dignó a venir —grita Ricardo, coco y cabreado—. ¡Muchá! El mismísimo teniente Pablo Chinchilla desde Chiapas.

Abrazo a Ricardo. Apesta a nicotina y fermento.

Romperle el hocico. Si no estuviéramos rodeados de cien lamewuevos… Te rompía el hocico… En vez, meto a la bolsa de su chumpa el Rolex de oro amarillo que me dio alguna vez un abogado a cambio de perico.

—Coronelito. Esto lo manda mi papá, que tanto te quiere —miento y prolongo el abrazo. Ricardo sigue rígido. Lo suelto, noto que el azul de sus ojos ya es solo una delgada aureola alrededor de las pupilas dilatadas. Me encabronaba que se

metiera la basura que vende. Ahora me da gusto.

—Ah, qué creído me salís, hermanito. Requiere coyoles llegar tarde a mi cumpleaños número treinta, aunque vengás desde México —reclama y escupe al suelo.

El frío se siente. Tiemblo. Suena Eminem. “Lose Yourself.” ¿Será que Luci?

Rolan meseros con botellas de calidad, buen güisqui, buen ron. Botellas y botellas para cien machos sin llenadera. Yo cómo envidiaba esa cantidad de pisto, weón. Ahora me da igual.

—No pude llegar antes, mi Ricky —le digo—. Traigo un problema gordo, tenés que ayudarme.

Suena una música de circo. Estridente.

—Te perdiste de saludar a mi papá y la Maru, ¡ah!, y el show de caballos, culicagao, por suerte llegás a la hora de la carne.

Voltea hacia la puerta y la señala. La música suena más fuerte y entra una caravana de mujeres. Casi desnudas. Adolescentes muchas. Entran una tras otra, nalgas y tetas. Imán para ojos de cien tipos que rodean.

—Treinta culos, ¿entendés? —dice Ricardo—. ¡Ja! Por mi cumpleaños número treinta, hermanito —aplaude como imbécil, le entra un ataque de tos, no se cubre la boca y me ducha con babas.

Miro a las chicas, las que parecen tener alguna experiencia en manejar una bola de bestias armadas, las que dan impresión de ser tímidas, pero de una mordida te arrancan las bolas, y, ala, las que son apenas unas niñas asustadas. Para algunas, tal vez sea su primer trabajo en una fiesta así. ¿O no?

Me arden los ojos. Humo de cigarro. No soporto la música, menos el tufo de Ricardo que grita en mi cara.

—Aprovechá pa echar un tots, hermanito, a vos que siempre te abren las patas, con esa cara de putito cantante que tenés.

Le miro el reloj retacado de brillantes, ¿queda algo de envidia, weón?

—Necesitamos hablar.

—Relajate, Pablito, no es mala idea darle al peluche —dice, frotándose las manos—. Aprovechá estas guanachas, como dice mi papá, ¡usarlas hasta quebrarlas! —se limpia las babas—. Y tu

papá, ¿cómo va por allá por México?

—Me importa un pepino el viejo, de lo que quiero hablar es de la Lucía, ¿entendés? Necesito que me digás lo que sabés de ella.

—Ahora no, hermanito, ¿que no ves que estoy festejando?

Primera vez que se niega a escucharme, si sabe algo por la virgen que lo mato. Aunque me despelleje el Sholco después. Miro a uno de los Galindo meterse los dedos a la nariz, mientras el otro le mete una nalgada a la patoja cubierta de brillantina. Le calculo no más de diecisiete. El imbécil casi la tumba, ella intenta mantener el equilibrio y la sonrisa parada en unos tacones que le quedan demasiado grandes. Pensar que los Galindo eran mis amigos. Pensar que los llegué a ver para arriba. ¿Si yo?

Ala, Luci, vos lo dijiste. Todos son unas mierdas, weón. ¿O no? Retumba mi cabeza, no sigás acá, Pablo. Un, dos, tres, cuatro. Respirá, Pablo. Camino hacia la sala de control, seguro me encuentro a Ocelote. Las suelas de mis tenis se pegan al piso mojado de alcohol, salivazos, migas. Un camarero trapea tras de mí hasta que entro al cuarto de control, donde él ya no pasa. Veo quince de las veinte pantallas encendidas. Se escuchan conversaciones a pedazos, gritos de Ricardo, carcajadas. Música. Veo el estacionamiento alumbrado, las hileras de aguacatales, la cocina llena de gente trabajando, y a lo lejos, el lago. Lo veo todo a través de las pantallas, menos las habitaciones y el búnker. El coronel debe estar descansando. ¿O qué hace?

—Pablito, vos no podés estar aquí —escucho al Sholco tras de mí.

—¿Me venís siguiendo, Sholquito?

—No es personal, Pablito, yo nomás obedezco órdenes.

—¿Desde cuándo no puedo estar acá? El coronel nunca me ha sacado.

—Son órdenes del joven Ricardo.

—Necesito hablar con el coronel.

—Se fue para la ciudad hace media hora. Salite de acá, ¿o me querés meter en una vaina?

—Me salgo, pues, pero llamá a Ocelote. Decile que lo espero

en la biblioteca.

Salgo. Doy un rondín y después intento subir las escaleras hacia las recámaras. El Sholco me sigue, menea la cabeza.

—No insistás, Pablito —dice.

Entiendo que no habrá forma de subir y me dirijo hacia la terraza. Espero a que el Sholco se relaje, se pierda, y vuelvo dentro. Quiero revisar el búnker. Bajo las escaleras, intento abrir, pero el portón de acero está cerrado.

Subo y entro a la falsa biblioteca. Desde ahí, miro la fiesta por la ventana. Es más bien un ventanal inmenso, que deja ver toda la terraza, el volcán y la niebla que va cubriéndolo. Me acomodo en un sillón de piel color vino, siento la ropa mojada de sudor. Me levanto, doy vueltas. Un güisqui, eso. Lo sirvo y ahhhh, de un jalón. Te enamoraste con garra, Pablo. Qué hacer. Tenés que encontrarla, weón. Tenés que.

Por la ventana, miro la fiesta y después miro mis recuerdos. Me viene a la mente la favorita del coronel Estrada. Leyla. Antes, ella controlaba a las otras chicas. Se veía tan extraordinaria, como una reina con su gargantilla de brillantes, vestido negro por debajo de las rodillas, un chongo delicado. No le iba mal a Leyla. ¿Qué habrá sido de ella?, ¿se habrá cansado el coronel, le habrá contado demasiado y la mató? Supongo que estaba tan atrapada como yo, como todos. ¿O solo soy yo el que está atrapado? Los demás se ven alegres, así me veía yo. ¿O fingen? ¿O aquí quieren estar? Ya enjaulados, pues a zapatear en la jaula, ¿qué no?, diría Luci.

—Buenas noches, Pablito —oigo desde la puerta la voz gangosa del viejo Ocelote, que está más arrugado que nunca—. Qué gusto mirarte de nuevo, Pablito.

—Ocelote, viejo, keonda —digo, y sin querer me echo a llorar. Intento ocultarlo.

Ocelote se acerca y me da una palmada. Se pasa un pañuelo por la frente y se sienta en el trono de cuero negro, a mi derecha. Ese trono que nadie nunca usa, nadie más que el coronel.

—Calmaíto, venga. Llorar de nada sirve, Pablo.

No es la primera vez. Lloro desde la noche que volví de Chiapas. Debí.

Sí, debí volver con ella, viajar juntos. Si serás…

—Lucía desapareció, el lunes íbamos a dormir juntos…

—¿Y en su apartamento no está? —pregunta Ocelote, serio y en sus cabales por primera vez en años. Ni siquiera huele a guaro, sus ojos se le ven cansados pero lúcidos.

—No está, no hay nadie en casa de Lucía.

—Con la familia andará entonces, mijito, con amigos.

—No, Ocelote. Dejó a los gatos solos, pues. Me los llevé a casa.

Ahora, él se sienta a mi lado. Da otra palmada a mi espalda.

—Tenés fiebre. Te ves mal, mal. Tu papá, ¿qué va a decir si así te mirara?

—Decime la verdad, Ocelote, vos sabés. ¿Le hicieron algo a Lucía estos weones?

Se queda callado. Su rostro es un enigma, nunca sé lo que Ocelote piensa. Estatua, no deja ver. No deja. Lo miro y se seca la frente. Abre la boca.

—Pablito. Escuchame, Pablito. ¿Vos sabés que Lucía es periodista? —las palabras de Ocelote suenan inconexas. ¿Lucía periodista?, ¿de qué va?—. No lo sabías, mijito. Está con vos, ella, solamente pa sacar información de tu gente, de vos, de tu papá. De los Estrada.

—¿Qué quieres decir? —siento un estallido en el pecho, un puño en el corazón—. Luci no es periodista. Le gusta escribir, va a sacar su primer libro y…

—Eso también. Pero una cosa entendeme: vos tenés puro pedacitío de la historia.

—Dime la historia completa, entonces.

—Pablito. Ella te quiere, pero es un hecho que trabaja para *La Aurora* y que infiltrada es lo que es. Además, se lo matamos a su abuelo por ahí por los noventa y lo sabe.

Luci. Luci, periodista. Es por eso que… Es por eso que no responde, tendrá miedo de que yo lo descubriera. Es eso, está escondida. ¿O no? O le han hecho algo, la han jodido… ¿Y si Luci?

¿Y si la mataron? No, no pensés tanto, weón, no pensés. Este hijo de la gran puta, cómo…

—Y mi papá ya sabe todo lo que decís, obviamente —pregunto.

—Chinchilla lo sabe, sí.

Ay, Luci. Lucía, carajo. Estos hijoeputas. Será.

La cabeza da vueltas, todo da vuelta. Luci, Lucía, por qué. No me lo dijiste. Este pelao cómo lo supo, virgen, si lo sabe mi papá. Si lo sabe… Ella estará con gente suya. Con quién, pues. El Ricardo, él me lo va a decir, tiene que. Carajo.

—¿Vos no tenés idea de dónde la puedo encontrar?

—No.

—¿Vos estás seguro, Ocelote? No te la perdono, si…

—Pablito. Sabés bien lo que les pasa a las gentes que se meten con el jefe. Con el coronel, quiero decir. Dejá de hacerte la víctima.

—¿Hacerme la víctima? —cómo se atreve—. Ala, Ocelote, acordate de con quién estás hablando, no soy cualquier weón…

—Seguro que la verdad nadie te la dice, Pablito, ¿o no será que vos no querés verla, a la verdad?

—Qué verdad, ¿de qué coños hablas?

—Vos las conocés las reglas —comienzo a sentir que por dentro me come un ocelote—. No hiciste la tarea tuya de investigarla a tu noviecita; pero tu papá y el coronel, sí. No hay ya nada que podamos cambiar, ni vos ni yo. El destino está aquí.

—¿Qué decís? Por una vez en la vida, hablame claro.

—Lucía Flaquer va a morir. Son las reglas esas. Siempre han sido.

Tengo ganas de matarlo. O matarle a alguien que él ame, ¿habrá una sola persona en el mundo que este weón ame?

—Lucía Flaquer no va a morir.

—Pensá lo que querás. Todos, todititíos a morir vamos.

Imbécil. Camino hacia la puerta con el alma en el suelo. Volteo a ver al viejo, parece más momia que vivo, una momia que limpia un sudor imaginario de su frente, un Ocelote-momia que ya no es el que fue.

—Esta vez te equivocás, Ocelote. El coronel me estima, Ricky me estima. Mi papá va a salvarla, la van a perdonar.

—Pablito, oíme. Revisá tu Jeep, algo dejé. Un sobrecito de

parte de tu papá.

—Que se meta el sobre donde le quepa, no quiero saber nada de ese farsante.

—Y Pablo… Perdoname, Pablito. Ojalá pudiera yo ayudar.

Salgo a la terraza, la fiesta sigue a todo. Espero a Ricardo. Duele el pecho. La boca del estómago. Luci preguntaba mucho. Mucho por mi papá. ¿Cuándo?

El cielo tan negro. El aire helado. Me gusta el campo. Miro el recuerdo de Leyla. Dónde habrá quedado la mujer. Antes de Luci. Antes de Luci, cómo me gustaba.

Después de Luci, nada. Nada, weón. Luci. ¿Por qué sabías de la adopción? Si yo nunca te lo conté… Sos periodista, Luci. Me jodiste. Carajo, por qué… Weón, cómo no caí en cuenta, pues. Su cabello, esa última tarde en Chiapas, olía tan bien. A coco. Usó vaqueros negros, camisa verde oscuro. Dijo: "No te parecés en nada a él, a tu padre. No serás hijo de otro. No serás niño de guerra".

La llamaron varias veces. Quién. Ala, cómo no revisaste su celular, Pablo. Virgen. No te enterás de nada, estúpido. Sostén negro, calzones negros. Sin encaje. Prendió un cigarro, ¿de dónde lo sacó? Ella no fuma. ¿O sí? Luci. Fumás, sos periodista, ¿qué más, Luci?

Yo no te lo dije. No me lo dijiste.

Sabe algo de mi papá, dijo: "Me gusta pelar, me entero de cosas".

—¿Cómo te enterás?

—Por las noticias, por lo que dice la gente.

Miraba mucho el noticiario. ¿Será que?

Compraba un ejemplar de cada periódico. Su familia estaba en México. ¿Por qué?

Espero a Ricardo. No queda otra. Rogarle y que escuche. Unos minutos y me largo de acá.

—Por nuestra amistad, Ricky, necesito hablar con vos ahora.

Escupe al piso. Veo una flema junto a mi zapatilla, evito una arcada. La chica que está a su lado huele a saliva. ¿Saliva de cuántos? Nos alejamos de ella, de los demás; Ricardo atrapa, de pasada, un plato con jamones. El escuálido mesero viene detrás

con la botella de Macallan.

—Largate, nawaleño, ¿no ves que estoy conversando? —avienta Ricardo; el mesero se retira con una mirada fugaz de odio que alcanzo a notar—. Estos mucos basura no entienden si no les gritás, dan ganas de aventarlos al búnker.

Pienso en ese sótano. Ese búnker. Ahí, el coronel torturaba subversivos muchos años después de la caída del general Ríos Montt. Eso dicen. ¿Qué, weón? No pensés huevadas, Pablo. No pensés, no pensés, no pensés. Uno, dos, tres, cuatro. Respirá. Este hijo de la gran puta sabe algo de Lucía, sabe…

Lo sigo a la biblioteca, a Ricardo. Un güisqui. Ahhh, de un jalón.

—Desembucha, que la fiesta espera —dice, hurgando con los dedos su plato de jamones, aventando con desgana uno que otro a la boca.

—Lucía está desaparecida —tengo el llanto en el cogote—, no responde el teléfono, no vuelve a su casa desde el lunes, no llama, no lee los mensajes…

—¿Dónde pensás que puede estar, tiene familia o algo? —pregunta fingiendo, sin mucho interés, como si la noticia no le sorprendiera—, porque mirá que el Ocelote se enteró de alguna que otra mierda de tu wira.

—Ocelote anda perdiendo el tiempo, ya ni con mi jefe trabaja. Algo tendrá que inventarse para que le sigás pagando, ¿no?

—Mirá, Pablo. Si la perra es tan buenita, ¿por qué desapareció? Ocelote dice que ni siquiera conocés a su familia.

—Mirá vos, Ricky. Yo ya sabía que Luci es periodista —miento—. Ocelote habrá sido muy chilero, mano derecha de mi papá y todo. Pero ya es un viejo, está cansado. No se entera de nada.

—Si vos lo decís —voltea hacia la ventana, mantiene la vista fija en una de las mujeres que desfilan entre borrachos; trae minishorts rojos de licra, botines de vinil descoloridos y blusa tornasol. Parece indiferente al frío, me recuerda esos alegres envoltorios de Navidad—. ¿Y qué querés que haga yo, hermanito?

—Dos cosas, Ricky. Convencé a tu papá que hable con el mío

—trago saliva, no puedo acusar al coronel directamente—. Decile al coronel que investigue si mi papá la tiene a la Lucía. A mí nunca me lo va a decir.

—¿Idiay, hermanito?

—Y de ahí, pues nada más vos ayudame a encontrarla.

Ríe. Carcajada. No quita su vista de la ventana.

—¿Creés que tengo puro pelex, que no tengo nada mejor que andar buscando a esa zorra periodista?

—No la busqués vos. Pedíselos a tus choleros.

—Ay, hermanito, te perdono lo cerote porque andás enamorado, desde que te planchás a la periodista parecés gente basura de *human rights* y ella seguro chupándole chile, ahí con su jefe ese con el que siempre anda.

—¿Vas a ayudarme?

—Parecés maceta vos. ¿A mí qué jabón me patrocina, o me ves cara de buscador de gente?

—Te pago. ¿Me vas a ayudar?

—Ta bueno. Con todo y que te conviene olvidarla, hermanito. Ya ves yo, me empeciné con la Maru y ahora no soporto tener siempre al mismo culo metido en mi cama.

Me abraza. No me suelta, pasan segundos largos. Sé que no me va a ayudar. Me miente a la cara, lo conozco. Sé que sabe más, sabe… Romperle la cara, eso. Ala, siento el Macallan correr por mis venas, siento la fuerza. Siento el calor.

Me separo de Ricky y mi puño se estampa en su jeta. Le revienta la cara, cae al suelo, sangre en toda su podrida jeta. Grita "¡culicagao!" y algo que no comprendo.

Corro.

Corro más rápido. Salgo de la mansión. La voy a encontrar, la voy. Tengo que.

Meto mi mano al bolsillo para sacar la llave de la Jeep y encuentro el Rolex que le regalé a Ricky. Lo repelió.

El Sholco grita desde la puerta:

—¡Pablo! Venite acá, cerote.

Sigo firme hacia la Jeep hasta que el Sholco me apunta con una Beretta. Levanto las manos, no me muevo.

Ocelote aparece detrás del Sholco y le arranca la Beretta.

—¡Corre! —grita Ocelote, y corro hacia la Jeep, la enciendo y acelero.

Miro el sobre que el viejo Ocelote me dejó.

Mañana. Ahora a escapar.

XVII

LUCÍA

Muerte de un nawal

Santa Catarina Pinula, Guatemala, diciembre de 2012

Me desprendí la blusa para hacer lo mismo: romper
la piel del pecho y arrancarme el corazón, quizás
comérmelo y eructar estruendosamente…

Giovanna Rivero

Esa noche fue… fue la noche del coyote. Tal vez no lo creás, pero la noche anterior al secuestro soñé una profecía: de camino al periódico, noto que algo me hace falta. Miro mis manos y caigo en cuenta. Han robado el reportaje sobre el coronel Estrada, sobre Francisco Chinchilla y todos los demás. Un milico me delató, me espía y… ¡puf!, meses de investigación a la basura. No podía decírtelo a vos, Pablo querido, pero lo deseaba. Creo que de verdad te quise, me dolía pensar que me detestarías al enterarte de todo. Solo mi jefe, Camilo, sabía de la investigación encubierta y me desahogué algunas veces con él. "No llorés, Luci —me decía el tipo—. Calmate", repetía como loro mientras me zangoloteaba, zac-zac-zac, esa noche que me llamaste desde Chiapas y ya no respondí, ¿te acordás, Pablo? Esa noche la pasé con Camilo, pero no confesó nada. Entre abrazos decía: "Es solo una pesadilla, tontita". Intento recordar otros sueños, otras profecías. En cuanto cerraba los ojos, aparecías vos… Vos, seguido del coyote.

—¿Cuántos días?, ¿cuántas semanas?

—¿Cuántos días restan acá abajo?

—No, don Yunuen… Cuántos llevo aquí encerrada.

—Vos podés llamarme Yunuen. Pero Ocelotl es mejor, me recuerda a mi nawal.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Se van a juntar veintiocho días y veintinueve noches, niña, ora que se duerma el sol.

—¿Y cuántos quedan?

—Pocos.

—¿Cuántos?

—Poquititíos.

—Bueno. ¿Y qué significa el nombre Yunuen?

—Príncipe de agua, príncipe de la laguna.

Hoy desperté y Yunuen me miraba todavía. No logro calcular su edad, se ve viejo, tal vez más viejo de lo que es. Permanece de pie velando la única puerta de salida, desde donde lo controla todo. Yo me tumbo al fondo del sótano, de espaldas a la caldera para aguantar el frío. Cuando se ducha un habitante de la mansión, la caldera cobra vida y hace algo así como toc-toc-toc. Por eso sueño con que alguien golpea la puerta, al principio todavía imaginaba que eras vos. Que me salvarías.

Acá abajo, los cuques entraban cuando se les daba la gana; interrogatorios cada tres o cuatro horas. Eran dos tipos, uno joven; el otro más joven aún. Yunuen cubría mis ojos y yo reconocía las distintas voces y olor a alcohol (el más joven bebía buen ron, el otro, no). Señorita periodista, licenciada, seño Lucía, Lucía, buscona, viejametiche pisadademierda, así evolucionó la manera de dirigirse a mí. Excepto el añejo príncipe acuático, él no. Él habla, susurra, igualalagua fluir. Lo odio, pero a veces lo quiero. Seca mis lágrimas con un pañuelo. Me arrulla imitando el ruido del nawal.

Ahora los cuques esos ya no se aparecen por acá. Me dejaron sola con el viejo Yunuen. Supongo que perdieron interés en mí.

—Don Yunuen, ¿por qué le dicen Ocelotl?

—¿No te lo dije ya, niña?

—No… No preguntaría.

—Desde patojito así me decía mi mamá. Era mi nawal, el ocelotl.

—¿Era?

—Lo maté.

A veces pienso que Yunuen está cansado. Que no le queda fuerza para tratarme mal, por eso me trata así. Solo por eso. Y, la verdad, si él anunciara que vos o que Camilo está allá afuera esperándome para escapar, aun así elegiría quedarme. Quedarme a enfrentar mi muerte, permanecer.

But my words like silent raindrops fell, And echoed in the wells of silence... Esa canción sonaba la noche que me entregó. Porque a vos te traicioné, Pablo. Y Camilo me entregó.

—Don Yunuen, ¿cuántos años tiene usted?

—Cincuenta y ocho.

—Le calculaba muchos, muchos más.

—Eso te hace ser kaibil.

—Kaibil. Era una hermosa palabra, bonita. Hasta que se la robaron ustedes.

Ayer volvieron los dos cuques jóvenes. Entraron sin cubrirse las caras y sin vendar mis ojos; uno es el coronelito, ya me lo imaginaba pero ahora lo sé. Tengo tantas hipótesis que no sé cuándo ni hasta cuándo los humanos descansaremos. El run-run de la mente sigue y sigue incluso dormidos. No solo en sueños, sino también en el sueño profundo sin sueños.

Además sé que vos no vendrás. No te van a dejar.

—¿Cuál será mi nawal, don Yunuen?

—El coyote. Viene a buscarte en las noches.

—¡Puf! No creo que queden coyotes. Y afuera debe estar rodeado de neblina… No se alcanza a ver nada.

—La niebla deja ver a los espectros de las cosas que ya no están, o de las que pronto ya no estarán.

—Don Yunuen, ¿cómo reconozco al coyote?

—Se siente un temblor en el aire.

—¿Uno solo?

—No… Viene y se va, igual a susurros; no necesitás verlo con los ojos tuyos.

—Un coyote… Don Yunuen. ¿Por qué no se fue usted nunca?

—¿Irme?, ¿a dónde, mijita?

—A otro lugar, a hacer otra vida. ¿Para qué quedarse en esta mierda?

—Uno se acostumbra de a poco en poquitío. Rodeado de mierda, uno ya no ve la mierda.

Yunuen observa, preocupado. Pregunto si conoce a Camilo. Dijo: "Te podía oler a kilómetros el coronel Estrada cuando vos comenzaste a investigarlo, Lucía. Y peor cuando se te ocurrió a vos indagar sobre Francisco Chinchilla, Pablo y los niños robados. Tenías tus teléfonos pinchados, tus cuentas hackeadas. Él no tenía de otra, me refiero a tu jefe Camilo. O te acababan a vos, o lo acababan a él".

—¿Por qué es usted amable conmigo, don Yunuen?

—Porque estoy cansado. Y porque me hacés pensar en mi Estrella.

—¿Oye eso?… Es "Lose Yourself"…

—Esa canción ni me va ni me viene a mí.

—Don Yunuen, hay una fiesta, ¿verdad?

—Sí. Cumple el coronelito.

—Ahí debe estar Pablo. Lo sé. Si usted le avisara que acá me tienen, puedo intentar…

—Puede. Pero entonces a mí el coronel o Chinchilla me dan cuello.

—Igual a vos le van a dar cuello un día de estos, pronto. Lo merezca o no.

—Todos vamos a morir, Lucía. Son las reglas, niña.

La segunda profecía fue brutal. Árboles descomunales, ojosentrehojas vigilándolo todo. Los ojos rondan, yo no los distingo. Doy pasos recios entrerramascrujientes, ¡haceme el favor! Todo el bosque me

mira, me alerta, y yo provocando escándalo para espantar mi propia pesadilla. Entre cada uno de mis pasos se escucha otro más ligero. Ese no es mío. Y de la nada, apareció Camilo, me abrazó y dijo: "No mirés, Luci". No miré; y yo no quiero voltear, quiero hundirme en su vientre y meterme como una bebé, pero sé que el coyote aguarda detrás y va a brincar.

—¿Cómo voy a morir?

—Suavito.

—Todavía no quería morirme, don Yunuen.

—La manera de morirse es lo importante. No el momento.

—Comprendo.

—No, Lucía, no comprendés, Lucía. Nunca miraste a Francisco Chinchilla pelándoles la piel, incendiándolos vivos a hombres y mujeres, a patojitos igual.

Empecé escribiendo esto para desprenderme de vos. Pero tengo, dicen, obsesión mental. La principal característica de nosotros los que tenemos esa clase de obsesión es que, cuando surge un pensamiento, si lo miramos se mete al cuerpo y lo encarna. Me convierto en él. ¿Habías escuchado eso? Y el pensamiento que traigo encarnado es… A vos, tus ojos. No son los de Francisco Chinchilla, son los de tu madre. ¿Quién es ella? ¿La imaginás? Yo sí. Buscala, acercate a Famdegua, ella está viva. Hacelo por mí, Pablo. Hay una mujer que se parece demasiado a vos, tiene tu mismo lunar. He visto su foto en los archivos de Famdegua. Yo trabajé ahí, antes de La Aurora*; habla con Natalia Córdova, la esposa de Camilo. Si la mujer de la que te hablo es tu madre, Natalia puede contarte muchas cosas; fueron amigas de la infancia.*

Si es así, Francisco Chinchilla te raptó y te registró como se le dio la gana, con su apellido. Es un monstruo, ¿entendés?

—Don Yunuen, necesito que Pablo se quede con mis gatos.

—En su casa los tiene ya a los mininos, mijita. Lo estuve espiando.

—Don Yunuen, necesito que Pablo sepa de los niños que su papá robó.

—Pero cómo, Lucía, si ya no hay tiempo.

—Usted me va a ayudar, no le queda opción.

—¿Yo?

— Con tanta mierda que se traga, no le queda más que ayudarme. Necesito hoja y pluma.

—Está bien, niña. Creo más en los muertos que en los vivos.

Yo no saldré viva, querido Pablo. Tengo el aberrante recuerdo de mi despedida con Camilo. Si podés, hacele llegar esta nota: "Me miraste distinto, como a una desconocida. Por un instante temí que me entregaras al coronel, pero no me presté atención. Ahora esa certeza se me clavó, no de fuera hacia adentro, sino peor, de dentro hacia afuera. Si pudieras verlo, si pudieras entrar a mi mente, como un gato callejero que se anticipa a su presa. El coyote no era el coronel Estrada. Ni siquiera eras vos. El coyote no me espiaba, me intentó alertar. El espía fuiste vos, todo el tiempo, desde que empezó la investigación. Y el último día me traspasaste con los ojos; sin verme, me entregaste".

—Mijita, ya se va a descansar el sol. Hay que despedirlo o se pone triste.

—¿Hoy salió el sol?

—Si bien acá abajo es siempre de noche, arriba la mitad del tiempo sigue siendo de día. Ven, falta poco.

—Creí que era de noche.

—Queda muy poquito. Seguime.

La caminata hacia la colina desde donde se ve el atardecer, pasando por el lago y los viejos aguacatales, fue… fue algo espectacular. Los árboles se notan viejos, bien acomodados y dueños de su lugar; las quejas son menores, sus hojas abundantes. Los aguacates, por ahora, ausentes.

Sopla siempre el viento, acá chifla distinto, algo como griiirrrr. Tomo una foto con el celular sin señal de Yunuen. Me lo presta, uso el aparatejo para medir los minutos. Y debes saber que esta cosa electrónica indica que hoy subí cincuentayunpisos. ¿De qué

exactamente? No lo sé, pues en verdad subí un solo piso, ni siquiera dos. Menos cincuenta y uno. El run-run sigue y sigue.

Despedí al sol. Hasta la próxima, mi amigo. "¿Está seguro de que hoy vi al sol por última vez?" Y Yunuen: "Seguro, Lucía". La muerte, siempre a un brazo de distancia. ¡Yunuen! Pasó un coyotecorriendo por el lado izquierdo, allá va, y Ocelote me tomó del brazo. "Aquí coyotes quedan pocos, tuviste suerte de mirarlos, Lucía, ya de volver es hora." De pronto me volví ligera y rematadamente feliz caminando entre plantasfloresencinos. Pasamos por los aguacatales, los despedí. Pasamos por el lago, de él no me despedí; Yunuen dijo que no era necesario.

XVIII

VICTORIA

Eco en el pozo

Ciudad de Guatemala, diciembre de 2012

Soy la voz y el dolor de todos los bosques
desaparecidos y de todos los ríos robados.

Negma Coy

Investigación
C-048022-8799WY4-XXX
Com. 4ta y Famdegua

COMISIÓN CUARTA DE DERECHOS HUMANOS CON APOYO DE LA ASOCIACIÓN DE FAMILIARES DE DETENIDOS-DESAPARECIDOS DE GUATEMALA FAMDEGUA: PERIODISTA IRIS ZALDÍVAR.

11:00 A.M. DEL XXXX DE 2013, CIUDAD DE GUATEMALA, GUATEMALA

INVESTIGACIÓN QUE SE SIGUE POR (I) LOS DELITOS DE GENOCIDIO Y LESA HUMANIDAD POR LOS SEÑORES JOSÉ EFRAÍN RÍOS MONTT Y MAURICIO RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, ASÍ COMO (II) POR LOS DELITOS CONTRA LOS DEBERES DE LA HUMANIDAD, POR LOS SEÑORES FRANCISCO CHINCHILLA, AMÍLKAR SOSA MATOM, RICARDO ESTRADA COSÍO Y JORDÁN PIMENTEL.

[…]

19. CONTINÚA TESTIMONIO DE LA TESTIGO VICTORIA JUSTINA TECU, DECLARATORIA

Y la jovencita que estaba aquí antes, ¿dónde quedó? Ya sabe usté cuál le digo, hace unos meses, una canchita de pelo por ahí así y ojos amables [parece intentar recordar].

Lucía se llamaba. Lucía. ¿No le podrán hablar a que venga? Con ella me sentí muy en confianza [silencio]. Salúdela de mi parte, señorita, se lo encargo mucho. Y eso que me pregunta usté, ya lo habíamos hablado Lucía y yo. Me va a poner a repetirle las cosas. Y sí, Ríos Montt fue variadas veces a la casa del coronel Estrada. Hablaban mucho de lo que iba a pasar con el país, con los sindicatos, con los maestros, los periódicos. Todo [parece intentar recordar]. A ver… deje pienso… Por decir algo, antes que fuera presidente Ríos Montt, antes que se supiera de que iba ser el jefe, ya lo decían en la casa del coronel y fue cierto, fue el jefe [suspira]. Eso de que iban a matar a todo lo que se moviera, yo sí se lo creí al coronel [silencio. Aprieta sus manos]. Le creí, pero no tanto porque las exageraba las cosas. Aunque otras veces las hacía verse más chicas.

Todo eso lo sé gracias a que a mí el coronel Estrada no me sacó nunca de su oficina. Hablaba por el teléfono con sus amigos esos de la Escuela de las Américas, recibía a sus invitados, a veces ahí comía él solo y yo entraba y salía con vasos, tazas, papeles, carpetas, de todo. Yo lo oía todo lo que decía en privado, hasta cuando venían visitas [silencio]. ¿Que yo qué hacía tanto tiempo dentro de la oficina? Pues de todo, señorita. Sacudir, limpiar lo que se les caía a ellos, su comida rusa, las copas, los cigarros gordotes a medio apagar. Y me tenía confianza el hombre. A lo mejor y no tanta, pero sí bastante porque yo fui casi como su segunda mamá desde patojo. Yo andaba por los quince cuando nació y lo empecé a cuidar, todo el tiempo se pasaba conmigo [suspira. Silencio].

Ya de adulto, por decirle algo, según que ni la Emily podía estar entrando y saliendo de la oficina del coronel como hacía yo [silencio]. Sí, Francisco Chinchilla llegó a ir algunas veces por

ahí por el 82 o el 83. La Emily andaba embarazada de Ricky [silencio]. Ricky, el diablo que iba ser, ¿quién lo hubiera dicho? [silencio. Parece intentar recordar]. Yo sabía que, a veces, el gobierno mandaba despedazar a la gente. Hacerla cachitos, así. Como si fueran leña [silencio. Suspira]. De haberlo visto venir en Itz'Pichil… de haberlo visto venir…

[Descanso.]

Hubo mucho fusilado. Ya ve que Ríos Montt decía que el que tiene armas contra la institución de armas, tiene que ser fusilado. Según él, fusilado, y no asesinado, como si fuera distinto.

Mi pueblo estaba en medio de la nada, no se le llegaba fácil [silencio]. No, no estábamos con la guerrilla, si ni sabíamos qué hacer… Todo nos daba miedo, la guerrilla, los milicos, y luego miedo hasta de nosotros mismos, porque los soldados nos ponían a espiarnos y espiar a toda la gente. Nos ponían de orejas [suspira]. Decían según de que si no acusábamos a nadie, era porque éramos guerrilla. Que si no acusábamos, pues no estábamos colaborando con el gobierno, no estábamos ajustándonos a las leyes guatemaltecas, y Ríos Montt nos iba a fusilar [silencio].

Eso con todo y que Itz'Pichil no se entraba en problemas de cosas de política [parece reflexionar]. Tal vez por eso de que somos un pueblo fuerte. Los ixil, el pueblo del jaguar. Tal vez por eso es que no nos morimos todos y no sé si usté sabe, pero se dice que según en la conquista los ixiles fuimos de los últimos en dejarnos someter. Eso da orgullo. Sí.

Le digo que cuando me contó lo de los pueblos que según eran enemigos, el coronel Estrada insistió de que me fuera para Itz'Pichil por mi familia. No se veía preocupado, pero sí me insistió [parece intentar recordar]. A lo mejor ni me insistió tanto, ya ni sé. Igual y me fui porque allá yo tenía una hermana, mi sobrino Jaime, mis sobrinas Flor y Aruma, y dos primas. Un tío y su esposa de mi tío también [silencio].

Sí. Allá yo tenía otros. Otros familiares más [ataque de tos]. Mire, discúlpeme, licenciada, pero prefiero no recordar. No recordarlos a los otros.

[Se dirige al sanitario. Vuelve.]

En taxi llegué hasta Río Azul, luego de parar en varios y varios retenes. Luego en burra llegué a Lagunita; lo que faltaba pues a pata. El coronel me dio un dinero para irme ya de rápido en taxi, y una carta para no tener problema en tanto retén militar. Iba nomás a avisarles a mis familiares, convencerlos de que nos salgamos de Itz'Pichil [silencio]. Antes de llegar me encontré a mi sobrino el Jaime en Lagunita. "Y ora qué andás haciendo acá vos", le dije yo. "Patrullando —dice—. Nos mandan patrullar acá a Lagunita, que para cuidar a las gentes, que para que no les hagan nada los de la guerrilla." "Ay, madre mía, ¿y quién cuida a los de Itz'Pichil, si vos andás acá?", digo yo. "Es obligatorio patrullar acá —dice—, si no hago mi turno me mandan a traer y ai me meten un día completo en el hoyo del destacamento. En serio, tía, el que no se presenta a hacer turno es porque según que es colaborador de la guerrilla —y dijo—: hay que andarse con cuidado porque luego vienen soldados disfrazados de guerrilleros para probar la lealtad de nosotros los campesinos" [silencio].

No pues… eso que me pregunta usté, era muy fácil de saber. Aunque anden mal vestidos, uno conoce a los milicos. Se paran y sientan bien derechitos, luego no andan tan tatemados de la cara, comen poquito más. ¿Sabe? Aunque se hagan los cambios que según se les ocurran y según se rompan la camisa a propósito, son fácil de reconocer. Sí, si viera a los guerrilleros, esos pobres andaban muertos de hambre, bien quemados del sol, casi casi muertos [parece intentar recordar].

No, yo no le advertí a mi sobrino, sino que fue al revés. Él me lo contó primero. Sí, mire. Se fue al pozo a eso de las cinco de la madrugada, se encontró a un soldado conocido, bien amigo, Faustino se llamaba él, me parece. No recuerdo el apellido… Faustino, Faustino… ¿Laynez? Algo por ai así. Fue ese Faustino quien le dijo al Jaime: "Vete de acá, vete a otro lado, porque según que los van a matarlos a todos. Hasta sus casas se las van a quemar. Se van a acabar a toda la gente".

[Descanso largo.]

Tal vez por ser jaguares es que soportamos las tantas bocas de esta tierra nuestra. Cráteres mirando inmóviles, pero despiertos. Esperan mal paso para crujir. Y si hace falta, para aullar [silencio].

El silencio del volcán es mi silencio y el de los míos. A lo lejos se mira sereno, pero no. Va lleno de fuerza y calor, es el hocico de esta tierra que es la mía, siempre al acecho.

¿Ha ido usté al Acatenango? Su cima se esconde entre fantasmas blancos que flotan muy alto y no asustan. Alivian, dan la paz de la más bella belleza.

Acatenango. Amo si susurra o si calla; amo el sigilo de su eructo y sé que está, si hace falta [silencio].

Yo puedo hablar, si hace falta. Yo puedo gritar [silencio].

Estábamos en eso que dijo el Faustino, el soldado, ¿verdá? Pues Faustino le dijo al Jaime algo como de que no se lo podés contar a nadie. No lo va a creer usté, señorita, pero fue así, le dijo a mi sobrino y el pobre no sabía ni qué hacer [aprieta sus manos]. Luego, el jefe del destacamento decía otra cosa, y otra cosa. Que según van a subir los soldados a vacunarlos a los pobladores de Itz'Pichil, les conviene la vacuna. "Pero el Faustino es bien amigo conmigo, tía —decía Jaime—, el Faustino no se anda con mentiras" [cierra los ojos. Silencio]. Era por ahí de la primera semana de marzo del 83 cuando pasó eso, me acuerdo por las flores que salen en esos días, las flores lo cubren todo, todo, parece una pintura, parece mentira de tan bonito que se pone aquello. Salen las florecitas azules, esas que les llaman lunitas y se siente uno como en medio de un lago. Luego se vienen las leidis, son rojas con puntitos blancos y negros. Parecen como catarinas. Salen luego las cosmos, rosas y violetas, se siente uno como en el atardecer o en el amanecer, dan ganas de llorar de tanto pájaro que se deja venir y nos canta [silencio].

La flor de la ruda, en cambio, no sale hasta el verano y no huele bien. Pero me gusta, la flor es así de chiquilla [muestra el tamaño] y salen muchas juntas al final de la rama, con unos pétalos muy amarillos [silencio].

"Dejá de patrullar —le dije a Jaime—. Ya vámonos, pues, vamos por las otras gentes, avisarles a todos antes que se los

acaben a todos. Avisarles a Aruma y Flor" [llanto].

Fueron bastantes. Por mi madre que les avisamos a bastantes, todos los que alcancé a ver. Mi sobrino estaba bien preocupado, por eso de que el Faustino dijo: "Mejor no digás nada a nadie". Y la verdad, yo también andaba asustada con eso de que el coronel me ordenó de que nomás sacara a mi familia sin hacer bulla, sin hablar con nadie. Pero con todo y todo, se lo dijimos a las gentes que vimos. Sí se los dijimos [silencio].

Que se fueran de Itz'Pichil, se los dijimos [silencio]. Pero no se los dijimos bien. Lo dijimos sin explicarles el porqué. Eso era un secreto [llanto].

Algunos sí huyeron. Otros no. No les dije por qué se tenían que ir y se quedaron [silencio].

Creí que a lo mejor y no pasaba nada, a lo mejor y les ponían la vacuna y ya. De mi familia se huyeron mi hermana, mis primas, Jaime. Mis sobrinas Flor y Aruma se quedaron con mi tío y su esposa. Ah, y los hijos bien pequeñitos de Flor. Horacio, Saturna y Margarita, se quedaron los niñitos allá arriba [silencio].

Nos estuvimos en la Lagunita unos días nomás esperando y esperando, tronándonos los dedos, hasta que un compadre del Jaime dijo de que un comandante andaba gritando: "Los de Itz'Pichil ya se pueden ir para allá arriba, no se preocupen, ya no hay nada, hasta los piojos están muertos ya".

No lo creí.

[Descanso.]

Quisiera no tener que recordar. ¿Sabe? Mientras más trato de olvidarme de ese día, más se me encaja el recuerdo [llanto].

Subimos dos días después de que oímos todos los balazos. Antes de eso, los soldados no nos daban permiso de subir [parece recordar pues habla con ojos cerrados]. Aún no quemaban nada. Olía a podrido. A carne podrida [silencio]. Y se me vienen a la cabeza las tarugadas que Ríos Montt decía todo el tiempo y me da más rabia. Decía él: "Fusiles tenemos nosotros, frijoles es lo que nos interesa, darle frijoles a la población, darle amor, comida y servicios".

¿Se imagina? [silencio].

Ni un vivo de Itz'Pichil vimos, ni los niños que según habían dejado en la escuela. Encontramos cosas regadas dondequiera. Pañales, pachas. Un huipil. Algunos soldados llevaban las pertenencias de los muertos, y esa falta de respeto me dolió. Nos dijeron de que "llévense lo que puedan, todo lo vamos a quemar o va ocuparlo la guerrilla" [ataque de tos, bebe agua].

Por dondequiera láminas, piedras de moler, semillas, alambre. Lo que había [silencio]. Lo que también había eran muertos, muertos y muertos y muertos regados, restos de gentes, pedazos. Partes de adentro, un intestino, cabellos arrancados.

[Se ausenta unos minutos. Vuelve.]

Esto que le digo es cierto, señorita. No sé si usté lo pueda creer o sea mucho para usté. Pero es cierto, lo vi con estos ojos que aún me sirven. Yo vi a un hombre sin cabeza abrazado de un niño sin cabeza. Un solo cuerpo eran ya [cubre su rostro con las manos].

Estaba muy equivocado el Ejército, muy equivocado. ¿Nosotros, guerrilleros?

"Si están con nosotros les alimentaremos, si no, los mataremos", decía Ríos Montt. Pero no estábamos contra de nadie, nosotros, le digo que había tijeras, ponchos, martillos, abono, sombreros. ¿Qué más…? Una gorra verde del EGP. No había armas, no teníamos ni un rifle. Había gorros, bicicletas, piochas. Petates. Cosas que usábamos del día a día [silencio].

No, no recogimos nada y nos fuimos directo a la casa de mi sobrina Flor. Ella era bien seria, de cabello largo y trenzado, siempre seria [sonríe]. Flor tenía tres patojos. Tiernos los tres. Traviesos, malosos los chinches. Ay, madre mía, ora que me acuerdo, no eran ni tan tiernos [suspira. Silencio]. Le digo que fuimos a casa de Flor.

Su chucho taba colgado en la puerta. Bien muerto. Las gallinas estaban según todas muertas, se les veía cara espantada aún. Me costó creerlo, parecía que dormían teniendo pesadillas, como que si les habían coloreado las plumas de rojo. Pero las gallinas duermen trepadas en las ramas de los árboles, no tumbadas en el suelo. No estaban dormidas [silencio].

El Jaime descolgó al perro para que pudiéramos entrar, pero

no hubo nadie dentro [llanto]. No hubo nadie, ni un cohe siquiera. Nomás un carrito de juguete ahí, sobre la mesa.

La olla de pinol, totopostes bien hechecitos. Y un manojo de bejo.

Todo lo que Flor iba a usar para hacer su comida. Ya no comió Flor [silencio].

No, no necesito descansos. Quiero terminar de decir lo que vi con estos ojos míos [silencio]. De la casa de Flor nos fuimos para la de mi tío. Tampoco quedaba ni un cohe vivo; por como lo dejaron, uno fue matado con granada. Y ni gallinas, ni una. Los pollos se miraban todos apachurrados y aún se distinguían huellas de bota verde. Empujé la puerta y nos golpeó un olor mezclado a mierda y algo dulzón. Algo así como tepache [aprieta sus manos].

Vimos el cuerpo engarrotado de un anciano enjuto, bocabajo. Traía su ropa rasgada como si hubiera andado caminando entre zarzas, pegadito a las espinas, y esas garras hubieran ido arañando toda la ropa del señor, dándole pinceladas color zarzamora [oprime su estómago].

“Es mi tío”, dijo el Jaime y le tapé su boca. Lo dejé que se acercara al cuerpo y lo volteó. Era mi tío. Con los ojos bien abiertos, pero muerto [llanto].

Había una olla con brebaje de cacao; acerqué la nariz y me calmó; agarré fuerza para mirar al fondo [silencio]. Vi el otro bulto [silencio].

Casi no entraba luz ni aire a la casita y mientras avanzábamos para el fondo, olía más bien a sangre, a leche pasada y meados. Moscas zumbaban allá sobre el colchón en el que estaba el bulto, que poco a poco le dimos forma cuando nos acostumbramos a la oscuridad [tose y bebe].

Vimos el bulto. También bocabajo, pero con las piernas abiertas. Era el cuerpo de una mujer vieja, pequeña pero maciza. Sin ropa. Desnuda [golpea la mesa con el puño].

La mujer de mi tío. No la volteamos, reconocimos sus trenzas largas y grises, entrelazadas con un listón verde [silencio].

Un río de sangre ya seca venía de entre sus piernas y parecía un ramo o un sendero de pétalos de rosas rojas. Después entendí

[silencio]. Murió de una hemorragia interna.

Mi sobrino se quedó fuera de la casa, cuidando de que no entraran los chuchos. Ya nos habíamos cruzado con unos flacos flacos comiéndose los cuerpos de las gentes [silencio].

[Descanso.]

Fui a pedir si nos daban permiso de enterrar a mi tío y a su mujer. No, dijeron que ya iba siendo hora de largarnos si no queríamos acabar mal. Fue Camargo el que nos dijo, era el encargado de Lagunita y siempre decía cosas diferentes. Y no, no recuerdo su primer nombre pero tenía ojos bizcos, bigote largo [silencio].

A ese lo escupo si lo veo. O lo mataba si pudiera [silencio].

Ya le conté lo que vi en Itz'Pichil, pero no le dije lo de antes de subir para allá. Le estoy hablando de la madrugada de cuando todo eso pasó, cuando se oyeron los últimos disparos a eso de las seis de la mañana. Como a eso de las ocho fue que Camargo se apareció y pudimos preguntar. Él según venía de regreso de Itz'Pichil, aunque mintió y dijo que venía de Río Azul. A mí en lo personal me contó puro cuento, de que "estese tranquila, yo los tengo protegidos a sus parientes, están resguardados en la escuelita todos los niños y apenas hablé con ellos, están bien, doña Victoria" [cubre su rostro. Silencio].

Le pregunté a Camargo si podíamos subir a Itz'Pichil por los hijos de Flor. "No tengás pena, Victoria —me dijo—, están en la escuela comiendo comida bien buena, cantando. Ya todo va quedar mejor allá arriba, ya vinieron de La Pólvora acá a limpiar." ¿A limpiar qué? A limpiar a la gente esa que, según, le da de comer a la guerrilla. Eso fue… Mucho. Fue demasiado [silencio].

¿Los patojos? [suspira]. Espero que usté me crea esto que voy a decirle que vieron mis ojos, y que a veces quisiera no creerlo yo [silencio]. Los niños fueron muertos, desaparecidos, robados. Muy pocos se lograron escapar y fue por los patojos por lo que subimos a Itz'Pichil dos días después de los disparos, cuando Camargo nos dio el permiso [golpea la mesa]. Por Camargo pensamos: "Estarán encerrados en la escuela esperándonos los niños". De los adultos había poca esperanza. De ellos, Camargo

dio otra historia, dijo: “Los desgraciados de los guerrilleros se llevaron a sus familias para otro lado, quién sabe para dónde. Según para la selva o para México” [silencio].

Pero eso de los patojos es algo que ora ya se sabe. Sí, se sabe. ¿Usté lo sabía, no? Han contado de eso, de esos niños que ora son grandes pero algunos, los que se recuerdan, cuentan de cuando los secuestraron hace treinta años y de cuando les mataron a sus familias. Se las mataban delante de sus ojos.

[Descanso.]

Ya se lo digo, eso de que los milicos eran los que se robaban a los niños casi ni se sabía. Yo nomás lo supe de puro oír a Chinchilla. ¿Qué dijo? Pues eso, según se los llevaban a sus casas. Por allá por el 82, el 83 y hasta el 84, ¿o hasta el 85? Ya ni sé, la memoria nunca me falla, pero a veces sí me falla. Y bastante.

Después ya no lo volví a ver a Francisco Chinchilla, hasta el 96, cuando murió mi hijo Domingo. ¿Sabe qué? A mí me impresionó mucho oírlo hablar a Chinchilla, de eso de los patojos. Dijo: “Yo rescaté a un niño, un bebé. Yo mismo me lo traje a la ciudad y le pagué el doctor. Lo voy a meter a una buena escuela, privada, y que conozca gente de nivel”. También dijo: “Nos llevamos muchos niños para rescatarlos de sus familias desaparecidas o de sus papás guerrilleros”.

Así lo dijo él; lo recuerdo porque me quedé pensando. Pensé mucho, mucho, en los patojos de Itz’Pichil [silencio].

Pues ya se imaginará usté, ¿no?, lo que pensaba yo. Si sus hijos de mi sobrina Flor habrían sido según rescatados. Eso se llama robados. Robados [ataque de tos].

A lo mejor y hubiera uno que otro rescatado. Niños perdidos vagando bien chiquititos, esos ni sabían de dónde eran sus familias ni cómo regresar a sus aldeas. Así hay casos. Y los demás, pues no sobrevivieron [parece reflexionar].

A unos los mataban que porque hacían ruido, imagínese pues, si los patojos lloran, gritan, es lo normal que ellos hacen. Ah, pero no, para los milicos eso era inaceptable y los mataban así y así, como si fueran muñecos se caían ellos [cubre su boca].

Se caían ya muertos. Ya quedaban en silencio [se retira al sanitario].

Yo pienso mucho. Pienso de que los cuques escogían a cuáles niños salvar y cuáles niños matar. Chinchilla presumía al que se robó de un cuartel o de una cárcel acá en Ciudad de Guatemala. Se lo conté a la otra periodista, a Lucía. ¿No lo tiene usté anotado? Le dije a la niña Lucía de ese bebé que tanto presumía el Chinchilla por esos años, por ahí de 84. Un bebé gordito, canchito y todo, ojos agua puerca. Cachetes rosados y lunarcito en la boca [silencio].

Los niños bonitos o los que a ellos les gustaban más son los que no mataban y se los repartían. Francisco Chinchilla contó de un tal Efrén. ¿O Efraín? Ese se llevó un patojo de Petén, uno de cinco años. Pestañas colochitas [parece recordar].

Se lo montó en una trocopa y fue a parar a la escuela de kaibiles. Ahí lo tuvo cerca de un mes y luego ya se lo llevó a su casa. Según que su esposa no podía tener niños y se lo dio de regalo [suspira]. A veces, cuando yo veo gente joven por ahí de treinta, treinta y cinco, yo todavía busco y veo si reconozco sus caras de sus hijos de Flor. ¿Alguien se los robó?, ¿pudieron crecer? Tal vez [silencio]. Tenían dos, cuatro y seis años cuando los desaparecieron los asesinos.

Al Chinchilla lo oía yo hablar de todo. Hablaba mucho el hombre. Bueno, no. No hablaba casi sobrio, pero cuando bebía sí hablaba de más. Bastante. A ver, por decirle algo, repetía seguido ese dicho de que indio visto indio muerto. De que la información más útil y valiosa es según la que la gente da sin que se la pidan. Por ejemplo, a ver, dijo algo como que a veces llamaban a la policía o a alguna oficina de denuncias anónimas y las gentes decían cosas. Que fíjese que aquí hay gente rara, acá hay carros que entran y salen, o en la vecindad hay una muchacha que no ha dicho a qué es a lo que se dedica. Y pues se mandaba gente a verificar y así se encontraban supuestamente cosas que no debían ser. O cosas que no les gustaban a gentes importantes o a algún amigo de los milicos.

Del diario llevaban a la gente a interrogarla. Unas tres, cuatro veces, llevaron detenidos al sótano de la casa Estrada. Yo no podía verlos, se los bajaban al búnker y no sabía más nada que lo que Chinchilla luego murmureaba con los soldados de vigilancia.

Yo lo oía. Dijo una vez que todo eso lo aprendió de la Mano Blanca. Que se le puya con aguja en diferentes partes al sospechoso, por ejemplo, se le puya en el ojo, entre los dedos, o por abajo de la uña [silencio].

Dijo que hay muchas maneras de hacer cantar a la gente.

[Descanso.]

¿Otra vez Camargo? Si eso ya se lo conté, señorita. A ver, que más nos dijo Camargo… [parece buscar en su memoria]. Cuando subimos a Itz'Pichil nos dijo: "El que abra la boca, me lo trueno".

Sí, eso fue. No podíamos decir nada de lo que habíamos visto ni de lo que habíamos oído, según que si decíamos algo nos mataban a los que quedábamos vivos y ya estuvo. Dijo que se le podía ir un disparo y ya estuvo [silencio]. A mí no me importaba morirme de un disparo. Pero así no era, así no mataban a las gentes. Mataban de otras formas, de maneras horrorosas. A Camargo le gustaba reírse de nosotros. Le gustaba mentir, asustar. Me recuerdo cuando le dijo a mi vecina, luego de que los mataron a todos: "No tengás pena, ahora les vamos a pedir a los reyes magos que te las devuelvan a tus hijas" [silencio].

Ya había dicho yo eso, de por qué me quedé con los Estrada. De sirvienta y de niñera.

No se crea, no había muchas opciones para trabajar. Menos para alguien como yo, no estudié en la escuela. ¿Y ya ve? Por quedarme ahí con ellos me mataron a mi Domingo.

[Fin de la sesión.]

DECLARATORIA 2.3. VICTORIA J. TECU / TRANSCRIPCIÓN POR CLAUDIA KOJ.

Ya le había yo explicado a usté y a la niña Lucía que no vi nada más. ¡Si yo no estuve ahí! De la masacre no vi nada con mis propios ojos, solo eso que ya le conté dos días después.

Supe cosas de personas sobrevivientes. Aunque no les llamaría personas, más bien cuerpos vacíos, vaciados que quedaron vivos medio muertos. Mal [silencio].

Mi sobrina Aruma, ella escapó. Ya no me cuenta nada porque murió algunos años después [cubre su rostro]. Ya estoy vieja, no importa mucho lo que venga. Lo que me preocupa son los otros,

¿sabe? Los muertos que no han sido sepultados conforme a la palabra de Dios, los desaparecidos, los que no saben qué les pasó y no se acuerdan de dónde son.

Los que siguen buscando.

¿No lo cree? Los que se mueren así, de forma violenta, según luego no se dan cuenta que están muertos. Andan buscando. Vagando [silencio].

Mi sobrina Aruma me pregunta de cosas. Sí, ya le dije que murió, todo está en la entrevista de la niña Lucía.

A Aruma le gustaba leer [suspira]. Aprendió rápido, con la maestra de sus patojos de la Flor. A escribir también, decía que iba ser poeta pero luego de lo que pasó ella lloraba mucho, contaba poco. A mí sí me contaba bastantes cosas y me acuerdo de cada palabra, las guardo, no dejo que ni una se me vaya. Ni una, ¿sabe? [silencio].

Sí se las puedo repetir, cómo no si a eso venimos, ¿verdad? A eso.

Aruma me contó cómo se llevaron primero a todos los hombres. Se los llevaron a matarlos. Dejaron a las mujeres y los niños en la escuelita. Encerrados, pues. Aruma dijo que pensó: "Acá nos van a vacunar, dentro de la escuela". Hasta se llevó su librito que tenía, *El hombre que parecía un caballo*, que es que para leerlo en lo que le tocaba su vacuna.

Pero no, no llegaron a vacunarlos [silencio].

Pasaron varias horas, nada que vacunaban y se oían de cuando en cuando gritos. Balazos. Explosiones. Aruma dijo que luego ya comenzaron con las mujeres.

Después de preguntarle mucho, me lo contó [silencio].

Antes de irlas a matar… las abusaban. Las violaban. También a las niñas, niñas de diez, once años, una apenas de ocho. Todo frente a sus mamases [cubre su rostro. Silencio].

Empalaron mujeres. Eso pasó [silencio].

Y a las embarazadas, a las que iban cargadas, les abrieron la panza. Les sacaron a sus bebés, así nomás [silencio].

Aruma decía que ya no quería que le mataran a la gente delante de sus ojos.

Vio cómo agarraban niños pequeños de sus pies. Imagínese

eso, los agarraban así, los azotaban contra la pared o contra de los árboles esos de tronco ancho.

Árboles hermosos, no debían usarse para eso. Árboles manchados de la sangre. Su sangre de los niños y su dolor.

[Descanso.]

Ese día se llevaron antes a Flor. Aruma quiso quedarse con los patojos, con los tres chiquitos de Flor. Pero ellos se les pegaban a sus piernas de su mamá [ataque de tos].

Duele harto cuando pienso en Aruma cuando llegó a decir: "Ojalá me hubieran matado a mí en el pozo, ¿para qué corrí? Para qué escapar, si me hubieran matado ya estaría yo tranquila. Estar muerta es estar serena, olvidar. Ya muerta ya por favor no me recuerde, tía; déjeme descansar", dijo [llanto].

Los milicos le dejaron el miedo sembrado dentro. El espanto se lo pusieron dentro y cada que veíamos un retén ella se ponía a temblar como esas hojas que tiemblan por el viento.

Yo al principio creí de que Aruma estaba también ahí muerta en el fondo del pozo. Pero no. Luego de que mataron a todos, ella se escondió en la montaña de Visumal con otras gentes de la aldea. Comían nomás raíces y matas de hierbas [suspira].

Aruma vio morir a más gentes en la montaña, a embarazadas también, no había ni comida ni mezcal. Se escondieron en la montaña casi tres meses, sin atreverse a bajar. Regresó flaca flaca, casi así de flaca, así [muestra cómo de flaca]. Con la muerte en la cara, ¿usté ha visto? Su mirada de antes ya nunca volvió. Traía el susto ya metido dentro [silencio].

Cuando acabaron de violarlas a las mujeres y a las niñas, era hora de terminarlas. De matarlas. Se las llevaron primero a fuerza… jaloneándolas. Luego, según ya no. Según ya iban obedientes, iban caminando sin forcejear. Ni amarradas iban.

Le tocó su turno a Aruma. Iba con otras diez al pozo de Itz'Pichil y le preguntaban: "¿Sos guerrillera?, ¿tu esposo, tu hermano, tu papá es guerrillero?

"No", decía [silencio].

Luego… Luego de eso, pasaba que les daban un golpe seco. Un golpe con un mazo, aquí, en esta parte de la cabeza [muestra la nuca]. Y sí, así dijo ella, que con el golpe caían al pozo como

muñecas.

Las echaban al pozo como muñecas. Nunca se me va a olvidar cuando me dijo: “El patojito de una mujer que conocía bien se fue vivo en el rebozo de su mamá. Se fue vivo para dentro del pozo”.

Aruma no quiso decirme nunca quién era esa mujer [suspira].

Qué más le digo. Aruma oyó ruidos, gritos, lamentos que salían del pozo. Aunque no lo crea usté, señorita, muchos seguían vivos allí dentro [silencio].

Dijo Aruma: “Me los imaginaba tratando de respirar entre tanto cuerpo aventado y amontonado. Allá abajo” [silencio].

No creo que ningún milico las ayudara. Los tipos esos se reían, murmuraban y hasta les hacían broma a las que esperaban turno para el pozo. Así me lo contó Aruma. Pasaba una, luego pasaba la otra y la que seguía y así y así. Pum, pum, pum. Al hoyo [silencio].

Dos soldados eran los encargados de una sola cosa. De algo que era ir disparando adentro del pozo. Según para que las gentes se fueran muriéndose. Al final, les echaron granadas también.

Decían, ni modo, la orden es desaparecerlos a todos y no hay de otra. No había de otra, así estaba toda esa gente matando a toda mi gente [silencio].

Pero a Aruma no. Ella se echó a correr, se escapó. No es de que no la hayan querido matar también. Increíble, señorita, se lo digo yo. Increíble cómo corría ella, igual a los gatos monteses. ¿Los ha visto? Corren así, alargando las piernas, lejos las avientan, las lanzan como hacía mi Aruma.

La extraño a la patoja. Tan querida. Se echó a correr, no habrá tenido ni veinte la chamaca. Era como por ai así de altura [muestra la altura] bien chiquita, y eso la hacía más rápida, más liviana.

¿Sabe? La imagino casi volando, sin tocar apenas la tierra. Y su cabello agitado como guirnaldas negras, coronándola.

Asustada, sí, pero también sintiendo su poder, sus ganas de vivir.

Supo, por un instante, lo que vale la vida. Ella, tan joven,

aunque pareciera que no valíamos nada, supo que lo valíamos todo.

Y se salvó con sus piernas, con nada más que sus piernas.

[Descanso.]

Aruma. La imagino a veces en la cima de los Chucumatanes, alza sus brazos y es un ave de terciopelo negro. Desde ahí mira la copa de las nubes, follajes blancos, y se siente volar [silencio].

DECLARATORIA 2.4. VICTORIA J. TECU / TRANSCRIPCIÓN POR MARÍA CLAUDIA KOJ.

Lo de volver a Itz'Pichil es un decir. Incendiaron todo [silencio]. He vuelto al pozo, es lo único que queda bajo la hierba [silencio]. No se pierde de vista el pozo entre tanto verde, porque le clavamos una viga alta, pintada con blanco [silencio]

Aquel día, en el 1983, vi para dentro del hoyo [silencio]. Solo puedo decir de que, al mismo tiempo, tuve ganas de lanzarme a morir con ellos, y de correr y olvidarlos como se olvida la más horrenda pesadilla [silencio].

Pero verlo cerrado… Verlo sellado fue lo que me acabó de quebrar.

Pensará usted que estoy loca [silencio].

Nosotros los que sobrevivimos pensábamos sacar a nuestra gente un día. Enterrarlos sus cuerpos bien, darles la misa, la bendición.

Cuando nos lo den el permiso lo haremos, decíamos y pensábamos. Pero el permiso no lo podíamos pedir tampoco. No fueran, no vayan a matarnos a los que quedamos [silencio].

Ha ido cambie y cambie el pozo. Plantas nacen, crecen y trepan. Muchas. Como si los muertos las alimentaran, verdes, cafecitas, amarillas, bien altas o algunas chaparras. Unas traen flor, hay la flor azul que le digo. La lunita. Y el guayacán [parece reflexionar].

A veces pienso: una planta por cada muerto. Una flor por cada niño, una luciérnaga también.

Más, muchas más las plantas, la vida siempre gana, ¿no cree usté? [parece recordar].

Yo y los demás que sobrevivimos seguimos esperando a sacar

la familia. Saber, bien a bien, si ahí quedaron Flor, sus niños suyos, los demás. No lo sabemos. A lo mejor andan por ahí, a lo mejor y los patojos andan vivos, ¿les dará el sol en sus caras?, ¿será que no recuerdan de cuál aldea nacieron? [sonríe con tristeza].

Sí. Flor, Aruma y los demás eran gente. Personas. Piense usté, señorita, eran gente. Se lo digo yo que los conocí. Gente buena, casi todos con vidas normales, trabajando, unas veces enojados, unas veces contentos.

Yo pienso mucho. Y lo digo cuando alguien oye: no se acuerden del día de las muertes nomás; ese fue un día de todas sus vidas, nomás uno. ¿Verdad?

Nomás un día de todas sus vidas.

Mire vos, mi gente era como los que usté conoce, iban a laborar, a comer, a pasear por ai. A veces a enamorarse iban [silencio]. Ahora ya quedan nomás sus nawales rondando ese pozo de huesos y huesos. Deambulan ahí, en forma de tecolote, burra, perro, liebre, gata, coyote.

Los he visto, yo. Esperan a ver los cuerpos, ellos resguardan, nunca abandonan [silencio].

Puede que no lo crea usté, pero en Itz'Pichil nawales los hay también en forma de jaguara, ocelote, jaguarundi. Lo triste es que quedan nomás las puras sombras.

Sombras seguidas de luciérnagas [silencio]. Aruma quería mucho a las luciérnagas. Pero más a las diosas del aire. ¿Usté las ha visto? Yo sí. Había muchas, muchísimas, antes de eso que pasó. Seguíamos sus cantos en los follajes del tamarindo, en las bromelias y las ceibas. Ahí esconden su verde esmeralda y su azul índigo, con los que alguna vez cubrieron a los príncipes de esta tierra [silencio]. Aruma decía: "Cuando fui yo también quetzal, comí gusanos y rasqué las plumas con mi pico. Volé y canté, no regalé nunca mi poder de viento, de diosa del aire". Yo digo, si no trinás, no queda vida en estos miles de árboles que silban de quetzal.

[Descanso.]

Lo que pido es que saquen todas las osamentas y restos del pozo de lo que fue Itz'Pichil. Que nos digan quiénes quedaron

ahí, al fondo [silencio]. Si antes de eso nos morimos nosotros los que seguimos vivos, por favor acuérdense que el pozo está marcado con la viga pintada de blanco [silencio].

Pido también que a los asesinos los encierren. Ya todos sabemos a quiénes [silencio].

Y pido que diga Chinchilla en dónde fue a aventar el cuerpo de mi Domingo [silencio]. Aunque puede que ni se acuerde, que ya ni lo sepa.

FIN DE LA TRANSCRIPCIÓN.

XIX

LUCÍA

El coyote

Ámalo y deja que te ame. ¿Crees que hay
alguna otra cosa que importa? ¿Y por
cuánto tiempo, en el mejor de los casos,
podría durar […]? Cinco minutos, te aseguro
que serán solo cinco minutos y buena parte
de ellos ¡hélas!, en la oscuridad.

James Baldwin

Al amanecer después de la fiesta del coronelito, mi cuerpo humano y el de Yunuen dejaron de moverse. Un joven militar los arrastró fuera del lago por las piernas. Mi cuerpo iba boca abajo, el joven lo giró y, con delicadeza, apartó el pelo de la que fue mi cara. Al cuerpo de Ocelotl lo reconoció enseguida por el tatuaje de dos cabezas.

Después, el soldado avisó del hallazgo al coronel Estrada.

Semanas más tarde vi al coronelito manejando el BMW blanco de Camilo hasta la orilla del lago. Yo bebía agua y él bajó del auto; me vio desde lejos, se subió de nuevo y se alejó. Tal vez al coronelito le diera miedo ver un coyote aquí en Pinula; tal vez, antes de mí, nunca hubo coyotes.

No sé cómo lo supe, pero Camilo iba amagado en la cajuela de su propio auto.

Fueron hallados en una fosa dos cadáveres en avanzado estado de descomposición. La autopsia reveló que los pulmones de ambos se encontraban

saturados de agua, y posiblemente fallecieron de asfixia. El cadáver masculino perteneció a un hombre de alrededor de sesenta años semiquemado (presuntamente a fin de ocultar los tatuajes en el bíceps que aparentan ser dos cabezas de felino, tal vez jaguar). El cadáver femenino perteneció a una mujer de alrededor de veinticuatro años, semiquemado (presuntamente a fin de ocultar un tatuaje en el cuello que aparenta ser una estrella o flor de loto). Ambos cadáveres aún están siendo analizados por el forense en turno.

XX

TODOS LOS VOLCANES

La piel de la selva

2013

ellos enviarán para tu hijo un nagual
que lo acompañará en el camino
lo guardará de todos los males
cuidará bien su destino

Irma Pineda

Me arruinaste, y desde la tumba. ¿Cuántos días tengo en este búnker? Nadie sale bien librado, ¿cierto? Pero qué otra me quedaba, además de obedecer a los cacos. Para esa gentuza nunca nada es suficiente. Venían por mí, hiciera lo que hiciera. Sí o sí.

¿O no? En fin.

Hubo un momento que pensé: voy a salir de esta, vamos a salvarnos mi hijo y yo. Pero en cuanto leí la noticia… Natalia, ¿cómo pudiste entregar esa copia, Natalia? Tenía que casarme con la mujer más estúpida de la tierra. ¿O es que todos estos años me has odiado?

No solo entregó la mierda sobre la droga, sino también sobre la red de trata de hondureñas, las carreras y el robo de caballos, los camiones de la policía civil. En fin, lo hecho, hecho está.

Lucía debe estar contenta. Muerta pero contenta. Lo logró.

Lo último que pido es que no busquen a mi Andresito. A Natalia despelléjenla viva. Pero al niño déjenlo crecer. Ojalá…

Ojalá mi madre lo haya llevado a Denver, a salvo de esta aberración por la que me castigan a mí, cuando todo lo hicieron esas dos arpías… Y sin siquiera regalarme el tiro de gracia… Cómo hubiese agradecido despedirme de mi niño, sus manitas que atrapaban mis dedos con fuerza, como si nunca fuera a soltarlos. Ahora quién sabe si lo dejarán vivo, quién sabe… Solo sé que el coronelito me va a matar, sí o sí, ¿qué otra cosa podría hacer?

No quiero morir ahogado… Al menos déjenme elegir entre matarme o dejarme asesinar. Es un lujo escoger la propia muerte.

La muerte me anda rondando, verdá, soplándome en la nuca. ¿Cómo no te quebré en la G2? Cómo no te quebré una de esas veces, sentadito con la silla al revés, abrazando el respaldo y escondiendo esos dedos repugnantes. Y sí, sos vos, el pisado que me soplaba en la nuca. Siempre vos, coño… No eras nadie, verdá, gusano apenas… Ora hasta en la cárcel me traés mascado, que si la patoja, que si el bebé, que si te jodí a vos y a tu hermano también. ¿Cuál hermano? Cómo voy a acordarme de cada pisado que nos quebramos, ni parecés milico, Dedos, menos kaibil… Alacrán podrido, nunca mereciste otro trato, ni merecías un hijo de gratis. ¿Que era tuyo? No, no era de nadie. Ese niño llegó gracias a mí, verdá, llegó del cielo. Sí, shuco, ¡que sí! Vos gozaste a la patoja gracias a mí, ¿verdá? Habías de darte harto bien servido, con esa jeta de sapo y ora todo desfigurado por tu bicho favorito. Vas a chillar cuando te quiebre, verdá, de eso yo me encargo.

Híjuela, haría lo que sea por volver a Petén, entrenar en esa selva, ser jefe de vuelta. ¿Dónde quedaron los amigos?, ¿dónde el coronel Estrada? Ni siquiera Ocelote, ese traidor me entregó a la lagarta, a la mexicana. Y mirá que anularle la condena al coronel Estrada y a mí no… Sistema podrido. Corruptos. Jodiendo a los que nos ensuciamos las manos por este país, ¿cómo se atreven a juzgarme? Mierdas son, ¡que sí! Mierdas sin coyoles, verdá, juzgando al Ejército, ¿cómo se atreven? Me carga la marrana, los únicos en esta cárcel podrida, Dedos y yo. Broma del destino. Todo por el cuerpo de un enano que resultó ser alguien, y ora

por una india anciana, una wisa muerta y la vieja del de *La Aurora*, pura vieja y un enano me jodieron. Quién lo hubiera dicho.

Ay, Pablo, mijo, cómo no desaparecí a los dos shucos cuando tuve oportunidá. Mirá qué coyoles de dárselas de padres, estos, cuando jamás te cuidaron. Jamás. ¿Qué te hizo falta, coño? Escuela, casa, comida, doctores, pistola, todo, verdá, todo lo tuviste y así me pagás, Pablo. Malagradecido. ¿Que soy un matón? Vos no sos mejor que yo. Si hubieras vivido la guerrilla como la viví yo, seríamos lo mismo vos y yo.

Ora resulta que no me visitás en la cárcel, que porque te mentí, que porque te maté a tu wisita. Ay, Pablo, eso hacen los padres, protegen a sus hijos. ¿En serio un culo vale más que yo? Esa periodista te usó, ¿no lo ves? Por ella me remataron a Guatemala y ahora ya no me queda nada. Ni Gardenia ni nadie.

Gardenia… Paraíso en la tierra; la tuve y dejé que el pisado de Gavilán la matara. La tuve y la matamos. Por eso soy yo quien siente la muerte cerca. Soplándome en la nuca.

Te siento cerca, Luci. No importa la muerte, para mí vos estás acá conmigo… Brava, orgullosa. Aunque mis palabras no te lleguen nunca, Luci. Recibí tu carta. Ocelote la dejó antes de matarse, el traidor. En un sobre amarillo, en la Jeep, la noche que murieron los dos. ¿Sabés? Fue como lanzar una moneda al aire. Si yo hubiera… Si hubiera abierto el sobre… Pero no, lo dejé para después, Luci, y no pude salvarte.

Tenés razón, las cosas habían de pasar como pasaron. Pero vos debiste decir quién eras, confiar en mí. Ala, ¿cuánto nos habríamos ahorrado?

El saber, el saber de qué sirve cuando llega demasiado tarde.

Me pregunto si intuías el final, en manos de un milico. No te importé yo, soltaste la bomba y ¡pum!, Natalia, la mujer de tu periodista, detonó todo. Nadie se lo hubiera esperado, la mujer del weón de Camilo.

Tal como lo decís, el hijoeputa de mi papá nunca me adoptó… Simplemente me robó y registró con su apellido. Fácil, nadie preguntó nada. Un bebé sacado de la manga… Podían

hacer lo que se les daba la gana, los milicos. Los uniformados como yo.

¿Podían o podemos?

Aun así me da lástima mi papá. En la cárcel de Pavón, traicionado por Ocelote desde México, lo mandaron todo golpeado a Guatemala, todo golpeado por la milica de allá… Esa mexicana hija de la gran puta… Y ahora enfermo, nadie lo visita a él que siempre vio por mí, nunca me faltó nada. Por momentos lo extraño, ¿sabés? No lo hizo todo mal, ni con mala intención. Muchas veces obedeció órdenes, ¿sabés? Vos habrías hecho algunas cosas igual, si hubieras vivido la guerrilla. Lo sé.

Tengo a tus gatos conmigo. Están bien, aclimatándose a su nueva casa. Te extrañan, Luci, extrañan la selva de Chiapas, maúllan por la noche. Te invocan.

Hice lo que pedís en la carta. Pronto conoceré a mi mamá. Sí, Luci, conoceré a mi mamá en un par de días. Vos lo sabías, siempre supiste… De mí, de todos. Y sí, Ricky, el weón, se fue para Texas y ni quién lo mencione, ni quién lo busque. Ahora que la cosa está caliente acá en Guatemala, no creo que vuelva. Todo estalló al mismo tiempo, el juicio a Ríos Montt, el cuerpo del enano que Gavilán mató en México y le cargaron a mi papá; la jodida milica mexicana, el juicio a mi padre; tu reportaje, las declaraciones de la mujer ixil que entrevistaste. Todo.

Falta que caiga el coronel Estrada. Falta vengarme de Ricky. Y de esa hijaeputa que apaleó a mi papá, la tal Estrella. Ya me voy a encargar.

¿Te digo algo? No he pensado mucho en cómo será mi madre. Visité a Natalia antes de que se fuera a Denver por lo del reportaje. Tenías razón también en eso, fue amiga de mi mamá cuando patojas. Dice que a mi madre le gustaba cantar, tocar piano, le decían Aura y tiene el mismo lunar que yo en el labio. Estuvo exiliada en Madrid, mi mamá. Y después en la Ciudad de México. Eso me lo dijeron en Famdegua.

Canta ópera, mi mamá. Quién lo hubiera dicho… Nunca he escuchado ópera, nunca en la vida, weón. Hasta pensé que no podía ser mi madre, por eso de la ópera. Lo pensé con todo y la prueba positiva de ADN… ¿Y mi verdadero padre? Ala, será

también cantante, actor, qué será. ¿Cómo?, ¿dónde habré nacido?

Ella lo dirá.

Te lo voy a decir, cerote. ¡Oime, pues! Eso del viejo quemao es real. ¿Sabés por qué es que a este patio ora se le llama Área Zombi? Pucha, viene de cuando prendimos *on fire* a un muertito ya bien pencaceado, al *famous* comandante Francisco Chinchilla. Shish, ese mero. ¿Te suena su nombre? *Fuck*, cómo me ninguneaba el pisado, hasta me mató a mi hermano gemelo, al Hortensio, y se robó a mi hijo canchito.

Imaginate, cómo no iba a darle cran al Chinchilla, ¡sho!

Lo troceamos a golpes acá mero, un azul me echó la mano a cambio de billete verde. *Money talks* aquí y en China.

Le tiramos casi un galón de gasolina.

Cuando le prendí fuego —con estos trece dedos que por fin hicieron algo de provecho en toda mi *fucking* vida—, pucha, se levantó el pisado. ¡Imaginate! Pucha, salió corriendo en llamas, corre y corre moviendo los brazos. Un zombi *on fire*.

Cuando por fin Chinchilla se remurió bien bien, lo volvimos al tambo ese que antes estaba ahí. Luego lo tapamos. Para siempre.

Ah, cómo nos reímos. Así fue.

Así es, mi Ocelote. Sigo hablándote a ti, confesándome contigo. Eso no cambió con tu partida. ¿Quieres saber algo? Encontré a mi nawala. Sé que estarías satisfecho, aunque confieso que no seguí las instrucciones de tu mamá. ¿Te cuento cómo fue?

No daba con Gavilán; por más que intenté y con todo y tus informaciones, siempre se escabullía el inmundo. Buen vampiro. Me importaba una mierda mi propia vida, pero a mi gente no debí ponerla en riesgo. Rosa por poco no la libra. Casi la mata a golpes, el bestia. Rosa quiso darme gusto, impresionarme, y le estuvo pisando los talones por su cuenta. Sin decírmelo. ¿Sabes lo que hizo la mujer? Se metió sola por él a una bodega abandonada, ¡sin esperar refuerzos! Me sentí tan orgullosa de su ímpetu, de su poder. Pero ella no entendía con qué clase de bestia se metía; solo yo lo podía saber.

De no ser porque Gavilán tuvo poco tiempo para madreársela, ahora Rosa estaría muerta.

Al que agarré facilito fue a Chinchilla. Tenías razón, el méndigo nunca se las olió de ti, no escondió bien el cuerpecito del enano que resultó ser dueño fantasma de una televisora. Chinchilla confiaba en ti, Ocelote. Y mientras Rosa seguía en el hospital, me lo madrié a tablazos hasta que nos obligaron a deportarlo a Guatemala.

Después recibí la méndiga noticia. La de tu muerte. Eran las nueve de la mañana, yo estaba dormitando en la sala de espera del hospital. El aire se cortó, quise hablar, pero las palabras se me regresaban para dentro.

"Explotaron todos los volcanes juntos", pensé. Te imaginé en medio del lago, flotando, llenándose tu bello cuerpo de agua. Sentí mi garganta encogerse y recordé tus músculos de cuando Fort Hood. Prietos, quemados por ese sol que asfixia. Pectorales perfectos, hinchados y brillantes, bien definidos. Brazos más vastos que mis dos piernas juntas, manos que aferraban mis pechos con fuerza y, a la vez, suavidad. Recordé tu voz gangosa, el cuello ancho que no besé lo suficiente. Ni de cerca. Y esa lengua tuya tan suave, gorda, sabor a sal y miel y tierra y sexo.

Prometiste llevarme hasta Salcajá; descubrir su aroma a bosques y humedad, sentir los volcanes. Viajar juntos, mirar la niebla, la luna y la selva de Guatemala. Si estás en alguna parte, Ocelote, ¿te acordarás siempre del día en que nos vimos por primera vez?

¿Cuánto vale regresar a ese momento?

Cuando supe de tu muerte, salí del hospital sin avisar a nadie, sin despedirme de Rosa. No pasé por mi casa, me fui a Guerrero sola, sin maleta, sin nada. Allá renté una habitación frente a la playa en la que alguna vez fui niña; esperé el terral y me clavé entre las olas.

Crecí en ese bravo méndigo mar, como un ser acuático; y aun así tragué bocanada tras bocanada de agua y sal. Se hizo noche y tragué sin piedad, limpiándome la mierda de adentro.

Pero esa mierda es tanta que no pude sacarla toda y quise quedarme allí, entre esas olas de Pie de la Cuesta, así, a morir

igual que tú. Volverme arena y no sentir.

De pronto reconocí a mi nawala. Una cara dulce, verde, largas lenguas y escamas. Respiraba dentro y fuera del mar, sonreía y me llamaba con mi misma voz. Nadamos hasta la playa, salí y ya no la vi más.

Sigo aquí, en Guerrero. Este es mi lugar, Ocelote. Y Gavilán, lo sueño a veces, así, en llamas. Así, como murió después Chinchilla. Ya no lo cazaré más, que se queme, que se incendie solo. En mis sueños se carboniza, y estoy segura de que es él.

Es él. Sus ojos son los míos, el lunar del labio inferior, Dios… El uniforme… Saberlo no es igual a verlo, ¿de verdad me iría sin hablar con él?

No. Sea como sea, él es mi hijo.

Me recordás a alguien, Pablo… Te parecés a ese cantante, a Eric Carmen… Dios, esa canción… ¿Cómo iba?

No te dejés llevar, Aura, respirá despacio, shhhh, Aura, shhhh, mirá. Observá. Y entonces observo: mi hijo es un hombre de treinta años. Fuerte. Armado. Mi hijo es un soldado. Es un militar y este cuerpo lo tuvo dentro, en las entrañas. Meses… Sobreviviste, Pablo, en ese pozo helado, sin aire, sin luz, sin calor. Y aun así, sos perfecto, Pablo. Hermoso. ¿Cómo iba esa canción que adoraba mi madre?, “quiero llevarme de vos un collar de golondrinas”…

Aquí estamos, cerca otra vez, vos y yo. ¿Pero a salvo?

No queman las rodillas, no duelen los dientes, no tengo frío y estamos bien. Esto es real, estamos bien. Veo a mi hijo; es un hombre. Es bello y nada más.

Nada más te contaré una última. Subir aquella montaña, fue… fue de lo mejor que hice en mi vida.

Caminaba por un sendero empinado, la vegetación se cerraba. Arranqué cientosdehierbas, acomodé palos y pétalos —solo para mantenerme ocupada, antídoto al run run de mi mente—, y cayó la noche, así, de pronto.

Fue justo cuando rodeé el pico. Al estar del otro lado, la luz desapareció, los sonidos se dispararon. Solo losgrilloscantaban,

criii criii. Los pájaros no. Ellos, silentes. Y un tiempo aguanté, valerosa, a paso firme. Recogí dos piedras, una redonda y lisa, otra irregular. Seguí adelante con ese rostro clavado en mis pupilas, el rostro de Pablo.

Ya iba de vuelta cuando lo percibí. Algo me vigilaba. De vez en cuando volvía la vista, pero todo era oscuro.

¿Te has sentido observada? Un par de ojos empujaban mi espalda. ¡Acelera el paso! Volteé izquierdaderecha, atrasarriba, derechaizquierda. Y escuché uiii uiii, a nivel de la tierra y no en los árboles. Esperaba hallar el brillo de dos ojos y estrujé las piedras. De algo me tenía que agarrar.

No me vaya a salir cualquier bestia por delante mientras yo miro atrás, pensé. ¿Hacia dónde observar? Aquí viene ese uiii uiii sin origen, pero con un destino claro.

Ese sonido me sujetó. ¿Venía de la tierra, venía del pozo?

Y supe lo que era. Y descansé. ¡Eras vos, Natalia! La que me completaba, la que me redimía, eras vos…

Eras vos, Aruma, tu canto, tu voz la que venía del bosque. ¿Te despedías?

Aruma, escuchame. Subí a lo que fue Itz'Pichil, me senté largo rato frente al pozo y te recordé. Eso de ir a la escuela te gustaba, no faltabas nunca, ni aguacero ni calor te detenían, en leer se te iba el tiempo, Aruma. ¿Dónde conseguías tanto libro? La carta que dejaste antes de matarte, yo la guardo bien guardada y a veces la saco y la leo para hablarte, ¿sabés?, para responderte cuando me preguntás. Vos soñabas mucho y andabas queriendo saber si yo iba a cuidar a tu Domingo cuando saltaras de los Chucumatanes. Preguntabas si yo no soñaba, si no veía a Flor, a los niños allá muertos pero vivos. Que si no veía yo las sombras de nawal.

Por eso fui a Itz'Pichil. A decirte que sí, sí las veo. Cientos de luciérnagas eran las que brotaban del pozo, todas encendidas, ellas, y sonaban los nawales como si estuviera yo metida en el corazón de la selva.

Te acordás cuando me preguntabas: "¿Y quién va a reponer a todas las gentes muertas de Itz'Pichil, tía? A toda la aldea, ¿quién

la va a reparar, tía Victoria?”

Yo no sabía qué o cómo contestarte, Aruma; pero hoy quiero reponerte, hermosa y brillante. Reponerte hablando de vos.

Ahora me detengo. Mejor callo. Aquello que sigue lo dejaré para después. Tal vez para el final. O al final del final. Para que todos lo sepan, sí, que lo recuerden: ahí, en esas aldeas, en esos pueblos, había gente. Personas había. Y estaban todas vivas.

Conforme a los datos reportados en el documento "Guatemala, nunca más", parte del Informe del Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (Informe REMHI) elaborado por la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, y el documento "Memoria del Silencio", elaborado por la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), durante la dictadura del genocida Efraín Ríos Montt (1982-1983), en Guatemala fueron asesinadas / desaparecidas alrededor de cien mil personas; muchas de ellas apenas habían llegado a la pubertad.

NOTA DE LA AUTORA

Cuando todo enmudece,
cuando la gravedad de los hechos rebasa
con mucho nuestro entendimiento
e incluso nuestra imaginación, entonces está ahí,
dispuesto, abierto, tartamudo, herido, balbuceante,
el lenguaje del dolor. De ahí la importancia de dolerse.
De la necesidad política de decir "tú me dueles"
y de recorrer mi historia contigo, que eres mi país,
desde la perspectiva única, aunque generalizada,
de los que nos dolemos. De ahí la urgencia estética
de decir, en el más básico y también
en el más desencajado de los lenguajes,
esto me duele.

Cristina Rivera Garza

Durante la dictadura del genocida Efraín Ríos Montt (23 de marzo de 1982-8 de agosto de 1983) fueron asesinadas / desaparecidas alrededor de 100,000 personas (de las cuales 7% era parte de la guerrilla y 93% civiles; 80% eran habitantes rurales y 20% urbanos). De ese número, alrededor de 2,000 eran maya ixil y representaban 33% de esa etnia, lo que significa que el Estado exterminó a 33% de la población maya ixil (y a 1.5% de la población total de Guatemala, en menos de año y medio).

Cada día morían casi 200 víctimas en un país que en ese entonces tenía aproximadamente siete millones y medio de habitantes.

Para dimensionar el impacto, aplico estas proporciones a la

población de México, país vecino a Guatemala con altos índices de violencia y desaparecidos en las últimas décadas. Esta relación equivaldría a que actualmente, en México, murieran por violencia extrema de Estado casi tres millones y medio de personas en un plazo de 16 meses, lo que equivale a decir 3,500 víctimas diarias en manos del Estado.

La métrica mundialmente utilizada para comparar el número de asesinatos entre ciudades y países es la tasa de homicidios por cada 100,000 habitantes. En los últimos años (desde 2018), la tasa en México ascendió, escandalosamente, a casi 30 homicidios por cada 100,000 habitantes. La tasa en Guatemala durante el periodo del genocidio fue de casi 1,000 homicidios (incluyendo desaparecidos) por cada 100,000 habitantes.

Resulta atroz pensar que, durante la última dictadura argentina (1976-1983), fueran asesinadas / desaparecidas por el Estado 30,000 personas en un periodo de siete años con siete meses: 11 personas diarias. Durante la dictadura de Pinochet en Chile (1973-1990), se reportan alrededor de 3,000 personas asesinadas / desaparecidas en un periodo de 16 años: cada dos días era asesinada o desaparecida una persona por el Estado.

También resulta atroz que en México la guerra contra el narco haya provocado la muerte de alrededor de 250,000 personas en un plazo de 14 años (entre 2006 y 2020).

Si todo ello es atroz, ¿cómo calificar que, en menos de un año y medio, hayan sido sistemáticamente masacradas, fusiladas o desaparecidas casi 100,000 personas por el Estado de Guatemala, un país 16 veces más pequeño que México en superficie?

Hablar más de Guatemala, eso quiero. Hablar tanto como de otras dictaduras y genocidios; hablemos de ese país que comparte 871 kilómetros de frontera con México, frontera ilusoria que entrelaza cientos de miles de amores, amistades, desamores y crueldades.

En 2015 inició mi obsesión por la historia de mi país vecino. Ese país fascinante, a veces enigmático, a veces hechicero —al que yo concebía como un paraíso cubierto de volcanes, selvas, textiles coloridos y quetzales—, de pronto me empezó a doler.

Escribí un cuento corto sobre Dedos. Después, Chinchilla. Poco a poco, otras voces me hablaron hasta llegar a mi última personaje: Aruma.

Ahora, a Guatemala la veo también como un coro y mosaico de personas y pueblos magníficos. Sobrevivientes de forma sobrenatural, pues nadie debería padecer esa violencia —tan indecible, que es urgente decirla más.

¿Por qué existen lugares que desaguan rojo? *Digamos la verdad*, propone el periodista y escritor salvadoreño Óscar Martínez. "Somos sociedades de mierda. Reformulemos: somos sociedades crueles. Sigamos: somos sociedades capaces de hacer que decenas de miles de personas envidien el cuido que reciben nuestras mascotas."

Sociedades que han permitido y tolerado que el ejército empale personas, estrelle niños y niñas contra el pavimento y las paredes. Violencia sexual sádica; abrir mujeres embarazadas, sacar a sus bebés y tirarlos al fuego.

Miles de migrantes intentan llegar a Estados Unidos atravesando mi país, y muches (demasiades) quedan desmembrades, violades, secuestrades o muertes. Muches vienen arrastrando traumas (en el sentido de un dolor que no tiene solución), experiencias que ni en las peores películas apocalípticas hemos visto; miles de jóvenes guatemalteques han crecido entre personas que vieron sus aldeas arrasadas, masacradas. No merecen menos que toda nuestra admiración y respeto.

Esta es una novela de ficción. No reproduce las experiencias exactas de ninguna persona, pero se inspira en muchas. Las palabras de Victoria recogen algunos de aquellos testimonios inmortalizados en la sentencia dictada por la querida y admirada jueza y doctora Iris Yassmin Barrios Aguilar, caso promovido por la también querida y admirada exfiscal general y defensora de los derechos humanos, Claudia Paz y Paz; todo, gracias a tantas víctimas que se atrevieron a comparecer. Personas que, igual que

todes les habitantes del planeta, buscan una vida en la que puedan estar mejor y ser felices.

Esos testimonios, y otros más, me llevaron a imaginar la historia de personas que pudieron existir. Que seguramente existieron.

Espero que este libro duela. Como lo dice la poeta dominicana Yaissa Jiménez, que este libro rasguñe por dentro y no nos deje dormir en paz. Que estas páginas lleven a voltear hacia Centroamérica y dolernos con ella.

Fiscalía acusa a Ríos Montt de genocidio.

Primera plana del diario *La Hora*, 26 de enero de 2012, Guatemala. Tomado de Issuu, https://rb.gy/9v4h3x

Residencia de Donaldo Alvarez Ruiz fue cateada

Teniente, de 27 años, sustituyó al general Chupina

PRENSA LIBRE

POR UN PERIODISMO INDEPENDIENTE HONRADO Y DIGNO

EL PERIODICO DE MAYOR CIRCULACION

España'82

1982

PHILIPS

VEALO MEJOR CON PHILIPS

AÑO XXXI GUATEMALA, MIERCOLES 24 DE MARZO DE 1982 NUMERO 9404

Ejército ofrece paz, trabajo y garantías

Declaración de Ríos Montt, presidente de la junta militar

Detectives bajo control del Ejército

Washington observa detenidamente los sucesos de Guatemala

Junta militar publicará hoy el plan de gobierno

72 PAGINAS 25 CENTAVOS EN LA CAPITAL 35 EN LOS DEPARTAMENTOS

SUPLEMENTO viajes INCLUIDO

Radiograbadoras desde Q.79.90 NATIONAL PHILIPS RIVIERA TOSHIBA GRATIS 6 CASSETTES

ALMACENES "CONTE"

Ejército ofrece paz, trabajo y garantías.
Primera plana de *Prensa Libre*, donde aparece la Junta Militar en Guatemala integrada por Horacio Egberto Maldonado Schaad, José Efraín Ríos Montt y Francisco Gordillo Martínez, 1982. Tomado de la Hemeroteca Digital de *Prensa Libre,* https://rb.gy/5oqnrz

4—AGENDA—JUNE 1995

Editor's Note: Ann Arbor artist and activist, Phyllis Ponvert, recently participated in a week-long fast and vigil on the steps of the Capitol Building in Washington, D.C. Ponvert, and others from all over the country, were protesting the operation of the U.S. Army School of the Americas (SOA). Critics claim the SOA is responsible for systematically training Latin American army officers in some very undemocratic ways of soldiering including advanced combat skills, interrogation techniques and psychological warfare. Protesters also point out that many of the school's graduates have been involved in some of the most horrific human rights violations in Latin America in recent memory. In El Salvador alone, war crimes committed by SOA graduates include the assassination of Archbishop Romero and the murder of four U.S. nuns (1980), the massacre of hundreds of civilians at El Mozote (1981), and the murder of six Jesuit priests and two women (1989). SOA graduates from Argentina, Bolivia, Colombia, Ecuador, Guatemala, Honduras, Panama, and Peru have also been linked to death squads, drug trafficking, coup attempts, tortures, assassinations, murders and massacres.

The following article is an edited version of a journal kept by Ponvert from March 24-March 30.

PHOTO: PHYLLIS PONVERT

Jennifer Harbury meets the press holding a photograph of her husband, a Guatemalen rebel commander who was murdered in prison on the orders of Colonel Julio Alpirez, a graduate of the School of the Americas with CIA connections.

Closing Down the School of Assassins

Protest Focuses on Brutal Legacy of U.S. Army's School of the Americas

BY PHYLLIS PONVERT

On a chilly Friday morning in late March, I step out of the subway at Union Station in Washington, D.C. I've left winter behind in Michigan: outside here the daffodils are in flower and the trees are beginning to bud out. With my camera and backpack, I could be just another tourist here to enjoy the museums and cherry blossom time. But I'm here for another reason. I pull on my scarf and hat and cross the street. After several long blocks, I arrive at the east steps of the U.S. Capitol building.

It's almost 10 am and I can see tourists and school groups beginning to line up for a tour of the Capitol. There's another group gathering on the steps, unfolding banners and putting down cushions. For the next seven days I will be part of this group. Over 200 people from across the nation will be here each day from 10 am to 6 pm to hold a liquid-only fast and vigil. We come together to focus attention on a shameful but little-known U.S. military institution: the U.S. Army School of the Americas in Fort Benning, Georgia. With our fast and by educating both our government and the public, we want to close down the School of the Americas.

Formed in Panama in 1946 and moved to the U.S. in 1984, the school, more accurately named by critics as the "School of the Assassins," has been responsible for the death and suffering of countless people in Latin America. Each year, hundreds of soldiers from Latin America continue to hone their combat skills at the SOA and return home to repress their own people. Their targets are the poor, teachers, trade unionists, farmers and human rights workers; those who dare to speak out against their repressive, military-controlled governments. They are kidnapped, tortured, some are decapitated, and found by the road in plastic bags or in clandestine graves. Most are never found. This year, 1,800 Latin American soldiers will come to the U.S. Army School of the Americas. Their training and all their expenses (including trips to Disneyland) will be paid for with our tax dollars.

The founder of School of the Americas Watch and Maryknoll priest, Father Roy Bourgeois, recently served 16 months in jail for trespassing on the base and pouring blood on photos of SOA graduates in the school's main hall. An energetic and upbeat activist, he has set up the School of the Americas Watch office just outside the main entrance of Fort Benning. The office does research on and educates the U.S. public about SOA training and its implications on the poor of Latin America.

I find a spot for myself on the steps and take off my pack. I can see Roy talking to people. He is dressed in jeans and an Irish fisherman's sweater. "The school should be closed," he says, "first because of the horrible cost in human lives to the people of Latin America and the Caribbean and second, because we don't think U.S. taxpayers should be funding this type of official terrorism."

Tour groups begin to pass by us as they walk up the Capitol steps. We hand out literature and talk to those who are interested. We find most people don't know about the SOA and some don't believe us. But almost everybody knows about Jennifer Harbury because the papers and television are full of her story. She is the American woman who has been pressuring the U.S. and Guatemalan governments for three years to tell her what happened to her husband, a Guatemalan rebel commander. Twelve days into her third hunger strike, this time in front of the White House, she has just learned that her husband was murdered on the orders of an officer in the Guatemalan army. Representative Robert Toricelli, Democrat from New Jersey and member of the House Intelligence Committee, has also disclosed that Colonel Julio Alpirez, the responsible officer, was in the pay of the CIA. Alpirez is a graduate of the SOA.

The day grows warm, and people begin to take off jackets and hats. It feels good to be outside basking in the sun and the energy of our common cause. Fasters from a number of national religious and peace and justice organizations are here: Veterans for Peace representing vets from World War II, Korea, Viet Nam and the Persian Gulf War; The Presbyterian General Assembly representing a membership of almost 3 million; Witness for Peace; Pastors for Peace; the Maryknoll Community; Committee in Solidarity with the People of El Salvador; National Organization in Solidarity with Guatemala; the Nicaragua/U.S. Friendship Office; Women's International League for Peace and Freedom; Women Against Military Madness; Pax Christi; the Jesuits; the Minnesota AFL-CIO; and The Religious Task Force on Latin America. Many other smaller faith and resistance groups with ties to Latin America are present, including eight fasters from the Interfaith Council for Peace and Justice from my hometown Ann Arbor, Michigan who have driven all night to be here with us today.

I am disappointed but not surprised that our fast receives no media coverage, although Jennifer's story and the CIA/Guatemalan military connection are widely reported in The New York Times every day. Even they can't resist reporting the story that Ted Turner wants to do a movie about Jennifer's life, perhaps starring Madonna.

The second afternoon, Jennifer Harbury comes to the steps to be with us. It's late and the tourists are gone. I look up to see people around me standing up and applauding as she walks across the blacktop. Jennifer smiles at us, easy and familiar, as if we are all old friends. She's 43, but looks younger. Her eyes are enormous and I wonder if that's from the fast or all the things she has seen.

"I've been thinking," she says, "of one of the people I wrote about in my book *Bridge of Courage*—a man who lost many of his friends in the Resistance. I asked him, how can you stand it? How can you deal with this insane country? It's just too cruel.

"He said, 'For all of us, we don't expect to survive. But we want it to be different for the next generation. It's gone on for 500 years and we all consider ourselves part of a human bridge. We just lie down across the chasm and let the next generation walk across our backs to the other side.' The next week he was killed by the death squad. They broke both his legs throwing him into a trunk."

Jennifer's short brown hair brushes her face as she talks. I remember reading that she had gone to a government meeting yesterday wearing a borrowed dress and shoes.

"My husband made a choice. He wanted to be part of that human bridge." She looks down and pauses. "It's what I loved him for and still do love him for. I feel like all of you share that sentiment. That's why you're here this week. It's only through this incredible teamwork that our government will change some of its destructive policies like the School of the Americas, and the CIA. I'm very grateful that we have the privilege of being the living half of that bridge."

For the third straight year, Rep. Joseph Kennedy, Democrat from Massachusetts, is sponsoring a "Dear Colleague" letter to President Clinton, now circulating for co-signers in the House. The letter asks that the funding—$3 million a year—be terminated for SOA training. The amendment has been defeated the previous two years and there is little chance of it even coming to a vote on the floor with a Republican majority in Washington.

One of our tasks is to drop off information to each Representative, meet with a foreign policy aide, and encourage them to endorse Kennedy's letter. Thursday afternoon four of us go to the Longworth Building where each of us visits offices on two floors. It is always difficult for me to make these visits. Every detail of the architecture of the buildings and offices is designed to reinforce the vast power of the U.S. government. But I continue to do this work because it would be harder for me not to.

Closing down the school of assassins.

Agenda Publications, vol. 10, núm. 3, Estados Unidos, 1995.
Tomado de la biblioteca digitalizada Ann Arbor Library,
https://rb.gy/yj0lgp

10 / MIÉRCOLES 17 DE NOVIEMBRE DE 2010 unomásuno /11

Reconoce Marina presencia de ex kaibiles en filas del narco

*Entrenan a jóvenes que se integran a los cárteles

Rechaza García Luna narcoinsurgencia

Anuncian regreso de patrullaje militar a calles de Ciudad Juárez

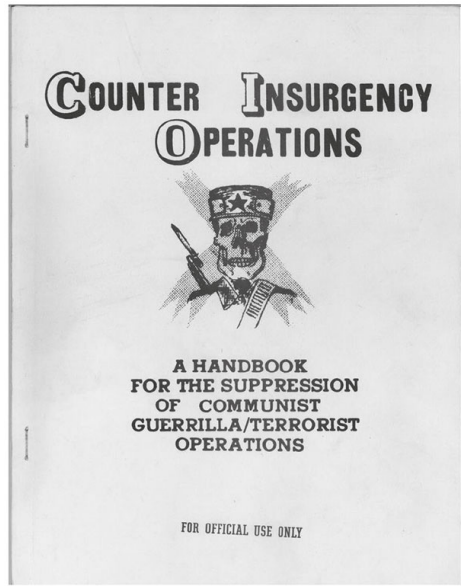
Genaro García Luna, secretario de Seguridad Pública Federal.

Reconoce Marina presencia de exkaibiles en filas del narco.

Uno Más Uno, 17 de noviembre de 2010, México, pp. 10-11. Tomado de Issuu, https://rb.gy/fi9ce6

Efraín Ríos Montt y Ronald Reagan.
"Allan Nairn: después de la condena a Ríos Montt, EE.UU. debe responder por su participación en el genocidio guatemalteco", 15 de mayo de 2013. Tomada de *Democracy Now*, https://rb.gy/twnzeg

Irma Flaquer grave; condenan atentado.
Portada de *Prensa Libre*, indicando que lanzan una potente bomba contra el vehículo de la periodista Irma Flaquer en la avenida Simeon Cañas zona 2, Guatemala, 7 de septiembre de 1969. Tomado de la Hemeroteca Digital de *Prensa Libre,* https://rb.gy/ixlcv1



Counter Insurgency Operations (Handbook). Portada del *Counter Insurgency Operations. A Handbook for the Suppression of Communist Guerrilla Terrorist Operations*, edición de 1961 realizada con base en las "lecciones" aprendidas de la Emergencia de Malasya, Papers of John F. Kennedy Presidential Papers, President's Office Files/John F. Kennedy Library. Tomado de la revista *Perspectives on History, American Historical Association,* https://rb.gy/xwcagl

■ Mujeres y niñas, 80% de las víctimas: activistas; el delito afecta a 4 millones en el mundo

Cada año secuestran en México a 20 mil para trata laboral o sexual

■ Indígenas, jornaleros, afrodescendientes, migrantes y jóvenes, los sectores más vulnerables

ELIZABETH VELASCO C.

De acuerdo con la Organización Internacional para las Migraciones, cada año 20 mil personas son secuestradas en México con fines de explotación laboral y sexual, siendo las niñas y mujeres 80 por ciento de las víctimas.

Informante lo asesor Gretchen Kuhner, coordinadora del Instituto para las Mujeres en la Migración. Mónica Salazar, del Colectivo contra la Trata de Personas en México; Adla Díaz, de la Coalición para la Abolición de la Esclavitud y la Trata de Personas (CAST, por sus siglas en inglés), y Antonia Chávez, del Observatorio Latinoamericano sobre Trata y Tráfico de Personas, cuplido México.

En conferencia de prensa, en la cual presentaron a la mexicana Flor Molina y a la colombiana Marcela Loaiza, víctimas de trata con fines de explotación sexual y laboral, respectivamente, las activistas señalaron que la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito estima que cada hechos involucran cada año a más de 4 millones de mujeres y niños en el mundo, las cuales son vendidas con para los fines referidos, así como para el tráfico de órganos o la mendicidad.

VIOLENCIA Y FALTA DE POLÍTICAS PÚBLICAS RECRUDECEN EL PROBLEMA NACIONAL

En el caso de México, refirieron, la trata se ha recrudecido por el clima de violencia y la ausencia de políticas públicas para atender y mejorar las condiciones de vulnerabilidad y pobreza extrema de niñas y mujeres explotadas a escalas nacional e internacional.

Ante el creciente número de víctimas, las activistas y las autoridades de trata consideraron de la mayor relevancia que las autoridades de los tres niveles de gobierno atiendan las necesidades de los grupos sociales en situación de vulnerabilidad, en particular las poblaciones indígenas, jornaleros agrícolas, afrodescendientes, migrantes, jóvenes, niñas y mujeres inmersas en contextos de crimen organizado o en reclusión.

Al dar su testimonio, Molina refirió ser víctima de trata laboral. La indígena de la sierra norte de Puebla relató que fue engañada luego de que falleció su pequeña hija, a quien no pudo atender en un hospital por carecer de recursos. Temerosa de la suerte de sus otros dos hijos, y ante una "oferta" que le hicieron, decidió irse a Estados Unidos a laborar.

Molina no fue de su conocimiento que sería recibida en una fábrica de ropa de Los Angeles, "con una jornada de las 4 de la madrugada a las 10 de la noche, o más tarde, en condiciones de abuso y violencia. Su tratante la sigue buscando y amenazando, según dijo.

Marcela Loaiza, sobreviviente de trata con fines de explotación sexual, durante su participación en la conferencia de prensa en la ciudad de México para advertir sobre ese delito ■ Foto Cristina Rodríguez

ENCERRADA EN UNA FÁBRICA DE ROPA EN LOS ÁNGELES, TRABAJABA 18 HORAS AL DÍA

El caso de Loaiza fue distinto, pero también grave. Ella fue engañada por la mafia japonesa y prostituida durante 18 meses en Japón, donde sufrió todo tipo de vejaciones. Hoy tiene una fundación en Colombia con su nombre, ha escrito dos libros y es la cara pública de la campaña de Naciones Unidas contra la trata de personas.

Víctimas y activistas señalaron que es necesario que los gobiernos, organizaciones sociales y medios de comunicación no revictimicen, estigmatizen ni discriminen a las personas que han vivido alguna situación de trata, y se realicen acciones que prevengan a más personas sobre este crimen, entre otras propuestas.

■ Circulan a diario $700 millones en 15 mil negocios del país: Anidice

Piden "regularizar" los *table dance* para evitar criminalización del sector nocturno

ALFREDO MÉNDEZ

En los 15 mil establecimientos que comprende la industria del entretenimiento nocturno en el país, cada día circulan al menos 700 millones de pesos, y se estima que aproximadamente 600 negocios de ese tipo corresponden a *table dance*, refirió Ismael Rivera, presidente de la Asociación Nacional de la Industria de Discotecas, Bares y Centros de Espectáculos (Anidice).

En conferencia de prensa, el representante de los llamados antros, bares y centros nocturnos añadió que el alto flujo de dinero en ese tipo de negocios, así como las posibilidades de que algunos grupos de delincuentes aprovechen la oportunidad para incurrir en trata de blancas, explotación sexual de mujeres, hombres y menores de edad, y lavado de dinero obliga a las autoridades a emitir regulaciones "objetivas y respetuosas de los derechos fundamentales de trabajadoras y de empresarios".

Rivera pidió la regulación de los *table dance* en México, fundamentalmente para evitar que se criminalice a todo el sector de la vida nocturna.

Asimismo, propuso hacer un padrón mediante el cual se registre a las bailarinas ante la autoridad, se cuente con una licencia específica y el gobierno supervise los lugares de forma permanente, a fin de dar certeza jurídica al establecimiento, a los trabajadores y a los clientes.

Expuso que sólo en el Distrito Federal hay 160 *table dance*, pero al no tener un registro concreto, por los giros *negros*, se "criminalizan a los establecimientos en regla" y, como consecuencia de ello, el negocio de la vida nocturna se redujo 60 por ciento.

"A partir de los *operativos* en los *table dance* de la capital del país se ha desatado una cacería de brujas directamente contra los lugares, y hay enorme inseguridad jurídica", destacó.

Los extranjeros pagan su deuda sufriendo por explotación

Como ejemplo, mencionó el caso *Sofal Gold*, donde una venezolana y una colombiana argumentaron ser "esclavas sexuales", y ahora seis mujeres que trabajan haciendo la limpieza en el lugar están detenidas en el Penal de Tepic, Nayarit, mientras tres empleados fueron liberados del Penal de Puente Grande, Jalisco, por falta de pruebas.

Dijo que en la Ciudad de México hay 10 casos de bailarinas que se dedican a extorsionar a empresarios, a quienes les piden dinero o de lo contrario los denuncian por trata.

Cada año secuestran en México a 20 mil para trata sexual y laboral.

La Jornada, 25 de septiembre de 2013, México, p. 35. Tomado de Issuu, https://rb.gy/0blk97

MITOS. Confirman la existencia del "Área 51" en Nevada, pero no albergaba evidencias de extraterrestres sino aviones espía | 23

El gobierno egipcio declara la guerra a los Hermanos Musulmanes

■ *Los acusa de terrorismo, de practicar un fascismo teológico y amenaza con disolverlos* ■ *Su objetivo es la violencia, no la protesta pacífica, señalan autoridades* ■ *El saldo del "Viernes de la ira" se elevó a 173 muertos y mil 330 heridos* ■ *Arrestan en El Cairo a hermano del líder de Al Qaeda* ■ *Seguidores de Mursi desafían al régimen y salen a las calles* ■ *Iglesias cristianas acusan a la hermandad musulmana de los ataques a 49 templos cristianos y protestantes* .20 y 21

LA ESQUINA

La situación en Egipto se sume en una espiral sin salida. La violenta respuesta gubernamental a la violencia desencadenada por la oposición solamente escala el nivel de la confrontación. El gobierno tacha de terroristas a los hermanos Musulmanes y amenaza con disolverlos. Sin embargo, el grupo tiene larga data en el país y su presencia entre la población no puede ser minimizada. Ni uno ni otro lado ceden, ni se avizoran puntos de acuerdo. La perspectiva de una guerra civil no es lejana. Es el peor escenario para una región geopolíticamente crítica.

Presidente: Jorge Kahwagi Gastine

DOMINGO 16 AGOSTO 2013

año 20 Vol. 1 $7.00

www.cronica.com.mx

LA CRÓNICA DE HOY ®

Ola de violencia en Guerrero y Michoacán deja 25 muertos

El miedo obliga a habitantes de Las Chascuitas a refugiarse en Acapulco

■ Ante la violencia que se vive en la comunidad, perteneciente al municipio de San Miguel Totolapan, 29 familias abandonaron sus viviendas y se resguardan en Acapulco, donde piden a las autoridades y organizaciones de derechos humanos garantías de seguridad y la reubicación, porque no volverán a su pueblo de no ser así

■ Los desplazados, quienes llegaron a Acapulco desde hace 17 días, con ayuda de la Iglesia católica, interpusieron una denuncia ante la Comisión Estatal de Derechos Humanos (CEDH) .4

[Miss Horacio Ramos en Acapulco]

Hombres, mujeres y niños de la comunidad de Las Chascuitas exigen garantías de seguridad y reubicación por la quema de sus viviendas por parte de grupos armados.

Detiene el Ejército al *X-20*, líder del Cártel del Golfo

Está clasificado como un hombre peligroso, igual o más violento que *El Z-40* .5

Dieciséis personas fueron asesinadas en la Tierra Caliente de Guerrero; ocho se hallaron en San Miguel Totolapan, mientras que en Taxco de Alarcón aparecieron los cuerpos restantes en una fosa clandestina

■ Se presume que se registró un enfrentamiento entre hombres armados, ya que los occisos traían pecheras y fornituras

■ En el municipio michoacano de Buenavista Tomatlán, nueve individuos fueron ejecutados con el tiro de gracia; se hallaron amordazados, atados y torturados .3

[Miss Horacio Ramos en Acapulco y Ignacio Rosas Mendez en Michoacán]

ACADEMIA | 18

Nuestros científicos. *¿Qué relación hay entre las alarmas contra robo de mercancías y la ciencia? La respuesta la tiene la física de materiales; Vivianne Marquina y Raúl Gómez nos explican*

[Laura Vargas Pineda]

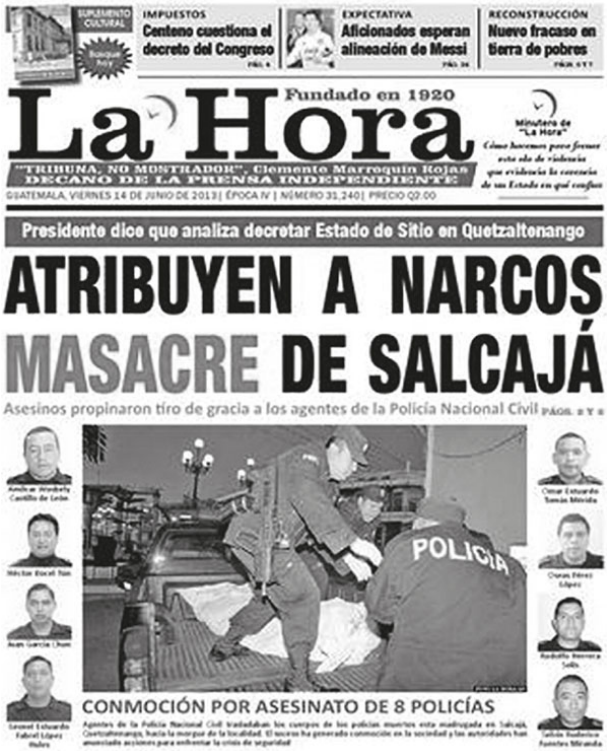
ACADEMIA | 17

Ahora, hamburguesa de caracoles; estudiantes del IPN desarrollaron el platillo nutritivo, bajo en colesterol, de fácil digestión y de precio accesible

ESCRIBEN

Rafael Cardona	Uno
Manuel Gómez Granados	Dos
Olimpia Flores	Dos
Carlos Fonseca	Tres
Juan Manuel Asai	Cuatro
Saúl Arellano	Cuatro
Mara Pacheco	11
Luis Manuel Guerra	19

Ola de violencia en Guerrero y Michoacán deja 25 muertos.
Primera plana del diario *La Crónica*, 16 de agosto de 2013, México.
Tomado de *Kiosko.net*, https://rb.gy/b3gev1



Atribuyen a narcos masacre de Salcajá.
Primera plana del diario *La Hora*, 14 junio de 2013, Guatemala. Tomado de Issuu, https://rb.gy/xtbyuo

› Entre los apostadores estaba El Curro, un hombre originario de Veracruz el cual porta una gorra blanca.

› El Ferras no pudo darle batalla al caballo de los veracruzanos.

CRIMEN ORGANIZADO

Al descubierto narcoapuestas

GASPAR AGUILAR SE BURLA DE LAS AUTORIDADES, PUBLICA EN FACEBOOK CARRERA DE CABALLOS.

PLAYA DEL CARMEN

Por Redacción › Quequi

Las redes sociales se han convertido a últimas fechas en una herramienta por demás indispensable, también en un arma de doble filo, en la región otra vez a través del Facebook salen a relucir actos ilícitos, en este caso, carreras de caballos de narcos de distintas partes del país.

Esta vez, fue el 6 de enero, en el rancho Tres Reyes de Playa del Carmen, propiedad de Gaspar Aguilar (él se considera a sí mismo el gringuer rey, aparte de Melchor y Baltasar), se jugaron varias carreras donde corrieron las apuestas con personas del ejido Isla Mujeres y otras presumiblemente relacionadas con el narcotráfico, procedentes de Veracruz.

Como antecedente, no hay que olvidar que Gaspar Aguilar, un exterminado ejidal que está involucrado en diversas actividades dudosas y un megafraude en el ejido de Playa, que por cierto su primo es actualmente el comisariado ejidal y lo ayuda a limpiar ese fraude-, junto con Willy Peralta, un vendedor de carbón, que por herencia es ejidatario de Isla Mujeres, perdieron una carrera con los narcos y como las apuestas con estos eran tan altas no tenían el suficiente dinero para pagar y sufrieron en carne propia un secuestro "express".

DATO

La última carrera clandestina, se realizó el 6 de enero al poniente del poblado de Gaspar Aguilar y no poder pagar, fue levantado por los veracruzanos.

O ME PAGAS O ME PEGAS

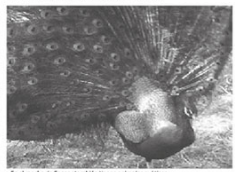
Gaspar se arregló como pudo con ellos y a Willy, junto con su familia, lo trasladaron desde el mencionado rancho Tres Reyes (prolongación avenida Juárez, kilómetro 7 pasando la gasera), de Playa del Carmen, hasta Cancún para que pagara su deuda y tuvo que entregar un carro Renault modelo Clio, con todos los papeles firmados.

Los apostadores veracruzanos venían de Yucatán, donde ganaron varias carreras y con esa fuerza tenían ganas de apostar fuerte. Entre ropas, cervicia, camionetas último modelo y aplausos de sus familiares y amigos, se llevó a cabo la competencia en la que se apostaban miles de pesos y hasta terras.

Por turnos llevaron a los carriles a la yegua de Willy Peralta, otra de Walter Ferras, al que le puso "El Ferras" (también conocido como El 04) y famosísimo caballo: El Rubio, propiedad de los presuntos narcos que había vencido cada mes a ganar.

El Rubio estaba imbatible, y sus propietarios originarios de Alvarado, Veracruz, probaron otra vez las mieles del triunfo sobre la yegua del Willy, y el justo con Gaspar, tenían que pagar lo convenido al 'Curro', dueño de El Rubio.

› Sin recato, Gaspar Aguilar burla a todas las autoridades.



› En el rancho de Gaspar también tienen animales exóticos.

Como siempre la rebatinga, el "te pago después", pero en estas cosas no se juega. Gaspar cedió y pagó y hasta subió fotos al Facebook para presumir sus pasiones por las carreras de caballos. Pero seguían los problemas con el otro apostador.

Por poco tercian en balacera la discusión, pero Willy les dijo que tenía un dinerito en Cancún, a donde le llevaran los vencedores de la apuesta, y al final, como ya se dijo, hasta en coche le quitaron.

Pero Gaspar piensa seguir con sus lujosas carreras con cualquier pretexto: anuncia en face que "se cuides", porque su hijo montará "El Moro" para el 20 de marzo.

Al descubierto narcoapuestas.

Tu Periódico Quequi, 19 de enero 2012, México, p. 77. Tomado de Issuu, https://rb.gy/o3eoo5

APOLDO RAMOS
Enviado

■ Caravana de centro y sudamericanas visita sitio de la masacre

"Bendicen" madres predio de San Fernando para darle vida

■ Hallan pertenencias de víctimas y condenan descuido de autoridades

FERNANDO, TAMPS., 2 DE NOVIEMBRE. Entre marrones y tolvaneras, las 33 integrantes de la Caravana de Madres Buscando a sus Hijos Desaparecidos en Tránsito arribaron a esta población fronteriza, "maldita" y la sangre que hace más de un mes cobraron 72 migrantes centro y sudamericanos masacrados por sicarios, embros del crimen organizado.

"Este lugar hace un año fue bendecido y se llenó de muerte, pero venimos a bendecirlo y a llenarlo de vida", dijo el cura Francisco Tomás González, guía espiritual de las 28 hondureñas, cinco nicaragüenses y una salvadoreña que el pasado jueves iniciaron un viaje para buscar a sus hijos en distintas rutas del territorio mexicano, utilizadas por indocumentados en su intento por llegar a Estados Unidos.

El predio donde los 72 migrantes de Centro y Sudamérica fueron asesinados por presuntos sicarios, embros del *cártel de Los Zetas*, está ubicado sobre un camino de terracería, a unos ocho kilómetros de la carretera que comunica a San Fernando con Reynosa y Ciudad Victoria.

Se trata de una bodega abandonada, con un portón de acero cerrado que se mantiene en el sitio después que fue derribado a balazos, como si los pistoleros lo hubieran para tiro al blanco.

Quince meses después de la masacre aún se desconoce si los migrantes fueron asesinados en el lugar o en otro sitio, y si decenas fueron trasladados y ejecutados como se vio en las fotografías publicadas por periódicos y agencias. Aun cuando la noticia de la matanza de San Fernando, Tamaulipas, dio la vuelta al mundo, 14 de los 72 cadáveres no han sido identificados.

Las mujeres que buscan a sus hijos encontraron en el granero abandonado gorras, tenis, una chamarra, restos de lámparas y otros objetos que pudieron haber pertenecido a las víctimas.

"Lo que estamos viendo es el nivel de descuido de las autoridades; por una gorra se puede identificar a alguien. Esto es reflejo del desprecio que se tiene por la vida", afirmó María Sánchez Soler, coordinadora del Movimiento Migrante Mesoamericano, responsable de la logística de la caravana.

En señal de luto y para bendecir el terreno que en agosto de 2010 se cubrió de sangre, las mujeres esparcieron hojas y pétalos de flores y obsequiaron algunas a los policías estatales que custodiaron su autobús durante el trayecto que emprendieron desde el puerto de Tampico, el miércoles por la mañana.

Durante el viaje, las integrantes del grupo estuvieron alegres, algunas cantaron y bromearon, pero conforme el autobús se acercaba a San Fernando por el camino de terracería, el ánimo cambió: había miedo.

"Si la zozobra es algo que sientes cuando no sabes qué va a suceder, estoy en medio de la zozobra", dijo Rubén Figueroa, uno de los activistas que acompañan a las centroamericanas.

En la bodega abandonada se cumplió la advertencia que al mediodía hizo una académica que acompaña al grupo. Hubo "un electroshock de sensaciones" y las manifestaciones de tristeza, coraje e impotencia no tardaron en aparecer.

"Cómo es posible que haya gente tan ingrata, capaz de hacer tanto daño. Ellos no vienen aquí a hacerle daño a nadie, no es justo que nuestros hijos vengan a perecer sólo por buscar trabajo", fue el grito entercortado por el llanto de Doris Marisa Cerrato, cuya hija Doris salió hace seis años de Honduras rumbo a Estados Unidos. "Ella quería buscar trabajo. Desde entonces no sé nada de ella. Tenía 19 años, en octubre cumpliría 25", relató.

La Caravana de Madres Buscando a sus Hijos Desaparecidos en Tránsito pretende localizar a sus familiares y al mismo tiempo reclama al gobierno mexicano y a los de países de Centroamérica "la falta de atención al fenómeno de la movilidad humana", manifestó Rosalina Rivas, representante de la Red de Contacto de Familiares de Migrantes de Honduras.

Una de las manifestantes más entusiastas en Ftmetuira, una hondureña que durante la caravana dc hace un año cncontró a su hija en el estado de México, tenía 25 años desaparecida. Hoy ambas forman parte del contingente e impulsan a quienes siguen buscando a sus parientes.

"Espero que todas encuentren a sus hijos. Que ustedes tengan la misma alegría que yo sentí cuando encontré a mi hija", expresó poco antes de que las flores y las prendas encontradas en San Fernando fueran regadas con agua bendecida.

Por la noche, la caravana arribó a Saltillo, Coahuila, donde permanecerá hasta el sábado por la mañana y después viajará a San Luis Potosí.

La Caravana de Madres Buscando a sus Hijos Desaparecidos en Tránsito, al llegar al predio de San Fernando, Tamaulipas, donde hace un año fueron hallados 72 migrantes centroamericanos asesinados ■ Foto Leopoldo Ramos

ANTONIO HERAS
Corresponsal

■ Asisten a una misa en el cementerio de Holtville, California

Exigen activistas reforma migratoria y no criminalizar a indocumentados

HOLTVILLE, BC, 2 DE NOVIEMBRE. Lograron cruzar la frontera, pero les costó la vida. Los restos de más de 700 migrantes desconocidos están enterrados en el cementerio de Holtville, en el condado Imperial, limítrofe con el municipio de Mexicali, en la frontera entre México y Estados Unidos.

Son hileras de tumbas de hombres, mujeres y niños que fallecieron en el desierto estadunidense o en el canal Todo Americano, cuyos cuerpos nunca fueron reclamados. Ninguno portaba credenciales y sus cadáveres terminaron en el camposanto de Holtville.

En el panteón, unas columnas sostienen un letrero de herrería y sirven de guía para un cerco de malla de alambre que marca un rectángulo de nadie. Dentro hay filas de tumbas con cruces negras pintadas, tierra arenosa y sal.

Durante dos horas, defensores de derechos humanos de ambos lados de la frontera asistieron a una misa en el cementerio de Holtville en memoria de esos muertos sin nombre, de los muchos otros asociaciones se pronuncian por una reforma migratoria en Estados Unidos y porque no se criminalice a los migrantes.

Como en años recientes, la activista centroamericana Anita Nicklen visitó a "sus muertos", aunque ninguno era familiar, ni amigo, pero estar fuera de su país le impide visitar a sus difuntos.

"Estar frente a las tumbas de los no identificados me hace estremecer, porque pude haber sido yo quien hubiese perdido la vida; lamentablemente ellos no corrieron la misma suerte."

Nicklen criticó la política migratoria y la situación económica que viven los países de América Latina, porque ir a Estados Unidos es "un sueño que hubiesen podido alcanzar en sus propios países si uno no cuenta de los escandalosos. Las morgues en Arizona están llenas y han tenido que usar camiones frigoríficos (para conservar los cuerpos) para migrantes que murieron cruzando la frontera y no han sido identificados. En California hay más de 700 cadáveres en el cementerio de Holtville y tampoco fueron identificados. A éstos se suman miles de cuerpos que no llegaron a la morgue ni al cementerio.

Explicó que el 26 de octubre de 2006, durante el gobierno de George W. Bush, se aprobó la Ley del cerco seguro como propuesta de reforma migratoria, "una ley que buscaba construir el muro fronterizo para controlar y asegurar la frontera sur, mediante el uso de tecnología avanzada".

Pero con la construcción del muro los migrantes se ven obligados a tomar rutas más peligrosas, "es una crueldad de ambos gobiernos no hacer nada para evitar estos desenlaces", comentó. Recordó las declaraciones de los presidentes Barack Obama y Felipe Calderón de que 50 por ciento de los deportados son criminales y reiteró su exigencia de que ofrezcan una disculpa pública a los migrantes.

Los activistas aseguraron que las deportaciones masivas provocan que miles de migrantes intenten cruzar nuevamente la frontera y pongan en riesgo sus vidas, ya que están dispuestos a todo con tal de reunirse con sus hijos.

"La mayoría de sus hijos nacieron en Estados Unidos, muchas veces no saben español y en los dos años recientes el número de deportaciones ascendió casi a 800 mil", señaló Nicklen, quien también se

Suscríbase a *La Jornada* 5541 • 7701
y reciba TODOS LOS DOMINGOS La Jornada Semanal
semanal
El enriquecedor suplemento cultural que

Bendicen madres predio de San Fernando.

La Jornada, 3 de noviembre de 2011, México, p. 12. Tomado de Issuu, https://rb.gy/gaipoz

Operación Sofía.
Portada del documento militar Operación Sofía, en el que se define un plan secreto de exterminio de pueblos originarios, particularmente del pueblo maya ixil, 15 de julio de 1982, Guatemala. Tomado de *Nodo50.org*, https://rb.gy/t9sibn

INFORMACION EN LA PAGINA 2

SENTENCIA CUMPLIDA: 6 FUSILADOS

INFORMACION EN LA PAGINA 3

EN ESTE NUMERO

RFA: ELECCIONES CRUCIALES EL DOMINGO

- 43 MILLONES DE ALEMANES ELEGIRAN NUEVO PARLAMENTO

REPORTAJE EN PAGINA 5

19 MUERTOS POR TORMENTA EN CALIFORNIA

- DAÑOS POR 300 MILLONES DE DOLARES

INF. PAG. 12

DIARIO EL

Sentencia cumplida: 6 fusilados.

Primera plana del diario *El Gráfico*, donde se informa acerca de la solicitud del papa Pablo VI previo a viajar a Guatemala de no fusilar a varios sentenciados por los Tribunales de Fuero Especial, 1982. Tomado de *Guatemala Memoria Viva*, https://rb.gy/yhcd6w

PRENSA LIBRE

UN PERIODISMO INDEPENDIENTE, HONRADO Y DIGNO

EL PERIODICO DE MAYOR CIRCULACION

AÑO XLII — GUATEMALA, SABADO 30 DE OCTUBRE DE 1993 — NUMERO 13552

Hallan 177 osamentas en cementerio clandestino

Forenses realizan exhumación de familias masacradas en Baja Verapaz

Hallan 177 osamentas en cementerio clandestino.

Portada de *Prensa Libre*, en la que indica que se hallaron osamentas a cinco kilómetros de la aldea Río Negro, Rabinal, Baja Verapaz, donde antropólogos excavaban para extraerlas y tratar de verificar causas de muerte e identidad, 30 de octubre de 1993. Tomado de la Hemeroteca Digital de *Prensa Libre*, https://rb.gy/ds5v8z

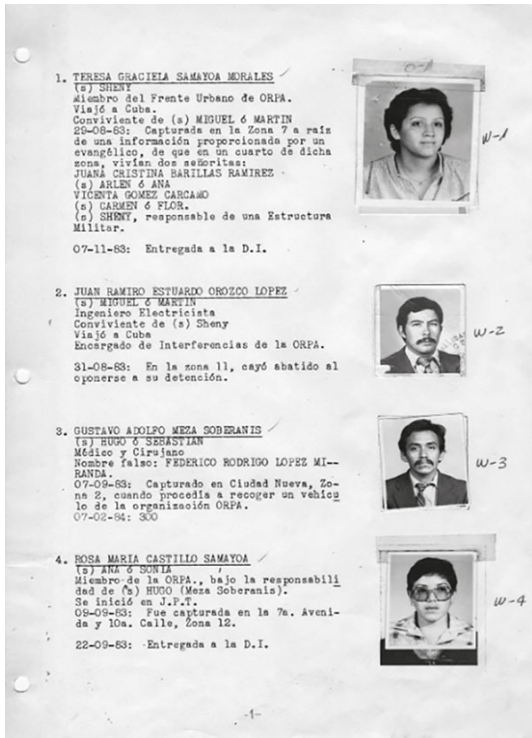
Sobrevivieron a matanza

De infantes fueron criados por militares

Aspectos del caso

Testigo especial

Sobrevivieron a matanza (Dos Erres).
Una patrulla de comandos especiales asaltó en 1982 el pueblo de Dos Erres y masacró a más de 250 hombres, mujeres y niños. Dos niños pequeños que sobrevivieron fueron robados por los comandos y veintinueve años después (quince desde que la Fiscalía había empezado su búsqueda de los asesinos), la fiscal determinó que uno de los desaparecidos había sido hallado. *Noticiero Univisión*, 26 de mayo de 2012. Tomado de https://rb.gy/lddktd



1. TERESA GRACIELA SAMAYOA MORALES
(s) SHENY
Miembro del Frente Urbano de ORPA.
Viajó a Cuba.
Conviviente de (s) MIGUEL ó MARTIN
29-08-83: Capturada en la Zona 7 a raíz de una información proporcionada por un evangélico, de que en un cuarto de dicha zona, vivían dos señoritas:
JUANA CRISTINA BARILLAS RAMIREZ
(s) ARLEN ó ANA
VICENTA GOMEZ CARCAMO
(s) CARMEN ó FLOR.
(s) SHENY, responsable de una Estructura Militar.

07-11-83: Entregada a la D.I.

W-1

2. JUAN RAMIRO ESTUARDO OROZCO LOPEZ
(s) MIGUEL ó MARTIN
Ingeniero Electricista
Conviviente de (s) Sheny
Viajó a Cuba
Encargado de Interferencias de la ORPA.

31-08-83: En la zona 11, cayó abatido al oponerse a su detención.

W-2

3. GUSTAVO ADOLFO MEZA SOBERANIS
(s) HUGO ó SEBASTIAN
Médico y Cirujano
Nombre falso: FEDERICO RODRIGO LOPEZ MIRANDA.
07-09-83: Capturado en Ciudad Nueva, Zona 2, cuando procedía a recoger un vehículo de la organización ORPA.
07-02-84: 300

W-3

4. ROSA MARIA CASTILLO SAMAYOA
(s) ANA ó SONIA
Miembro de la ORPA., bajo la responsabilidad de (s) HUGO (Meza Soberanis).
Se inició en J.P.T.
08-09-83: Fue capturada en la 7a. Avenida y 10a. Calle, Zona 12.

22-09-83: Entregada a la D.I.

W-4

-1-

Desaparecidos.
El "Dossier de la muerte" o Diario militar es un documento que devela que la inteligencia militar guatemalteca del periodo de 1983 a 1985 tenía como política interna la estrategia de desaparecer forzadamente a personas que, según el ejército, tenían vínculos con la oposición armada. Hay registradas y fichadas 183 personas que fueron desaparecidas. Tomado de *Prensa Comunitaria*, https://rb.gy/j60qzf

PERSONAJES

Alicia (Alicia Fabián). Madre de Aura Fabián. Pianista.

Aruma Tecu. Sobrina de Victoria, madre de Domingo. Presenció la masacre de su pueblo en 1983.

Bartola (Bartola Atac). Hermana menor de Gavilán y Juvencio el Loco.

Camilo (Camilo Córdova). Periodista, nacido en Ciudad de Guatemala, hijo de un periodista respetado que ya murió. Director del diario *La Aurora*. Esposo de Natalia. Jefe de Lucía. Tiene 44 años en 2012. Padre de un niño de cinco años llamado Andresito.

Chinchilla (Francisco Chinchilla). Kaibil. Prófugo. Nació en Quetzaltenango de madre kiché y padre ladino. Tiene 68 años en 2012. Fue miembro de la Mano Blanca, escuadrones de la muerte, G2. Es el padre adoptivo de Pablo Chinchilla y trabaja para el coronel Estrada. Tiene una relación íntima con Gardenia.

Coronel Estrada (Ricardo Estrada). Padre del coronelito; Chinchilla y Ocelote trabajan para él, en asuntos ilícitos (particularmente, tráfico de humanas, trasiego de droga, apuestas manipuladas). Fue cercano a Ríos Montt y Victoria fue su "nana".

Daisy. Esposa de Dedos, aunque cree que su nombre es Mike

Rosas. De padres salvadoreños. Vive en Milwaukee.

Dedos (Amílkar Sosa / Mike o Miguel Rosas). Kaibil. Prófugo con una identidad robada, se hace llamar Miguel o Mike Rosas. Nacido en Chiquimulilla, Santa Rosa, Guatemala, de familia de pocos recursos económicos. Sus idiomas maternos son el xinca y el español. Tiene 53 años en 2012. Fue el carcelero de Aura, trabajando para Chinchilla en la G2 o servicio secreto. Fue entrenado por Chinchilla. Es amigo de Gavilán.

Domingo Tecu. Hijo biológico de Aruma, hijo adoptivo de Victoria.

Doña Lola (Lola Reygada de Vizcaíno / la doña). Esposa del "patrón" de Estrella cuando vivió en Zapotlán.

Aura (Aura Fabián). Nació en Ciudad de Guatemala, en una familia de músicos. En 2012 tiene 44 años, es sobreviviente de tortura. Vive en México y es cantante de ópera. Es hija de Alicia Fabián y Natalia fue su amiga de la infancia.

Estrella (Estrella Vélez / Tereso Atac / el Correoso). Militar de elite. Titular de la Oficina de Inteligencia Antinarcóticos en México. Nacida en Pie de la Cuesta, Guerrero, México, de familia de pocos recursos económicos. En 2012 tiene 53 años. Fue entrenada por Francisco Chinchilla en Fort Hood. Cercana a Ocelote. Prima de Gavilán, Juvencio el Loco y Bartola.

Evelia (la mixteca / la sirvienta). "Sirvienta" en la mansión de los Vizcaíno, en Zapotlán.

Flor Tecu. Sobrina de Victoria, murió en la masacre de 1983.

Gardenia Cruz. Sobreviviente de tráfico de humanas. Nacida en Tiamba, Michoacán, México, de familia de pocos recursos económicos. Ha sido prostituta y tiene una relación íntima con Chinchilla. Tiene 21 años en 2012.

Gavilán (Galindo Atac / la bestia/ el inmundo). Exmilitar de elite. Desertor. Fue parte de la Fuerza Especial de Reacción igualmente conocida como Fuerza de Tarea Murciélago en México. Nacido en Pie de la Cuesta, Guerrero, México. En 2012 tiene 57 años. Fue entrenado por Francisco Chinchilla en Fort Hood y trabaja para Los Zetas; a veces para Francisco Chinchilla. Cercano a Dedos. Primo de Estrella. Hermano de

Juvencio el Loco y de Bartola.

Jaime Tecu. Sobrino de Victoria, sobreviviente de la masacre de 1983.

Juvencio (Juvencio Atac / el Loco). Hermano de Gavilán y de Bartola, primo de Estrella. Vive en la Ciudad de México, pero nació en Pie de la Cuesta, Guerrero. Tiene 50 años en 2012.

Lucía (Lucía Flaquer). Periodista, nació en Guatemala de familia de intelectuales. Tiene 25 años en 2012. Trabajó en Famdegua y luego en el diario *La Aurora*, donde Camilo es su jefe. Tiene una relación amorosa con Pablo.

Miguel Rosas (el verdadero). Antiguo miembro del área de sistemas de la G2 o servicio secreto. Asesinado por Dedos bajo las órdenes de Chinchilla. Dedos usa su identidad.

Natalia (Natalia Luisel de Córdova / Nat). Es pintora. Nació en Ciudad de Guatemala y fue amiga de Aura Fabián en la infancia. Esposa del periodista Camilo Córdova y madre de un niño de cinco años llamado Andresito. Tiene 44 años en 2012.

Ocelote (Yunuen Chuc). Kaibil. Nacido en Salcajá, Quetzaltenango, Guatemala, de familia de pocos recursos económicos. En 2012 tiene 58 años y su lengua materna es el kiché. Fue entrenado por Francisco Chinchilla y trabaja para el coronel Estrada y el coronelito. Cercano a Estrella.

Pablo (Pablo Chinchilla / Pablito). Militar. Hijo adoptivo de Francisco Chinchilla. Tiene 29 años en 2012. Tuvo una relación amorosa con Lucía Flaquer. Fue mejor amigo del coronelito.

Ricky Estrada (el coronelito). Hijo del coronel Estrada, fue mejor amigo de Pablo. Tiene 28 años en 2012. Victoria fue su "nana".

Sisi. La yegua de Estrella en Zapotlán.

Teófilo Reygada. Padre de doña Lola.

Victoria (Victoria Justina Tecu). Mujer sobreviviente de las masacres de 1982 y 1983, pues aunque no estuvo durante las matanzas, su pueblo desapareció completamente. Trabajó como "nana" del coronel y del coronelito. Fue madre adoptiva de Domingo y tía de Aruma. En 2012 tiene 81 años.

Vizcaíno (Vicente Vizcaíno / el don). "Patrón" de Estrella

cuando vivió en Zapotlán.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Jorge Luján, por tu generosidad al compartir y por acompañarme hasta el punto final. Gracias al Premio Mauricio Achar 2021 y al jurado compuesto por Cristina Rivera Garza, Julián Herbert, Alaíde Ventura, Andrés Ramírez y Francisco Goñi. Gracias a Literatura Random House. Gracias a Eloísa Nava y a todo su magnífico equipo, incluyendo a Scarlet Perea.

Gracias a todas las personas que se atreven y alzan la voz, Regina José Galindo; la jueza Iris Yassmin Barrios, la fiscal Claudia Paz y Paz; gracias a quienes contaron su historia y aparece en la sentencia por genocidio del 10 de mayo de 2013, porque sí hubo genocidio; gracias a Monseñor Juan Gerardi y a todos los que participaron en la elaboración del Informe de Recuperación de la Memoria Histórica en Guatemala; gracias a quienes ahí comparten su dolor; gracias a "Memoria del Silencio" y la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH); gracias a Ricardo Falla, a quienes hablan para "Masacres de la Selva, Ixcán"; a Rigoberta Menchú; a Aura Elena Farfán, a Famdegua; a quienes alzan la voz y me inspiran, Carmen Aristegui, Iduvina Hernández, Myrna Torres, y todes les periodistes que hacen posible el acceso a la información; a Manuel E. Vela Castañeda y a quienes confiesan su experiencia en "Los Pelotones de la Muerte: la construcción de los perpetradores del genocidio

guatemalteco”.

Gracias, Beto Kritzler, por ser quien eres y estar a mi lado. Gracias a quienes confiaron en este proyecto, Adriana Abdó, Beatriz Rivas, Paola Tinoco, Patricia Abdó, Lucía Abdó, Iris Sosa, Leni Favela, Sara Casanovas, Mariana Covarrubias, Hans Kritzler, Dora Evangelina Mendizábal, Rita Indiana, Alejandra Laurencich, Giovanna Rivero, Rubén Ríos-Ávila, Yaissa Jiménez, Enrique Aureng Silva, Ingrid Fugellie.

Gracias a mis compañeres de taller, David Ornelas, Apolinar Islas, Alejandra Delano, Thamara Campaña, Gaby González, Toño Arámburu, Jacqueline Waisser, Ruy Feben, María Argel, Tomás Carbone, Norma Blanco, Adriana Lea Plaza, Jessica Ortiz.

Gracias a quienes están o estuvieron cerca, Juan Aguirre, Pedro Ángel Orejas, Lucia Lahellec, Jesús Alcántara, Juan Carlos Zamora, Lety Trinidad, Paloma Subervielle, Susi Kritzler, Beatriz Gutiérrez, Paty Cano, Hilda Ramírez, Daniel González, Dani Ring, Diego Filloy, Juan Carlos Bolavsky, Pedro Díaz, Mollete, Mila(repa), Alfredo Gavaldón, Gaby Romero, Irina Irazoque, Maria del Pilar Ponce, Marta Carpio, Louis Gaston, Tony Karam, Arne Espejel, Ajahn Brahm, Manuel Dávila Galindo O, Ana Maldonado F. Gracias, Diego Villaseñor, por tantas historias surreales y verdaderas (en especial, aquella de Zapotlán el Grande...).

Un especial gracias a las personas que no puedo nombrar aquí. Ellas saben quiénes son.

«Es una novela que golpea y remueve consciencias. Que ostenta un excelente uso de los registros documentales y dirige la atención sobre una situación urgente.»

Cristina Rivera Garza

«La complejidad del punto de vista, la profunda investigación documental y la construcción de una intensa oralidad están aquí entramadas con la tradición literaria latinoamericana.»

Julián Herbert

«Una novela con una oralidad poética deslumbrante. Una obra que te remueve todo adentro, con personajes que te acompañan y no te sueltan.»

Alaíde Ventura

Dos kaibiles son enviados a un entrenamiento militar élite en Texas. Los adiestran para abatir el comunismo, la guerrilla y los pueblos originarios de Guatemala. Sus vidas no pertenecen a ellos mismos, sino a la patria; y si acaso al comandante kaibil Francisco Chinchilla, del servicio secreto guatemalteco, que está a cargo de su tortura, aquella que los dejará ciegos ante las atrocidades que presencian y perpetran durante la dictadura del militar Efraín Ríos Montt. *A veces despierto temblando* es una poderosa novela coral, escrita con una prosa tan poética como demoledora.

María Ximena Santaolalla Abdó (Tlanalapa, Hidalgo, México, 1983) es escritora, licenciada en Derecho egresada del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y psicoterapeuta para sobrevivientes de violencia temprana del ITREM y Karuna. Trabajó como abogada y profesora asociada en el CIDE. Su primera novela, *A veces despierto temblando*, resultó ganadora del Premio Mauricio Achar 2021.

Penguin Random House Grupo Editorial

A veces despierto temblando

Edición en formato digital: abril, 2022

D. R. © 2021, Ximena Santaolalla

D. R. © 2022, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House / Scarlet Perea, por el diseño de portada
Libertad condicional (2009) / © Regina José Galindo, por la fotografía de portada
© Alberto Kritzler, por la fotografía de la autora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-381-556-7

Composición digital:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx